

La
BIBLIA
Popular

Esdras

Nehemías

Ester

Job

Salmos

Proverbios

Eclesiastés

Cantares

Isaías

Jeremías

Lamentaciones

Ezequiel

David M. Gosdeck

La Biblia Popular

LYLE E. ALBRECHT

Editor General

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

CURTIS A. JAHN

Editor del Manuscrito

Jeremías Lamentaciones

David M. Gosdeck

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Card 00-132226
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
© 2000 por Editorial Northwestern
Publicado en 2000
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1228-6

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción.....	1
JEREMÍAS	
Introducción	
I. El Señor entrega su mensaje por medio de Jeremías (Jeremías 1).....	10
II. El Señor le hace ver a Judá algunas lecciones del pasado (2–6).....	15
III. El Señor le advierte a Judá que la falsa religión no puede salvar (7–11)	49
IV. Las acciones del Señor preocupan al profeta (12–14).....	79
V. La impenitencia de Judá sella el juicio del Señor contra ella (15–20).....	99
VI. La conducta de Judá revela su impenitencia (21–29).....	135
VII. El Señor permanece fiel (30–33).....	190
VIII. La impenitencia persistente de Judá finalmente trae el juicio del Señor sobre ella (34–39)	228
IX. Los pocos sobrevivientes no aprenden nada del desastre (40–44).....	261
X. El Señor le envía un mensaje a Baruc (45).....	284
XI. El Señor juzgará a las naciones (46–51).....	286
XII. El Señor envía un rayo de esperanza en medio del exilio (52).....	332

LAMENTACIONES

Introducción	338
I. La caída de Jerusalén: No hay desastre que se le iguale (Lamentaciones 1).....	340
II. La magnitud del desastre es abrumadora (2)	349
III. Las misericordias que Dios les demostró en el pasado les dan a los sobrevivientes valor y ánimo (3).....	354
IV. Nunca hubo un tiempo tan deprimente (4)	367
V. Se eleva una oración al Señor para pedirle misericordia (5) ...	374

ILUSTRACIONES

Jeremías rompe la vasija de barro	<i>cubierta</i>
Los babilonios destruyen la pileta de bronce	176
Baruc	243

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la *Biblia Popular* son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de congregación a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la *Versión Reina-Valera 95*, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el Dr. Otoniel Rodríguez, natural de México y misionero en Chile, y Cristiana Zimdars, natural de México y esposa de un pastor que trabaja en Pomona, California. La Sra. Ruth Haeuser, natural de México y esposa de un misionero en Perú, y la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota, hicieron la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El domingo de la Reforma de 1999
Paul Hartman, director
Publicaciones para Latinoamérica
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EEUU

JEREMÍAS

INTRODUCCIÓN

El libro de Jeremías no es para ser leído sino para ser escuchado con atención. En los tiempos de Jeremías había muy pocas personas, incluyendo a los grandes y los poderosos, que sabían leer; así que Jeremías le habló la palabra de Dios a su audiencia. No escribió ninguna de sus profecías hasta después de haber trabajado veinte años. Eso ayuda a explicar algo de su estilo y de su manera de escribir.

El libro de Jeremías es difícil de leer porque tiene un mensaje muy fuerte que fue entregado durante un período de cuarenta y un años. No se entregó de una sola vez, así que más de una generación tuvo la oportunidad de captarlo. Hay mucha repetición porque el mensaje fue entregado a muchas audiencias diferentes y durante un período de tiempo muy extenso. Como sucede con un alimento delicioso, es mejor comer y descansar, y luego comer algo más y volver a descansar. Una lectura lenta y reflexiva será de gran provecho para el lector. Cuando Jeremías escribió su profecía, Dios estaba pensando en todas las generaciones de todos los tiempos, “...a fin de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

El autor

Jeremías era joven cuando el Señor lo llamó para la obra de su vida. Desde el momento de su llamamiento hasta el fin de su vida permaneció firme e inmovible en su devoción a la obra del Señor. Aunque fue encontrado fiel, la suya no fue una misión fácil. Como en los días de Noé, fue llamado a predicar en medio de una época en que la gente no quería escuchar.

La incredulidad de su misma gente afligió profundamente a Jeremías. Por estar muy unido a los suyos era muy sensible tanto

al dolor de su gente como al odio de sus adversarios. Como resultado, Jeremías, más que cualquier otro profeta, reveló su desconcierto interno y sus sentimientos personales ante la situación que vivía. Jeremías siempre fue franco y honesto en sus emociones, desde las alturas del gozo hasta las profundidades de la desesperación. La carga especial que soportó fue su soledad, porque el Señor le había prohibido que se casara y que disfrutara de las relaciones sociales normales que otros sí podían tener (Jeremías 16:1-9).

En su predicación Jeremías se encumbró, porque el Señor le había dado los ojos y los oídos de un poeta, y usó ese don al máximo. En sus manos, las verdades sencillas se convirtieron en revelaciones poderosas. “Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola, la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová” (Jeremías 8:7). La predicación de Jeremías llevó a muy pocas personas al arrepentimiento, pero él se mantuvo fiel al llamamiento que Dios le había dado y Dios no pide más.

Contenido y propósito

Quizá con excepción del capítulo 52, todo el libro es obra del profeta Jeremías. En realidad él mismo no escribió todo el material, sino que se lo dictó a su secretario o escriba, Baruc, que después lo escribió en un rollo.¹ Más de la mitad del libro está fechado, es decir, tiene una fecha precisa por la que sabemos el año exacto en el que el Señor le dio tal o cual mensaje a Jeremías. En este libro encontramos más historia que en cualquier otro profeta. El libro contiene grandes secciones tanto de poesía como de prosa narrativa.

El propósito del libro se da en el primer capítulo y en la profecía que le sigue. Podemos sintetizarlo como sigue:

1. Predicarle el arrepentimiento a una nación impía, con la esperanza de que todos los que oigan el mensaje se arrepientan.

2. Anunciarles el juicio seguro a los que no se arrepientan.
3. Dejarlos sin ninguna excusa para que en un futuro los sobrevivientes se puedan arrepentir.
4. Darles a los creyentes un entendimiento de lo que Dios hacía.
5. Consolar a los creyentes con las promesas seguras del Señor.

La situación política en general en los tiempos de Jeremías

Durante cientos de años, Asiria había sido la nación dominante en el Medio Oriente. Alrededor de la época en que Jeremías comenzó su ministerio (627 a.C.), Asiria comenzó una marcada declinación que la iba a llevar a su destrucción final. Pocos años antes los egipcios, bajo el gobierno del padre del faraón Neco, habían recuperado su independencia; de allí en adelante el interés principal de los egipcios se concentró en proteger a Egipto controlando a Judá y a Siria, que eran los territorios fronterizos del norte de Egipto. Esos territorios proporcionaban la única ruta invasora por la que un conquistador tenía que pasar para poder atacar a Egipto.

Ocurrió que en el año 626 a.C., los babilonios, bajo el gobierno de Nabopolasar y su hijo, Nabucodonosor, lograron su independencia del imperio Asirio. Padre e hijo llevaron a cabo los combates que les hicieron ganar la mayor parte del imperio de Asiria, que se extendía al norte y al este de Israel. En el año 612 a.C., los babilonios se aliaron con los medos y capturaron y destruyeron la ciudad de Nínive, que era la capital de Asiria. En Harán, en el año 610 a.C., derrotaron finalmente al remanente de Asiria.

En el año 605 a.C., murió Nabopolasar, dejando a su hijo Nabucodonosor como único gobernante del nuevo imperio babilónico. La muerte de Nabopolasar ocurrió mientras su hijo Nabucodonosor estaba en la batalla contra el faraón Neco y sus aliados en Carquemís, batalla que fue decisiva para obtener el

control del Medio Oriente. El faraón fue derrotado por completo y como consecuencia Judá y Asiria se convirtieron en dependencias de Babilonia. El faraón Neco y su sucesor, el faraón Hofra, continuaron luchando, aunque sin éxito, por volver a obtener el control de Judá y de Siria. Esos intentos fallidos llevaron a los reyes de Judá a conspirar contra Nabucodonosor. El resultado final fue la destrucción total de Jerusalén en el año 587/586 a.C.

Como siempre, durante todo este período, Judá quedó atrapado en el medio. Como reino era débil y pequeño, siendo incapaz de hacer gran cosa por cambiar los acontecimientos que lo rodeaban. En el año 609 a.C., el rey Josías trató imprudentemente de detener al faraón Neco en una batalla en Megido. Este intento insensato le costó la vida al rey, y a Judá le costó la independencia que podría haber tenido. Aunque débil y pequeña, Judá era importante porque estaba situada como un puente de unión entre Babilonia al norte y al este, y Egipto al sur y al oeste. Por esa razón cada uno de esos imperios trataba de controlarla.

Nabucodonosor gobernó a Babilonia desde el año 605 a.C., hasta el 562 a.C., siendo así el personaje político de mayor importancia durante la época en que vivió y trabajó Jeremías. Bajo su poderoso liderazgo, el nuevo imperio de Babilonia se extendió hasta cubrir un área que iba desde Irán al este hasta Egipto al oeste. Sin embargo no se hizo famoso por la guerra, sino por las construcciones que llevó a cabo. Transformó Babilonia hasta convertirla en la ciudad más espléndida de su tiempo. A la muerte de Nabucodonosor, el imperio Babilonio declinó rápidamente y se convirtió en parte de imperio Persa, fundado por Ciro el Grande.

Los reyes de Judá en los tiempos de Jeremías

Jeremías comenzó su actividad profética bajo el gobierno del rey Josías, el último rey bueno y piadoso que tuvo Judá. Este rey había subido al trono a la edad de ocho años, en el año 640 a.C., después de la muerte violenta de su padre. Su reinado comenzó

después de un largo período de impiedad. La adoración al Señor había sido casi erradicada por la influencia de las prácticas idólatras de su abuelo y de su padre, Manasés y Amón, respectivamente. El corazón de la nación se había pervertido y Josías trató valientemente de restaurar la verdadera adoración al Señor. Fue estimulado por el descubrimiento del libro de la Ley de Dios en el año 622 a.C., año en que se inició la gran reforma del templo (2 Reyes 22–23:3).

A pesar de todo su afán, Josías sólo pudo lograr una reforma limitada. Murió en Megido durante una batalla que sostuvo con el faraón Neco. Su carácter lo describe mejor el autor de 2 Reyes 23:25: “No hubo otro rey antes de él, que se convirtiera a Jehová con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés, ni después de él nació otro igual”. Fue tan amado y admirado que se le compusieron canciones especiales que se cantaban con regularidad en su memoria (2 Crónicas 35:25). La Biblia registra su vida en 2 Reyes 21:24–23:30 y en 2 Crónicas 34 y 35.

Quizá en parte porque Judá quería mantener su independencia de Egipto y quizá, por otra parte, temiendo del carácter de Joacim, el hermano mayor, pusieron a Joacaz (Salum) en el trono después de la muerte de su padre en el año 609 a.C., pero a Joacaz se le permitió reinar sólo por un tiempo breve. El faraón Neco, prefiriendo al hermano de Joacaz, destronó a Joacaz y lo llevó a Egipto donde murió en el exilio. La Biblia registra su vida en 2 Reyes 23:31-33 y en 2 Crónicas 36:1-4.

Ahora el faraón tenía un títere en Joacim (también llamado Eliaquim), que comenzó a gobernar en el año 609/608 a.C. Cruel y ambicioso, su interés primordial estaba en el placer personal y en el entretenimiento. Hostil a la adoración al Señor, mató al menos a uno de los profetas del Señor, un hombre llamado Urías. También intentó matar a Jeremías pero el Señor se lo impidió por medio de los príncipes poderosos que habían asimilado algo del espíritu de Josías. Joacim era infiel a Nabucodonosor, y finalmente, después de varias advertencias, el rey de Babilonia

atacó a Jerusalén y capturó a Joacim. Sin embargo, antes que pudiera llevarlo a Babilonia, murió en prisión. La Biblia registra su vida en 2 Reyes 23:34–24:7 y en 2 Crónicas 36:5-8.

De tal palo tal astilla, así Joaquín, que siguió a su padre al trono en el año 597 a.C., se mostró como un aliado igualmente inestable de Nabucodonosor. Tres meses después de que Joaquín llegó a ser rey, Nabucodonosor lo deportó a Babilonia. La Biblia registra su vida en 2 Reyes 24:8-16 y en 2 Crónicas 36:9,10.

El último rey de Judá de la línea de David fue Sedequías (también llamado Matanías). Era hijo de Josías, hermano de Joacim y tío de Joaquín. Era débil e indeciso. Él también fue un aliado inestable de los babilonios. Lo peor fue que nunca se pudo dedicar al Señor. Siguió titubeando hasta la destrucción de Jerusalén en el año 587/586 a.C. Después de ser capturado por el enemigo fue obligado a ser testigo de la muerte de sus hijos y después le pusieron una venda sobre los ojos y se lo llevaron encadenado hacia el exilio. Su vida desdichada está registrada en 2 Reyes 24:17–25:7 y en 2 Crónicas 36:11-14.

Crónica breve de los tratos que tuvo Judá con Babilonia

Durante 20 años, desde el momento en que Joacim ascendió al trono hasta la destrucción de Jerusalén, los babilonios castigaron muchas veces a los judíos por resistirse al gobierno de Babilonia. La cronología que sigue le ayudará al lector a entender estos enfrentamientos y su significado para la obra del profeta.

605 a.C.—Judá, bajo el reinado de Joacim, se convierte en vasallo de Nabucodonosor. Unos pocos rehenes, quizá Daniel y sus amigos entre ellos, son llevados a Babilonia.

602 a.C.—Joacim se rebela contra Nabucodonosor, y éste último castiga a Judá con el envío de bandas de asaltantes para destruir la tierra.

- 598/597 a.C. –Los babilonios capturan Jerusalén por primera vez. Joacim muere y Nabucodonosor deporta a 3,023 judíos a Babilonia.
- 597 a.C.–Después de sólo tres meses y diez días en el trono, Joaquín el hijo de Joacim también es deportado a Babilonia, junto con 10,000 nobles, guerreros, y trabajadores diestros. Fue durante este período que el profeta Ezequiel también fue llevado a Babilonia. Sedequías, tío de Joacim, subió al trono.
- 587/586 a.C. –Es aplastada la última de las rebeliones de Judá. Las fuerzas de Babilonia destruyen Jerusalén por completo. El último rey, Sedequías, también es deportado a Babilonia.
- 582 a.C.–Otros 745 judíos son llevados cautivos a Babilonia.

Bosquejo del libro de Jeremías

TEMA: POR ÚLTIMA VEZ EL SEÑOR LE SUPLICA A JUDÁ QUE SE ARREPIENTA

- I. El Señor entrega su mensaje por medio de Jeremías (Jeremías 1)
- II. El Señor le hace ver a Judá algunas lecciones del pasado (2–6)
 - A. La lección de sus antepasados (2:1–3:5)
 - B. La lección de las diez tribus del norte (3:6–4:31)
 - C. La lección de Sodoma y Gomorra (5,6)
- III. El Señor le advierte a Judá que la religión falsa no la puede salvar (7–11)

- A. Han convertido el templo en un centro de idolatría (7:1–8:3)
- B. Han animado y escuchado a los falsos maestros (8:4–9:6)
- C. Actuaron como si el Señor fuera igual a cualquier otro ídolo (9:17–10:25)
- D. Su única esperanza de libertad radica en volver al pacto que el Señor había hecho con ellos (11:1-23)
- IV. Las acciones del Señor preocupan al profeta (12–14)
 - A. Jeremías le hace preguntas al Señor (12)
 - B. El Señor le da una lección a Jeremías con el cinto de lino podrido (13)
 - C. Jeremías lucha con el Señor en oración (14)
- V. La impenitencia de Judá sella el juicio del Señor contra ella (15–20)
 - A. Nadie puede escapar (15)
 - B. La forma de vida de Jeremías da testimonio de esto (16)
 - C. Las acciones de uno demuestran la condición de su corazón (17)
 - D. El Señor los convence con la lección de la vasija de barro (18–20:6)
 - E. Jeremías se tambalea bajo la carga (20:7-18)
- VI. La conducta de Judá revela su impenitencia (21–29)
 - A. La gente se engaña hasta el fin (21)
 - B. Ignoran el trágico fin de sus reyes más inmediatos (22)
 - C. Se aferran a lo ilusorio de sus falsos profetas (23)
 - D. No se ven como el Señor los ve—la visión de los higos (24)
 - E. Esperan escapar de la copa de ira (25)
 - F. Tratan de callar la voz del profeta de Dios (26)
 - G. Niegan toda realidad (27–29)
- VII. El Señor permanece fiel (30–33)
 - A. Promete que regresarán del exilio (30)

- B. Les promete un nuevo pacto (31)
 - C. Ratifica su promesa mediante la lección de Jeremías en la compra de un campo (32:1–33:13)
 - D. Hace promesas aún más gloriosas (33:14-26)
- VIII. La impenitencia persistente de Judá finalmente trae el juicio del Señor sobre ella (34–39)
- A. Responden con desánimo a todo intento de conservarse fieles al Señor (34)
 - B. Los recabitas demuestran que son superiores a ellos (35)
 - C. Revelan su verdadera actitud al despreciar la palabra de Dios y su profeta (36–38)
 - D. El Señor deja caer el telón sobre Jerusalén (39)
- IX. Los pocos sobrevivientes no aprenden nada del desastre (40–44)
- A. Destruyen su leve esperanza (40:1–41:10)
 - B. Al huir a Egipto ignoran las advertencias del Señor (41:11–43:7)
 - C. Al huir a Egipto no escapan de las consecuencias de su impenitencia (43:8–44:30)
- X. El Señor le envía un mensaje a Baruc (45)
- XI. El Señor juzgará las naciones (46–51)
- XII. El Señor envía un rayo de esperanza en medio del exilio (52)

EL SEÑOR ENTREGA SU MENSAJE POR MEDIO DE JEREMÍAS JEREMÍAS 1

1 Las palabras de Jeremías hijo de Hilcías, de los sacerdotes que residieron en Anatot, en tierra de Benjamín. ² Palabra de Jehová que le vino en los días de Josías hijo de Amón, rey de Judá, en el año decimotercero de su reinado. ³ Le vino también en días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, hasta el fin del año undécimo de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá, hasta la deportación de Jerusalén en el mes quinto.

⁴ Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo:

⁵ «Antes que te formara en el vientre, te conocí,
y antes que nacieras, te santifiqué,
te di por profeta a las naciones.»

⁶ Yo dije:

«¡Ah, ah, Señor Jehová! ¡Yo no sé hablar, porque soy un muchacho!»

⁷ Me dijo Jehová:

«No digas: “Soy un muchacho”,
porque a todo lo que te envíe irás,
y dirás todo lo que te mande.

⁸ No temas delante de ellos,
porque contigo estoy para librarte,
dice Jehová.»

⁹ Extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo
Jehová:

«He puesto mis palabras en tu boca.

¹⁰ Mira que te he puesto en este día
sobre naciones y sobre reinos,
para arrancar y destruir,
para arruinar y derribar,
para edificar y plantar.»

Jeremías ya nos dice algo de él mismo desde el inicio mismo de su profecía. Era hijo de un sacerdote que vivía en Anatot, su ciudad natal, y que había servido como sumo sacerdote durante el reinado de David. Anatot era un pueblo que se localizaba a cuatro kilómetros al noroeste de Jerusalén. A continuación nos dice cuánto tiempo duró su ministerio profético. Comenzó en el año 627 a.C., bajo el gobierno del piadoso rey Josías. Su ministerio terminó en el año 586 a.C., después de la destrucción de Jerusalén. Así pues, su ministerio duró más de cuarenta años. Muy pocos profetas sirvieron al Señor durante tantos años como Jeremías.

El Señor ya había determinado el futuro de Jeremías mucho tiempo antes de su nacimiento e incluso antes de que fuera concebido en el vientre de su madre. Desde la eternidad lo había escogido para que fuera profeta, y esa elección del Señor fue totalmente motivada por su gracia. En efecto, el Señor le estaba diciendo a Jeremías: “Por mi misericordia y para mis propios propósitos te he amado y te he llamado mío”.

Estas palabras del Señor (v. 5), iban a ser el ancla de la vida de Jeremías que lo iba a sostener firmemente en las duras pruebas que iba a tener que enfrentar. Frente a las dudas, a la incertidumbre y al rechazo, Jeremías sabía sin duda que le pertenecía al Señor, y que lo que hacía eran los asuntos del Señor. ¡Con cuánta frecuencia obtendría consuelo al recordar estas palabras!

A nosotros también el Señor nos ha escogido para que seamos hijos suyos, aun antes de nuestra concepción o de nuestro nacimiento. En el bautismo, él nos ha dado a conocer esa elección. Al mirar nuestro bautismo encontraremos la misma clase de promesa, la misma seguridad y el ancla en el Señor, así como Jeremías lo hizo al volver una y otra vez a la promesa que el Señor le dio en su llamamiento.

Jeremías protestó ante el llamamiento del Señor. Él sentía que era demasiado joven e inexperto para hablar en público, pero el Señor lo había formado para ese propósito. El Señor mismo lo había creado y le había dado lo necesario. Para estimularlo en la tarea que le tenía por delante, el Señor en una visión extendió su

mano y tocó la boca de Jeremías; de esa manera el Señor lo capacitó para su obra. El profeta no iba a ir solo ni iba en su propio nombre, sino que era el portavoz del Señor.

La palabra era el medio por el que Jeremías iba a llevar a cabo la misión del Señor; sería la herramienta para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar. Y con esa misma palabra edificaría y plantaría. La palabra era todo lo que Jeremías tenía. Esa palabra era también todo lo que necesitaba, porque era la palabra viva y poderosa, que lograría todo lo que Dios se había propuesto. El Señor nunca lo iba a abandonar ni le fallaría. Y una vez que el poder de la promesa del Señor tranquilizó su corazón, el profeta aceptó su llamamiento. Estaba listo para la obra.

¹¹ La palabra de Jehová vino a mí, diciendo: «¿Qué ves tú, Jeremías?» Yo respondí: «Veo una vara de almendro.» ¹² Me dijo Jehová: «Bien has visto, porque yo vigilo sobre mi palabra para ponerla por obra.»

¹³ Vino a mí la palabra de Jehová por segunda vez, diciendo: «¿Qué ves tú?» Yo dije: «Veo una olla hirviendo, que se vierte desde el norte.»

¹⁴ Me dijo Jehová:

**«Del norte se soltará el mal
sobre todos los moradores de esta tierra.**

¹⁵ Porque yo convoco

**a todas las familias de los reinos del norte,
dice Jehová;**

**vendrán, y pondrá cada uno su campamento
a la entrada de las puertas de Jerusalén,
junto a todos sus muros en derredor
y contra todas las ciudades de Judá.**

¹⁶ A causa de toda su maldad,

proferiré mis juicios

contra los que me abandonaron e incensaron

a dioses extraños, y la obra de sus manos adoraron.

¹⁷ Tú, pues, ciñe tu cintura,

**levántate y háblales todo cuanto te mande.
No te amedrentes delante de ellos,
para que yo no te amedrente en su presencia.
18 Porque yo te he puesto en este día
como ciudad fortificada,
como columna de hierro
y como muro de bronce contra toda esta tierra,
contra los reyes de Judá, sus príncipes,
sus sacerdotes y el pueblo de la tierra.
19 Pelearán contra ti, pero no te vencerán,
porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte.»**

Jeremías sabía algo del mensaje que tenía que entregar. Aunque tenía que edificar y plantar, aunque tenía que predicar las buenas nuevas del evangelio, el tema principal de su predicación iba a ser la ley. Por medio de la ley iba a llevar a Judá al conocimiento de sus pecados, y en estos versículos el Señor bosquejó en gran detalle el mensaje del profeta.

En la primera visión que tuvo Jeremías fue una vara de almendro. El arbusto del almendro era lo primero que cobraba vida en la primavera. Con la aparición de las flores rosadas (las flores aparecían antes que las hojas) del árbol de almendro era una señal segura de que se acercaba la primavera. Así la vara de almendro era un símbolo del cumplimiento futuro de la palabra de Dios. El Señor mismo estaba atento para llevar a cabo ese cumplimiento. Aquí Jeremías hace uso de un juego de palabras, pues la palabra hebrea para “estar atento” en este texto tiene una raíz que suena como la palabra que se usa para “vara de almendro”. El Señor cumpliría su palabra sin demora. El tiempo de espera, el período de advertencia, estaba casi por terminar; había llegado el tiempo del juicio para Jerusalén y para Judá. El Señor no iba a demorar más; ahora iba a actuar.

La segunda visión, la de la olla que hierve y que “se vierte desde el norte”, nos dice en qué consistiría el juicio y los medios que el Señor va a utilizar para lograr su propósito. Lo más

importante que uno debe aprender de esta visión es que el Señor es el ÚNICO quien llevaría a cabo el juicio. La invasión de los babilonios y de sus aliados del norte no fue ningún accidente; fue el Señor mismo quien planeó y dirigió toda la operación. La visión anuncia la derrota completa de Judá y de Jerusalén.

Al final de la visión, el Señor dio a conocer la razón para este juicio terrible. A Judá no le había faltado la religión ni la adoración que la acompaña, pero estaba practicando una religión falsa, es decir, la gente había creado su propia religión. Eso es idolatría, y es la razón por la que el Señor los va a juzgar. Habían rechazado las promesas y al Señor que las dio, habían sido desleales e impenitentes. Tanto de corazón como de obra habían rechazado al Señor que los había adoptado y que los había amado. Entonces éste es el tema que se repite en el libro de Jeremías: El juicio vendrá pronto. El Señor llevará a cabo su juicio mediante los babilonios. El juicio vendrá debido a la incredulidad. Ahora es el tiempo de arrepentirse.

El profeta palideció ante el mensaje que estaba por comenzar a predicar. Conocía demasiado bien la dureza del corazón de Judá. ¿Cómo iba a llevar a cabo esa obra? ¿Cómo iba a permanecer firme? El Señor les habló a los temores de Jeremías cuando le recordó que él era un hombre que estaba bajo órdenes y prometió darle una fortaleza inquebrantable. El Señor lo sostendría.

He ahí el secreto de la fuerza que Jeremías desplegó durante todo su ministerio, una fortaleza que tenían en común todos los creyentes. El secreto es que el Señor fortalece a los santos con sus promesas misericordiosas. Él envía su Espíritu por medio de la Palabra y los sacramentos, para renovar al hombre interior. Su Espíritu es una fuente de agua viva que brota para dar vida y fe para cualquier cosa que el Señor indique que su pueblo deba hacer. Todo lo podemos hacer por medio de aquel que nos fortalece.

**EL SEÑOR LE HACE VER A JUDÁ
ALGUNAS LECCIONES DEL PASADO
JEREMÍAS 2-6**

La lección de sus antepasados

2 Vino a mí palabra de Jehová, diciendo:
2 «Anda y proclama a los oídos de Jerusalén,
diciendo que así dice Jehová:
“Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud,
del amor de tu desposorio,
cuando andabas en pos de mí en el desierto,
en tierra no sembrada.”
3 Santo era Israel a Jehová,
primicias de sus nuevos frutos.
Todos los que lo devoraban eran culpables;
mal venía sobre ellos,
dice Jehová.»

Para el Señor no existe el tiempo. En su mente todavía estaba fresco el recuerdo de la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto. ¡Cuánta misericordia había derramado sobre Israel! ¡Cuánta protección le había brindado! En el monte Sinaí la gente se había comprometido voluntariamente con el pacto que el Señor de gracia había hecho con ellos. Bajo el liderazgo de Moisés y de Josué habían experimentado las bendiciones que les llegan a los que saben cómo es el amor del Señor y lo atesoran.

4 ¡Oíd la palabra de Jehová, casa de Jacob y todas las familias de la casa de Israel! **5** Así dice Jehová:
«¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres,
que se alejaron de mí,
y se fueron tras la vanidad
y se volvieron vanos?

6 No dijeron: “¿Dónde está Jehová, que nos hizo subir de la tierra de Egipto, que nos condujo por el desierto, por una tierra desierta y despoblada, por tierra seca y de sombra de muerte, por una tierra por la cual no pasó varón ni habitó en ella hombre alguno?”

7 Os introduje en tierra de abundancia, para que comierais su fruto y sus bienes; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad.

8 Los sacerdotes no dijeron: “¿Dónde está Jehová?”, y los que tenían la Ley no me conocieron; los pastores se rebelaron contra mí, los profetas profetizaron en nombre de Baal y anduvieron tras lo que no aprovecha.

9 »Por tanto, pleitearé aún con vosotros, dice Jehová.

Con los hijos de vuestros hijos pleitearé.

10 Pasad, pues, a las costas de Quitim y mirad; enviad a Cedar y considerad cuidadosamente. Ved si se ha hecho cosa semejante a ésta.

11 ¿Acaso alguna nación ha cambiado sus dioses, aunque estos no son dioses?

Sin embargo, mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que no aprovecha.

12 ¡Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos! ¡Pasmaos en gran manera!, dice Jehová.

13 »Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua.

Cuando un desastre golpea nuestra vida de manera repentina e inesperada, quedamos aturvidos y nos preguntamos: “¿Qué pasó?” Aquí es el Señor quien se siente aturvido y le pregunta a Judá: “¿Qué pasó?” Usando la imagen de un tribunal, el Señor toma el papel de demandante y pregunta: “¿Por qué?” El Señor había cumplido su parte del pacto, había sido fiel a sus promesas, y sin embargo la nación entera, especialmente los líderes espirituales, se habían olvidado de su misericordia y le habían dado la espalda.

El Señor pide que todo el mundo sea testigo, desde el oriente hasta el occidente, de que nunca ha ocurrido cosa semejante a ésta. Ninguna nación cambia sus dioses; y esto es precisamente lo que Israel había hecho. Había abandonado al verdadero Dios por los ídolos que no tenían ningún valor.

El Señor ilustra la necedad de la nación con una comparación convincente. En las regiones desérticas y semiáridas de la tierra santa, nada es más precioso que el agua. La más valiosa de todas las fuentes de agua era un manantial de donde el agua fluía en abundancia. Todo el año fluía a borbotones, dulce y fresca, dando vida. Esa fuente garantizaba la vida de la gente y del rebaño que bebiera de ella. El Señor era la fuente de agua viva para Israel, nunca había dejado de proporcionarles todo lo que querían y necesitaban. En el desierto nadie sería tan necio como para abandonar esa fuente de agua viva. Sin embargo, eso era lo que había hecho el pueblo de Israel; había abandonado al Señor de vida.

Una segunda fuente de agua en el desierto era el agua de lluvia que previamente había sido recogida y canalizada en cisternas. Las cisternas eran cavadas bajo la tierra, eran cuidadosamente recubiertas, y luego las llenaban de agua durante la estación de las lluvias. Los propietarios procedían a sellarlas con una tapa, guardando así el agua para usarla en el futuro. Estas cisternas eran una fuente vital de agua para los viajeros y para los pastores que cuidaban los rebaños. Si la cisterna tuviera fugas de agua y se secara, significaría una muerte segura. Ese era el

segundo pecado de Israel, había puesto su confianza en sí mismo y en sus dioses falsos. Cuando necesitó ayuda y libertad, nadie la tuvo. Cuando fueron al pozo, regresaron con el balde vacío o seco. Regresar con las manos vacías es una experiencia terrible; pero es la única consecuencia para cualquiera que abandone a Cristo y busque ayuda en cualquiera otra parte.

14 »¿Es Israel un siervo?

¿Es un esclavo?

¿Por qué ha venido a ser presa?

**15 Los cachorros del león rugieron contra él,
alzaron su voz y asolaron su tierra;
quemadas están sus ciudades,
sin morador.**

**16 Aun los hijos de Menfis y de Tafnes
te quebraron el cráneo.**

**17 ¿No te acarreó esto el haber dejado a Jehová, tu Dios,
cuando te conducía por el camino?**

**18 Ahora, pues, ¿qué tienes tú en el camino de Egipto
para que bebas agua del Nilo?**

**¿Y qué tienes tú en el camino de Asiria
para que bebas agua del Éufrates?**

**19 Tu maldad te castigará
y tus rebeldías te condenarán;
reconoce, pues, y ve cuán malo y amargo
es el haber dejado tú a Jehová, tu Dios,
y no tener temor de mí,
dice el Señor, Jehová de los ejércitos.**

**20 »Porque desde hace mucho tiempo rompiste tu yugo y
tus ataduras,
y dijiste: “No serviré.”**

**Con todo eso, sobre todo collado alto
y debajo de todo árbol frondoso
te acostabas como una prostituta.**

**21 Te planté de vid escogida,
toda ella de buena simiente,
¿cómo, pues, te me has vuelto sarmiento de vid extraña?**

**22 Aunque te laves con lejía
y amontones jabón sobre ti,
la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí,
dice Jehová, el Señor.**

**23 ¿Cómo puedes decir: “No soy impura,
nunca anduve tras los baales”?
Mira tu proceder en el valle,
conoce lo que has hecho,
dromedaria ligera que corre de un lado a otro,**

**24 asna montés acostumbrada al desierto,
que en su ardor olfatea el viento.
De su lujuria, ¿quién la detendrá?
Ninguno que la busque se fatigará,
porque en el tiempo de su celo la hallará.**

**25 »Guarda tus pies de andar descalzos
y tu garganta de la sed.
Mas dijiste: “No hay remedio en ninguna manera,
porque a extraños he amado y tras ellos he de ir.”**

Los sufrimientos comenzaron una vez que la nación abandonó el pacto que Dios había hecho con ellos. Las superpotencias vecinas, Egipto y Asiria, saquearon la tierra y se llevaron grandes tesoros como botín. La referencia principal de nuestro texto es posible que sea respecto a la invasión del faraón Sisac que se llevó a Egipto una gran cantidad de tesoros tanto del templo como del palacio (1 Reyes 14:25-28).

Para encontrar seguridad en la región, la nación judía buscó alianzas con las grandes potencias, primero una alianza con Egipto, después con Asiria. No encontró protección en ninguna de esas alianzas. Buscaron constantemente la fuerza de las armas, de la diplomacia y de los grandes líderes. Adoptó una multitud de

dioses ajenos, buscando en todas partes, menos en su propio país donde ya tenía al verdadero Dios. Nunca se volvieron para mirar al Señor.

Los pueblos de Judá e Israel no lograron encontrar una solución a sus problemas porque tercamente se negaron a identificar la raíz de los problemas. Culparon a los profetas, a los reyes, a los sacerdotes, al clima; culparon al Señor mismo. Pero la culpa no era más que de ellos mismos, de su pecado. El Señor había derramado su bendición sobre ellos, los había plantado “de vid escogida”, capaz de producir buen fruto. No tenían disculpa. La única respuesta era que se arrepintieran, que se apartaran de su pecado y que se volvieran a Dios para recibir su perdón.

Desgraciadamente su pecado no había sido sólo de debilidad. La palabra llena de gracia del Señor se había convertido en una carga pesada para ellos; querían ser libres para hacer todo lo que les viniera en gana. En las palabras del apóstol Pablo, después de haberse visto libres de la justicia de Dios, se habían convertido en esclavos del pecado. Se regocijaban de su pecado: “Ni modo”, decían. “Es la cosa más natural del mundo.” “No podemos evitarlo, y nos gusta hacer lo que hacemos; así que no nos detendremos.” Con esas mentiras se disculpaban y se engañaban a ellos mismos, revelando su pecaminosidad en toda su fealdad. Rebeldes y sin control, iban de un dios a otro. ¿En qué iba a resultar todo eso?

**²⁶»Como se avergüenza el ladrón cuando es descubierto,
así se avergonzará la casa de Israel,
ellos, sus reyes, sus príncipes,
sus sacerdotes y sus profetas,**

**²⁷ que dicen a un leño: “Mi padre eres tú”,
y a una piedra: “Tú me has engendrado.”
Me volvieron la espalda y no el rostro,
pero en el tiempo de su calamidad dicen:
“¡Levántate y libranos!”**

²⁸ ¿Y dónde están tus dioses que hiciste para ti?

**¡Levántense ellos, a ver si pueden librar-te
en el tiempo de tu aflicción!,
porque según el número de tus ciudades, Judá,
han sido tus dioses.**

**29 »¿Por qué pleiteas conmigo?
Todos vosotros os rebelasteis contra mí,
dice Jehová.**

**30 En vano he azotado a vuestros hijos:
no han admitido la corrección.
Vuestra espada devoró a vuestros profetas
como león destrozador.**

**31 ¡Oh generación!,
atended vosotros a la palabra de Jehová.
¿He sido yo un desierto para Israel
o una tierra de tinieblas?
¿Por qué ha dicho mi pueblo:
“Somos libres; nunca más vendremos a ti”?**

**32 ¿Se olvida la virgen de su atavío
o la desposada de sus galas?
Pero mi pueblo se ha olvidado de mí
por innumerables días.**

**33 »¿Cómo adornas tu camino para buscar amor!
¿Cómo aprendiste los caminos de maldad!**

**34 Aun en tus faldas se halló la sangre
de los pobres, de los inocentes.**

**No los sorprendiste en ningún delito;
sin embargo, en todas estas cosas dices:**

35 “Soy inocente, de cierto su ira se apartó de mí.”

**Yo entraré en juicio contigo,
porque dijiste: “No he pecado.”**

**36 ¿Por qué eres tan ligera para cambiar tus caminos?
También serás avergonzada por Egipto,
como fuiste avergonzada por Asiria.**

37 También de allí saldrás con tus manos sobre la cabeza,

**porque Jehová desechó a aquellos en quienes tú confiabas,
y no prosperarás con ellos.**

De padre a hijo, de madre a hija, la gente de Judá había vivido en un espíritu de incredulidad. Al haberle dado la espalda constantemente al Señor, habían endurecido su corazón en contra de Dios. Sin embargo, esta era una nueva generación capaz de tomar decisiones por sí misma. El Señor no castigó a estos hijos por los pecados de sus padres. Ellos todavía tenían la oportunidad de arrepentirse.

El Señor seguía invitando a que Judá apreciara la bondad inquebrantable que le había mostrado a su pueblo. ¿Cómo era posible que se hubieran olvidado de su gracia? Ninguna novia olvida el día de su boda. Según las costumbres de esa época, hasta para la novia más pobre, el día de su boda era engalanada con las joyas y con los adornos adecuados propios de una reina; por ese único día de su vida todos sus parientes y amigos le prestaban sus joyas. Nunca más se iba a vestir con tanto esplendor. Además de los adornos y de las joyas que se le prestaban, la novia también se vestía con la dote que su padre había guardado para ella como la parte de la herencia familiar que le correspondía. Con frecuencia ella usaba su dote en la forma de pulseras y collares de oro y plata y de cadenas para el tobillo. Una novia no renunciaba fácilmente a su dote, si se le llegaba a perder alguna pequeña parte de la dote, la buscaba con diligencia hasta encontrarla, como hizo la mujer en la parábola de Jesús, que perdió una de las diez monedas de su dote (Lucas 15:8-10). ¿Cómo era posible que Israel se olvidara de la “dote” que Jehová su Dios le había dado en el monte Sinaí? Allí él los había convertido en su pueblo especial, el más precioso de todos los pueblos de la tierra. Les había dado su palabra de gracia para todas las épocas en las palabras de Moisés y en las de otros santos escritores. Dios había cumplido fielmente con todas sus promesas.

Y a pesar de todo eso, el pueblo de Israel se había olvidado de su Dios. Su verdadero pecado no era la debilidad, sino el pecado en términos generales. Habían cometido el mayor de todos los errores que estaba arraigado profundamente en su corazón, y esa actitud se puede ver en las palabras: “No he pecado”. Rechazaban la idea de que eran pecadores que merecían el castigo de Dios; por lo tanto, se negaban a arrepentirse. Pero no podía haber ninguna ayuda para ellos hasta que se arrepintieran. El Señor no les pedía nada; él estaba y está siempre listo a perdonar al que se arrepiente de sus pecados.

3»Dicho está:
“Si alguno deja a su mujer,
y ésta se va de él
y se junta a otro hombre,
¿volverá de nuevo a ella?
¿No será tal tierra del todo mancillada?”
Tú, pues, que has fornicado con muchos amigos,
¿habrás de volver a mí?,
dice Jehová.

²»Alza tus ojos a las alturas,
y ve si hay algún lugar donde no te hayas prostituido.
Junto a los caminos te sentabas para ellos
como un árabe en el desierto,
y con tus fornicaciones y tu maldad
has contaminado la tierra.

³Por esta causa las aguas fueron detenidas
y faltó la lluvia tardía.

Te has mostrado como una prostituta,
y no has querido avergonzarte.

⁴¿Acaso no me llamas ahora mismo
Padre mío, y Guía de mi juventud?

⁵Tú dices: “¿Guardará su enojo para siempre?
¿Eternamente lo guardará?”

**He aquí que has hablado así,
pero has hecho cuantas maldades pudiste.»**

En esta sección el Señor usa una ilustración que también emplea en otras partes del Antiguo Testamento; se describe a él mismo como el esposo de Israel. Por lo tanto su nación, que él en su gracia había escogido, es su esposa. En este caso Dios es el esposo cuya esposa lo ha abandonado; y no sólo esto, sino que además la esposa les había otorgado sus favores a muchos hombres. Judá había cometido idolatrías por todas partes. Los santuarios de los dioses falsos usualmente eran construidos en lugares apropiados, altos, y accesibles, en “las alturas”. Por su idolatría, Judá había corrompido la tierra. El Señor había castigado a la nación con la sequía. Las primeras lluvias caían en octubre y duraban hasta diciembre. Esas lluvias suavizaban la tierra para la labranza y para sembrar, dándoles a las cosechas un buen comienzo. Las lluvias más tardías o las lluvias de primavera llegaban a fines de febrero y marzo. Ambas estaciones lluviosas eran esenciales para una buena cosecha. El pueblo de Judá había experimentado la sequía y el hambre y no sabían por qué.

Ellos seguían como si nada hubiera pasado. Exteriormente adoraban al Señor tal como antes lo hacían. Seguían afirmando que tenían una relación especial con él. Le recordaron las promesas que él había hecho a Abraham, cuyos descendientes eran ellos. Sin embargo, no cambiaban su forma de vida; continuaban haciendo todo el mal que podían. Bajo esas condiciones ¿podría perdonarlos el Señor?

La lección de las diez tribus del norte

⁶Me dijo Jehová en días del rey Josías: «¿Has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Se ha ido a todo monte alto y bajo todo árbol frondoso, y allí ha fornicado. ⁷Y dije: “Después de hacer todo esto, se volverá a mí”, ¡pero no se volvió! Y lo vio su hermana, la rebelde Judá. ⁸Ella vio que

por haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá, su hermana, sino que también fue ella y fornicó. ⁹Y sucedió que por juzgar ella cosa ligera su fornicación, la tierra fue contaminada, pues adulteró con la piedra y con el leño. ¹⁰Con todo esto, su hermana, la rebelde Judá, no se volvió a mí de todo corazón, sino fingidamente, dice Jehová.»

Si el ejemplo de sus antepasados no era suficiente, el Señor le dio a Judá una segunda y más vívida lección acerca de los resultados de la incredulidad. El profeta pronunció estas palabras en los tiempos del rey Josías (640–609 a.C.). La renovada devoción a la verdadera adoración del Señor que emprendió el rey Josías no se arraigó en el corazón de su pueblo. Decían las cosas correctas y ofrecían los sacrificios correctos, pero en su corazón permanecían alejados del Señor.

Así que el Señor dirige su atención al desastre que azotó a las diez tribus del norte, que ocurrió después del rompimiento del reino de Israel (931 a.C.). En el año 722 a.C., después de que el Señor hiciera repetidas advertencias, los asirios terminaron con el reino de Israel al capturar su capital, Samaria, y al deportar a su pueblo a un lugar distante del vasto Imperio Asirio. Ese exilio ocurrió porque los israelitas se negaron a escuchar a los profetas que el Señor les había enviado.

Para usar la ilustración de las relaciones entre el esposo y la esposa, el Señor hizo que el divorcio fuera definitivo. Le había dado a Israel lo que tanto había pedido, estar libres de él. Esa lección estremecedora no había causado ningún impacto en el pueblo de Judá. Sin ningún temor y con una determinación aun mayor, Judá siguió cometiendo los mismos pecados que su hermana del norte. Continuó caminando por la misma senda de destrucción.

¹¹Y me dijo Jehová: «Ha resultado justa la rebelde Israel en comparación con la traidora Judá. ¹²Ve y proclama estas

palabras hacia el norte, y di:

**»“Vuélvete, rebelde Israel,
dice Jehová;
no haré caer mi ira sobre ti,
porque misericordioso soy yo,
dice Jehová;
no guardaré para siempre el enojo.**

**¹³ Reconoce, pues, tu maldad,
porque contra Jehová, tu Dios, te has levantado,
y has fornicado con los extraños
debajo de todo árbol frondoso,
y no has escuchado mi voz,
dice Jehová.**

**¹⁴ »”Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy
vuestro esposo; os tomaré, uno de cada ciudad y dos de cada
familia, y os introduciré en Sión. ¹⁵ Os daré pastores según
mi corazón, que os apacienten con conocimiento y con
inteligencia. ¹⁶ Y acontecerá que cuando os multipliquéis y
crezcáis en la tierra, en esos días, dice Jehová, no se dirá
más: ‘¡Arca del pacto de Jehová!’ No vendrá al pensamiento
ni se acordarán de ella, no la echarán de menos ni será hecha
de nuevo. ¹⁷ En aquel tiempo llamarán a Jerusalén Trono de
Jehová, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de
Jehová, a Jerusalén; y no andarán más tras la dureza de su
malvado corazón.**

**¹⁸ »”En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa
de Israel, y vendrán juntamente de la tierra del norte a la
tierra que hice heredar a vuestros padres.**

**¹⁹ »”Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos
y os daré la tierra deseable,
la rica heredad de las naciones?
Y dije: Me llamaréis Padre mío,
y no os apartaréis de en pos de mí.**

²⁰ Pero como la esposa infiel abandona a su compañero,

**así os levantasteis contra mí, casa de Israel,
dice Jehová.**

El Señor dice que Israel ha resultado justa en comparación con Judá que tuvo el beneficio de ser testigo de lo que le ocurrió a su hermana, junto con las muchas advertencias que se le hicieron, y sin embargo lo ignoró. En comparación, el pecado de Judá hacía parecer pequeño el pecado de Israel; en este sentido Israel era más justo que Judá. El Señor muestra su verdadero carácter cuando hace esta comparación. Con gran afecto y ternura le ruega al pecador, en este caso ilustrado por Israel, que regrese a él. Invita al pecador a que confiese sus pecados de todo corazón.

En su gracia, el Señor ofrece lo que a nadie se le hubiera ocurrido pensar que haría. Recibiría de nuevo a la esposa que se había entregado a la vergonzosa prostitución. Una vez más recibiría con un abrazo a la que había pecado en forma tan grande. Al describir su gracia, el Señor dirige la atención de los lectores a otros tiempos, más allá de la época del Antiguo Testamento, al tiempo del Mesías, el Salvador esperado por tantos años. Para reemplazar a los infieles y a los falsos líderes espirituales que habían engañado a su pueblo, Dios enviaría líderes que pensarían lo mismo que el Señor. Guiarían a su pueblo con un conocimiento nacido de su estrecha familiaridad con la palabra de Dios.

Esos días llegarían cuando las sombras del Antiguo Testamento encontrarán su cumplimiento en Jesucristo, el Hijo mismo de Dios. Dios estaría presente entre su pueblo que ya no quedaría en un lugar determinado, sino en una persona. En la persona de Cristo, él llevaría a cabo la gran salvación del pecado que había prometido. Esa sería la salvación del pecado, y tanto el templo como el Arca del pacto ya no serán recordados ni necesarios. Sería un tiempo en el que las naciones y los judíos se volverían al Señor y creerían en Jesucristo.

Ahora que el evangelio ha sido predicado en toda la tierra, nosotros estamos viviendo esos tiempos. Hombres, mujeres, y

niños, de todas las naciones han escuchado el mensaje y han creído para su salvación eterna. El Señor no estaba interesado únicamente en una gracia y unas promesas futuras, pues Dios es el Señor de la gracia eterna. Había esperado que su revelación de la gracia futura convenciera al pueblo de los tiempos de Jeremías de que él aún los amaba, y de que esperaba que se arrepintieran. Pero ese arrepentimiento no ocurrió. El Señor sólo pudo reflexionar en lo que habría sido si Judá hubiera cambiado su forma de pensar.

**21 »»Una voz se oye sobre las alturas,
llanto de los ruegos de los hijos de Israel,
porque han torcido su camino,
se han olvidado de Jehová, su Dios.**

**22 ¡Convertíos, hijos rebeldes,
y os sanaré de vuestras rebeliones!»»**

**«Aquí estamos, venimos a ti,
porque tú, Jehová, eres nuestro Dios.**

**23 Ciertamente vanidad son los collados
y el bullicio sobre los montes;
ciertamente en Jehová, nuestro Dios,
está la salvación de Israel.**

**24 »»Confusión consumió el trabajo de nuestros padres
desde nuestra juventud:**

sus ovejas, sus vacas, sus hijos y sus hijas.

25 Yacemos en nuestra vergüenza,

nuestra ignominia nos cubre;

porque pecamos contra Jehová, nuestro Dios,

nosotros y nuestros padres,

desde nuestra juventud y hasta este día,

y no hemos escuchado la voz de Jehová, nuestro Dios.»»

4 «Si te has de volver, Israel»,

dice Jehová,

«vuélvete a mí.

Si quitas de delante de mí tus abominaciones

**y no andas de acá para allá,
y si con verdad y conforme al derecho y la justicia
juras:
“Vive Jehová”,
entonces las naciones serán benditas en él,
y en él se gloriarán.**

Estos versículos nos describen el ferviente anhelo del Señor. Esperaba cantar a dúo la canción que escuchamos en estos versículos. El Señor invita a su pueblo penitente para que regrese a él. Él los sanaría por medio de su Espíritu y de su palabra; les aplicaría el bálsamo sanador del evangelio. Los perdonaría. El verdadero arrepentimiento sería la señal de que el poder sanador ya haya comenzado a surtir efecto. Esperaba que respondieran a su invitación con las palabras que expresan el verdadero arrepentimiento.

Si el pueblo de Judá hubiera respondido a la invitación del Señor con verdadero arrepentimiento y con fe, entonces habrían confesado que nada bueno les había traído su falsa adoración y la maldad que habían cometido. Hubieran reconocido que en nadie más, fuera del Señor, se encuentra la verdadera ayuda, y que habían malgastado su tiempo y su dinero en lo que no es nada. Sin esconder nada, hubieran confesado totalmente su pecado, sin tratar de encontrar ninguna excusa. Aprovechando la invitación incondicional del Señor se hubieran refugiado por completo en su misericordia. Los creyentes honran grandemente a Dios cuando creen en sus promesas y cuando lo miran como su Salvador. Esa es la clase de honor que él esperaba que Judá le rindiera.

El arrepentimiento le hubiera traído las bendiciones más grandes no sólo a Judá sino a todas las naciones. Al ver la misericordia del Señor hacia Judá se hubieran acercado a él, pues el Señor ya le había prometido a Abraham que en él todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 12:3). La promesa incluye a todas las naciones y se cumpliría cuando las naciones

llegaran a conocer al Señor mediante sus actos de amor y de fidelidad, en primer lugar hacia su pueblo escogido y después hacia todas las naciones, en la persona de su Hijo Jesucristo.

3»Porque así dice Jehová a todo hombre de Judá y de Jerusalén:

**»Arad campo para vosotros
y no sembréis entre espinos.**

**4 Circuncidaos para Jehová,
quítad el prepucio de vuestro corazón,
hombres de Judá y moradores de Jerusalén,
no sea que mi ira salga como fuego,
que se encienda y no haya quien la apague
a causa de la maldad de vuestras obras.**

**5»Anunciadlo en Judá, proclamadlo en Jerusalén,
diciendo:**

**“Tocad trompeta en la tierra”;
gritad a voz en cuello y decid:**

**“¡Reuníos y entremos
en las ciudades fortificadas!”**

**6 Alzad bandera en Sión,
huid, no os detengáis,
porque del norte hago yo venir
mal y quebrantamiento grande.**

**7 El león sube de la espesura,
el destructor de naciones está en marcha;
ha salido de su lugar para poner tu tierra en desolación;
tus ciudades quedarán asoladas y sin morador.**

**8 Por eso, vestíos con ropas ásperas,
lamentaos y gemid,
porque la ira de Jehová
no se ha apartado de nosotros.**

El Señor pide una respuesta genuina, nacida del corazón de quienes acepten su invitación; busca un cambio en el interior del

hombre. Por esa razón le pide a Judá que circuncide su corazón. La circuncisión era solamente una marca en el cuerpo que ni entonces ni ahora hace a nadie justo ante Dios, pues la verdadera justicia comienza en el corazón, ya que si el corazón es puro, entonces toda la persona es pura también. Si se limpia el corazón con el perdón y con la fe, entonces todo el ser es bueno. Si el ser interior no se limpia y se renueva, entonces todo lo demás permanece corrupto e impuro.

Sin el arrepentimiento genuino lo único que habría de experimentar Judá sería la ira de Dios, que quema como un fuego inextinguible que sólo se puede apagar mediante el evangelio. El evangelio y sólo el evangelio purifica y limpia el corazón con el perdón y con la fe. Quien rechaza este perdón, el que le diga no a este evangelio, deja que toda la ira de Dios se descargue por completo sobre él.

Y como el pueblo de Judá no se arrepintió de corazón, al Señor no le quedó otro remedio que dejar caer sobre ellos el juicio destructor. Ellos iban a tener que abandonar los campos donde no había protección por las ciudades fortificadas a las que las protegían sus murallas. El Señor soltaría del norte un león que evidentemente es el símbolo de un conquistador poderoso y de un gran rey. Debido a que el Señor iba a estar con los atacantes de Judá, nada los detendría.

**⁹»En aquel día», dice Jehová,
«desfallecerá el corazón del rey
y el corazón de los príncipes,
los sacerdotes estarán atónitos
y se espantarán los profetas.»**

**¹⁰Yo dije: «¡Ay, ay, Jehová, Dios,
verdaderamente en gran manera has engañado a este
pueblo y a Jerusalén,
diciendo: “Tendréis paz”,
pues la espada ha entrado hasta el alma!»**

- ¹¹ En aquel tiempo se dirá a este pueblo y a Jerusalén:
«Un viento seco de las alturas del desierto viene hacia la hija de mi pueblo, y no para aventar ni para limpiar.**
- ¹² Un viento más impetuoso que éste vendrá a servirme, y ahora yo pronunciaré juicios contra ellos.**
- ¹³ »Subirá como las nubes, y su carro como un torbellino. Más ligeros son sus caballos que las águilas. ¡Ay de nosotros, porque entregados somos al despojo!**
- ¹⁴ Lava tu corazón de maldad, Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo permitirás en medio de ti los pensamientos de iniquidad?**
- ¹⁵ Porque una voz trae las noticias desde Dan y hace oír la calamidad desde los montes de Efraín.**
- ¹⁶ Decid a las naciones, hacedlo oír sobre Jerusalén: «Invasores vienen de tierra lejana, y lanzarán su voz contra las ciudades de Judá.»**
- ¹⁷ Como guardas de campo la rodearán, porque se rebeló contra mí, dice Jehová.**

El juicio del Señor cayó sorpresivamente sobre toda la nación porque ellos habían ignorado todas las advertencias que habían recibido. Muchos profetas, principalmente Jeremías entre ellos, habían predicho el juicio venidero. A pesar de las advertencias, tanto el pueblo de Judá como sus líderes habían optado por creer en la paz tenue que les habían prometido los falsos profetas. También esto era parte del juicio del Señor; él dejó que la terquedad de su pueblo creyera la mentira.

Los profetas del Señor habían tocado las trompetas de alerta por tanto tiempo y en tantas ocasiones, que cuando cayó el juicio

final sobre Jerusalén nadie pudo creer lo que realmente estaba ocurriendo. Por años el Señor les había enviado castigos en forma de disciplina; había enviado esos castigos para corregirlos y para llevarlos al arrepentimiento. Pero ya que nada habían aprendido de esas medidas disciplinarias, el Señor decidió ponerles fin a sus intentos de corregirlos. En vez de eso, anunció que iba a enviar un viento abrasador del desierto que los barrería violentamente del piso y los consumiría.

El Señor mismo iba a dirigir el avance contra ellos. El pueblo no se estaría enfrentando a ningún ser humano, sino al Señor mismo; y para esas personas ya no hay ninguna esperanza. Desde Dan, al extremo norte del país, un mensajero tras otro trajo noticia: “Invasores vienen de tierra lejana”.

**18 »Tu camino y tus obras
te hicieron esto;
ésta es tu maldad,
por lo cual la amargura penetrará hasta tu corazón.»**

**19 ¡Mis entrañas, mis entrañas!
Me duelen las fibras de mi corazón;
mi corazón se agita dentro de mí, no callaré,
porque sonido de trompeta has oído, alma mía:
¡un pregón de guerra!**

**20 Se anuncia quebranto tras quebranto,
porque toda la tierra es destruida.
¡De repente son destruidas mis tiendas,
en un momento mis cortinas!**

**21 ¿Hasta cuándo he de ver bandera
y he de oír sonido de trompeta?**

En esta sección Jeremías expresa sus sentimientos personales y lo que siente como representante de toda la nación. Todos cometemos errores, algunos peores que otros, y los más dolorosos son los que nos lastiman a nosotros mismos o a otros, errores que podríamos haber evitado. Así fue el dolor que Jeremías expresa

aquí. La nación pudo haber evitado ser azotada por el juicio del Señor, pero decidió no hacerlo. Esa decisión hizo que el castigo fuera aun más amargo. La culpa era de ellos.

Jeremías sintió el dolor de su pueblo. Sabía que la palabra que predicaba era la verdad. La carga de su predicación lo abrumaba. Hubiera deseado predicar otro mensaje, pero en vista de que la nación se negó a arrepentirse tuvo que predicar el mensaje de la ley y del juicio de Dios. La impenitencia continua de Judá era una mayor razón para su predicación. El pueblo de Judá tenía que escuchar y Jeremías no podía quedarse callado.

**22 Porque mi pueblo es necio, no me conocieron;
son hijos ignorantes y faltos de entendimiento;
son sabios para hacer el mal,
pero no saben hacer el bien.**

**23 Miré a la tierra, y vi que estaba desordenada y vacía;
y a los cielos, y no había luz en ellos.**

**24 Miré a los montes, y vi que temblaban,
y todos los collados fueron destruidos.**

**25 Miré, y no había hombre,
y todas las aves del cielo se habían ido.**

**26 Miré, y vi que el campo fértil era un desierto,
y todas sus ciudades estaban asoladas
delante de Jehová,
delante del ardor de su ira.**

**27 Así dijo Jehová:
«Toda la tierra será asolada,
pero no la destruiré del todo.**

**28 Por esto se enlutará la tierra,
y los cielos arriba se oscurecerán,
porque hablé, lo pensé
y no me arrepentiré ni desistiré de ello.**

**29 Al estruendo de la gente de a caballo y de los flecheros
huye toda la ciudad;**

**entran en las espesuras de los bosques
y se suben a los peñascos;
todas las ciudades fueron abandonadas
y no queda en ellas morador alguno.**

³⁰ Y tú, destruida, ¿qué harás?

**Aunque te vistas de grana,
aunque te adornes con atavíos de oro,
aunque pintes con antimonio tus ojos,
en vano te engalanas,
pues te desprecian tus amantes,
los que buscan tu vida.**

**³¹ Porque he oído una voz como de mujer
que está de parto,
angustia como de primeriza.**

**Es la voz de la hija de Sión,
que lamenta y extiende sus manos, diciendo:
“¡Ay de mí, pues mi alma desfallece
a causa de los asesinos!”»**

El pueblo de Judá había dejado al Señor porque ya no creían más en él y no encontraban ningún sentido en lo que él decía. Debido a su necesidad, iban a recibir la recompensa de los necios. En su mente, Jeremías se imaginó un cuadro de la devastación de la tierra. Todo se veía lúgubre y gris; no había nada verde, ninguna señal de vida. Los cielos aparecían negros y silenciosos; las ciudades estaban vacías.

Quizá ninguna persona fue tan responsable por la caída de Jerusalén, el reino del norte, como Jezabel, porque fue por medio de ella que la adoración a Baal se convirtió en una parte de la vida religiosa del pueblo del norte. Su nombre llegó a ser sinónimo de incredulidad, y el pueblo de Israel jamás se iba a recuperar de su engaño. El Señor la maldijo con el anuncio de una muerte violenta. Dios entonces elevó a Jehú como rey, y lo escogió así como instrumento suyo. Cuando Jezabel supo que él venía, se atavió lo mejor que pudo tratando de evitar hasta el final su propia ejecución

(2 Reyes 9:30ss). De igual forma se comportó Judá hasta el final. Atrapada en las consecuencias de su incredulidad, no se arrepintió. Al contrario, se volvió con más fuerza a la adoración de sus ídolos y eso no iba a terminar bien. Teniendo el ejemplo de Israel frente a ella e ignorando lo que había pasado, Judá iba a recibir el mismo castigo que recibió Israel. No obstante, en el caso de Judá, por causa de las promesas que le había hecho a David, el Señor iba a conservar un pequeño remanente.

La lección de Sodoma y Gomorra

5 «Recorred las calles de Jerusalén,
mirad ahora e informaos; buscad en sus plazas
a ver si halláis un solo hombre,
si hay alguno que practique la justicia,
que busque la verdad,
y yo lo perdonaré.

² Aunque digan: “Vive Jehová”,
juran en falso.»

³ Jehová, ¿no miran tus ojos la verdad?
Los azotaste, y no les dolió;
los consumiste, y no quisieron recibir corrección;
endurecieron sus rostros más que la piedra,
y no quisieron convertirse.

⁴ Entonces yo dije:
«Ciertamente, éstos son pobres, han enloquecido
pues no conocen el camino de Jehová,
el juicio de su Dios.

⁵ Iré a los grandes y les hablaré,
porque ellos conocen el camino de Jehová,
el juicio de su Dios.
¡Pero ellos también quebraron el yugo,
rompieron las coyundas!

⁶ »Por tanto, el león de la selva los matará,
los destruirá el lobo del desierto,

el leopardo acechará sus ciudades.

**Cualquiera que salga de ellas, será arrebatado,
porque sus rebeliones se han multiplicado,
se han aumentado sus traiciones.**

7»¿Cómo te he de perdonar por esto?

Tus hijos me dejaron

y juraron por lo que no es Dios.

Los sacié y adulteraron,

y en compañías se juntaron en casa de prostitutas.

8 Como caballos bien alimentados,

cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo.

9 ¿No había de castigar esto?,

dice Jehová.

De una nación como ésta,

¿no se había de vengar mi alma?

10 Escalad sus muros y destruid,

pero no del todo;

quidad las almenas de sus muros

porque no son de Jehová.

11 Porque resueltamente se rebelaron contra mí

la casa de Israel y la casa de Judá,

dice Jehová.»

De la comparación que primero había hecho el Señor de Judá con Israel no había resultado nada digno de elogio, pero ahora el Señor hace aquí una comparación aun más odiosa. Comparó a Judá con las ciudades de Sodoma y Gomorra. En el Antiguo Testamento, en ninguna parte de la tierra había un lugar tan impío como Sodoma y Gomorra y, sin embargo, el Señor le había prometido a Abraham que no destruiría la ciudad si se encontraran en ella diez justos. Lo mismo hace ahora Dios en franco desafío a Jeremías: “Recorred las calles de Jerusalén, mirad ahora e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis un solo hombre, si hay alguno que practique la justicia, que busque la verdad; y yo lo perdonaré”.

El Señor habría detenido su juicio sobre Sodoma y Gomorra si hubiera encontrado allí diez creyentes. El Señor prometió detener su juicio contra Israel si se encontrara allí un creyente, ¡si tan sólo se pudiera encontrar uno! Con ese reto el Señor trató de demostrar el grado de maldad a la que había llegado Jerusalén. Quería que sus ciudadanos se dieran cuenta del peligro por el que caminaban.

En el espíritu, Jeremías hizo su escrutinio. Consideró en la ciudad desde el menor hasta el mayor pero no pudo encontrar un solo creyente. No había argumento, no se podía dar ninguna razón para salvar la ciudad. Sabemos por la profecía de Jeremías que algunos (ciertamente más de uno) en la ciudad de Jerusalén creía en lo que decía Jeremías. Sin embargo, Dios usó esta ilustración para hacerles ver a los habitantes de la ciudad el peligro grave en que su impenitencia los había puesto.

**¹² Negaron a Jehová,
y dijeron: «Él no existe,
y no vendrá mal sobre nosotros
ni veremos espada ni hambre.»
¹³ Los profetas serán como viento,
porque no hay en ellos palabra;
así se hará a ellos.**

**¹⁴ Por tanto, así ha dicho
Jehová, Dios de los ejércitos:
«Por haber dicho esto,
yo pongo mis palabras
en tu boca como fuego,
y a este pueblo como leña,
y los consumiré.**

**¹⁵ »Yo traigo sobre vosotros
gente de lejos, casa de Israel,
dice Jehová;
gente robusta, gente antigua,**

**gente cuya lengua ignoras
y no entenderás lo que diga.
16 Su aljaba es como un sepulcro abierto;
todos son valientes.
17 Comerá tu mies y tu pan,
comerá a tus hijos y a tus hijas;
comerá tus ovejas y tus vacas,
comerá tus viñas y tus higueras,
y a espada convertirá en nada
tus ciudades fortificadas en que confías.**

Palabras, palabras, palabras; nada más que palabras. Esta fue la actitud con la que la gente había recibido el mensaje del profeta. Ellos insistían en creer que el Señor realmente no iba a hacer nada. Estaban absolutamente seguros de que tenían a Dios comprometido con ellos; después de todo ellos eran su pueblo, sin importar lo malos que fueran; no les podía dar la espalda. También rechazaban su mensaje de advertencia porque ya no creían que Dios estuviera cerca de ellos. No es que negaran la existencia de Dios, sino que negaban que Dios tuviera interés en los asuntos de la vida diaria. Para ellos Dios estaba distante en los cielos, un Espíritu que tenía que ver muy poco con nuestro mundo. Así soñaba el pueblo de Judá, y hoy en día la gente sigue soñando igual. Con esos sueños pensaban que se podían deshacer de Dios y de su responsabilidad para con él.

Una actitud como esa trae la maldición de Dios. Aquí Dios confirmó la autoridad del profeta. La misma palabra que se habían negado a creer sería la misma palabra que los juzgaría y los consumiría. El Señor describió más ampliamente la fiereza del atacante que vendría del norte. Sería un extranjero que no tendría ninguna compasión por el pueblo de Judá. Tomaría todo para sí mismo y derribaría la más segura de las fortalezas, porque el Señor estaría a favor de él.

18 »No obstante, en aquellos días, dice Jehová, no os destruiré del todo. **19** Y cuando digan: “¿Por qué Jehová, el Dios nuestro, hizo con nosotros todas estas cosas?”, entonces les dirás: “De la manera que me dejasteis a mí y servisteis a dioses ajenos en vuestra tierra, así serviréis a extraños en tierra ajena.”

20 »Anunciad esto en la casa de Jacob y hacedlo oír en Judá, diciendo:

21 Oíd ahora esto, pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye.

22 ¿A mí no me temeréis?, dice Jehová.

¿No os amedrentaréis ante mí, que puse la arena por límite al mar, por estatuto eterno que no quebrantará? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán. Bramarán sus olas, mas no lo traspasarán.

23 Pero este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron.

24 Y no dijeron en su corazón:

“Temamos ahora a Jehová, Dios nuestro, que da lluvia temprana y tardía en su tiempo, y nos guarda los tiempos establecidos de la siega.”

25 Vuestras iniquidades han estorbado estas cosas; vuestros pecados apartaron de vosotros el bien,

26 porque hay en mi pueblo malhechores que acechan como quien pone lazos, que tienden trampas para cazar hombres.

27 Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se han hecho poderosos y ricos.

28 Engordaron y se pusieron lustrosos, y sobrepasaron los hechos del malo.

No juzgaron la causa, la causa del huérfano,

y sin embargo, prosperaron.

¡La causa de los pobres no juzgaron!

²⁹ Dice Jehová: ¿No castigaré esto?

¿De tal gente no se vengará mi alma?

³⁰ »Cosa espantosa y fea

es hecha en el país:

³¹ los profetas profetizan mentira

y los sacerdotes dominan por manos de ellos.

¡Y mi pueblo así lo quiere!

¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?»

Nuevamente el Señor había prometido que iba a dejar un grupo pequeño de sobrevivientes para confirmar que realmente había hablado con la verdad. ¡Qué necio había llegado a ser su pueblo! Tal como Dios lo había prometido, sintieron la sequía y sus efectos, pero se imaginaron que todo se debía a la mala suerte y que tendría que haber alguna explicación lógica para ese desastre. Quizá la corriente de los vientos no había sido favorable; quizá las corrientes frías del océano eran la explicación. De esta forma pretendían eludir al Dios que había creado el universo entero y que también había establecido las leyes por las que sería gobernado.

El pueblo de Judá estaba más que dispuesto a creer cualquier explicación para sus tribulaciones excepto la única verdadera: su propio pecado. Su maldad pasaba por encima de todos los límites. Mostraban muy poco interés por los derechos y las necesidades de los demás. Por todas partes su conducta traicionaba los motivos de su corazón.

Los “profetas” de Judá le decían a la gente lo que ésta quería oír. En todas las épocas han surgido y surgirán mentirosos para decir la mentira que el mercado religioso quiera escuchar. Los sacerdotes cambiaban las palabras de Dios para acomodarlas a sus propios propósitos y nadie se oponía a eso, así lo quería la gente. Y no pensemos que se trataba de los peores del pueblo, pues no

eran peores que otros incrédulos. Todos los incrédulos son así de impíos ante los santos ojos de Dios.

Jerusalén bajo sitio

6 ¡Huid, hijos de Benjamín,
de en medio de Jerusalén!
¡Tocad bocina en Tecoa!
¡Alzad señales de humo sobre Bet-haquerem!,
porque del norte
asoma el mal, un gran quebrantamiento.

² Destruiré a la bella y delicada hija de Sión.

³ Contra ella vendrán pastores con sus rebaños;
junto a ella y a su alrededor plantarán sus tiendas.
Cada uno apacentará su manada.

⁴ «¡Anunciad guerra contra ella!
¡Levantaos! ¡Asaltémosla a mediodía!
¡Ay de nosotros,
que va cayendo el día
y las sombras de la tarde se han extendido!

⁵ ¡Levantaos! ¡Asaltemos de noche
y destruyamos sus palacios!»

⁶ Así dijo Jehová de los ejércitos:

«Cortad árboles y levantad un terraplén
contra Jerusalén.

Ésta es la ciudad que ha de ser castigada,
pues toda ella está llena de violencia.

⁷ Como de la fuente nunca cesan de manar las aguas,
así de ella nunca cesa de manar la maldad;
injusticia y robo se oyen en ella;
continuamente en mi presencia hay enfermedad y herida.

⁸ ¡Corrigete, Jerusalén,
para que no se aparte mi alma de ti,
para que no te convierta en desierto,

en tierra deshabitada!»

**⁹ Así dijo Jehová de los ejércitos:
«Del todo rebuscarán como a vid
al resto de Israel;
vuelve a pasar tu mano
como vendimiador entre los sarmientos.»**

La gente de la nación dormía en sus propias mentiras; su verdadera condición estaba mucho más allá de la falsa paz en la que se imaginaban estar. Por lo tanto, una vez más el profeta Jeremías anuncia la advertencia: Noticias de un ejército invasor retumbaban desde el norte. Sería un ejército poderoso, conformado por muchos aliados. Ni el calor del día ni la oscuridad de la noche detendrían su ataque.

La impiedad no podía ni puede quedar sin castigo. La gente de Judá había acumulado pecados sin arrepentirse hasta el cansancio; no había restricción, todo lo que hacían era pecar. Esa es la naturaleza de la carne pecadora. En esta forma crece el pecado hasta que domina a la persona entera; y este pecado, esta impenitencia, tiene que ser castigado. El enemigo no dejará nada; como el vendimiador, no estará satisfecho hasta que haya cosechado la última uva.

**¹⁰ «¿A quién hablaré y amonestaré, para que escuchen?
Sus oídos son incircuncisos,
y no pueden escuchar;
y la palabra de Jehová les es cosa vergonzosa,
¡no la aman!**

**¹¹ Por tanto, estoy lleno de la ira de Jehová,
estoy cansado de contenerme.**

**»Derrámala sobre los niños en la calle,
e igualmente sobre la reunión de los jóvenes,
porque será preso tanto el marido como la mujer,
tanto el viejo como el muy anciano.**

**¹² Sus casas serán traspasadas a otros,
sus heredades y también sus mujeres,
porque yo extenderé mi mano
sobre los moradores de la tierra,
dice Jehová.**

**¹³ »Desde el más chico de ellos hasta el más grande,
cada uno sigue la avaricia;
y desde el profeta hasta el sacerdote,
todos son engañadores.**

**¹⁴ Curan la herida de mi pueblo con liviandad,
diciendo: “Paz, paz”,
¡pero no hay paz!**

**¹⁵ ¿Se han avergonzado
de haber hecho abominación?
Ciertamente no se han avergonzado,
ni aun saben tener vergüenza;
por tanto, caerán entre los que caigan;
cuando los castigue caerán,
dice Jehová.»**

**¹⁶ Así dijo Jehová:
«Paraos en los caminos, mirad
y preguntad por las sendas antiguas,
cuál sea el buen camino.
Andad por él y hallaréis descanso para vuestra alma.»
Mas dijeron: «¡No andaremos!»**

**¹⁷ «Puse también sobre vosotros atalayas, que dijeran:
“¡Estad atentos al sonido de la trompeta!”
Y ellos dijeron: “¡No lo estaremos!”»**

El pueblo de Judá tuvo mucho más tiempo y oportunidad de arrepentirse en comparación con el que tuvo la gente de Sodoma y Gomorra, pues por siglos habían escuchado la predicación de la palabra de Dios de boca de los profetas. Sin embargo, con el paso del tiempo se le había endurecido el corazón, ya no querían

escuchar más. Lo más trágico de todo es que llegó el día en que ya no podían escuchar, porque el Señor mismo había endurecido el corazón de muchos de ellos. Ese endurecimiento del corazón comienza con el descuido, continúa con más descuido y termina con un descuido total de la predicación de la palabra de Dios. El diablo se siente muy feliz cuando consigue que alguien deje de escuchar la predicación de la palabra.

Jeremías tenía un mensaje que dar, pero no había nadie que lo escuchara. La gente, la nación entera, se había entregado a la avaricia y a la codicia. Se habían inclinado ante el más grande de todos los ídolos, el que tenía más adoradores que cualquier otra religión. El amor por este mundo, la pasión por las cosas que ofrece esta vida, se ha arraigado profundamente en todo corazón humano. Y los líderes espirituales de Judá consentían estos deseos malsanos, sabiendo bien el beneficio y la popularidad que podrían ganar con esa actitud. Sus predicadores ignoraban la enfermedad, suprimían los síntomas y continuaban con su predicación de un “evangelio del éxito, de la prosperidad, y de la satisfacción”.

Para todo asunto importante llega el momento de la decisión y se acaba el tiempo para sopesar los pros y los contras. Se tiene que tomar una decisión. El Señor invitó a su pueblo para que tomara la decisión. Estaban parados en la encrucijada del camino de su existencia como nación. Delante de ellos estaba el sendero bueno y el antiguo, y el Señor invitó a que su pueblo siguiera el ejemplo de Josué, de Samuel, y de David, quienes siguieron al Señor. Los invitó a que se arrepintieran, a que escucharan, a que encontraran la verdadera paz, la salud, la curación verdadera y la satisfacción de creer el mensaje del evangelio. Pero su decisión fue ir por otro camino, ya habían hecho su elección y ahora tendrían que vivir con ella.

¹⁸ Por tanto, oíd, naciones, y entended, congregación, lo que sucederá.

¹⁹ «Oye, tierra:

**Yo traigo el mal sobre este pueblo,
el fruto de sus pensamientos,
porque no escucharon mis palabras
y aborrecieron mi Ley.**

**²⁰ ¿Para qué me traéis este incienso de Sabá
y la buena caña olorosa de tierra lejana?
Vuestros holocaustos no son aceptables
ni vuestros sacrificios me agradan.»**

**²¹ Por tanto, Jehová dice esto:
«Yo pongo a este pueblo
tropiezos, y caerán en ellos
los padres y los hijos juntamente;
el vecino y su compañero perecerán.»**

**²² Así ha dicho Jehová:
«Un pueblo viene de la tierra del norte,
una nación grande se levantará de los confines de la
tierra.**

**²³ Arco y lanza empuñarán;
cruelles son, y no tendrán compasión;
su estruendo brama como el mar,
y montan a caballo
como hombres dispuestos para la guerra,
contra ti, hija de Sión.»**

**²⁴ Al oír de su fama,
nuestras manos se han descoyuntado.
De nosotros se ha apoderado la angustia,
un dolor como de mujer que está de parto.**

**²⁵ ¡No salgas al campo
ni andes por el camino,
porque espada de enemigo
y temor hay por todas partes!**

**²⁶ ¡Hija de mi pueblo, cíñete de ropas ásperas
y revuélcate en ceniza!**

**¡Ponte de luto como por el hijo único, y llora
amargamente,
porque pronto vendrá sobre nosotros el destructor!**

El pueblo de Judá ya había hecho su elección, así lo confirmaba su forma de adoración. Es verdad que seguían ofreciendo sacrificios en el altar del templo; en realidad el templo era un lugar muy concurrido por los adoradores y los peregrinos. Según todas las apariencias, la religión estaba en demanda, pero como su corazón no estaba limpio, el Señor no se complacía con lo que hacían. El corazón del pueblo estaba lleno de incredulidad. Vivían con la ilusión de que sus obras externas en los ritos del templo eran suficientes para obtener la salvación; en verdad su religión era una religión de obras. Creían que podían ganar el favor de Dios con lo que hacían. Esa gran mentira lucha con la codicia por ocupar el primer lugar en el corazón humano; ambas habían conquistado el corazón del pueblo de Judá.

Sin embargo, al abandonar el camino seguro de las promesas del Señor, el pueblo de Judá no iba a encontrar reposo, sino que los iba a llenar la desesperación y rodear el temor. La muerte los iba a llamar por todas partes. Verterían las lágrimas que no habían derramado en arrepentimiento. Su pena sería como el dolor que embarga un padre ante la pérdida de su único hijo. Nada podría mitigar ese dolor; ningún calmante lo atenuaría. La mano del Señor caería pesadamente sobre ellos y los aplastaría hasta convertirlos en polvo.

²⁷ «Por fortaleza y por torre de vigilancia te he puesto en mi pueblo: conoce, pues, y examina el camino de ellos.»

**²⁸ Todos ellos son rebeldes, porfiados y calumniadores.
Son bronce y hierro;
todos ellos son corruptores.**

**²⁹ Se quemó el fuelle,
por el fuego se ha consumido el plomo;**

**en vano fundió el fundidor,
pues la escoria no se ha desprendido.
³⁰ Plata desechada los llamarán,
porque Jehová los desechó.**

El trabajo de Jeremías era hacer relucir la verdad. Mediante la fuerte predicación de la ley iba a quemar todas las impurezas del pueblo. Debía poner al descubierto los motivos que había en el corazón de la gente y eso lo iba a mantener bastante ocupado. El corazón del pueblo había sido expuesto. Dado que decidieron presentarse delante Dios por ellos mismos, él no encontró nada de valor en ellos. Su juicio justo los arrojaría a un lado sobre un montón de escombros.

EL SEÑOR LE ADVIERTE A JUDÁ
QUE LA FALSA RELIGIÓN
NO PUEDE SALVAR
JEREMÍAS 7-11

La religión falsa no tiene ningún valor

7 Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo:
2 «Ponte a la puerta de la casa de Jehová y proclama allí esta palabra. Diles: “Oíd palabra de Jehová, todo Judá, los que entráis por estas puertas para adorar a Jehová. **3** Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré habitar en este lugar. **4** No fiéis en palabras de mentira, diciendo: ‘¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste!’

5»”Pero si de veras mejoráis vuestros caminos y vuestras obras; si en verdad practicáis la justicia entre el hombre y su prójimo, **6** y no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramáis la sangre inocente, ni vais en pos de dioses extraños para mal vuestro, **7** yo os haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre.

8»”Vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. **9** Hurtáis, matáis, adulteráis, juráis en falso, quemáis incienso a Baal y vais tras dioses extraños que no habíais conocido, **10** ¿y ahora venís y os presentáis delante de mí en esta Casa sobre la cual es invocado mi nombre, y decís: ‘Somos libres’, para seguir haciendo todas estas abominaciones? **11** ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta Casa, sobre la cual es invocado mi nombre? Esto también yo lo veo, dice Jehová.

Estas palabras son aun más sorprendentes ya que Jeremías probablemente las predicó durante el reinado del piadoso rey

Josías, que había intentado restaurar plenamente la antigua religión de Israel, siendo él mismo un creyente devoto. En el año 622 a.C. había comenzado su gran reforma de la religión judía; por medio de esa reforma intentó volver a la verdadera adoración a Dios. Este rey había limpiado y había vuelto a decorar el templo como parte de la misma reforma.

Sin embargo, para la mayoría de las personas, la reforma que intentó el rey Josías nunca pasó más allá de la decoración del templo; nunca se arraigó verdaderamente en el corazón de las personas. En realidad, parece que la renovación del templo y de su vida ritual le dio a la gente un falso sentido de seguridad. Muchos de ellos creían que el templo era una especie de amuleto cuya sola presencia los iba a proteger. Pensaban que mientras conservaran su templo en buenas condiciones y cumplieran con los actos externos de la adoración, jamás ni el templo ni la capital de la ciudad iban a ser destruidos. A la sombra del templo podrían vivir sin miedo y sin sobresaltos, sin que importara cómo vivieran. Con ese malentendido cambiaron el propósito del templo y perdieron de vista las razones por las que Dios lo había establecido.

Desde los tiempos de Moisés, el Señor había prometido que iba a escoger un lugar donde habría de morar su nombre (Deuteronomio 12). En otras palabras, el Señor mismo iba a escoger un sitio en el que, mediante su palabra y los ritos de adoración y sacrificio, le revelaría su nombre salvador a su pueblo escogido. Su nombre dejaría al descubierto su verdadero carácter y demostraría que él es el Dios de gracia y misericordia gratuitas, porque el nombre de Dios es todo lo que él nos ha revelado acerca de él mismo. Esta revelación se la hizo al pueblo de Israel cuando los liberó de Egipto, y allí y entonces se mostró como el Dios salvador. Ese fue el propósito de tener un templo de adoración: ofrecerle a la gente la oportunidad de reunirse con su Dios, de llegar a conocerlo, y de recibir de su gracia en abundancia.

Desgraciadamente, el pueblo escogido olvidó por completo el propósito para el que el Señor les había dado el templo. Habían

comenzado a ver el edificio como una especie de amuleto o de encanto que les ofrecía una protección segura. Pero al hacer esto, habían puesto la construcción por encima del Constructor, lo creado antes que el Creador. Ellos habían comenzado a creer que no importaba cómo actuaran o cómo vivieran, Dios jamás iba a destruir su templo. Y lo peor de todo es que estaban comenzando a pensar que le hacían un favor a Dios al conservar el templo en buenas condiciones y al ofrecerle sacrificios en él.

De esta forma habían invertido por completo el propósito por el que Dios había establecido su templo. En vez de acercarse al templo como penitentes anhelantes de recibir el perdón y la gracia del Señor, acudían sin arrepentimiento, exigiendo lo que ellos pensaban que Dios les debía. Hacían mal uso de su casa, y usaban a los sacerdotes como jueces en las disputas legales, con el fin de robar al desamparado. Tenían la confianza de que nadie los podía tocar; pero su confianza estaba mal depositada porque el Señor no iba a permitir que su nombre se usara en vano.

¹² Id ahora a mi lugar en Silo, donde hice habitar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. ¹³ Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas cosas, dice Jehová, y aunque os hablé sin cesar, no escuchasteis, y aunque os llamé, no respondisteis, ¹⁴ haré también a esta Casa, sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y a este lugar que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo. ¹⁵ Os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Efraín.”

¹⁶ »Tú, pues, no ores por este pueblo; no eleves por ellos clamor ni oración, ni me ruegues, porque no te oiré. ¹⁷ ¿No ves lo que estos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? ¹⁸ Los hijos recogen la leña, los padres encienden el fuego y las mujeres amasan la masa para hacer tortas a la reina del cielo y ofrendas a dioses ajenos, para provocarme a ira. ¹⁹ ¿Me provocarán ellos a ira?, dice

Jehová. ¿No obran más bien ellos mismos su propia confusión? ²⁰ Por tanto, así ha dicho Jehová, el Señor: Sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra se derramarán mi furor y mi ira. Se encenderán y no se apagarán.»

Aunque el pueblo de Jerusalén pensaba que el Señor jamás iba a destruir el templo, el Señor les dijo que recordaran otra lección del pasado. Durante años, el tabernáculo había estado en Siló, que estaba a 32 kilómetros al norte de Jerusalén. Bajo el sumo sacerdocio de Elí y de sus hijos, la gente también había comenzado a considerar el tabernáculo como una especie de amuleto mágico (1 Samuel 3,4). Y aunque los hijos de Elí abusaron de sus privilegios sacerdotales, su padre no los refrenó. Eso hizo que la gente perdiera mucho respeto por el sacerdocio y por el Señor mismo, y se volvieron supersticiosos. Al enfrentarse a un ataque de los filisteos, sus antiguos enemigos, el pueblo pidió que se llevara el Arca del pacto al campo de batalla para que los protegiera de la derrota. Ellos pensaban que con ese “amuleto” la derrota sería imposible. Ese día perdieron miles de hombres en la batalla y el Arca fue robada. Elías murió por la impresión y Siló no volvió a ser nunca más un centro de adoración.

La lección es clara: confiar en las cosas, por muy sagradas que sean, no puede salvar a nadie. La única forma de salvación viene por la fe en el Señor Jesucristo. En los tiempos de Elí la incredulidad de la gente hizo que perdieran el Arca del pacto; en los tiempos de Jeremías, la incredulidad de la gente les iba a acarrear la pérdida del templo.

El sólo pensamiento de perder el templo, el centro de la adoración de Israel, resultaba chocante. Jeremías mismo se asustó ante esa posibilidad y le suplicó al Señor que tuviera misericordia. El Señor, sabiendo lo que había en el corazón de Jeremías, le ordenó que no orara por su pueblo. La idolatría había penetrado hasta el rincón más profundo y recóndito del corazón de las

personas de ese pueblo. Lo habían convertido en un asunto de familia, pues todos ellos estaban implicados en la adoración a los dioses falsos. La “reina del cielo” era la diosa de la fertilidad a la que los adoradores le ofrendaban panecillos en su ritual de adoración. Al Señor no le quedaba más que juzgarlos por su pecado. Sus pecados no le afectaban en nada a él, ni lo hacían sufrir. No, sus pecados solamente les hacían daño a ellos mismos.

²¹ Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: «¡Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios, y comed la carne! ²² Porque no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto. ²³ Pero esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien. ²⁴ Pero no escucharon ni inclinaron su oído, antes caminaron en sus propios consejos, en la dureza de su corazón malvado. Fueron hacia atrás y no hacia adelante, ²⁵ desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Os envié todos los profetas, mis siervos; los envié desde el principio y sin cesar. ²⁶ Pero no me escucharon ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su corazón e hicieron peor que sus padres.

²⁷ »Tú, pues, les dirás todas estas palabras, pero no te escucharán; los llamarás, pero no te responderán. ²⁸ Les dirás, por tanto: “Ésta es la nación que no escuchó la voz de Jehová, su Dios, ni admitió corrección; pereció la fidelidad, de la boca de ellos fue arrancada.”»

**²⁹ ¡Córtate el cabello, arrójalo
y levanta llanto sobre las alturas,
porque Jehová ha aborrecido
y dejado a la generación objeto de su ira!**

Lo que los del pueblo de Judá estaban haciendo en el templo lo hacían para ellos mismos y no para el Señor. Así el Señor les

dijo que comieran del sacrificio, ya que lo ofrecían para ellos mismos y por ellos mismos. El propósito principal de la ley de Moisés les había pasado inadvertido por completo. Los sacrificios, los ritos y las leyes no tenían en ellos mismos ninguna finalidad. Todo el propósito de la ley de Moisés era llevar a la gente a que cada día reconociera sus pecados, y llevarlos cada día a un entendimiento más profundo de la gran misericordia de Dios, por la cual eran perdonados y por la que vivían. Si el pueblo de Israel hubiera adoptado ese propósito, entonces hubiera sido el verdadero pueblo de Dios y se hubiera regocijado cada día en hacer la voluntad de él.

Pero lo triste fue que, a pesar de los constantes esfuerzos del Señor a través de los profetas, el pueblo rechazó su palabra. Con el correr del tiempo perdieron la verdad y se llegaron a convertir en un pueblo totalmente indiferente. No iban a escuchar. Por lo tanto, cayeron bajo su gran ira.

El valle de la Matanza

³⁰ «Los hijos de Judá han hecho lo malo ante mis ojos, dice Jehová; pusieron sus abominaciones en la Casa, sobre la cual fue invocado mi nombre, y la profanaron. ³¹ Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para quemar en el fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no les mandé ni me pasó por la mente. ³² Por tanto, vendrán días, dice Jehová, en que no se dirá más Tofet ni valle del hijo de Hinom, sino valle de la Matanza. Y serán enterrados en Tofet, por no haber otro lugar. ³³ Los cuerpos muertos de este pueblo serán comida para las aves del cielo y para las bestias de la tierra, y no habrá quien las espante. ³⁴ Yo haré desaparecer de las ciudades de Judá y de las calles de Jerusalén la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa, porque la tierra será desolada.»

8 «En aquel tiempo, dice Jehová, sacarán de sus sepulcros los huesos de los reyes de Judá, los huesos de

sus príncipes, los huesos de los sacerdotes, los huesos de los profetas y los huesos de los habitantes de Jerusalén. ² Los esparcirán al sol y a la luna y a todo el ejército del cielo, a los cuales amaron y sirvieron, en pos de los cuales anduvieron, a los cuales consultaron y ante los cuales se postraron. No serán recogidos ni enterrados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra. ³ Y escogerá la muerte antes que la vida todo el resto que quede de esta mala generación, en todos los lugares adonde arroje yo a los que queden, dice Jehová de los ejércitos.

Una vez que los del pueblo de Judá perdieron la verdad, se dedicaron a servir a la mentira con todas sus fuerzas. Plagaron el templo con falsos dioses de toda clase y cometieron el peor de los horrores: se dedicaron a la adoración del dios Moloc y le sacrificaron a sus propios hijos en un despliegue de inhumanidad e idolatría. Esos sacrificios humanos los realizaban en un lugar llamado Tofet, que estaba en el valle de ben-Hinón, al sur de Jerusalén. Después de haberse convertido en esclavos del pecado, lo único que hicieron fue caer cada vez más en el pozo de la vergüenza.

Pero el juicio del Señor iba a ser proporcional a la gravedad de su pecado. La mayoría de esas personas iba a tener una muerte violenta. El número de los muertos sería tan grande, que no habría suficiente lugar para sepultarlos. Su muerte sería tan repentina que nadie tendría tiempo para sepultarlos. La falta de sepultura era algo aterrador para ellos, porque muchos creían que su alma no podría descansar si no tenían un entierro decente. Dios les advirtió, tanto al pueblo como a sus líderes, que ni siquiera en la tumba habría descanso ni escapatoria para ellos. Ese es el castigo por el pecado sin arrepentimiento, sigue al pecador hasta la tumba y aun más allá de ella.

Pecado y castigo

4»Les dirás asimismo que así ha dicho Jehová:

»El que cae, ¿no se levanta?

El que se desvía, ¿no vuelve al camino?

5 ¿Por qué es este pueblo de Jerusalén rebelde con rebeldía sin fin?

Abrazaron el engaño y no han querido volverse.

6 Escuché con atención:

no hablan rectamente,

no hay hombre que se arrepienta de su mal,

diciendo: “¿Qué he hecho?”

**Cada cual se volvió a su propia carrera,
como caballo que se lanza con ímpetu a la batalla.**

7 Aun la cigüeña en el cielo

conoce su tiempo,

y la tórtola, la grulla y la golondrina

guardan el tiempo de su venida;

pero mi pueblo

no conoce el juicio de Jehová.

8»¿Cómo decís: “Nosotros somos sabios,

y la ley de Jehová está con nosotros”?

Ciertamente la ha cambiado en mentira

la pluma mentirosa de los escribas.

9 Los sabios se avergonzaron,

se espantaron y fueron consternados;

aborrecieron la palabra de Jehová;

¿dónde, pues, está su sabiduría?

10 Por tanto, daré a otros sus mujeres,

y sus campos a quienes los conquisten;

porque desde el más pequeño hasta el más grande,

cada uno sigue la avaricia;

desde el profeta hasta el sacerdote

todos practican el engaño.

**¹¹ Y curan la herida de la hija de mi pueblo con liviandad,
diciendo: “Paz, paz”,
¡y no hay paz!
¹² ¿Se han avergonzado de haber hecho abominación?
Ciertamente no se han avergonzado en lo más mínimo,
¡ni saben lo que es la vergüenza!
Caerán, por tanto, entre los que caigan;
cuando los castigue caerán,
dice Jehová.»**

La incredulidad del pueblo de Judá fue realmente un fenómeno extraño, contrario a la naturaleza. La naturaleza se mueve de acuerdo con las leyes que Dios le estableció en la creación. Así también vemos que en una forma desconocida para nosotros los pájaros emigran anualmente con una precisión sorprendente. Pero los del pueblo de Judá, con la palabra misma de Dios guiándolos en el camino, se perdieron. ¡Se perdieron porque no dejaron que la palabra los guiara! ¡Se perdieron porque ningún sentimiento de culpa se suscitó entre ellos! ¡Se perdieron porque habían permitido que sus maestros los llevaran por el camino equivocado!

Aunque los de la nación de Israel habían acumulado una gran cantidad de conocimientos, había en ellos una ignorancia abismal. Los escribas eran los intérpretes profesionales de la ley de Moisés. Habían estudiado y habían explicado con gran detalle la ley de Moisés; hasta habían memorizado meticulosamente grandes porciones del Antiguo Testamento. Sin embargo, no sabían nada, porque habían tirado la llave del entendimiento. El pecado y la gracia, el arrepentimiento y la fe, que son el corazón de la Biblia misma, toda esta verdad básica se había convertido en un verdadero misterio para ellos. Y como habían rechazado la semilla de la verdad bíblica, con lo único que se habían quedado era con la cáscara. Creyendo ser sabios, en realidad eran tontos y, siendo tontos, habían enredado a su pueblo en sus tonterías.

¡Qué tremenda lección es ésta para nosotros! El sólo conocimiento de las Escrituras, por grande que sea, no es la verdadera sabiduría. La sabiduría comienza cuando el pecador tiembla ante la justicia de Dios. La sabiduría florece cuando el pecador perdonado vive por la gracia del Señor. Sin esa sabiduría, no importa cuánto conocimiento tenga una persona de la Biblia, aún sigue en las tinieblas, y en las tinieblas no hay esperanza.

**13 «Los eliminaré del todo,
dice Jehová.**

**No quedarán uvas en la vid
ni higos en la higuera,
y se caerá la hoja,
y lo que les he dado pasará de ellos.»**

**14 ¿Por qué permanecemos sentados?
¡Reuníos! ¡Entremos en las ciudades fortificadas
y perezamos allí!**

**Porque Jehová, nuestro Dios, nos ha destinado a perecer,
y nos ha dado a beber aguas envenenadas,
porque hemos pecado contra Jehová.**

**15 Esperamos paz,
y no hubo nada bueno;
día de curación,
y hubo turbación.**

**16 Desde Dan se oyó el resoplar de sus caballos;
al sonido de los relinchos de sus corceles tembló toda la
tierra.**

**Vinieron y devoraron la tierra y todo lo que en ella había,
la ciudad y a los que moraban en ella.**

**17 «Yo envió sobre vosotros
serpientes, víboras contra las cuales no hay
encantamiento,
y os morderán,
dice Jehová.»**

Lo que el Señor le había dado a la nación, ahora se lo iba a quitar, porque de él son todas las cosas. El pueblo de Judá tenía esperanzas, pero ya habían perdido sus esperanzas, porque esas esperanzas se comenzaban a esfumar como la bruma matutina. No ponían sus esperanzas en la palabra de Dios, y el pueblo tampoco cambiaba de corazón ni de forma de actuar. Ni siquiera frente a la destrucción de su existencia como nación entendían a su Dios ni la forma de regresar a él. ¡Qué triste!

**18 A causa de mi intenso dolor,
mi corazón desfallece.**

**19 Se oye la voz del clamor de la hija de mi pueblo,
que viene de la tierra lejana:**

«¿No está Jehová en Sión?

¿No está en ella su Rey?»

**«¿Por qué me hicieron airar con sus imágenes de talla,
con vanidades ajenas?»**

**20 ¡Pasó la siega, se acabó el verano,
pero nosotros no hemos sido salvos!**

**21 ¡Quebrantado estoy por el quebrantamiento de la hija
de mi pueblo;**

abrumado estoy, el espanto se ha apoderado de mí!

22 ¿No hay bálsamo en Galaad?

¿No hay allí médico?

**¿Por qué, pues, no hubo sanidad para la hija de mi
pueblo?**

**9 ¡Ay, si mi cabeza se hiciera agua
y mis ojos fuentes de lágrimas,
para llorar día y noche
a los muertos de la hija de mi pueblo!**

**2 ¡Ay, quién me diera en el desierto
un albergue de caminantes,
para abandonar a mi pueblo y apartarme de ellos!,
porque todos ellos son adúlteros,**

una congregación de traidores.

³ Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra, porque de mal en mal procedieron.

**«Me han desconocido»,
dice Jehová.**

⁴ Guárdese cada cual de su compañero y en ningún hermano tenga confianza, porque todo hermano engaña falazmente y todo compañero anda calumniando.

⁵ Cada uno engaña a su compañero y ninguno dice la verdad.

Han acostumbrado su lengua a decir mentiras y se ocupan de actuar perversamente.

**⁶ «Su morada está en medio del engaño; engañadores como son, no quisieron conocerme»,
dice Jehová.**

El bondadoso corazón del profeta lamentaba amargamente la terquedad de su pueblo. Sentía pesar de que no quisieran escuchar su mensaje pues sabía que las oportunidades para el arrepentimiento estaban por desaparecer. Esto nos hace recordar cómo lloró Jesús cuando se acercó por última vez a Jerusalén, porque sabía que la gente de la ciudad no lo iba a recibir. Nos acordamos también de Pablo, que escribió: “Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón, porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Romanos 9:2,3). ¡Cuántos pastores han sentido un dolor parecido por los hermanos impenitentes de su congregación! ¡Cuántos cristianos no se han afligido en la misma forma por aquellos que se apartan del Señor y no quieren regresar a él! El único alivio que Jeremías encontró fue en el Señor que consuela en tiempos de dolor.

En la lejana Babilonia, los judíos que habían sido llevados al exilio no podían creer lo que había ocurrido. Una vez destrozadas las esperanzas que habían tenido de un pronto regreso a Jerusalén, se preguntaban qué iba a suceder. ¿Acaso el Señor había abandonado del todo a Jerusalén?

Jeremías no podía dejar de llorar. Era como si un manantial de lágrimas brotara desde lo más profundo de su ser. Los médicos no se podían curar a ellos mismos; el bálsamo de Galaad, una región que estaba al otro lado del Jordán hacia el noroeste, era famoso por sus poderes curativos en el antiguo Medio Oriente, pero ese remedio no podía ayudar a los de Judá en su tiempo de crisis. Habían arrojado lejos de ellos el único bálsamo capaz de curarlos. Se habían negado a aplicarle el único remedio del evangelio a las heridas de su pecado y de su culpa.

El dolor del profeta en este momento era mayor por el papel que ahora tenía que desempeñar. Él hubiera querido escapar muy pronto de las responsabilidades de su oficio y de los que no lo iban a escuchar. Encima de todo esto, el Señor le había advertido que todavía no había visto lo peor; le advirtió que tuviera cuidado de sus parientes y de sus amigos que quizá lo escucharían cuando predicara y hasta lo saludarían en la plaza, pero su corazón estaría lleno de deseos criminales. No iba a pasar mucho tiempo antes de que esos mismos parientes y amigos intentaran matarlo. El profeta podía esperar poco de un pueblo que había tratado de engañar a Dios mismo, aunque al final de todo, lo único que habían conseguido era engañarse a ellos mismos.

⁷ Por tanto, así dice Jehová de los ejércitos:

«Yo los refinaré y los probaré,

porque ¿qué más he de hacer por la hija de mi pueblo?

⁸ Saeta aguda es la lengua de ellos:

sólo habla engaño.

Con su boca dicen: “Paz” al amigo,

pero dentro de sí le ponen asechanzas.

**⁹ ¿No los he de castigar por estas cosas?,
dice Jehová.**

De tal nación, ¿no se vengará mi alma?

**¹⁰ »Por los montes levantaré lloro y lamentación,
y llanto por los pastizales del desierto,
porque han sido desolados
hasta no quedar quien pase
ni oírse el bramido del ganado;
desde las aves del cielo hasta las bestias
de la tierra huyeron, se fueron.**

**¹¹ »Reduciré a Jerusalén a un montón de ruinas,
a una guarida de chacales,
y convertiré las ciudades de Judá en una desolación
donde no quede un solo morador.»**

**¹² ¿Quién es hombre sabio que entienda esto?, o ¿a quién
habló la boca de Jehová, para que pueda declararlo? ¿Por
qué causa la tierra ha perecido, ha sido assolada como un
desierto, hasta no haber quien pase por ella?**

**¹³ Dijo Jehová: «Dejaron mi Ley, la cual di delante de ellos,
y no obedecieron a mi voz ni caminaron conforme a ella;
¹⁴ antes bien, se fueron tras la imaginación de su corazón y en
pos de los baales, según les enseñaron sus padres. ¹⁵ Por
tanto, así dice Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: A este
pueblo yo les daré a comer ajeno y les daré a beber aguas
envenenadas. ¹⁶ Los esparciré entre naciones que ni ellos ni
sus padres conocieron; y enviaré la espada en pos de ellos,
hasta que los acabe.»**

**¹⁷ Así dice Jehová de los ejércitos:
«Sed sabios y haced venir a las plañideras;
buscad a las hábiles en su oficio.»**

**¹⁸ ¡Que se den prisa
y levanten llanto por nosotros!
¡Desháganse nuestros ojos en lágrimas,
y nuestros párpados destilen aguas!,**

19 porque de Sión fue oída una voz de lamentación:

«¡Cómo hemos sido destruidos!

**En gran manera hemos sido avergonzados,
porque abandonamos la tierra,
porque han destruido nuestras moradas.»**

**20 Oíd, pues, mujeres, palabra de Jehová;
reciba vuestro oído la palabra de su boca.**

**Enseñad lamentaciones a vuestras hijas
y un canto fúnebre cada una a su amiga,**

**21 porque la muerte ha subido por nuestras ventanas
y ha entrado en nuestros palacios,
para exterminar a los niños en las calles,
a los jóvenes en las plazas.**

22 Di: «Así dice Jehová:

**Los cuerpos de los hombres muertos caerán
como estiércol sobre la faz del campo,
como manojos tras el segador,
y no hay quien los recoja.»**

El pueblo de Judá no le dejó al Señor otra opción. Él hubiera querido perdonarlos y recibirlos como su pueblo, sin embargo se habían negado a volver. Así que él ahora iba a dejar la tierra de Jerusalén tan vacía como el corazón de las personas que la habitaban.

¿Quién era capaz de explicar este juicio? Los sabios se rascaban la cabeza; otros especulaban que se trataba de una serie de decisiones que habían sido mal tomadas, que el pueblo de Judá simplemente había escogido el lado equivocado en la lucha por el poder que se libraba en esos tiempos. Otros podrían decir que ya no había más que hacer, que era cuestión de mala suerte. Pero ninguna de esas explicaciones iba a la raíz del problema. Y el Señor dio la razón: El pueblo ya no escucha mi palabra; la razón de mi juicio es su incredulidad. Después de haber rechazado al Señor, sólo una cosa podía esperar el pueblo de Judá: “Una

horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:27).

El Señor ordena que comience el velorio, pidiendo al pueblo de Judá que llame a las plañideras. Según las costumbres funerarias de esos tiempos, cuando moría un miembro de la casa, la familia contrataba a las plañideras o “lloronas” profesionales. Esas lloronas profesionales casi siempre eran mujeres que chillaban y lloraban mostrando un dolor fingido por la persona fallecida. Se golpeaban y se jalaban los cabellos. En esta ocasión, no sólo unas cuantas, sino todas las mujeres de la tierra debían estar verdaderamente de luto porque había muerte por todas partes. No escaparían ni grandes ni pequeños; como el frío húmedo del invierno, la muerte penetraría en todo rincón de la tierra y de las casas; y dejaría un reguero horripilante de muerte y destrucción. Aparte de la vida que la misericordia de Dios nos da, sólo existe la muerte “porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

²³ Así ha dicho Jehová:

**«No se alabe el sabio en su sabiduría,
ni en su valentía se alabe el valiente,
ni el rico se alabe en sus riquezas.**

²⁴ Mas alábase en esto el que haya de alabarse:

**en entenderme y conocerme,
que yo soy Jehová,
que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra,
porque estas cosas me agradan,
dice Jehová.»**

²⁵ «Vienen días, dice Jehová, en que castigaré a todo circuncidado y a todo incircunciso; ²⁶ a Egipto y a Judá, a Edom, a los hijos de Amón y de Moab, y a todos los que se rapan las sienes, los que habitan en el desierto, porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón.»

El alabarse a uno mismo es parte de la naturaleza de la criatura humana. San Juan lo llama en su primera epístola “los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16). Esa soberbia brota del orgullo, de la naturaleza pecadora. Tenemos la tendencia a olvidarnos de Dios y a atribuirnos el mérito por todas las cosas. Aquí el Señor nos advierte contra esta jactancia. Ningún sabio se debe enorgullecer de su sabiduría, porque no es por nuestra sabiduría que encontraremos la debida relación con Dios. El fuerte no se debe enorgullecer de su fuerza, porque sin Dios no tiene ninguna. El rico no se debe jactar de su riqueza, pues es un regalo de Dios. Cuando usamos nuestros dones sólo para nuestro beneficio nos olvidamos de Dios, que es el Dador de esos dones. No debe haber ninguna confianza ni jactancia en la criatura, porque “los senderos de la gloria sólo conducen a la tumba” (Thomas Gray).

Sólo hay una cosa de la que sí nos podemos jactar. Dios mismo nos invita a jactarnos de sólo una cosa, nos invita a jactarnos de él. En una ocasión, Moisés le pidió a Dios que le permitiera verlo en toda su gloria. La respuesta de Dios fue mostrarle a Moisés su bondad y proclamarle su nombre, porque Dios se ha dado a conocer por medio de su nombre. Conocer el nombre de Dios es conocer la plenitud de la misericordia y de la gracia del Señor.

Conocer su nombre es conocer a Cristo y confiar en él como el Salvador. En eso radica la verdadera sabiduría, la fortaleza y la riqueza. Por eso Pablo confesó: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14). Este gloriarse es una confesión de que vivimos por la gracia de Dios, y de que cualquier cosa que tengamos o que seamos solamente se debe a su gracia. Si sólo Judá hubiera aprendido este gloriarse, hubiera podido vivir.

El Señor no hace acepción de personas, trátase de Judá o de los vecinos paganos, porque debido a su incredulidad ambos permanecen igualmente bajo su condenación. Por lo tanto, todos

deben ser castigados. La misma verdad se aplica a toda persona; cualquiera que permanezca fuera de la gracia de Dios sufre el juicio que su santa ley pronuncia sobre todos los pecadores. Porque aparte de la protección de su gracia, no hay salvación.

Dios y los ídolos

10 Oíd la palabra que Jehová ha hablado sobre vosotros, casa de Israel. ² Así ha dicho Jehová:

«No aprendáis el camino de las naciones
ni tengáis temor de las señales del cielo,
aunque las naciones las teman.

³ Porque las costumbres de los pueblos son vanidad:
cortan un leño del bosque,

luego lo labra el artífice con su cincel,

⁴ con plata y oro lo adornan

y con clavos y martillo lo afirman

para que no se mueva.

⁵ Derechos están como una palmera, pero no hablan;
son llevados, porque no pueden andar.

No tengáis temor de ellos,

porque ni pueden hacer mal

ni tienen poder para hacer bien.»

⁶ No hay nadie semejante a ti, Jehová;

grande eres tú

y grande en poder es tu nombre.

⁷ ¿Quién no te temerá,

Rey de las naciones?

A ti es debido el temor,

porque entre todos los sabios de las naciones

y en todos sus reinos,

no hay nadie semejante a ti.

⁸ Todos se infatuarán y entontecerán.

Enseñanza vana es el leño.

**⁹Traerán plata batida de Tarsis y oro de Ufaz,
obra del artífice y de manos del fundidor;
los vestirán de azul y de púrpura,
pues obra de peritos es todo.**

**¹⁰Mas Jehová es el Dios verdadero:
él es el Dios vivo y el Rey eterno;
ante su ira tiembla la tierra,
y las naciones no pueden sufrir su indignación.**

**¹¹Les diréis esto: «Los dioses, que no hicieron los cielos ni
la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los
cielos.»**

**¹²Él hizo con su poder la tierra,
con su saber puso en orden el mundo
y con su sabiduría extendió los cielos.**

**¹³A su voz se produce en el cielo un tumulto de aguas;
él hace subir las nubes del extremo de la tierra,
trae los relámpagos con la lluvia
y saca el viento de sus depósitos.**

**¹⁴Todo hombre se embrutece, le falta conocimiento;
se avergüenza de su ídolo todo fundidor,
porque mentirosa es su obra de fundición y no hay
espíritu en ella.**

**¹⁵Vanidad son, obra vana;
en el tiempo de su castigo perecerán.**

**¹⁶No es así la porción de Jacob,
porque él es el Hacedor de todo,
e Israel es la vara de su heredad:
¡Jehová de los ejércitos es su nombre!**

En un principio, la esperanza tanto de Judá como la de Jerusalén estaba puesta en el Señor, pero después abandonaron al Dios viviente por los ídolos. Habían dejado al Dios viviente por algo que no valía nada, ya que eso es lo que son los ídolos: algo totalmente sin valor. Siguiendo el ejemplo de Isaías (capítulos

40:19,20; 41:7,9; 44:9-20: 46:5-7), Jeremías le enseña al pueblo una vez más que los ídolos son todo aquello en lo que una persona confía falsamente y de lo que uno depende con todo su corazón. En realidad, no son más que el producto de la ingenuidad humana. El artesano fabrica el ídolo de madera, metal y piedras preciosas.

Los tiempos y las condiciones cambian, pero cada época tiene sus propios ídolos. Nosotros también fabricamos ídolos. Puede ser que ya no fabriquemos estatuas, pero recuerde que un ídolo es cualquier cosa en la que uno confía falsamente y de la que uno depende con todo su corazón. Por lo tanto, nuestros ídolos pueden ser: las riquezas, la tecnología, los edificios impresionantes y los sistemas modernos de transporte, el envidiable sistema de gobierno, la casa de verano, en fin, cualquier cosa que pongamos antes que el Señor. Esos productos son tan buenos y poderosos como los que los fabrican.

¡Qué necesidad tan grande es adorar lo que hemos fabricado con nuestras propias manos! Y sin embargo, esa adoración es la consecuencia más evidente del pecado. Pablo les dijo a los romanos: “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó... Por lo tanto no tienen excusa, ya que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Al contrario, se envanecieron sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido... Y cambiaron la gloria de Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:19-21,23). ¡Qué impotentes son estos ídolos! No pueden hablar ni caminar; son como un espantapájaros en medio de un sembradío, sacudidos por el viento, asustando sólo a unos cuantos pájaros tontos. Que alguien los adore es una prueba más del poder que el pecado ejerce sobre él. Cambiar a Dios por ídolos no sólo es un error, sino que es necio.

Ese fue el desastre que la nación de Judá se había traído sobre ella misma. Pero aún lo podía evitar si se volvía al Señor. No hay nadie como Dios, el Creador; con su sabiduría y su poder ha hecho todo lo que vemos y conocemos. Él es el Rey y Dios vivo y eterno,

que controla todo lo que ha hecho, que nos ha dado un fundamento firme y seguro en el que podemos confiar y descansar. Dios se nos ha mostrado y se nos ha revelado en Cristo, para que no andemos adivinando ni buscando señales de su presencia o de su persona. No nos ha dejado afuera de la puerta para que de la mejor manera que podamos atisbemos a través de una ventana opaca hacia el interior tratando de encontrarlo por nuestros propios medios. Mediante la vida perfecta y la muerte inocente de su Hijo, Dios nos ha hecho suyos, nos ha acercado a él y nos ha perdonado por causa de Cristo. Pues, en Jesús, Dios se ha acercado a nosotros y se ha convertido en nuestro Ayudador. No es sorprendente que San Juan exhorte a sus lectores diciéndoles: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Juan 5:21).

La destrucción venidera

**¹⁷ Recoge del suelo tu equipaje,
tú que moras en lugar fortificado,**

¹⁸ porque así ha dicho Jehová:

**«Esta vez arrojaré con honda
a los moradores de la tierra,
y los afligiré, para que lo sientan.»**

¹⁹ ¡Ay de mí, por mi quebrantamiento!

Mi llaga es muy dolorosa.

Pero dije: «Ciertamente enfermedad mía es ésta, y debo sufrirla.

²⁰ Mi tienda está destruida

**y todas mis cuerdas están rotas;
mis hijos me han abandonado y perecieron;
no hay ya quien levante mi tienda
ni quien cuelgue mis cortinas.»**

²¹ Porque los pastores se han vuelto necios

**y no han buscado a Jehová;
por eso, no prosperaron
y se dispersó todo su rebaño.**

**22 Un fuerte rumor, un gran alboroto,
viene de la tierra del norte,
para convertir en soledad todas las ciudades de Judá,
en guarida de chacales.**

Sin la ayuda del Señor no quedaba nada para Judá, pues la ciudad en sí no tenía ningún poder. Cuando llegara el tiempo de ser sitiada, los que estuvieran en la ciudad solamente podrían escoger la huida, porque el Señor los arrojaría como la piedra que sale volando de la honda. La única gracia salvadora sería aceptar el castigo que sus pecados merecen. Por su propia culpa y a través de sus líderes, los pastores, lo habían perdido todo. La única salida que tenían era acogerse a la misericordia de Dios a quien habían abandonado. Su castigo era ineludible.

La oración de Jeremías

23 ¡Conozco, Jehová, que el hombre no es señor de su camino,

ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos!

**24 ¡Castígame, Jehová, mas con juicio;
no con tu furor, para que no me aniquiles!**

**25 Derrama tu enojo sobre los pueblos
que no te conocen**

**y sobre las naciones que no invocan tu nombre,
porque se comieron a Jacob,
lo devoraron, lo han consumido
y han assolado su morada.**

Jeremías agrega una oración personal y una confesión. Aunque Judá había ido tras ídolos, éstos no significaban nada. Jeremías reconoció que el que dirige la vida es Dios, como dice el dicho: El hombre propone, pero Dios dispone.

Con estos versículos Jeremías nos prepara para lo que va a

venir en su profecía. Él tendrá que andar por un camino que no había escogido, sino que el Señor lo había escogido para él. En los siguientes capítulos veremos muchos ejemplos en los que el profeta cuestiona y desafía el camino del Señor. A Jeremías, en ocasiones, le parecían injustos y equivocados los caminos del Señor; para él en lo personal ese camino parecía casi insoportable. El profeta Jeremías quiere que nos demos cuenta de que desde el principio de su servicio profético, él se había sometido a los designios de Dios, sin importar cuán difícil fuera esta sumisión para él.

Sabiendo el profeta que durante toda su vida su naturaleza pecaminosa se iba a resistir a los mandatos del Señor, y sabiendo que sin la ayuda divina no podría seguir por el camino escogido por Dios, Jeremías le pidió que lo corrigiera. Pero que esa corrección venga con justicia y no con ira. Si Dios actuara con cólera, en su ira justa, ningún pecador, ningún ser humano, podría mantenerse en pie delante de él. La justicia a la que Jeremías se refiere es la que Dios nos ha dado en Jesucristo. En pocas palabras, es la misericordia y el perdón con los que nuestro gran Dios nos ha acogido y nos ha cubierto. Esa justicia controla todas las acciones de Dios para con nosotros. En contraste, los que no conocen o no creen en el Señor, lo único que pueden esperar de él es su ira.

El pacto roto

11 Palabra que vino de Jehová a Jeremías, diciendo: ²«Oíd las palabras de este pacto, y hablad a todo hombre de Judá y a todo habitante de Jerusalén. ³Decidles que así ha dicho Jehová, Dios de Israel: “Maldito el que no obedezca las palabras de este pacto, ⁴el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: Oíd mi voz y cumplid mis palabras conforme a todo lo que os mando. Entonces

vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. ⁵ Así confirmaré el juramento que hice a vuestros padres, que les daría la tierra que fluye leche y miel, como en este día.»»

Yo respondí y dije: «¡Amén, Jehová!»

⁶ Jehová me dijo: «Proclama todas estas palabras en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo: “Oíd las palabras de este pacto y ponedlas por obra. ⁷ Porque solemnemente advertí a vuestros padres el día que los hice subir de la tierra de Egipto, amonestándolos sin cesar, desde el principio hasta el día de hoy, diciendo: ¡Escuchad mi voz! ⁸ Pero no escucharon ni inclinaron su oído; antes bien, se fueron cada uno tras la imaginación de su malvado corazón. Por tanto, traeré sobre ellos todas las palabras de este pacto, el cual mandé que cumplieran, y no cumplieron.”»»

Jeremías vuelve al tema principal de esta sección. Ya había indicado la falta de valor de los ídolos, de la religión y de la adoración que los acompañaba. Ahora le muestra al pueblo de Judá que su única esperanza se encuentra en el pacto que el Señor había hecho con ellos, y en los términos de ese pacto que el Señor había establecido. Por lo tanto, el profeta les pide dos veces, con insistencia: “Oíd las palabras de este pacto”.

Los términos de ese pacto estaban detallados en la ley de Moisés que fue anunciada en el monte Sinaí; se encuentran en Éxodo 19:3-6 y especialmente en Deuteronomio capítulos 28 y 29. En Deuteronomio 28:1-14 el Señor le prometió al pueblo de Israel muchas bendiciones materiales y espirituales si obedecían los términos de su pacto. Al mismo tiempo, también les advirtió que los maldeciría por su desobediencia.

El pacto de Sinaí provino del Señor. El Señor hizo este segundo pacto con Israel en el monte Sinaí movido sólo por su amor, únicamente por su gracia, y debido a un pacto anterior que había hecho con Abraham de traer al Salvador a este mundo por medio de su descendencia. El pacto de Sinaí fue un mecanismo disciplinario; nunca fue la intención de Dios que éste fuera su

última palabra para la raza humana. El propósito fue moldear, darle forma a un pueblo inmaduro y rebelde, para que fuera el pueblo de Dios, hasta que llegara el Salvador prometido.

El pacto del monte Sinaí tenía sus raíces en la fidelidad de Dios, en su determinación de cumplir con su palabra. Por su parte, el Señor no lo quebrantaría, pero ese no era un pacto unilateral como la promesa incondicional del Salvador que Dios le había dado a Abraham. Este pacto, el del Sinaí, exigía una obediencia sincera por parte del pueblo. Los israelitas no podían esperar que Dios los colmara de bendiciones si ellos no cumplían su parte, es decir, si no obedecían los términos establecidos en el pacto. Por esa razón Jeremías había predicado: “Oíd las palabras de este pacto”. En la dureza de su corazón, los israelitas se habían engañado a ellos mismos, y creían y esperaban que el Señor los colmara de bendiciones sin que importara lo que ellos hicieran. Pero no podían haber estado más equivocados.

El pacto mismo consistía en una serie de reglas que cubrían por completo la vida de la nación escogida y la de cada individuo que la conformaba. Esas leyes y reglamentos se dan en los libros de: Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Dios exigía una obediencia perfecta a estas leyes.

El Señor sabía muy bien cómo son las debilidades que produce el pecado y que los israelitas no iban a cumplir con los términos de ese pacto. Así que, mediante las leyes, las ceremonias y los sacrificios del pacto del Sinaí, el Señor proporcionó muchos medios para que el antiguo Israel pudiera volver a la relación correcta del pacto con su Señor. El quebrantamiento constante del pacto, su fracaso constante en el cumplimiento de la ley de Dios, junto con las claras amenazas de Dios de castigarlos por su desobediencia, tenían la finalidad de recordarles constantemente a los israelitas la necesidad que tenían de depender solamente de la promesa incondicional que Dios le había dado a Abraham, de que iba a enviar al Salvador. En esa promesa incondicional de salvación, los creyentes de Israel encontraron la fuerza para servirle al Señor en los términos establecidos. Por otra parte, los

incrédulos de Israel que vivían desafiando rebeldemente el pacto del Señor se quedaron sólo con las maldiciones que el Señor pronunció en el pacto de Sinaí.

⁹ Me dijo Jehová: «Conspiración se ha hallado entre los hombres de Judá y entre los habitantes de Jerusalén. ¹⁰ Se han vuelto a las maldades de sus primeros padres, los cuales no quisieron escuchar mis palabras y se fueron tras dioses ajenos para servirlos. La casa de Israel y la casa de Judá quebrantaron mi pacto, el cual había yo concertado con sus padres. ¹¹ Por tanto, así ha dicho Jehová: Yo traigo sobre ellos un mal del que no podrán escapar. Clamarán a mí, pero no los escucharé. ¹² Entonces irán las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén a clamar a los dioses a quienes queman incienso, los cuales no los podrán salvar en el tiempo de su mal. ¹³ Porque según el número de tus ciudades fueron tus dioses, Judá; y según el número de tus calles, Jerusalén, pusiste los altares de ignominia, altares para ofrecer incienso a Baal.

¹⁴»Tú, pues, no ores por este pueblo: no levantes por ellos clamor ni oración, porque yo no los escucharé el día en que por su aflicción clamen a mí.

¹⁵»¿Qué derecho tiene mi amada en mi Casa, habiendo hecho tantas abominaciones?

¿Crees que los sacrificios y la carne consagrada de las víctimas

pueden evitarte el castigo?

¿Puedes gloriarte de eso?

¹⁶ Olivo verde, hermoso en su fruto y en su aspecto, llamó Jehová tu nombre.

Pero al son de un recio estrépito hizo encender fuego sobre él,

y se quebraron sus ramas.

¹⁷»Porque Jehová de los ejércitos, que te plantó, ha

decretado el mal contra ti, a causa de la maldad que la casa de Israel y la casa de Judá han cometido, provocándome a ira al quemar incienso a Baal.»

El Señor sabía lo que su pueblo hacía y pensaba; se dio cuenta de que no obedecían de corazón los términos del pacto que había hecho con ellos, aunque seguían cuidadosamente todos los ritos externos del pacto. Por esto se habían engañado a sí mismos y pensaban que era suficiente lo que hacían. ¡Qué error tan grande!

La gran reforma que hizo el piadoso rey Josías había quitado algunos de los accesorios pertenecientes a la adoración idólatra, pero esa reforma no había penetrado en el corazón de ellos. Y como habían quebrantado repetidamente el Primer Mandamiento, que era el más grande, “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, cualquiera otra cosa que hicieran carecería de valor. El templo, los pueblos de Judá y las calles de Jerusalén estaban invadidos por la adoración al obsceno dios Baal, el gran dios de la fertilidad de los cananeos.

Después de haber abandonado la fuente de su salud, de la manera como los enfermos buscan remedios desesperadamente, así multiplicaron ellos sus dioses. Como un pueblo adicto a la idolatría, corrían de un dios a otro, haciendo su situación cada vez más y más desesperada. Pero en medio de todo hubo un factor que permaneció como una constante: se negaron a volver al Señor. En este sentido los israelitas son un espejo de nuestros propios tiempos. En nuestros días, muchas personas han abandonado la verdad de Dios o no la quieren reconocer. Hay una adicción por lo novedoso y lo emocionante; muchos siguen cada nueva secta, cada nuevo culto, que se pone de moda. Pero, tal como pasó con Judá, no encuentran paz ni respuestas a su incertidumbre.

Por supuesto que la falla no era del Señor. Jeremías dice: “Olivo verde, hermoso en su fruto y en su aspecto, llamó Jehová tu nombre”. El árbol de olivo comienza a dar fruto al séptimo año y alcanza la madurez a los quince o veinte años. Entonces puede vivir y producir fruto por muy largo tiempo, en algunos casos hasta

por casi mil años. En el antiguo Israel el árbol del olivo era un símbolo de la prosperidad. Así que el Señor desde el principio había bendecido a su pueblo con toda gracia y buen don, capacitándolo para que fuera fructífero para él. Pero debido a que se habían vuelto contra él, ahora él los iba a destruir. Ya había destruido a Israel (las diez tribus del norte). A Judá, cuyo corazón era completamente rebelde, no le iría mejor.

El Señor confirmó la seriedad de su intención cuando le ordenó a su profeta que no orara por ese pueblo. Por segunda vez Jeremías registra este mandato solemne. Si Judá persistía en su desobediencia, nada podría detener el terrible juicio de Dios sobre ellos. Ninguna intercesión del profeta, ni ninguna oración sacerdotal servirían. Ciertamente este mandato le mostraría al pueblo cuán desesperada era la situación en la que se encontraba.

Complot contra Jeremías

¹⁸ Jehová me lo hizo saber, y lo supe; entonces me hiciste ver sus obras. ¹⁹ Yo era como un cordero inocente que llevan a degollar, pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo: «Destruyamos el árbol con su fruto, cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre.»

**²⁰ Pero tú, Jehová de los ejércitos,
que juzgas con justicia,
que escudriñas la mente y el corazón,
démame ver tu venganza sobre ellos,
porque ante ti he expuesto mi causa.**

²¹ Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de los hombres de Anatot que buscan tu vida, diciendo: «No profetices en nombre de Jehová, para que no mueras a nuestras manos.»

²² Así, pues, ha dicho Jehová de los ejércitos: «Yo los castigaré: los jóvenes morirán a espada, sus hijos y sus hijas morirán de hambre. ²³ No quedará ni un resto de ellos, pues yo traeré el mal sobre los hombres de Anatot, en el año de su castigo.»

La predicación de Jeremías por fin había hecho mella; al fin la gente prestó oídos. Sus propios conciudadanos se volvieron en contra del profeta. La ciudad de Anatot estaba en el territorio de Benjamín y les había sido asignada a los sacerdotes. Aunque Jeremías estaba emparentado con el clan sacerdotal, los miembros de la familia del profeta, que habitaban en Anatot, encontraron increíble su mensaje. Habían sido testigos de la gran reforma y de la renovación que se llevó a cabo bajo el gobierno del rey Josías; esa renovación ciertamente había hecho avanzar al pueblo en la dirección correcta. ¿Qué más quería Jeremías? ¿Por qué continuaba predicando mensajes tan duros? ¿Por qué no le daba ningún mérito al progreso ya logrado? ¿Acaso su prédica no amenazaba con socavar lo logrado? Seguramente el pueblo de Dios, y sobre todo los sacerdotes, no necesitaban a nadie que les dijera lo que debían hacer ni cómo pensar. Jeremías comenzó a experimentar en carne propia el proverbio que dice: “Al profeta no se le honra en su propia tierra” (Juan 4:44).

Jeremías ni se imaginaba la ira que embargaba a la gente de su ciudad; tal vez ni siquiera era capaz de entender ni de enfrentar esa ira. O quizá todavía guardaba en su corazón ciertas esperanzas contra toda esperanza, de que las cosas mejoraran en Judá. En realidad, todavía quería creer que el pueblo de Judá iba a escuchar el mensaje que el Señor les enviaba mediante su profeta, y que iban a cambiar para bien. Y como era un hombre totalmente dedicado a la obra del Señor y porque confiaba en el Señor de todo corazón, Jeremías estaba convencido de que el pueblo compartía también esa fe. Pero este incidente echó por tierra sus ilusiones y le demostró cuán poco había tocado el corazón de ellos la gran reforma que llevó a cabo el rey Josías. La gente simplemente no había cambiado, y no quería cambiar su forma de ser. Con ese incidente Jeremías se dio cuenta de la inmensa dificultad que le esperaba en su ministerio como profeta de Dios.

Los compatriotas de Jeremías lo habían amenazado con matarlo, y hubieran conseguido su propósito si no hubiera sido

porque el Señor se lo impidió. Aunque habían descargado toda su furia en contra de Jeremías, su verdadero enemigo no era Jeremías sino el Señor mismo. Jesús dijo: “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lucas 10:16). Y como se habían opuesto al Señor y lo habían convertido en su enemigo, Jeremías pidió que la venganza y el castigo cayeran sobre ellos. Esa petición no tenía el carácter de satisfacción personal, sino el de una advertencia en contra de los que se oponen a la palabra del Señor. No pueden prosperar ni escapar del juicio. Esa venganza también serviría como advertencia para cualquier persona que quisiera resistirse o amenazar al profeta.

Cuando el Señor reveló el complot y protegió de la muerte a Jeremías, cumplió con la promesa que desde un principio le había hecho cuando lo llamó al comienzo mismo de su ministerio profético (Jeremías 1:18-19). El Señor realmente había sido el muro de bronce que protegió a Jeremías de sus enemigos, y por eso falló el complot que habían tramado. Al proteger a Jeremías, el Señor lo había fortalecido para las grandes pruebas que estaban por venir. Dios le enseñó a su profeta que podía contar con el Señor en cualquier circunstancia, sin importar lo que pasara.

El apóstol Pablo escribió en una ocasión: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Los tiempos no han cambiado. Si queremos llevar una vida piadosa en Cristo y aferrarnos a la verdad de la palabra de Dios, confesando y dando testimonio de esto, también nosotros encontraremos oposición. En nuestros tiempos, como en los días de Jeremías, las personas no quieren escuchar la ley de Dios, y esa resistencia prueba aun más la necesidad que existe de proclamar y enseñar la palabra. La palabra es el único remedio espiritual para el mundo enfermo y agonizante.

LAS ACCIONES DEL SEÑOR
PREOCUPAN AL PROFETA
JEREMÍAS 12-14

La queja de Jeremías

12 Justo eres tú, Jehová,
para que yo dispute contigo;
sin embargo, alegaré mi causa ante ti.
¿Por qué es prosperado el camino de los malvados
y les va bien a todos los que se portan deslealmente?
² Los plantaste,
y echaron raíces; crecieron, y dieron fruto;
cercano estás tú en sus bocas,
pero lejos de sus corazones.
³ Pero tú, Jehová, me conoces;
me viste y has probado mi corazón para contigo.
¡Arrebátalos como a ovejas para el degolladero,
y señálalos para el día de la matanza!
⁴ ¿Hasta cuándo estará desierta la tierra
y marchita la hierba de todo el campo?
Por la maldad de los que en ella moran
han perecido los ganados y las aves,
pues dijeron:
«No verá Dios nuestro fin.»

Audaz y confiado, el profeta Jeremías se acercó al Señor sin ningún temor de hacerle las preguntas difíciles, las que realmente lo inquietaban. Estaba seguro de que el Señor le iba a responder. Confesó que el Señor era recto y justo en todo lo que hacía. No dudaba de la justicia de Dios, pero al mismo tiempo no entendía el significado pleno de su justicia. Tenía problemas para comprender la forma en que el Señor llevaba a cabo sus obras de justicia.

Jeremías le hizo a Dios una pregunta que con frecuencia ronda en la mente y en el corazón de muchos cristianos: “¿Por qué es prosperado el camino de los impíos?” Asaf, el salmista, planteó la misma pregunta (Salmo 73). El libro de Job también gira alrededor de esa pregunta y de la otra que está relacionada con ésta: “¿Por qué sufre el hombre justo?”. Con frecuencia parece que los impíos, los hipócritas y los incrédulos prosperan en sus caminos. Hasta puede dar la impresión de que el Señor no sólo les permite tener éxito, sino que en parte es el autor de su éxito. Sin embargo, Jeremías no podía creer que el Señor realmente los bendijera.

Teniendo en cuenta la fidelidad del profeta, se puede entender que la prosperidad del impío le pareciera una cosa totalmente fuera de lugar. Jeremías invitó al Señor a poner a prueba los motivos que había en su corazón. Él era una persona de buen corazón y sin embargo sufría; lo que más le molestaba al profeta era que el éxito de los impíos estaba debilitando la efectividad de su mensaje. Los impíos se preguntaban si es que en realidad algún día el juicio del Señor iba a caer sobre ellos: “No verá Dios nuestro fin”. Hasta la tierra misma sufría sequías periódicas a causa de los impíos.

Y la impiedad tiene hoy en día el mismo efecto. No podemos señalar en cualquier momento el desastre ni el ejemplo del que Jeremías habla. Sin embargo, y a pesar de todas las apariencias, la impiedad y la incredulidad también han tenido sus consecuencias en nuestro tiempo y en nuestra tierra.

Jeremías le pide al Señor que haga algo de inmediato: “Arrebátalos como a ovejas para el degolladero”. Quería que el Señor los arruinara y los destruyera allí mismo. Así como los hijos del trueno, Jacobo y Juan, Jeremías deseaba que de inmediato cayera fuego y destrucción sobre los impíos (Lucas 9:51-56). Quizá soñaba con las poderosas obras que habían llevado a cabo los profetas Elías y Eliseo. Y aunque esa destrucción no ocasionaría la prosperidad de Jeremías, al menos le daría una gran satisfacción personal. Jeremías esperaba una respuesta del Señor y la respuesta no se dejó esperar.

La respuesta de Dios

**⁵ «Si corriste con los de a pie y te cansaron,
¿cómo contenderás con los caballos?**

**Y si en la tierra de paz no estabas seguro,
¿cómo harás en la espesura del Jordán?**

**⁶ Aun tus hermanos y la casa de tu padre,
aun ellos se levantaron contra ti,
aun ellos gritaron en pos de ti.**

**No confíes en ellos,
aunque te digan cosas buenas.**

**⁷ »He abandonado mi casa,
he desamparado mi heredad,
he entregado en mano de sus enemigos
lo que amaba mi alma.**

**⁸ Mi heredad fue para mí
como un león en la selva;
contra mí lanzó su rugido,
y por eso la aborrecí.**

**⁹ Es mi heredad para mí
como un ave de rapiña de muchos colores.
¿No están contra ella aves de rapiña rodeándola?
¡Venid, reuníos, vosotras todas las fieras del campo,
venid a devorarla!**

**¹⁰ Muchos pastores han destruido mi viña,
han pisoteado mi heredad,
han convertido en desierto y soledad
mi heredad preciosa.**

**¹¹ Fue convertida en asolamiento;
desolada, lloró sobre mí.
Toda la tierra quedó asolada,
y no hubo nadie que reflexionara.**

**¹² Sobre todas las alturas del desierto
vinieron destructores,
porque la espada de Jehová**

**devorará desde un extremo de la tierra hasta el otro;
no habrá paz para nadie.**

**¹³ Sembraron trigo y cosecharon espinos;
se esforzaron, mas nada aprovecharon.
Se avergonzarán de sus frutos,
a causa de la ardiente ira de Jehová.»**

**¹⁴ Así ha dicho Jehová: «En cuanto a mis malos vecinos,
que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel, yo
los arrancaré de su tierra, y arrancaré de en medio de ellos
la casa de Judá. ¹⁵ Pero después que los haya arrancado,
volveré y tendré misericordia de ellos, y los haré volver cada
uno a su heredad y cada cual a su tierra. ¹⁶ Y si con diligencia
aprenden los caminos de mi pueblo, para jurar en mi
nombre, diciendo: “¡Vive Jehová!”, así como ellos enseñaron
a mi pueblo a jurar por Baal, también ellos serán
prosperados en medio de mi pueblo. ¹⁷ Pero si no escuchan,
arrancaré esa nación, sacándola de raíz y destruyéndola»,
dice Jehová.**

El Señor nos invita a que vengamos confiadamente a él como sus amados hijos con todo lo que hay en nuestro corazón. Si lo hacemos, él promete que nos responderá. Sin embargo, su respuesta puede ser algo totalmente diferente de lo que queríamos o esperábamos.

El Señor le dice a Jeremías: “Las cosas empeorarán antes de mejorar. Lo que has comenzado a ver es el grado de oposición al que te enfrentarás. Tus amigos y tu familia se han opuesto a ti hasta el punto de amenazar tu vida, pero muchos más se les van a unir a medida que pasen los años. ¿Qué harás cuando tengas que enfrentarte a esas grandes amenazas e impiedades? Si no puedes correr junto al que va a pie, ¿cómo te irá con el que va a caballo? Si ya estás teniendo problemas en el camino fácil, ¿cómo te las arreglarás entre la maleza, con su camino impenetrable lleno de espinos y zarzas junto al río Jordán?

“Usa esta oportunidad para endurecerte. Confía solamente en mí, en mi sabiduría, y en mi poder. Hijo mío, estás tratando de entender cosas que están más allá de tu comprensión; deja el juicio en mis manos. Date cuenta y aprecia las bendiciones que ya he derramado sobre ti; aférrate a la promesa que te he hecho, porque estos son tus verdaderos tesoros.

“Ten la certeza de que mi juicio azotará a todo el que se me opone; no confundas mi paciencia con demora. Mi deseo es que nadie perezca, sino que todos lleguen al conocimiento de la verdad. La grandeza de mi paciencia es la medida de mi amor por Judá.

“Pero ten la certeza de que el pecado de Judá me ha enfurecido. Los falsos profetas en quienes han confiado vendrán a ser nada. Muy pronto, por mi mandato, vendrán multitudes de enemigos. Entonces pregúntame ¿dónde está la prosperidad del impío? Nadie estará seguro, todas sus obras serán para nada. Todo lo que han acumulado, pensando que su futuro es una cosa segura, lo perderán.”

La ira del Señor es especialmente evidente en las palabras del versículo 11: “No hubo nadie que reflexionara” (es decir, “a nadie le importó”). Al impío no le importó; ellos no tomaron en serio la palabra de Dios, creyeron que el Señor no era nada ni nadie, y que sus advertencias eran amenazas huecas. Por esa razón el Señor iba a traer el juicio y la destrucción sobre ellos.

El Señor también prometió que iba a castigar a las naciones que se aprovecharan de las condiciones de Judá para vengarse de ella y apoderarse de sus riquezas. El Señor se estaba refiriendo aquí a las naciones vecinas; lo que ellas lograran quitarle a Judá no les aprovecharía para nada. También ellas serían dispersadas y saqueadas por ejércitos invasores.

Sin embargo, de todo este desastre iba a resultar algo bueno. Los judíos que habían sido expatriados como consecuencia de la destrucción de la nación, tendrían la oportunidad de confesar y enseñarles a otros el camino del Señor. Esa oportunidad

continuaría hasta el tiempo en que Dios permitiera su repatriación y hasta más allá de ese tiempo. Su regreso a la tierra natal probaría la fidelidad del Señor. La demostración de esta fidelidad sería una invitación a las naciones para que escucharan las promesas de Dios y creyeran en ellas. Entonces podrían compartir las bendiciones de Judá y serían contados como parte del pueblo de Dios. Pero si estas naciones no creyeran, serían destruidas.

Así Dios le enseñó a Jeremías que la prosperidad del impío es temporal, pero lo que realmente importa es el resultado final. También Dios le enseñó al profeta que aun de entre la más grande “maldad” el Señor obra lo bueno para su pueblo. Con la finalidad de convencer a Jeremías de que su juicio era una cosa cierta, el Señor le dio instrucciones para que le diera dos lecciones objetivas a Judá.

El cinto de lino

13 Así me dijo Jehová: «Ve y cómprate un cinto de lino. Cíñelo a tu cintura, pero no lo metas en agua.»² Compré el cinto, conforme a la palabra de Jehová, y lo ceñí a mi cintura. ³ Vino a mí por segunda vez palabra de Jehová, diciendo: ⁴ «Toma el cinto que compraste, el cual ciñe tu cintura, levántate, ve al Éufrates y escóndelo allí, en la hendidura de una peña.» ⁵ Fui, pues, al Éufrates y lo escondí, como Jehová me había mandado.

⁶ Después de muchos días me dijo Jehová: «Levántate, ve al Éufrates y toma el cinto que te mandé esconder allí.»

⁷ Entonces fui al Éufrates, cavé y tomé el cinto del lugar donde lo había escondido, pero el cinto se había podrido y ya no servía para nada.

⁸ Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ⁹ «Así ha dicho Jehová: Así haré podrir la soberbia de Judá y la mucha soberbia de Jerusalén. ¹⁰ Este pueblo malo, que no quiere escuchar mis palabras, que anda en las imaginaciones de su corazón y que va en pos de dioses ajenos para servirlos y

para postrarse ante ellos, vendrá a ser como este cinto, que ya no sirve para nada. ¹¹ Porque como el cinto se ajusta a la cintura del hombre, así hice que se ajustara a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá, dice Jehová, para que fueran mi pueblo, y para renombre, para alabanza y para honra; pero no escucharon.

En este punto de la historia de los judíos, y debido a la dureza de su corazón, el Señor acudía frecuentemente a lecciones objetivas y a medidas sorprendentes, tratando así de llegar al corazón de su pueblo. Esos métodos drásticos son una evidencia más de la insensibilidad y de la poca disposición a la que su pueblo había llegado. El profeta rápidamente obedeció el mandato del Señor y fue a comprar el cinto de lino, probablemente en un lugar público para que todos lo vieran, para que después su mensaje y su aplicación fueran más efectivos.

El mandato fue que comprara “un cinto de lino” (v. 1) que en los tiempos de Jeremías servía como taparrabo. Esa prenda de vestir era la que estaba más cerca de la piel; también era la parte más personal de la vestimenta de esos tiempos. Se prefería el lino porque es más fresco. El Señor le ordenó al profeta que se vistiera con esa prenda y sobre todo que la conservara seca. Más adelante le dio el mandato de que llevara el cinto de lino al “río Éufrates” y que lo ocultara en un hueco que había en las rocas. La palabra traducida aquí “río Éufrates” en el hebreo es la palabra *parat*. Nadie sabe con exactitud a qué se refiere *parat*. Puede ser el río Éufrates, lo que habría significado un viaje de 800 kilómetros para Jeremías. Algunos estudiosos creen que *parat* puede ser un río que permanecía seco, excepto en la estación de las lluvias, y que era el manantial que estaba a sólo unos kilómetros al noreste de Anatot, el pueblo natal de Jeremías (Josué 18:23). El lugar no es tan importante como el mensaje.

Después de mucho tiempo el Señor envió al profeta para que recogiera el cinto de lino. Era obvio que al estar expuesta por largo tiempo a la humedad y al polvo, se había arruinado por completo.

El Señor ahora le aplicó ese mensaje a Judá. Los había amado y los había escogido de entre todos los demás pueblos de la tierra para que fueran su pueblo. Les había dado su nombre para que morara entre ellos y les había dado la gracia de continuar en comunión con él por medio de su pacto y de la adoración que había instituido en el tabernáculo y después en el templo. Se había identificado más con ellos que con ningún otro pueblo. Había sido misericordioso con ellos demostrándoles a las otras naciones la clase de Dios que él es. Y sin embargo su pueblo escogido lo había rechazado y había seguido a otros falsos dioses. Habían frustrado los propósitos que Dios tenía para ellos. En la dureza de corazón en la que habían caído se habían apartado de él. Ahora el Señor los iba a abandonar y la ruina y la destrucción iban a caer sobre ellos, porque el valor que tenían como nación no estaba en lo que ellos eran, sino en lo que el Señor había hecho por ellos.

La tinaja de vino

¹²»Les dirás, pues, esta palabra: “Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Toda tinaja se llenará de vino.” Y ellos te dirán: “¿No sabemos que toda tinaja se llenará de vino?”

¹³Entonces les dirás: Así ha dicho Jehová: “Yo lleno de embriaguez a todos los habitantes de esta tierra, a los reyes de la estirpe de David que se sientan sobre su trono, a los sacerdotes y profetas y a todos los habitantes de Jerusalén.

¹⁴Y los quebrantaré, a los unos contra los otros, juntamente a los padres y a los hijos, dice Jehová. No perdonaré, ni tendré piedad ni misericordia, sino que los destruiré.”»

Aquí el Señor usa una segunda ilustración poderosa para llamar al arrepentimiento a los líderes del pueblo. La palabra que se traduce como “tinaja de vino” puede ser un odre, es decir, la piel de un animal que se usa como recipiente para llenarla de vino (1 Samuel 1:24; 10:3; 25:18), o puede ser una jarra de barro (Isaías

30:14). En el contexto presente la ilustración podría ser más vívida si pensamos en grandes jarras de barro para almacenar vino.

El Señor usa un proverbio popular: “Toda tinaja se llenará de vino”. Quizá este proverbio expresaba su idea acerca de lo que era la buena vida. Si tus jarras de vino están llenas, ya has prosperado. Los que escuchaban a Jeremías estaban totalmente de acuerdo con ese dicho. Nuestro mundo también está lleno de esas imágenes: unas truchas frescas, recién pescadas, cocinándose en una buena fogata al aire libre, con una hielera llena de cerveza, y una puesta de sol en un lago tranquilo. Desgraciadamente éste era el único criterio que prevalecía en muchos en Judá para medir lo que entendían como la plenitud de la buena vida. ¿Pero dónde encaja Dios en este cuadro? Su definición de lo que era la plenitud de la vida había excluido lo mejor de todo.

Y como habían convertido este mundo creado en la medida para todas las cosas, y habían buscado la satisfacción en el aquí y en el ahora, el Señor les iba a dar mucho que beber: no el vino de la uva, sino más bien el vino de su juicio. Los iba a embriagar de tal forma, que realmente actuarían como si estuvieran borrachos, fuera de control e indefensos, sin saber lo que hacían. Esta embriaguez sería su dolor, su sorpresa ante la severidad del juicio cuando viniera.

El juicio del Señor se describe en los términos más airados. Como una persona puede tomar dos jarras de barro y estrellarlas una contra otra haciéndolas pedazos, así haría Dios con las personas, una contra otra, destruyendo las relaciones más apreciadas. Nada detendría su juicio. El Señor usa tres palabras para piedad o compasión para demostrar que no tendría el más mínimo de esos sentimientos cuando llegue el juicio. Ninguna misericordia, sólo la cruda realidad del juicio castigador. No nos debemos sorprender, aparte de la justicia que nos da en Cristo y del amor que nos ha expresado en Cristo, Dios es un fuego consumidor, un torbellino de destrucción.

La amenaza del cautiverio

15 Oíd y prestad atención:

no os envanezcáis, pues Jehová ha hablado.

16 Dad gloria a Jehová, vuestro Dios,

antes que haga venir tinieblas,

antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad,

y que, esperando vosotros la luz,

él os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas.

17 Mas si no escucháis esto,

en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia;

y llorando amargamente, se desharán mis ojos en

lágrimas,

porque el rebaño de Jehová fue hecho cautivo.

18 «Di al rey y a la reina:

“Humillaos, sentaos en tierra,

porque la corona de vuestra gloria ha caído de vuestras

cabezas.”

19 Las ciudades del Neguev fueron cerradas

y no hubo quien las abriera;

toda Judá fue deportada,

llevada en cautiverio fue toda ella.

20 Alzad vuestros ojos

y ved a los que vienen del norte.

¿Dónde está el rebaño que te fue dado,

tu hermosa grey?

21 »¿Qué dirás cuando él ponga como cabeza sobre ti

a aquellos a quienes tú enseñaste a ser tus amigos?

¿No te darán dolores

como los de una mujer que está de parto?

22 Quizá digas en tu corazón:

“¿Por qué me ha sobrevenido esto?”

¿Por la enormidad de tu maldad

fueron alzadas tus faldas,

fueron desnudados tus calcañares!

Frente a la dura realidad del juicio venidero, el Señor los llamó una vez más al arrepentimiento. Se le terminaba el tiempo a la nación escogida. Hoy es el día, esta es la hora, antes de que vengan las tinieblas, la densa oscuridad en donde uno puede tropezar y caer fácilmente.

Recuerde que en los días del profeta no había alumbrado público en las calles ni otra luz artificial que iluminara la noche. Las noches sin nubes y sin la luz de la luna eran realmente oscuras. El Señor da un amplio margen de tiempo para el arrepentimiento, pero el tiempo llega a su fin, y entonces solamente hay oscuridad. El profeta apura a su audiencia para que le dé la gloria al Señor. Y la mayor gloria que le pueden dar al Señor es volver a él en busca de su perdón y confiar en él como su Salvador.

Jeremías no encontraba ningún placer en anunciar el juicio venidero, ya que lo afectaba profundamente el dolor de su pueblo. Sin embargo, se guardaba sus sentimientos para él mismo, ya que era un servidor público del Señor quien le había encomendado que predicara la inflexible condena.

El profeta se dirige al rey y a la reina madre. La referencia va dirigida probablemente al rey Joaquín y a su madre, Nejusta. Joaquín sucedió a su padre Joacim cuando tenía solamente 18 años. No fue mejor que su padre; gobernó sólo por tres meses y diez días, para luego ser llevado cautivo a Babilonia por Nabucodonosor en el año 597 a.C. Probablemente estas palabras fueron pronunciadas cerca de ese tiempo y de ese acontecimiento.

Y como el pueblo de Judá y sus gobernantes no habían escuchado al Señor, entonces iban a probar su juicio. El profeta les advirtió al rey y a su madre que deberían humillarse. Dios los había sacado del trono y también les había quitado a sus súbditos; no merecían gobernar. No había escapatoria, aun cuando trataran de huir, las rutas normales de escape se habrían cerrado. No habría forma de ir a las ciudades sureñas de refugio de la región desértica de Judá; el Neguev les estaría vedado.

La pérdida de su trono sería dolorosa por dos razones. Por mucho tiempo, a pesar de las advertencias de muchos profetas, los

gobernantes de Judá habían tratado de asegurar su nación mediante pactos políticos de alianza con las naciones vecinas. Babilonia fue uno de los imperios de los que buscaron favores (Isaías 39). Y como sus aliados ahora se habían vuelto contra ellos, es evidente que esa estrategia había fallado. Pero ya habían sido advertidos antes de esto, así que no tenían excusa. Su única esperanza estaba en el Señor y no en alianzas efímeras.

Una segunda razón que da el Señor del por qué sería dolorosa la pérdida del trono, es “por la enormidad de tu maldad”. Los problemas más difíciles en la vida son aquellos por los que somos personal y únicamente responsables. Nos gusta echar la culpa a diestra y siniestra para poder disculparnos. Pero qué difícil es cuando no hay nadie a quien culpar ni excusa que presentar. Esa era la situación de Judá.

**23 ¿Podrá cambiar el etíope su piel
y el leopardo sus manchas?**

Así también,

**¿podréis vosotros hacer el bien,
estando habituados a hacer lo malo?**

**24 Por tanto, yo los esparciré al viento del desierto,
como tamo que pasa.**

25 Ésta es tu suerte,

**la porción que yo he medido para ti,
dice Jehová,**

porque te olvidaste de mí y confiaste en la mentira.

**26 Yo, pues, te alzaré también las faldas hasta el rostro,
y se verá tu vergüenza:**

27 tus adulterios, tus relinchos,

la maldad de tu fornicación sobre los collados.

En el campo he visto tus abominaciones.

¡Ay de ti, Jerusalén!

¿No serás al fin limpia?

¿Cuánto tardarás en purificarte?»

El Señor tenía pocas esperanzas de que se arrepintieran el rey, la reina madre, los sacerdotes y los otros líderes de Jerusalén. El rechazo persistente a escuchar la palabra de Dios había endurecido su corazón contra el mensaje y contra el Espíritu que traía el mensaje. El Señor expresa esta verdad con la ilustración del etíope y el leopardo. No quiere decir que él había hecho imposible que las personas se arrepintieran y se volvieran a él, sino que algunos habían hecho que la situación fuera en extremo difícil, si no imposible para ellos mismos. Se habían acostumbrado tanto a sus pecados, que un cambio les parecía difícil. Se habían cerrado ellos mismos al Espíritu de Dios. Este es el poder que tiene el pecado cuando alguien hace del pecado un hábito; nos puede encadenar para la perdición eterna.

El pecado principal y el más grave de Judá era la idolatría, el pecado contra el Primer Mandamiento. Esa era la fuente de todos sus otros pecados. La idolatría, pues, era el pecado por el que el Señor los había condenado. El Señor usa un lenguaje drástico, casi ofensivo. Quería que su pueblo entendiera lo nauseabunda y repulsiva que era la naturaleza de su pecado. Los comparó con la adúltera o la prostituta que le ofrece sus favores a cualquiera que los solicite. No conoce la vergüenza ni cómo frenarse en su propia destrucción. En la misma forma, Judá mostró un deseo insaciable por otros dioses. Durante un tiempo había logrado ocultar su lujuria bajo la pantalla de rendirle culto de labios para afuera al Señor. Sin embargo, muy pronto, el Señor puso todo al descubierto, o para usar el lenguaje gráfico del profeta, “les levantará la falda”, de modo que todos puedan ver el pecado por lo que es.

Sequía, hambre, y espada

14 Palabra de Jehová que vino a Jeremías con motivo de la sequía.

² «Se ha enlutado Judá,

**sus puertas desfallecen;
se sentaron tristes en tierra
y sube el clamor de Jerusalén.**

**³ Los nobles envían a sus criados por agua;
van a las lagunas, pero no hallan agua;
vuelven con sus vasijas vacías;
se avergüenzan, se confunden
y cubren sus cabezas.**

**⁴ Se ha resquebrajado la tierra
porque no ha llovido en el país;
los labradores, confundidos,
se cubren la cabeza.**

**⁵ Aun las ciervas en los campos
paren y abandonan la cría,
porque no hay hierba.**

**⁶ Los asnos monteses
se ponen en las alturas
y aspiran el viento como los chacales,
pero sus ojos se ofuscan
porque no hay hierba.»**

Por lo visto Jeremías ya le había preguntado al Señor acerca de la sequía más reciente que había enviado sobre la tierra. En el pasado, el Señor había enviado sequías más de una vez, con la intención de llamar a su pueblo al arrepentimiento. La más famosa fue la que ocurrió por tres años y medio en los tiempos del impío rey Acab (1 Reyes 17,18).

Los efectos de esta última sequía fueron devastadores, llevando a la desesperación a los ciudadanos y hasta a los líderes del país. Ni siquiera en sus cisternas secretas podían encontrar una gota de agua. Todas las reservas se habían agotado. Si hasta el poderoso estaba tan desesperado, solamente nos podemos imaginar el efecto en los débiles y en los pobres. Hasta las relaciones más amorosas, como las de las ciervas con sus crías, se vieron afectadas, al abandonar éstas a sus recién nacidos. La

desesperada búsqueda de agua durante la sequía había hecho enemigos a los mejores amigos. Los más fuertes estaban agotados. El asno indomable y montaraz se tambaleaba. Pero, ¿el pueblo judío acaso había captado el mensaje?

7 Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, Jehová,

¡actúa por amor de tu nombre!

Porque nuestras rebeliones se han multiplicado, contra ti hemos pecado.

8 Tú, la esperanza de Israel,

su Salvador en el tiempo de la aflicción,

¿por qué te has hecho como forastero en la tierra, como caminante que se retira para pasar la noche?

9 ¿Por qué eres como un hombre atónito, como un valiente incapaz de librar?

Sin embargo, tú estás entre nosotros, Jehová, y sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares.

10 Así ha dicho Jehová acerca de este pueblo: «Se deleitaron en vagar, y no dieron descanso a sus pies»; por tanto, Jehová no se agrada de ellos; se acordará ahora de su maldad y castigará sus pecados.

11 Y me dijo Jehová: «No ruegues por el bien de este pueblo.

12 Cuando ayunen, yo no escucharé su clamor, y cuando ofrezcan holocausto y ofrenda no los aceptaré, sino que los consumiré con espada, con hambre y con pestilencia.»

13 Yo dije: «¡Ah, ah, Señor, Jehová!, mira que los profetas les dicen: “No veréis espada ni habrá hambre entre vosotros, sino que en este lugar os daré paz verdadera.”»

Bajo estas condiciones difíciles Jeremías expresó otra vez el profundo amor que sentía por su pueblo. Como un intercesor solitario, aferrado a la promesa del Señor, oró una vez más, sin ofrecer ninguna excusa ante Dios. Hablando en nombre de su

pueblo, dijo: “Contra ti hemos pecado”. Algunos se habían atrevido a ofender al Señor, diciendo que Dios no había tenido ningún interés duradero ni en la tierra ni en su pueblo, que él los había abandonado y que era como un viajero que pasa de largo, como un extranjero que había vivido entre ellos temporalmente. Otros habían descrito al Señor como débil y desvalido, un guerrero demasiado viejo e inútil para pelear. Jeremías suplicaba que se le diera una respuesta. Suplicaba invocando el nombre del Señor, pues él los había salvado en el pasado y aún estaba entre su pueblo. Sólo confiando en el amor divino Jeremías se atrevió a suplicarle a Dios que salvara a Judá.

Y por tercera vez Dios le mandó a Jeremías que ya no suplicara por el bienestar de la nación. ¡Qué prueba tan dura para el profeta: enfrentar solo el silencio frío de Dios! Nos hace recordar a la mujer sirofenicia que dando de voces tras Jesús le suplicaba que le prestara atención, pero Jesús permaneció callado (Marcos 7). Recordamos también a la mujer de la parábola del juez injusto (Lucas 18). ¡Qué mensajes tan duros de escuchar para esas personas! La destrucción total estaba en marcha: espada, hambre, plagas. Si uno de esos desastres no te destruye, el otro sí lo hará. De seguro que no se atreverían a tomar su pecado tan a la ligera.

Pero, desgraciadamente aún no habían captado el mensaje de Dios. No mostraron ningún cambio de actitud. Se engañaban, haciendo más ayuno del que mandaba la ley y ofreciendo más ofrendas, pero olvidando lo que el Señor realmente quiere: “Sacrificio es para Dios un espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no lo desprecias tú, oh Dios” (Salmo 51:17).

El profeta trató de explicar la conducta de su pueblo alegando circunstancias atenuantes. Los falsos profetas habían guiado mal al pueblo al haberse opuesto a la verdad. Cuando el Señor dijo que la destrucción era inminente, los falsos profetas se apresuraron a decir que no habría espada ni hambre en ese lugar, sino sólo paz. El mensaje que predicaban siempre era el mismo: un mensaje de paz y de prosperidad. Su táctica era tan antigua como el mundo mismo. Recordemos que al principio Satanás había usado un truco

igual: “¿Conque Dios les dijo que no comieran...? ¡Por cierto no morirán; sino que serán como Dios sabiendo el bien y el mal!” (Génesis 3). Y sin embargo, los falsos profetas le decían al pueblo lo que éste quería escuchar, y el pueblo los escuchaba (1 Reyes 22).

¹⁴ Me dijo entonces Jehová: «Falsamente profetizan los profetas en mi nombre. Yo no los envié ni los mandé ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y engaño de su corazón os profetizan. ¹⁵ Por tanto, así ha dicho Jehová sobre los profetas que profetizan en mi nombre, los cuales yo no envié, y que dicen: “Ni espada ni hambre habrá en esta tierra.” ¡Con espada y con hambre serán consumidos esos profetas! ¹⁶ Y el pueblo a quien profetizan quedará tirado por las calles de Jerusalén a causa del hambre y la espada, y no habrá quien los entierre, ni a ellos ni a sus mujeres ni a sus hijos ni a sus hijas. Y sobre ellos derramaré su propia maldad.

¹⁷ »Les dirás, pues, esta palabra:

**»“Derramen mis ojos lágrimas
noche y día, y no cesen,
porque la virgen hija de mi pueblo
ha sufrido una terrible desgracia,
porque su llaga es muy dolorosa.**

**¹⁸ Si salgo al campo, veo muertos a espada;
si entro en la ciudad, veo enfermos de hambre,
y tanto el profeta como el sacerdote
andan vagando por el país, y nada entienden.”»**

El Señor rechazó los intentos que hacía Jeremías de tratar de echarles toda la culpa a los falsos profetas, porque ellos no eran ninguna excusa para la incredulidad del pueblo que había sido engañado porque así lo quería. El origen del engaño de los falsos profetas era evidente: el engaño de su propia mente. Podían hablar, pero no debió haber nadie que los escuchara ni siguiera sus

palabras.

Ellos debieron haber aplicado la prueba que el Señor mismo les había dado. En Deuteronomio 13, el Señor les había dado a las generaciones futuras los medios para saber identificar a los falsos profetas; lo único que tenían que hacer era utilizar esos medios. Esa prueba fue reafirmada por Dios mismo mediante el profeta Isaías cuando exhortó al pueblo diciendo: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20). Por lo tanto, toda generación y todo creyente deben juzgar a los falsos profetas; sí, y a toda nueva enseñanza, con la norma que el Señor mismo nos ha dado. Su palabra es la norma por la que el Señor espera que todo creyente juzgue todo lo que un maestro o pastor diga.

Para quitar toda duda de la mente de su pueblo el Señor les dijo: “Falsamente profetizan los profetas en mi nombre. Yo no los envié.” Esos profetas habían salido a predicar por su propia cuenta y aquí tenemos otra manera de identificar a los falsos profetas. Además de hacer a un lado el testimonio claro de las Escrituras, esos hombres hablaban por autoridad propia y no por la de Dios. No habían sido enviados, ni llamados, ni ungidos. Sin ningún otro poder que su propia autoridad, y en su propio nombre, se habían presentado ante el pueblo. Sin embargo, Dios dice aquí que su fin está sellado; los falsos profetas serán destruidos en un desastre total. Todos los que los escuchan y creen en su mensaje compartirán la misma suerte.

Para enfatizar la certeza de la destrucción venidera, el Señor mediante su profeta entonó un canto fúnebre, aun cuando el funeral mismo todavía no había tenido lugar. Le muestra a su pueblo la profunda pena que lo aflige: no se complace en la muerte del impío. Dondequiera que miraba veía muerte. Los que habían tratado de escapar al campo yacían muertos por la espada de sus perseguidores. Los que permanecían tras los muros fortificados de la ciudad murieron de hambre. Ya no quedaba ninguno de los falsos profetas; o cayeron muertos o fueron llevados por sus perseguidores al exilio. Los sacerdotes que no supieron probar ni

juzgar la falsa doctrina compartieron el mismo destino de los falsos profetas. El resultado no puede ser otro cuando una nación o un individuo cambia la palabra de Dios por las mentiras.

**19 ¿Has desechado del todo a Judá?
¿Ha aborrecido tu alma a Sión?
¿Por qué hiciste que nos hirieran sin remedio?
Esperamos paz, pero no hubo tal bien;
tiempo de curación, y he aquí turbación.**

**20 Reconocemos, Jehová, nuestra impiedad
y la iniquidad de nuestros padres,
porque contra ti hemos pecado.**

**21 Por amor de tu nombre, no nos deseches
ni deshonres tu glorioso trono;
acuérdate, no invalides tu pacto con nosotros.**

**22 ¿Hay entre los ídolos de las naciones
alguno capaz de hacer llover?
¿Acaso darán lluvias los cielos?
¿No eres tú, Jehová, nuestro Dios?
En ti, pues, esperamos,
pues tú has hecho todas estas cosas.**

Una vez más Jeremías eleva una plegaria al Señor. Sabía que él no había rechazado totalmente a Judá, y se aferró al hilo delgado de esta promesa. A nadie más podía apelar, sino sólo al Señor a quien sus compatriotas judíos habían ofendido. De nuevo confesó la culpa de su pueblo, sin tratar de ofrecer disculpas. Su oración es muy semejante a la que hizo Daniel (Daniel 9). En este pueblo no había nada que pudiera merecer que el Señor hiciera algo bueno por ellos.

El profeta basa su oración en el carácter mismo de Dios; es decir, oró porque sabía que es el Dios lleno de misericordia (“por amor de tu nombre”). Jeremías le suplicó a Dios porque en el templo de Jerusalén estaba su morada y de allí saldría la misericordia que había prometido enviar. Teniendo en mente el

pacto que el Señor había hecho con su nación y la fidelidad inquebrantable que respaldaba este pacto, desde lo profundo del corazón el profeta eleva su plegaria al Señor para que los salve. El Señor tenía el poder para hacerlo. No era Dios ficticio ni un producto de la imaginación de los hombres. No, él es el Creador y Sustentador todopoderoso de los cielos y de la tierra: “¿No eres tú, oh Jehová, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos.”

Nadie hubiera podido orar con más fervor ni con más poder que el profeta que suplicaba con todo su corazón por su pueblo. Jeremías nos enseña a orar ferviente y persistentemente, apelando con plena confianza a lo que Dios ha mostrado que es para con nosotros en Cristo: todopoderoso, lleno de amor y fiel.

LA IMPENITENCIA DE JUDÁ SELLA EL JUICIO DEL SEÑOR CONTRA ELLA JEREMÍAS 15-20

Nadie puede escaparse del juicio de Dios

15Entonces Jehová me dijo: «Aunque Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo. Échalos de mi presencia, y que salgan. ²Y si te preguntan: “¿A dónde saldremos?”, les dirás que así ha dicho Jehová:

»«El que a muerte, a muerte;
el que a espada, a espada;
el que a hambre, a hambre;
y el que a cautiverio, a cautiverio.»

³»Y enviaré sobre ellos cuatro géneros de castigo, dice Jehová: espada para matar, perros para despedazar y aves del cielo y bestias de la tierra para devorar y destruir. ⁴Los entregaré para terror a todos los reinos de la tierra, a causa de Manasés hijo de Ezequías, rey de Judá, por lo que hizo en Jerusalén.

Es posible que Jeremías se haya desanimado al ver que sus oraciones no tenían ningún efecto; pues aunque había intercedido delante del Señor por su pueblo, sus intercesiones no habían dado ningún resultado. Sin embargo, no tenía ninguna razón para desanimarse por su fracaso en querer hacer a un lado la justa ira de Dios. El Señor le dijo que nadie, ni siquiera la intercesión de Moisés ni la de Samuel, podía haber cambiado su decisión.

Las intercesiones de Moisés habían salvado al pueblo en dos ocasiones: la primera, después de que el pueblo cayó en el pecado de adorar al becerro de oro (Éxodo 32); y la segunda, después de la rebelión ante el informe de los espías (Números 14). En las dos ocasiones el Señor había amenazado con destruir la nación y en

ambas ocasiones Moisés había orado con gran pasión y poder, suplicándole al Señor que los salvara. Moisés hasta había ofrecido su propia vida en rescate por el pueblo. De la misma forma el profeta Samuel había salvado al pueblo en dos ocasiones: la primera, en Mizpa frente a los filisteos (1 Samuel 7), y la segunda, cuando rechazaron el gobierno teocrático del Señor y le pidieron que les pusiera un rey (1 Samuel 12).

No obstante, el Señor ahora no estaba dispuesto a escuchar más. Nadie ni nada iba a impedir el desborde de su justa ira; y para que no hubiera ninguna duda en la mente del pueblo acerca de la seriedad de su propósito, utilizó los ejemplos de Moisés y de Samuel. Su paciencia había llegado al límite. Es verdad que la paciencia del Señor es grande y que va más allá de lo que nosotros podemos imaginar; sin embargo, también tiene un límite.

Así que el Señor le dijo al profeta: “Échalos de mi presencia”, es decir, que salgan para que sean destruidos. Y para asegurarse que nadie escapara, el Señor prometió que iba a enviar cuatro diferentes clases de destrucción. El número cuatro con frecuencia se menciona en la Biblia en relación con la creación. El Señor iba a traer toda la fuerza de la creación contra aquellos que insistieran en vivir separados de su Hacedor. Él que los había hecho para su propósito ahora los iba a destruir; y al hacerlo, estaba actuando justa y rectamente por causa del pecado de Manasés. Manasés era el rey que había sucedido a su padre Ezequías. Se volvió en contra de todo aquello con lo que su padre se había identificado, llenando la tierra de ídolos y persiguiendo a los fieles creyentes, hasta derramar su sangre (2 Reyes 21:11,16). La maldad de su espíritu había contaminado a todo Judá para que después de él la mayoría de la gente permaneciera alejada del Señor. El pecado de él se convirtió en el de ellos, es decir, que lo habían convertido en algo propio.

**⁵»Porque ¿quién tendrá compasión de ti, Jerusalén?
¿Quién se entristecerá por tu causa
o quién vendrá a preguntar por tu paz?**

**6 Tú me dejaste, dice Jehová,
te volviste atrás;
por tanto, yo extenderé sobre ti mi mano y te destruiré.
¡Estoy cansado de tener compasión!**
**7 Aunque los aventé con aventador
hasta las puertas de la tierra,
y dejé sin hijos a mi pueblo y lo desbaraté,
no se volvieron de sus caminos.**
**8 Sus viudas se multiplicaron
más que la arena del mar;
traje contra ellos un destructor a mediodía
sobre la madre y sobre los hijos;
hice que de repente cayeran terrores sobre la ciudad.**
**9 Languideció la que dio a luz siete;
se llenó de dolor su alma,
su sol se puso siendo aún de día;
fue avergonzada y llena de confusión.
Y lo que de ella quede,
lo entregaré a la espada delante de sus enemigos,
dice Jehová.»**

En términos muy vivos el profeta describe con detalle la gravedad del juicio venidero. Nadie lloraría por Judá ni por Jerusalén. No podemos imaginar nada más triste ni más solitario que no tener quien llore la muerte de alguien en un funeral. ¡Qué poco importaba una vida! ¡Qué poco les importaba la vida de Judá a las naciones! La gran arrogancia de los judíos y su desprecio total por las otras naciones que no eran el pueblo escogido de Dios ni los descendientes de Abraham, cosecharían frutos amargos. Nadie iba a compadecerse de ellos.

Jeremías usa otra ilustración familiar para el juicio: el aventador. Después de que los agricultores ya habían trillado el grano y separado la cáscara del grano, lo aventaban. Sobre el suelo nivelado en un determinado lugar del terreno y en cierto momento del día en que la brisa sopla con más fuerza, el agricultor con su

aventador en mano sacude la mezcla de paja y grano lanzándola al aire. El viento se lleva la paja y las pequeñas briznas, dejando caer el grano solo. Más adelante Juan el Bautista utilizó la misma imagen para describir al Señor Jesús como juez de su pueblo (Lucas 3:1-7). Así que el Señor usaría a los enemigos de Judá como su aventador pesado que arrojaría a los judíos como a paja expuesta a un viento implacable.

¡Qué impotentes serían ante ese juicio! Sería un juicio que vendría repentinamente y sin aviso. Ninguno sería engañado porque el juicio iba a venir en plena luz del día, y aunque pudieran verlo venir, no lo podrían escapar. Les faltarían las fuerzas a todos, hasta a aquellas que habían atravesado por los difíciles momentos del alumbramiento. Las madres jóvenes en todo su vigor y la madre de siete hijos serían arrasadas por igual. Nadie se salvaría.

**¹⁰ ¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste
hombre de contienda y hombre de discordia para toda la
tierra!**

**Nunca he dado ni tomado en préstamo
y, sin embargo, todos me maldicen.**

**¹¹ ¡Sea así, Jehová,
si no te he rogado por su bien,
si no he suplicado ante ti en favor del enemigo
en tiempo de aflicción y en época de angustia!**

**¹² «¿Puede alguno quebrar el hierro,
el hierro del norte, y el bronce?**

**¹³ Tus riquezas y tus tesoros
entregaré a la rapiña sin ningún precio,
por todos tus pecados
y en todo tu territorio.**

**¹⁴ Y te haré servir a tus enemigos
en tierra que no conoces,
porque fuego se ha encendido en mi furor
y arderá contra vosotros.»**

**15 Tú lo sabes, Jehová;
acuérdate de mí, visítame
y véngame de mis enemigos.
No me reproches en la prolongación de tu enojo;
sabes que por amor de ti sufro afrenta.**

**16 Fueron halladas tus palabras, y yo las comí.
Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón;
porque tu nombre se invocó sobre mí,
Jehová, Dios de los ejércitos.**

**17 No me senté en compañía de burladores
ni me engré a causa de tu profecía;
me senté solo,
porque me llenaste de indignación.**

**18 ¿Por qué fue perpetuo mi dolor,
y mi herida incurable,
que no admitió curación?
¿Serás para mí como cosa ilusoria,
como aguas que no son estables?**

**19 Por tanto, así dijo Jehová:
«Si te conviertes, yo te restauraré
y estarás delante de mí;
y si separas lo precioso de lo vil,
serás como mi boca.**

**¡Conviértanse ellos a ti,
mas tú no te conviertas a ellos!**

**20 Y te pondré en este pueblo
por muro fortificado de bronce;
pelearán contra ti,
pero no te vencerán,
porque yo estoy contigo para guardarte y para
defenderte,
dice Jehová.**

**21 Yo te libraré de la mano de los malos
y te redimiré de la mano de los fuertes.»**

Jeremías quedó atrapado entre la monstruosa impenitencia de Judá y el juicio inminente y justo de Dios. Se sentía tambalearse bajo la carga. De las luchas que experimentaba (y aquí lo vemos luchando), no se podía liberar de la fría desesperación que lentamente entumecía su fe.

El pueblo de Judá simplemente no quería escuchar, y en cambio veía al profeta como al enemigo. De la manera como Acab levantó un dedo acusador ante Elías, diciendo: “Tú eres el que perturba a Israel”, así los contemporáneos de Jeremías lo atacaron. Creían que si no fuera por él, y su prédica incesante de juicio, la tierra estaría en paz. El Señor le había advertido desde el inicio de su ministerio que todos se le opondrían. Ahora, la realidad de esta profecía se le venía encima con toda su fuerza. Sin embargo, el Señor consoló a su profeta y le dio la seguridad de que todas las cosas saldrían de acuerdo a sus buenos propósitos.

El Señor nos presenta la ilustración del hierro, el metal más fuerte que se conocía en los días de Jeremías. Esa ilustración serviría para edificar al profeta. Tan grande sería la fuerza que el Señor le iba a dar, tan firme iba a hacer el Señor al profeta, que permanecería inquebrantable frente a todo tipo de oposición. Se iba a poder regocijar con Pablo, diciendo: “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:10) y “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Por otra parte, la referencia que hace al hierro puede destacar las palabras de juicio que siguen; es decir, así como es imposible romper el hierro, también iba a ser imposible que Judá escapara del desastre que el Señor iba a traer del norte.

En su esfuerzo por escapar del oscuro desaliento que se estaba apoderando de su alma, el profeta se volvió a la Palabra, al conocimiento seguro que tenía del carácter del Señor. Confesó que el Señor sabía la angustia que había en su corazón y él se conmovía con él y por él. El Señor no lo iba a abandonar. El profeta había sido fiel a su llamado y ¡cuántos insultos lo habían herido! ¡Con qué frecuencia le habían dicho que era un necio por predicar ese mensaje! ¡Cuántas veces el pueblo de Judá le había echado en cara

la pregunta: “¿Dónde está el cumplimiento de la palabra del Señor?”!

De acuerdo con el mandato del Señor, Jeremías había permanecido apartado de las actividades sociales cotidianas, y al hacerlo así había dado testimonio del terrible juicio venidero. Él siempre había encontrado su fuerza en la palabra de Dios.

La palabra de Dios era su sostén, el alimento de su vida. ¡Qué placer, qué fortaleza vital experimentaba cuando la devoraba! ¡Cómo elevaba su alma y refrescaba su espíritu! ¡Con qué gusto llevaba el nombre del Señor! Ahora miraba hacia la Palabra para protegerse de la duda que se estaba apoderando de él. Nunca le había fallado en el pasado.

Sin embargo, en esta ocasión Jeremías dejó pasar el consuelo de la Palabra. Recurrió a sus propias fuerzas, y muy pronto el dolor fue abrumador. Se apoderó de él la negrura de la desesperación, que amenazaba con tragarse la fe, la esperanza y el espíritu mismo del profeta. Ya no podía contener por más tiempo las dudas, que como una avalancha se precipitaban sobre él y que hacían que la palabra de Dios pareciera como un susurro débil y distante. Hacían que dudara de las promesas y de la persona de Dios mismo. ¿Es que Dios se había convertido en un riachuelo que sólo ilusiona o en un manantial que no cumplía su cometido? ¿Lo abandonaría Dios en medio de la tribulación? Sus huesos adoloridos y su alma atribulada exclamaron: “¿Por qué fue perpetuo mi dolor, y mi herida incurable, que no admitió curación?” Su dolor interno había echado por tierra toda esperanza, todo el amor que había conocido del Señor, y cada una de las promesas por las que había vivido.

Pero el Señor amaba a Jeremías, así que lo hizo volver a sus cinco sentidos. En medio de la incredulidad y de la desesperación, y con tan poca visión, Dios sacudió a Jeremías con las palabras “si te conviertes, te restauraré”. Escucha mi voz, sírveme, aférrate a mis promesas y olvídate de ti mismo. El Señor repitió la promesa que le había hecho al principio de su obra como profeta. Al llegar a este punto el Señor le había prometido al profeta hacer de él un muro fortificado de hierro contra el pueblo (Jeremías 1:18). Ahora

lo anima para que vuelva a ser el portavoz digno que había sido.

Jeremías había perdido el sentido al hacerse igual a los que les predicaba. Había comenzado a volverse como ellos; había comenzado a dejar de lado la verdad de Dios. Sin embargo, el Señor lo llamó para que se volviera de ese camino. Le dijo: “No temas. Confía en lo que digo, y lo que tú hagas no será en vano”. Aunque no escuchamos la respuesta del profeta, sin embargo, por sus acciones vemos que tomó a pecho lo que el Señor le dijo y que continuó su llamamiento con renovada fidelidad.

Aquí tenemos para nosotros un ejemplo que nos enseña que hasta los más grandes héroes de la fe han sido presa de la duda y de la desesperación. Si esos hombres temen, si dudan, si necesitan ánimo, si necesitan ser amonestados, si necesitan ayuda, si necesitan que se les predique la ley y la repetida seguridad de las promesas de Dios, ¡con mayor razón nosotros también lo necesitamos! Aquí todos nosotros podemos esperar que vamos a beber en alguna medida la misma copa amarga que bebió el profeta. Todos nosotros necesitamos que nos sacudan del estupor por medio del llamado que Dios nos hace al arrepentimiento. Pero con la ayuda del Señor encontraremos el camino de regreso a él, como ocurrió con Jeremías. Por todas estas experiencias, tanto las de Jeremías como las nuestras, estaremos más dispuestos a ser la luz que brilla para aquellos que a su vez se encuentren en medio de la neblina de la duda y de la desesperación. Hemos pasado por esa situación y hemos regresado a la luz. Tal vez podamos ayudarlos a ellos a regresar también.

La lección viva y objetiva del juicio de Dios

16 Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ²«No tomarás para ti mujer, ni tendrás hijos ni hijas en este lugar. ³ Porque Jehová dice que los hijos y las hijas nacidos en este lugar, las madres que los den a luz y los padres que en esta tierra los engendren, ⁴ morirán de dolorosas enfermedades, y no serán llorados ni sepultados,

sino que serán como estiércol sobre la faz de la tierra. Con espada y con hambre serán consumidos, y sus cuerpos servirán de comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra.»

⁵ También ha dicho esto Jehová: «No entres en casa donde haya luto; no acudas a lamentar ni los consueles, porque de este pueblo, dice Jehová, yo he quitado mi paz, mi misericordia y mi compasión. ⁶ Morirán en esta tierra grandes y pequeños. No serán enterrados ni los llorarán; no se sajarán ni se raparán la cabeza por ellos. ⁷ No partirán pan por ellos en el luto para consolarlos por sus muertos, ni les darán a beber la copa del consuelo por su padre o por su madre. ⁸ Asimismo, no entres en casa donde haya banquete, para sentarte con ellos a comer o a beber. ⁹ Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo haré cesar en este lugar, delante de vuestros ojos y en vuestros días, toda voz de gozo y toda voz de alegría, toda voz de esposo y toda voz de esposa.

No hay costumbres que sean más centrales e importantes para las relaciones sociales y familiares que las que rodean la muerte y el matrimonio. Pocas veces se dan ocasiones para la reunión de toda la familia, aunque también pocas veces se revelan con tanta claridad las divisiones y las luchas en la familia misma. Una vez más el Señor hizo de Jeremías una lección viva y objetiva para el pueblo de Judá. En el profeta iban a ver cuán grande y terrible será el juicio de Dios sobre la nación desobediente y apóstata.

Dios le había ordenado a Jeremías que no se casara ni tuviera hijos. Ese mandato estaba en contra de las fuerzas más poderosas de la sociedad judía, pues se esperaba que todos los hombres se llegaran a casar algún día. La familia y su perpetuación eran vitales. Pero debido al tiempo presente y a sus condiciones críticas, Jeremías tenía que ser diferente. De todos los siervos del Señor en toda la historia de la Biblia, a Jeremías fue al único que se le prohibió casarse.

Una prohibición más fue que el profeta no asistiera a bodas ni a funerales. Es evidente que esas celebraciones eran reuniones familiares y ocasiones importantes para renovar las amistades y para fortalecer los lazos familiares. Jeremías no debía asistir a ninguno de esos eventos, ni siquiera por sus amigos más queridos y cercanos. Nos podemos imaginar las miradas, el asombro, los chismes, las tensiones y las críticas que su actitud debió haber causado. Con razón Jeremías confesó en 15:17: “No me senté en compañía de burladores... me senté solo porque me llenaste de indignación...” Uno solamente puede imaginar el dolor y el tormento personal que sufrió el profeta. Pero en todo esto Dios tenía un propósito.

En las circunstancias en las que se encontraba Jeremías, la nación podía ver su propio futuro. “En vuestros días”, dice el Señor, la muerte y la destrucción estarán por doquier. Todo acontecimiento social normal será interrumpido. La gente morirá a montones, no quedará nadie para llorarlos ni para sepultarlos. Este panorama resultaba aborrecible para los judíos; resultaba inimaginable que un cuerpo quedara sin ser sepultado o que fuera devorado por los animales o por las aves. Nos hace recordar a Rizpa, la hija de Aja, que protegió el cuerpo de sus seres amados espantando durante semanas a los depredadores (2 Samuel 21:1-14). Así pasaría con Judá: las cosas llegarían a tal grado que la gente ni siquiera podría sepultar a su padre o madre. Ni siquiera serían capaces de ofrecer la “copa”, el vaso de consolación con el que marcaban el fin del ayuno familiar y el principio del banquete funerario.

Jeremías tampoco podía asistir a ninguna boda. Pronto tampoco habría ninguna. El Señor había retirado sus bendiciones, la seguridad de su bienestar, y las bendiciones pronunciadas por las palabras de los sacerdotes (Números 6:22-27). El Señor no iba a mostrar ningún amor (la palabra amor tal como se expresa en el pacto y mediante sus términos). El Señor ya no estaba atado a las promesas que les había hecho porque los israelitas no habían cumplido su parte del pacto con Dios. Se había esfumado cualquier

esperanza que pudieran tener en el pacto. En tiempos pasados el Señor se había conmovido profundamente al ver el dolor y el sufrimiento de su pueblo y había acudido pronto en su auxilio, pero eso había llegado a su fin; ahora el Señor no iba a mostrar ninguna compasión. Este duro mensaje estaba siendo entregado tanto en las palabras como en la vida del profeta. ¿Qué efecto tendría entre el pueblo?

¹⁰»Y acontecerá que cuando anuncies a este pueblo todas estas cosas, te dirán ellos: “¿Por qué anuncia Jehová contra nosotros todo este mal tan grande? ¿Qué maldad es la nuestra? ¿O qué pecado es el nuestro, que hemos cometido contra Jehová, nuestro Dios?” ¹¹ Entonces les dirás: Porque vuestros padres me abandonaron, dice Jehová, y anduvieron en pos de dioses ajenos y los sirvieron, y ante ellos se postraron. Me abandonaron a mí y no guardaron mi Ley. ¹² Pero vosotros habéis hecho peor que vuestros padres, pues cada uno de vosotros camina tras la imaginación de su malvado corazón, no escuchándome a mí. ¹³ Por tanto, yo os arrojaré de esta tierra a una tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido, y allá serviréis a dioses ajenos de día y de noche, pues no os tendré compasión.

¡Qué poco entendía Judá! Era evidente que el pecado se había apoderado de su entendimiento hasta el grado de hacerles perder la noción de lo correcto e incorrecto. Se sentían tan cómodos en medio de su pecado, tan acostumbrados a él, que no podían imaginar ninguna razón para explicar la ira del Señor. Nada revela con mayor claridad el poder que tiene el pecado sobre un pueblo, o sobre un individuo, que el no saber discernir lo que está bien de lo que está mal.

El Señor les dijo que estaba por llegar el pago final por el pecado cometido por sus padres. Sus padres habían quebrantado el Primer Mandamiento. De nuevo notamos que el pecado mayor es quebrantar el Primer Mandamiento, esa es la fuente y el

principio de todos los demás pecados. Los israelitas no habían guardado la ley, no reconocían su pecado como lo que es, ni buscaban en el Señor el perdón ni la misericordia que les había ofrecido con la promesa del Salvador venidero. Sin embargo, no habían sido solamente sus padres los que habían pecado. Sus hijos, y el pueblo que vivía en los tiempos de Jeremías, habían superado la dureza del corazón de los padres. Pese a tanta advertencia y reproche, habían seguido un camino mucho más perverso que el de sus padres. En consecuencia iban a ser arrojados de la tierra. Tendrían finalmente lo que tanto habían deseado, día y noche en una tierra extranjera servirían a dioses falsos.

¹⁴»No obstante, vienen días, dice Jehová, en que no se dirá más: “¡Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto!”, ¹⁵ sino: “¡Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte y de todas las tierras adonde los había arrojado!” Pues yo los volveré a su tierra, la cual di a sus padres.

¹⁶»Yo envío muchos pescadores, dice Jehová, y los pescarán, y después enviaré muchos cazadores, y los cazarán por todo monte, por todo collado y por las cavernas de los peñascos. ¹⁷ Porque mis ojos están sobre todos sus caminos, los cuales no se me ocultan, ni su maldad se esconde de la presencia de mis ojos. ¹⁸ Pero primero les pagaré el doble por su iniquidad y su pecado, porque contaminaron mi tierra con los cadáveres de sus ídolos, y con sus abominaciones llenaron mi heredad.»

Aunque el Señor cumplió la advertencia que les había hecho de juzgarlos, no dejó a los sobrevivientes sin esperanza. Prometió que iba a llegar el tiempo en que traería a su pueblo de regreso de la tierra del norte así como había sacado a su pueblo de la tierra de Egipto. Este acto sería una demostración de su amor y de su poder, como la vez que los había salvado de Egipto.

Sin embargo, los que escuchaban el mensaje encontraban muy poco consuelo en su promesa porque antes de la restauración prometida iba a venir el juicio. El Señor usó un ejemplo vívido para describir su juicio. Iba a enviar cazadores y pescadores en una forma implacable, sistemática y despiadada para que los cazaran y pescaran. La persecución que llevarían a cabo sería de tal manera, que buscarían hasta debajo de las piedras.

Es claro que la primera aplicación de esas palabras de juicio fue para los ejércitos invasores que iban a perseguir a los desventurados fugitivos y los atraparían donde quiera que intentaran ocultarse. Otra clara aplicación se refiere a la búsqueda y hallazgo del pecado. Ningún pecador se puede escapar de la justicia del Señor. Implacablemente, así como el inspector en la novela de Víctor Hugo, *Los Miserables*, perseguía su víctima hasta atraparla, de igual forma la ley escrita en el corazón y las consecuencias del pecado agobiarían la conciencia del pecador. Nadie iba a poder ocultar nada del Señor ni escapar del castigo merecido por causa del pecado.

Sin embargo, Judá podrían encontrar consuelo en el celo del Señor por castigar el pecado. Porque así como su ira arde contra la impiedad y la persigue implacablemente, con mayor intensidad su amor alcanza y cubre al penitente. La justicia de Dios ya ha encontrado la satisfacción necesaria en los sufrimientos y en la muerte de Cristo. Esta misma justicia es la que el Señor les da gratuitamente a todos los que creen en Cristo.

**¹⁹ Jehová, fortaleza mía, fuerza mía
y refugio mío en el tiempo de la aflicción,
a ti vendrán naciones
desde los extremos de la tierra, y dirán:
«Ciertamente mentira heredaron nuestros padres,
una vanidad sin provecho alguno.**

**²⁰ ¿Hará acaso el hombre dioses para sí?
Mas ellos no son dioses.»**

**21 «Por tanto, les enseñaré esta vez,
les haré conocer mi mano y mi poder,
y sabrán que mi nombre es Jehová.**

Jeremías oró de nuevo, en esta ocasión renovado ante la misión que el Señor le había encomendado. El profeta sabía lo que el Señor tenía en mente: que iba a dispersar a su pueblo escogido en muchas naciones por causa de su pecado. Esa sería una forma por la que muchas personas tendrían la oportunidad de conocerlo como el verdadero Dios que es. Así como se necesita limpiar un jardín de cardos y piedras antes de plantar algo en él, así el Señor limpió a Judá de los escombros de sus pecados y la dejó limpia para plantar la semilla para una cosecha mayor.

Mediante la confesión de los exiliados de Judá y de la demostración del poder salvador del Señor, muchas naciones iban a ver lo vacío de su adoración, lo despreciable de sus dioses: “¿Hará acaso el hombre dioses para sí? Mas ellos no son dioses.” ¡Qué cierto es esto! Los hombres aún hacen sus propios dioses; nuestro mundo está lleno de ellos. Sin embargo, no son nada así como los falsos dioses de las naciones de los tiempos de Judá.

Ahora el Señor le habla y le ofrece a Jeremías una visión gloriosa. El Señor mismo les enseñaría mediante su mano y su poder que él es el único y verdadero Dios, el Salvador de todos. Esta lección la enseñó en la vida y en la persona de su propio Hijo Jesucristo. Esta lección la sigue enseñando mediante los medios poderosos del Espíritu Santo, el evangelio mismo, y su proclamación, por la que él nos da la vida a nosotros y al mundo entero.

Las acciones de la persona demuestran la condición de su corazón

**17»El pecado de Judá está escrito con cincel de
hierro y con punta de diamante;
está esculpido en la tabla de su corazón**

**y en los cuernos de sus altares,
2 como un recuerdo para sus hijos.
Sus altares y sus imágenes de Asera
están junto a los árboles frondosos
y en los collados altos,
3 en las montañas y sobre el campo.
Todos tus tesoros entregaré al pillaje
por el pecado de tus lugares altos
en todo tu territorio.
4 Perderás la heredad que yo te di,
y te haré servir a tus enemigos en tierra que no has
conocido,
porque en mi furor habéis encendido un fuego
que arderá para siempre.»**

Mediante el hábito repetido y persistente de pecar Judá había hecho del pecado su estilo de vida. Jeremías utilizó una ilustración para destacar esa triste verdad en su pueblo. Con las herramientas más duras que ellos conocían en ese entonces, el hierro y el diamante, habían grabado sus pecados sobre la tabla de su corazón que era igualmente dura. Tan profundos eran los surcos de la inscripción, tan acostumbrados estaban a pecar, que ahora les resultaba difícil cambiar.

Las evidencias resaltaban por doquier. Los hijos daban un gran testimonio de la idolatría de los padres. Por todas partes, en cada lugar conveniente, hasta en el templo (2 Reyes 23:7) habían erigido santuarios o ermitas a Baal y a su consorte Asera. Ella era la madre de todos los dioses y la adoraban construyendo postes sagrados de madera cerca de sus santuarios; y como otra forma de adoración le tejían ropa sagrada como una ofrenda. Con estas prácticas tan generalizadas en el pueblo lo que habían conseguido era apartar su corazón del Señor. Por causa de este pecado, y por culpa solamente de ellos, el Señor los iba a entregar al enemigo junto con el templo y todos los tesoros.

⁵ Así ha dicho Jehová:

**«¡Maldito aquel que confía en el hombre,
que pone su confianza en la fuerza humana,
mientras su corazón se aparta de Jehová!**

**⁶ Será como la retama en el desierto,
y no verá cuando llegue el bien,
sino que morará en los sequedales en el desierto,
en tierra despoblada y deshabitada.**

**⁷ »¡Bendito el hombre que confía en Jehová,
cuya confianza está puesta en Jehová!,**

**⁸ porque será como el árbol plantado junto a las aguas,
que junto a la corriente echará sus raíces.**

**No temerá cuando llegue el calor,
sino que su hoja estará verde.**

**En el año de sequía
no se inquietará
ni dejará de dar fruto.**

Jeremías muestra cuál era el verdadero problema: el corazón del pueblo. Contrasta las dos formas: la de la incredulidad y la de la fe. La verdadera diferencia se iba a revelar aun más a medida que pasara el tiempo. Maldita la persona que deposite su esperanza para el futuro en algo humano, la persona que busque su seguridad en los seres humanos. La persona a la que se refiere este pasaje es muy semejante a la persona fuerte y joven, o alguien como ella, que está en plena posesión de sus facultades y de sus fuerzas. Juan se refiere a este sentimiento de confianza como “la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16). Eso se refiere a la inquebrantable confianza de que no hay ninguna cosa que nosotros no podamos hacer, ningún problema que al final no podamos resolver, ninguna fuerza que no podamos dominar. Esa confianza es el orgullo o la soberbia que surge de todos nuestros logros, el monumento resplandeciente de nuestra tecnología.

¿Pero cuál es la base de toda esta esperanza? El hombre y la carne. El hombre fue creado del polvo y al polvo volverá. El fin

del que confía en la carne será vacío y estéril. Jeremías describió esa condición en términos muy familiares para su audiencia. Al este de Jerusalén se encuentra el páramo de los judíos, un terreno difícil en el que hasta un enebro escuálido o débil tiene que luchar por sobrevivir. Un poco más allá se encuentra una región desértica en la que no crece nada verde, la tierra salitrosa que está a lo largo del mar Muerto.

¡Qué contraste con la bienaventuranza del que confía en el Señor! Esa persona, en todo lo que hace y experimenta, deposita su esperanza, fe y confianza solamente en el Señor. Utilizando la figura que usa el Salmo 1, Jeremías describe a esa persona como un árbol que está plantado junto a una fuente de agua que nunca se agota, y que por lo mismo siempre está verde y dando fruto. No teme ni en los tiempos más difíciles ni en los calurosos.

Esta es la descripción del creyente. Vive cerca de la fuente de agua viva que fluye de las Escrituras, la que le proporciona la comunión con Dios mismo. Por causa de esa agua que da vida, que fluye de esta fuente de vida, se puede mantener en pie hasta en los tiempos más duros. Sin duda Jeremías quiere que el lector entienda que él también había encontrado esa fuerza en el Señor. Fue su fe sola, sostenida y alimentada por la Palabra, la que lo pudo capacitar para ser fiel a su llamamiento y lo había sostenido firme frente a la fuerte oposición que había encontrado.

**⁹»Engañoso es el corazón
más que todas las cosas, y perverso;
¿quién lo conocerá?**

**¹⁰ ¡Yo, Jehová, que escudriño la mente,
que pruebo el corazón,
para dar a cada uno según su camino,
según el fruto de sus obras!»**

**¹¹ Como la perdiz que cubre lo que no puso,
es el que injustamente amontona riquezas:
en la mitad de sus días las dejará,
y en su final será un insensato.**

Reflexionando en el pecado de Judá, Jeremías, el médico de almas, diagnostica la enfermedad que es responsable de todos los problemas. El corazón, el ser interior, es el problema. Se engaña hasta a sí mismo, enmarañado y torcido como un nudo sin esperanzas de desenredarse. Todo intento de desatarlo está destinado al fracaso.

Y ésta es la condición del corazón desde el nacimiento. Jeremías dice que su condición es incurable y sin esperanza. Por lo tanto el verdadero problema del hombre brota de su interior. Como lo dice el Señor: “Porque del corazón salen los malos pensamientos...” (Mateo 15:19). Nada se puede hacer para resolver este problema hasta que se reconozca la profundidad y la naturaleza del mismo. El problema no se resuelve cambiando la conducta externa; todo pensamiento del corazón del hombre es malo desde su niñez (Génesis 8:21). Sólo transformando el corazón, el ser interior, puede haber esperanza de cambio.

Pero, ¿quién puede entender esto? Nadie. Por naturaleza todos negamos la maldad que hay dentro de nosotros mismos; simplemente no queremos reconocerlo. Retrocedemos ante la maldad del corazón humano. Como las capas que cubren una cebolla, las pelamos, esperando encontrar algo bueno en el corazón del hombre, lo bueno que la sociedad nos dice que existe en cada ser humano. Pero al final encontraremos sólo a nuestro propio yo, yo, y más yo. Descubrimos el egoísmo, los malos instintos que nos impulsan a actuar, y ante Dios quedamos desnudos, tal como somos, sin ninguna excusa. ¡No es sorprendente que nadie quiera conocer su propio corazón! Los que han examinado lo más recóndito del corazón humano se han desesperado. La introspección, el ver dentro de uno mismo, nunca nos puede hacer felices.

Sin la revelación de las Escrituras nunca podríamos saber cuál es la enfermedad que a todos nos deforma y nos mutila. En los Artículos de Esmalcalda, Martín Lutero escribió: “Este pecado original es una corrupción tan profunda y perniciosa de la naturaleza humana que ninguna razón la puede comprender, sino

que tiene que ser creída basándose en la revelación de la Escritura...” (Libro de Concordia, Tercera Parte, Sobre el Pecado, p. 312). Sin conocer esta doctrina jamás podremos conocernos a nosotros mismos. Blas Pascal, el filósofo francés, dijo que nada nos sacude tan bruscamente como lo hace esta doctrina, y sin embargo, si no fuera por este misterio que es difícil de comprender, no podríamos comprendernos a nosotros mismos. Sin este conocimiento no nos podemos conocer a nosotros mismos. Sin este conocimiento somos presa fácil de cualquier charlatán que prometa explicar y curar la enfermedad de la condición humana. Y como la mujer con el flujo de sangre (Marcos 5:24-26), nos agotaremos y nunca encontraremos la cura.

¿Quién puede entender esto? “Yo, Jehová... escudriño la mente... pruebo el corazón...” El Señor lo sabe, no hay nada oculto para él. Como dicen las Escrituras: “Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). A través de su palabra y por su Espíritu, el Señor penetra hasta lo más profundo del ser humano: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Todo ser humano será juzgado según lo que hay en su corazón y por la conducta y por las obras que produce. ¿Quién podrá hacerle frente a ese juicio? ¿Quién podrá dejarlo de lado? Ninguno de nosotros. Sólo por causa de la vida perfecta y la muerte inocente de Cristo, ofrecida como un manto para cubrir nuestro malvado corazón, nos podremos presentar frente al Dios omnisciente.

En ninguna otra parte salen a relucir las intenciones malvadas que hay en el corazón como en la actitud hacia las posesiones y los bienes. La codicia y la idolatría van siempre de la mano. Esa forma especial de pecado se había apoderado de Judá, y Jeremías compara la situación con el ejemplo de la perdiz que incubaba huevos que no puso y que empolla una nidada extraña, de otro tipo de pájaro, que finalmente la abandona. En forma semejante las

riquezas que se han obtenido injustamente abandonarían a la persona codiciosa.

Como dice el proverbio, no nos llevaremos nada con nosotros cuando muramos. Pero juzgando por la forma en que muchos viven, las personas dan la impresión de que sí creen que se llevarán sus cosas. Al final de la vida, así como ocurrió con el hombre rico (Lucas 12:13-21) que pensaba que lo tenía todo, la persona codiciosa muere siendo una necia.

**¹² Trono de gloria, excelso desde el principio,
es el lugar de nuestro santuario.**

**¹³ ¡Jehová, esperanza de Israel!,
todos los que te dejan serán avergonzados,
y los que se apartan de ti serán inscritos en el polvo,
porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas.**

**¹⁴ Sáname, Jehová, y quedaré sano;
sálvame, y seré salvo,
porque tú eres mi alabanza.**

**¹⁵ La gente me dice:
«¿Dónde está la palabra de Jehová?
¡Que se cumpla ahora!»**

**¹⁶ Mas yo no he ido en pos de ti
para incitarte a castigarlos,
ni deseé el día de la calamidad;
tú lo sabes.
Lo que de mi boca ha salido, fue en tu presencia.**

**¹⁷ No me seas tú por espanto,
pues mi refugio eres tú en el día malo.**

**¹⁸ Avergüéncense los que me persiguen,
y no sea yo avergonzado;
asómbrense ellos, y yo no me asombre;
trae sobre ellos el día malo
y quebrántalos con doble quebranto.**

En un momento sublime y santo, Jeremías eleva sus ojos a lo que es duradero y seguro, al Señor que vino para morar entre su pueblo, y que les había dado tantas promesas grandes y preciosas. Cuando el profeta mira al templo se regocija en la Esperanza de Israel, en Aquel que nunca fallará, y que siempre será una fuente segura de fortaleza y de ayuda. Esta ayuda estaba muy cerca; porque mediante la promesa del pacto, el Señor había provisto los medios con los que había sellado su amor por su pueblo.

Por medio de una oración, Jeremías apela a esas promesas y pide ayuda rápida. En los siguientes capítulos, seremos testigos de ataques más directos y más fuertes al profeta. Al enfrentarse a una franca oposición, Jeremías oró para pedir fortaleza. Quería ser sanado de toda duda, desconfianza, falta de esperanza, y de lo cuestionables que habían sido para él los caminos del Señor. También quería ser salvado, conservado seguro ante los peligros que lo rodeaban. Estaba seguro de que iba a ser sanado y salvado, porque cuando el Señor emprende un trabajo, entonces uno sabe que se hará.

Sus adversarios le echaron en cara sus palabras a Jeremías. “Si lo que has hablado es la palabra de Dios, la verdad, entonces ¿dónde está su cumplimiento?” De esta manera se reían del juicio que Dios amenazaba enviar y de la obra de Jeremías al proclamarlo. El ataque constante dio resultado al desanimar al profeta. Sin embargo, y a pesar de todo, le confesó a Dios que había sido fiel a su llamamiento y que no había deseado el desastre que estaba por venir ni se complacía en él. Le pidió al Señor que no lo abandonara porque, después de todo, esta no era su causa, sino la de Dios. Por esa misma razón, también le suplicó al Señor que cumpliera con su palabra y le diera su merecido a los que tanto se le oponían a él y al Señor. El Señor Dios no podía dejar de responder a esta oración.

Santificad el día de reposo

¹⁹ Así me ha dicho Jehová: «Ve y ponte a la puerta de los Hijos del pueblo, por la cual entran y salen los reyes de Judá; ponte en todas las puertas de Jerusalén, ²⁰ y diles: “¡Oíd la palabra de Jehová, reyes de Judá, todo Judá y todos los habitantes de Jerusalén que entráis por estas puertas!

²¹ Así ha dicho Jehová: Guardaos por vuestra vida de llevar carga en sábado y de meterla por las puertas de Jerusalén.

²² No saquéis carga de vuestras casas en sábado, ni hagáis trabajo alguno, sino santificad el sábado, como mandé a vuestros padres. ²³ Pero ellos no escucharon ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su corazón para no escuchar ni recibir corrección.

²⁴ »”No obstante, si vosotros me obedecéis, dice Jehová, no metiendo carga por las puertas de esta ciudad en sábado, sino que santificáis el sábado y no hacéis en él ningún trabajo, ²⁵ entrarán por las puertas de esta ciudad, en carros y en caballos, los reyes y los príncipes que se sientan sobre el trono de David, ellos y sus príncipes, los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén; y esta ciudad será habitada para siempre. ²⁶ Y vendrán de las ciudades de Judá, de los alrededores de Jerusalén, de la tierra de Benjamín, de la Sefela, de los montes y del Neguev, trayendo holocausto y sacrificio, ofrenda e incienso, y trayendo sacrificio de alabanza a la casa de Jehová. ²⁷ Pero si no me obedecéis para santificar el sábado, para no traer carga ni meterla por las puertas de Jerusalén en sábado, yo haré descender fuego en sus puertas, que consumirá los palacios de Jerusalén y no se apagará.”»

Jeremías da un ejemplo de la práctica idólatra de Judá; el amor por sus posesiones había tomado una forma concreta. Para describir el descanso espiritual que Dios le iba a dar a su pueblo por medio del Mesías, él les había ordenado: “Acuérdate del día

de reposo para santificarlo”. El pueblo no debía hacer ningún trabajo en ese día; debía ser un día de descanso, y sobre todo, un día en el que debían pensar en la misericordia del Señor que los había liberado de la esclavitud en Egipto y los había hecho su pueblo. El Señor le había prometido a su pueblo que no iba a permitir que sufriera económicamente si ellos se abstendían de trabajar en el día sábado.

Desgraciadamente los israelitas no cumplieron con el día sábado; no confiaron en las promesas de Dios. El Señor aquí le da una nueva oportunidad a la generación presente para que crea en su palabra. Jeremías les dijo a los líderes del pueblo que guardaran ese día, especialmente se lo dijo al rey y a su corte porque ellos son los que dan el ejemplo.

El profeta proclamó este mensaje en cada puerta de la ciudad. Las puertas eran los centros para toda clase de actividad comercial. Por ellas pasaba bastante movimiento en las mañanas y en las tardes cuando la gente iba a hacer sus negocios yendo y viniendo a la ciudad. Jeremías anunció: “El Señor guardará la promesa de su pacto. Si ustedes guardan el día de reposo serán grandemente bendecidos; la abundancia coronará sus trabajos. Sin embargo, si ustedes se niegan a escuchar el Señor impondrá su propio descanso sobre ustedes enviándoles un juicio que cerrará la ciudad y sus negocios.” Habían escuchado la palabra de Dios; ahora ellos debían tomar una decisión.

La lección de la vasija de barro

18 Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: ²«Levántate y descende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras.» ³Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno. ⁴Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos, pero él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla.

⁵Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ⁶«¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero, casa de

Israel?, dice Jehová. Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mis manos, casa de Israel. ⁷ En un instante hablaré contra naciones y contra reinos, para arrancar, derribar y destruir. ⁸ Pero si esas naciones se convierten de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, ⁹ y en un instante hablaré de esas naciones y de esos reinos, para edificar y para plantar. ¹⁰ Pero si hacen lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerles.

El profeta aún tenía otra lección que enseñarle al pueblo de Judá mediante otro ejemplo objetivo. Esta lección iba a constar de dos partes. Primero, el profeta fue enviado a la parte de la ciudad donde trabajaban los alfareros. Dirigido por el Señor, fue a un alfarero en especial y cuando el profeta lo observó trabajando, moldeando y dándole forma al barro con sus manos sobre la rueda, notó que una vasija no tomaba forma. Así que el alfarero moldeó el barro en una vasija de forma diferente. El alfarero tenía el derecho de hacer con el barro lo que quisiera, era su barro que había comprado para hacer lo que quisiera con él.

La casa de Israel, como el barro del alfarero, era del Señor. Era una vasija que Dios mismo había hecho para su gloria y para sus propósitos. El antiguo Israel era el guardián de la palabra de Dios e iba a ser la cuna del Salvador. En los planes de Dios, Israel sería un pueblo escogido para mostrarles a las naciones del mundo cuán bienaventurada es la nación cuyo Dios es el Señor. El Señor tenía todo el derecho de hacer con Israel lo que mejor le pareciera. El Dios todopoderoso, el omnipotente, es quien tiene el control todas las cosas según su poder y su propósito, porque él es el creador de todas las cosas. Nada frenará ni limitará sus acciones; él es libre de hacer lo que le plazca. Como lo dice el salmista: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3). El Señor no está sujeto a las estrellas ni a ninguna de las leyes de la naturaleza. Nadie, ninguna de sus criaturas, le

puede dar a Dios algo que él no posea ya. Y como nada ni nadie lo puede limitar ni controlar, y como es omnipotente, cualquier cosa que hace, lo hace por pura libertad. Solamente de Dios se puede decir que es libre.

Aunque él tiene el poder y la libertad de actuar como le plazca, y aunque no nos debe nada, Dios no actúa en una forma arbitraria con nosotros, más bien nos trata de acuerdo con su palabra y con sus promesas. El Dios todopoderoso, mediante un juramento solemne y por pura misericordia, está ligado mediante un pacto tanto con Israel como con nosotros. En su palabra nos llama al arrepentimiento. Si amenazara con la destrucción, como ocurrió con Nínive, y si nos arrepintiéramos, entonces actuaría de acuerdo con sus promesas, aplacando su justa ira y perdonando. Pero si persistimos en la impenitencia, entonces él retirará su perdón y dejará caer toda su justa ira.

¹¹»Ahora, pues, habla a todo hombre de Judá y a los habitantes de Jerusalén, diciendo: “Esto ha dicho Jehová: Yo dispongo el mal contra vosotros, y contra vosotros trazo planes; conviértase ahora cada uno de su mal camino, y mejore sus caminos y sus obras.” ¹² Pero dirán: “Es inútil, porque en pos de nuestros ídolos iremos, y haremos cada uno el pensamiento de nuestro malvado corazón.”»

¹³ Por tanto, así dice Jehová:

**«Preguntad ahora a las naciones,
quién ha oído cosa semejante.**

¡Algo horrible ha hecho la virgen de Israel!

**¹⁴ ¿Faltará la nieve de las rocas
de las montañas del Líbano?**

**¿Faltarán las aguas frías
que fluyen de lejanas tierras?**

**¹⁵ ¡Pues mi pueblo me ha olvidado,
quemando incienso a lo que es vanidad!
Ha tropezado en sus caminos,
en las sendas antiguas,**

**para caminar por senderos
y no por un camino bien dispuesto.**

**¹⁶ Han convertido su tierra en desolación,
en objeto de burla perpetua;
todo aquel que pase por ella,
se asombrará y meneará la cabeza.**

**¹⁷ Delante del enemigo los esparciré como viento del este.
En el día de su perdición
les mostraré las espaldas, y no el rostro.»**

El Señor no oculta lo que hace. Es por esta razón que envía a sus profetas y se revela a sí mismo en las Escrituras, para que todos lo conozcan. El Señor le dijo a los de Judá lo que estaba por venir, para que cada uno de ellos se arrepintiera. Si se negaban hacerlo, no tendrían ninguna excusa.

Y el Señor le reveló al profeta la respuesta que iba a obtener a este llamado al arrepentimiento, una respuesta que nos puede sorprender: “Es en vano, nos damos por vencidos. No podemos cambiar. Somos lo que somos”. ¡Qué insulto para el Señor! Él perdona los errores del pasado y ofrece y da el poder para cambiar, pero los israelitas lo rechazaron y la razón no fue que ellos no pudieran cambiar, sino que no querían cambiar. Disfrutaban lo que hacían; su estilo de vida les agradaba. Con determinación nefasta en la terquedad de su corazón continuaron la marcha hacia su propia destrucción.

¡Qué increíble es la falta de fe! El Señor le pregunta al profeta: “¿Quién ha oído cosa semejante?” Ninguna nación abandona a su dios, pero esto es exactamente lo que Judá ha hecho. La virgen de Israel, la única a la que Dios había amado, la novia solemnemente prometida a él, lo había abandonado. Ahora se perdía por otros caminos, lejos del camino principal, caminos que no la llevaban a ninguna parte excepto a la destrucción. El monte Hermón, la roca más alta del Líbano, que se puede ver desde casi toda la tierra santa, difícilmente pierde de vista su cima nevada. Nadie se podría imaginar este monte sin la cumbre nevada. En

forma semejante, lo que Judá estaba haciendo era contrario a la naturaleza.

De nuevo el Señor predijo la destrucción de la tierra. Todos los que vean esa devastación quedarían pasmados. ¡Qué derroche! ¡Cuán inútil e innecesario! Como el viento solano del este, el siroco, que sopla en el verano marcando el fin de la estación del crecimiento y seca todo lo verde, que envía ráfagas de aire caliente desde el desierto de Arabia, así el Señor iba a permitir que los enemigos de Judá la consumieran. No la ayudaría en los momentos críticos que estaban por venir. Cuando estamos enojados con alguien, cuando no queremos hablar del asunto, cuando éste ya ha sido discutido hasta la saciedad, le damos la espalda. En la misma forma el Señor iba a voltear su rostro, su amor, su ayuda y su gracia, y le daría la espalda a Judá. La abandonaría, porque ella lo había abandonado. La audiencia de Jeremías no aceptó de buena gana este duro mensaje.

¹⁸ Ellos dijeron: «Venid y preparemos un plan contra Jeremías, porque la instrucción no le faltará al sacerdote ni el consejo al sabio ni la palabra al profeta. Venid calumniémoslo y no atendamos a ninguna de sus palabras.»

**¹⁹ Jehová, fíjate en mí
y oye la voz de los que contienden conmigo. ²⁰ ¿Se da mal por bien,
para que hayan cavado un hoyo para mi vida?
Acuérdate que me puse delante de ti
para hablar bien por ellos,
para apartar de ellos tu ira.**

**²¹ Por tanto, entrega sus hijos al hambre,
dispérsalos por medio de la espada,
queden sus mujeres sin hijos y viudas.
Sean puestos a muerte sus maridos,
y los jóvenes, heridos a espada en la guerra.**

**²² ¡Óigase el clamor de sus casas,
cuando de repente traigas sobre ellos un ejército!,**

**porque cavaron un hoyo para atraparme,
y bajo mis pies han escondido lazos.**

**²³ Pero tú, Jehová, conoces todo su consejo
contra mí para darme muerte.**

**No perdones su maldad
ni borres su pecado de delante de tu rostro.
¡Tropiecen ellos delante de ti,
y haz así con ellos en el tiempo de tu enojo!**

Estas palabras acerca del pueblo de Judá muestran que ellos estaban siendo empujados, pero no hacia el arrepentimiento. Por el contrario, se sentían obligados a elaborar un plan para deshacerse de Jeremías y menoscabar su mensaje. ¡Tal como ocurrió con sus descendientes! Frente a los milagros y las palabras de Jesús, los líderes de Jerusalén no se arrepintieron sino que solamente se dedicaron a tratar de atrapar a Jesús en sus palabras, para poder matarlo.

En igual forma, sus antepasados atacaron el mensaje de Jeremías. Una vez más emplearon la antigua estrategia de Satanás, negando todas las cosas que decía el profeta. Además de su ataque directo, mediante sus hirientes palabras, su meta era la de menoscabar su mensaje, hasta que finalmente nadie le prestara atención. Para el diablo es un gran éxito cuando logra que nadie le preste atención a la palabra de Dios. Entonces él ha ganado la victoria.

A medida que las avispas lo rodeaban con más furia, lo que hizo Jeremías fue volverse en oración a Dios. Le suplicó al Señor que cumpliera las promesas que le había hecho, le rogó que lo protegiera de todos los intentos que hacían sus adversarios contra él. Oró para que Dios llevara a cabo su juicio, para que cumpliera su palabra.

El profeta se sintió profundamente herido por la impenitencia de sus compatriotas, pero más le dolía la injusta acusación que le habían hecho de que gozaba anunciando que Dios los iba a condenar y que ansiaba que llegara el juicio de Dios. ¡Sin duda

esa era la acusación más cruel de todas! ¡Cuántas veces el profeta solitario sirvió como intercesor, pidiéndole a Dios por el bienestar del pueblo de Judá! ¡Cuán poco entendían que si no hubiera sido por él y por los otros creyentes, la sal misma de la tierra, el Señor ya podría haber destruido a Judá! Así que Jeremías arremetió contra ellos, ya que lo habían empujado a hacer según el mandato que el Señor le había dado: “No ores por este pueblo...” Ahora ya no oró por ellos, sino contra ellos. ¿Qué podría posponer ahora el día del juicio?

19 Así dijo Jehová: «Ve a comprar al alfarero una vasija de barro, y lleva contigo a algunos de los ancianos del pueblo y de los ancianos de entre los sacerdotes. ² Sal luego al valle del hijo de Hinom, que está a la entrada de la puerta oriental, y proclama allí las palabras que yo te diré. ³ Dirás: “Oíd palabra de Jehová, reyes de Judá y habitantes de Jerusalén. Esto dice Jehová de los ejércitos, el Dios de Israel: Yo traigo sobre este lugar un mal tan grande que a todo el que lo oiga le zumbarán los oídos, ⁴ porque me abandonaron y enajenaron este lugar ofreciendo en él incienso a dioses extraños, que ni ellos habían conocido, ni sus padres, ni los reyes de Judá; y llenaron este lugar de sangre de inocentes. ⁵ Edificaron lugares altos a Baal, para quemar en el fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal; cosa que no les mandé ni dije ni me vino al pensamiento. ⁶ Por tanto, he aquí vienen días, dice Jehová, que este lugar no se llamará más Tofet ni valle del hijo de Hinom, sino valle de la Matanza. ⁷ Y desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar. Los haré caer a espada delante de sus enemigos y en las manos de los que buscan sus vidas. Daré sus cuerpos para comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra. ⁸ Pondré a esta ciudad por espanto y burla; todo aquel que pase por ella se asombrará y se burlará de su destrucción. ⁹ Les haré comer la carne de sus hijos y la carne de sus hijas. Cada uno comerá la carne de su

amigo, en el asedio y el apuro con que los angustiarán sus enemigos y los que buscan sus vidas.”

El profeta hace ahora una segunda aplicación y da otra lección ilustrada con la vasija de barro. Dios le había ordenado que llevara testigos, algunos de los ancianos y algunos de los sacerdotes. Con ellos debía ir hasta la puerta de las tejoletas, también conocida como Puerta del Alfarero o Puerta del Abono. Esa puerta estaba en la esquina sureste del muro principal de la ciudad donde se juntaban los dos valles, el de Hinom y el de Quedrón. El área inmediata también era conocida como Tofet. Desde el reinado de Manasés, medio siglo antes, el lugar había sido un hervidero de adoración a Baal.

Después de haberle comprado una vasija de barro al alfarero, Jeremías junto con los ancianos y los sacerdotes como testigos, entregó este mensaje mientras sostenía la vasija en sus manos. Condenó a sus compatriotas por haber adoptado la religión y las prácticas rituales de sus vecinos los cananeos. Judá había adoptado la aborrecible adoración a Baal y sus consortes, las reinas del cielo. Tanto hombres como mujeres se ofrecían para la prostitución sagrada en nombre de los dioses.

Y todavía más abominable y repulsiva era la práctica de los sacrificios humanos (se puede encontrar un ejemplo de los sacrificios que hacían los moabitas en 2 Reyes 3:27). Ante Baal y Moloc, ofrecían a sus propios hijos pequeños, los arrojaban al fuego para ganar el favor de los dioses. De modo que ellos mismos llenaron al Tofet y al valle de Hinom con la idolatría y con la sangre de sus propios e inocentes hijos.

El Señor anunció su juicio de manera proporcional al pecado. Enviaría a sus enemigos sobre ellos y la masacre sería tan terrible que no quedaría nadie para sepultarlos. Las aves de rapiña y las bestias del campo que comen carroña, se encargarían de consumir los cadáveres que iban a yacer sobre la tierra, la cual sería bañada con su sangre. Durante el sitio de Jerusalén su aflicción sería tan

grande que harían lo impensable: se comerían a sus propios hijos; se comerían los unos a los otros. Otro ejemplo de esta clase de barbaridades, lo tenemos en el sitio de Samaria (2 Reyes 6:24-30).

¹⁰»Entonces quebrarás la vasija ante los ojos de los hombres que van contigo, ¹¹y les dirás: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: De esta forma quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra una vasija de barro, que no se puede restaurar más; y en Tofet serán enterrados, porque no habrá otro lugar para enterrar. ¹²Así haré a este lugar, dice Jehová, y a sus habitantes; dejaré esta ciudad como a Tofet. ¹³Las casas de Jerusalén y las casas de los reyes de Judá serán como el lugar de Tofet, inmundas, por todas las casas sobre cuyos tejados ofrecieron incienso a todo el ejército del cielo, y vertieron libaciones a dioses ajenos.”»

¹⁴Volvió Jeremías de Tofet, adonde Jehová le envió a profetizar, se paró en el atrio de la casa de Jehová y dijo a todo el pueblo: ¹⁵«Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo traigo sobre esta ciudad y sobre todas sus aldeas todo el mal que hablé contra ella, porque han endurecido su corazón para no oír mis palabras.»

En este punto de su sermón Jeremías quebró la vasija de barro. Cuando los fragmentos volaron, fueron a caer en un gran montón de otros pedazos rotos (ese era el lugar donde los alfareros arrojaban todos sus desechos). Al romper la vasija, Jeremías le dijo a la delegación de sacerdotes y ancianos, que lo acompañaban, que el Señor iba a quebrantar a la nación, dejando tantos muertos que en el valle de Hinom no habría suficiente lugar para enterrarlos. Esta sería la forma en que el Señor terminaría con su práctica abominable y vil de idolatría obscena. Dios mismo se iba a encargar de hacer ese lugar inservible para cualquier clase de adoración. Después de eso, Jeremías regresó a los atrios del templo y le repitió el severo mensaje a una audiencia aun mayor.

Jeremías y Pasur

20 El sacerdote Pasur hijo de Imer, que presidía como principal en la casa de Jehová, oyó a Jeremías profetizar estas palabras. ² Entonces Pasur hizo azotar al profeta Jeremías y lo puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín, la cual conducía a la casa de Jehová. ³ Al día siguiente, Pasur sacó a Jeremías del cepo. Le dijo entonces Jeremías: «Jehová no ha llamado tu nombre Pasur, sino Magor-misabib. ⁴ Y así ha dicho Jehová: “He aquí, yo haré que seas un terror para ti mismo y para todos los que bien te quieren. Caerán por la espada de sus enemigos, y tus ojos lo verán. A todo Judá entregaré en manos del rey de Babilonia, que los llevará cautivos a Babilonia y los matará a espada. ⁵ Entregaré asimismo toda la riqueza de esta ciudad, todo su trabajo y todas sus cosas preciosas. Entregaré todos los tesoros de los reyes de Judá en manos de sus enemigos, que los saquearán, los tomarán y los llevarán a Babilonia. ⁶ Y tú, Pasur, y todos los que habitan en tu casa iréis cautivos. Entrarás en Babilonia y allí morirás. Allí serás enterrado, tú y todos los que bien te quieren, a los cuales has profetizado con mentira.”»

“Para no oír mis palabras” (19:15). Tenemos un buen ejemplo en la actuación de Pasur, el funcionario principal del templo. Usando su autoridad judicial y policial, hizo que pusieran a Jeremías en el cepo que estaba a la entrada de la puerta superior de Benjamín. Sin duda actuó con el permiso del sumo sacerdote y de las autoridades. Esa puerta, que se encontraba inmediatamente al norte del patio del templo, también era conocida como Puerta de la Oveja. Era muy usada, y podemos imaginar el júbilo de los enemigos de Jeremías y su desdén al ver la humillación pública de su desventurada víctima.

Al día siguiente, habiendo mostrado Pasur de lo que era capaz, liberó a Jeremías del cepo. Había logrado encarcelarlo, pero

no acallararlo. En el nombre del Señor, el profeta le anunció el castigo que iba a venir sobre Pasur y sobre aquellos que habían autorizado ese maltrato.

Definiendo la nueva situación que iba a marcar la vida de Pasur, por mandato del Señor el profeta le puso a Pasur un nuevo nombre, Magor-misabib, “TERROR POR TODOS LADOS”, porque eso es lo que iba a experimentar. Durante el sitio de Jerusalén, Pasur se vería rodeado de muerte. Bebería la copa de sufrimiento hasta la última gota. Tendría que ver cómo Jerusalén iba a ser devastada. El templo del que era custodio sería saqueado de sus bienes, profanado y quemado (Lea el Salmo 74:3-7). Con sus propios ojos Pasur iba a ser testigo de la muerte de muchas personas cercanas y queridas para él, pero no sería tan afortunado como para morir en esos días. Con familia y amigos, iba a ser llevado cautivo a Babilonia como esclavo. Allí viviría en la vergüenza y el deshonor hasta que la muerte finalmente lo sorprendiera en una tierra a miles de kilómetros de su tierra natal. Y Pasur no iba a ser el único, su final sería el de todos por “no oír mis palabras”.

La queja de Jeremías

**⁷ ¡Me sedujiste, Jehová,
y me dejé seducir!**

**¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste!
¡Cada día he sido escarnecido,
cada cual se burla de mí!**

**⁸ Cuantas veces hablo, doy voces, grito:
«¡Violencia y destrucción!»,
porque la palabra de Jehová
me ha sido para afrenta y escarnio cada día.**

**⁹ Por eso dije: «¡No me acordaré más de él
ni hablaré más en su nombre!»
No obstante, había en mi corazón
como un fuego ardiente metido en mis huesos.**

Traté de resistirlo, pero no pude.

¹⁰ He oído lo que muchos murmuran:

«¡Terror por todas partes!

¡Denunciadlo, denunciémoslo!»

Todos mis amigos esperaban que claudicara.

Decían: «¡Quizá se engañe,

y prevaleceremos contra él

y tomaremos de él nuestra venganza!»

¹¹ Mas Jehová está conmigo

como un poderoso gigante;

por tanto, los que me persiguen tropezarán

y no prevalecerán;

serán avergonzados en gran manera, porque no

prosperarán;

tendrán perpetua confusión, que jamás será olvidada.

¹² Jehová de los ejércitos,

que pruebas a los justos,

que ves los pensamientos y el corazón,

¡vea yo tu venganza de ellos,

porque a ti he encomendado mi causa!

¹³ ¡Cantad a Jehová, alabad a Jehová,

porque ha librado la vida del pobre de mano de los

malignos!

¹⁴ ¡Maldito el día en que nací!

¡Que no sea bendecido el día en que mi madre me dio a luz!

¹⁵ ¡Maldito el hombre que dio la noticia a mi padre,

diciendo:

«Un hijo varón te ha nacido»,

causándole gran alegría!

¹⁶ Sea tal hombre como las ciudades

que asoló Jehová sin volverse atrás de ello;

que oiga gritos por la mañana

y voces a mediodía,

17 porque no me mató en el vientre.

**Mi madre entonces hubiera sido mi sepulcro,
pues su vientre habría quedado embarazado para
siempre.**

18 ¿Para qué salí del vientre?

**¿Para ver trabajo y dolor,
y que mis días se gastaran en afrenta?**

Usted se puede imaginar lo difícil que resultaba para Jeremías predicar ese mensaje. El profeta terminó su largo discurso, un resumen de su predicación al pueblo de Judá, con un grito amargo de dolor, rayando en la desesperación. Cuando reflexionó sobre el oficio profético que le tocó desempeñar, se atribuló por la sorprendente impenitencia de su audiencia, el pueblo y los líderes de Judá. Su dolor nacía del profundo amor que tenía por las almas. Al final, esa pena fue demasiado para él.

Para los que aman profundamente, la tribulación también es profunda. Jeremías sufrió como Samuel (1 Samuel 15:35) que se lamentó por el caído Saúl. Jeremías se atribuló como Pablo (Romanos 9:2) que hubiera preferido ser maldito y separado de Cristo por el bien de sus compatriotas judíos. Jeremías se apesadumbró más que todo como nuestro Señor Jesucristo (Lucas 19:40-44), que cuando se acercaba a Jerusalén, lloró porque el pueblo no supo reconocer el día de la venida de su Señor, y porque él vio la destrucción que pronto iba a azotar la ciudad.

El profeta se dolió porque toda su predicación no había producido el más mínimo arrepentimiento, ningún intento por volverse al Señor. Jeremías sabía que el Señor iba a cumplir con su palabra y que iba a destruir la ciudad. Nada podría detener la destrucción, porque el pueblo de Jerusalén le había dado la espalda a su Dios. Cuando experimentó la creciente y amarga oposición de sus compatriotas, también se dio cuenta con dolor en su corazón de que la ley de Dios produce ira (Romanos 4:15), hace que los impenitentes odien aún más a Dios. Jeremías, muy a su pesar, se dio cuenta de que para algunos la promesa, el evangelio mismo,

llega a ser “olor de muerte” (2 Corintios 2:16).

En la lucha con su tribulación, el profeta arremetió contra el Señor. El dolor puede hacer que las personas se vuelvan incluso contra los que aman. Jeremías se quejó de que a pesar de toda su predicación y de la proclamación de la palabra de Dios, ni una sola palabra se había cumplido. En consecuencia, día tras día, tuvo que enfrentar insultos y burlas. Y si intentaba dejar de predicar, simplemente no podía, ya que la palabra viva dentro de él era más poderosa que él y lo obligaba a predicarla. Sintió lo que el apóstol Pablo, años más tarde, también sintió: “Porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el evangelio!... la comisión me ha sido encomendada” (1 Corintios 9:16,17).

Continuando su lucha con el gran pesar que lo abrumaba, el profeta se aferró a las promesas que Dios le había hecho. Hasta sus amigos estaban esperando atraparlo en sus palabras. Cada una de sus palabras estaba bajo el más estricto examen. Un sólo error y se le vendrían encima. Pero muy dentro de él, el profeta sabía que no estaba solo. El Señor era siempre su ayuda y su apoyo; él no iba a permitir que Jeremías claudicara. Pronto vendría en su auxilio. Por un momento se aligeró el espíritu del profeta al saber que Dios estaba con él. Un himno de alabanza brotó de sus labios; se regocijó en la misericordia del Señor porque él lo iba a rescatar.

Pero de pronto la confianza gozosa se convirtió en un profundo desaliento. La tormenta de la tribulación estalló sobre él y lo inundó todo con una oscuridad impenetrable. “¡Maldito el día en que nací!”, dijo en su desesperación. Lanzó frente al Señor mismo esta pregunta: “¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?” y el Señor permaneció en silencio. Cuando hay una pena tan intensa, las palabras deben esperar. El Señor permitió que su profeta se desahogara sabiendo que descansaba sobre la sólida roca de sus promesas. Sabía que al final Jeremías iba a permanecer firme, y que iba a seguir con la obra para la que el Señor lo había llamado. Quizá, también, Dios guardó silencio porque la pena del profeta era también la suya.

LA CONDUCTA DE JUDÁ
REVELA SU IMPENITENCIA
JEREMÍAS 21-29

Dios rechaza la petición de Sedequías

21 Palabra de Jehová que vino a Jeremías, cuando el rey Sedequías envió a él a Pasur hijo de Malquías y al sacerdote Sofonías hijo de Maasías, para que le dijeran: ²«Consulta ahora acerca de nosotros a Jehová, porque Nabucodonosor, rey de Babilonia, hace guerra contra nosotros; quizá Jehová haga con nosotros según todas sus maravillas, y aquél se aleje de nosotros.»

³Jeremías les respondió: «Diréis esto a Sedequías: ⁴“Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo vuelvo atrás las armas de guerra que están en vuestras manos, con las que peleáis contra el rey de Babilonia; y a los caldeos que están fuera de la muralla y os tienen sitiados, yo los reuniré en medio de esta ciudad. ⁵Pelearé contra vosotros con mano extendida y con brazo fuerte, con furor, con enojo e ira grande. ⁶Heriré a los habitantes de esta ciudad; los hombres y las bestias morirán de una gran peste. ⁷Después, dice Jehová, entregaré a Sedequías, rey de Judá, a sus criados, al pueblo y a los que queden de la pestilencia, de la espada y del hambre en la ciudad, en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, en mano de sus enemigos y de los que buscan sus vidas. Él los herirá a filo de espada; no los perdonará, ni tendrá piedad de ellos ni mostrará por ellos compasión.”

En los primeros veinte capítulos de su profecía tenemos un panorama general del mensaje que Jeremías les había entregado al pueblo y a los líderes de Judá durante el tiempo que duró su ministerio profético. En esos capítulos hizo pocas referencias a cualquier acontecimiento histórico específico. Con seguridad el

lector sintió que a medida que Jeremías entregaba su mensaje a través de los años, comenzó a crecer gradualmente una amarga oposición a su mensaje. Hasta es posible que alguien se haya preguntado si es que la impenitencia y la terquedad de corazón del pueblo de Judá eran tan malos como parecían ser, ¿acaso habría sido posible que el Señor los salvara?

Si es que todavía queda alguna duda acerca de la condición del corazón de la nación, Jeremías les aclara y les da respuesta en los nueve capítulos que siguen (21–29). Jeremías repasó otra vez la historia de su ministerio, y esta vez con mayor detalle. Ya mencionó incidentes que demuestran muy claramente la impenitencia total de Judá: entre la corte real y la nobleza, entre sus sacerdotes, entre sus profetas y entre los hombres comunes de la calle, desde el más grande hasta el más pequeño, a dondequiera que uno volteara estaba la impenitencia. Después de que Jeremías terminara con su repaso histórico, nadie cuestionaría la justicia del juicio del Señor.

Jeremías comenzó su revisión cerca del fin de la vida de Judá como nación, alrededor de la fecha inicial en que Nabucodonosor sitió la ciudad de Jerusalén por última vez (589/588 a.C.). El rey Sedequías, el último de la dinastía de David que ocupó el trono de Judá, le envió dos consejeros a Jeremías para indagar si había esperanza de liberación del sitio que estaban padeciendo a manos del rey Nabucodonosor. ¿“Quizá Jehová...” podría hacer un gran milagro como los que con frecuencia había hecho en el pasado (vea por ejemplo Isaías 37:36,37)?

La pregunta pasó por alto el pecado continuo y la impenitencia de los que la habían hecho. Los que preguntaban actuaban como si no tuvieran la palabra del Señor. “Quizá Jehová...” No hay tal cosa como “quizá...” con Jehová. Él les había dicho que la impenitencia les traería su juicio, y aun así ellos persistieron en la impiedad. La única respuesta que el profeta les podía dar es la misma que por un tiempo les había profetizado: por causa de su pecado, la ciudad iba a caer. Puesto que Dios era su verdadero enemigo, la mayoría de ellos iban a morir.

⁸»Y a este pueblo dirás: “Así ha dicho Jehová: Yo pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte. ⁹El que quede en esta ciudad morirá por la espada, el hambre o la peste; pero el que salga y se pase a los caldeos que os tienen sitiados, vivirá, y su vida le será por botín, ¹⁰porque mi rostro he puesto contra esta ciudad para mal y no para bien, dice Jehová; en manos del rey de Babilonia será entregada, y él le prenderá fuego.”

Ya no quedaba ninguna esperanza para la ciudad de Jerusalén. Pero para sus habitantes aún quedaba la esperanza de escapar y de salvar su vida. Sin embargo, esa esperanza dependía de si creían en la palabra de Dios, algo que la mayoría de Judá simplemente se había negado a hacer. El mensaje de Dios había sido claro: el que crea en mi palabra vivirá, más el que no crea ya ha sido condenado. El que se someta a los caldeos salvará su vida; el que permanezca en la ciudad ciertamente morirá.

El Señor puso delante del pueblo el camino de vida y el camino de muerte. Los puso a prueba, les dio a escoger, para sacar a flote lo que guardaban en su corazón. Los que creyeran en su palabra vivirían. Debido a esta clase de consejos muchos en la ciudad catalogaron a Jeremías de traidor y usaron estas palabras para tratar de desacreditar su ministerio y ponerle fin a su vida.

¹¹»Y a la casa del rey de Judá dirás:

»“Oíd palabra de Jehová:

¹²Casa de David, esto dice Jehová:

Haced de mañana justicia

y librad al oprimido de mano del opresor,

para que mi ira no salga como un fuego

que se enciende y no hay quien lo apague,

a causa de la maldad de vuestras obras.

¹³»”Yo estoy contra ti,

moradora del valle y de la piedra de la llanura,

dice Jehová;

los que decís: ‘¿Quién subirá contra nosotros?

¿Quién entrará en nuestros refugios?’

¹⁴Yo os castigaré conforme al fruto de vuestras obras,

dice Jehová,

y haré encender fuego en su bosque,

y consumirá todos sus alrededores.”»

El Señor exhortó al rey y a la nobleza para que gobernaran con justicia, para detener la injusticia social que reinaba en Jerusalén. Pero de pronto cortó su breve mensaje. No tenía sentido seguir hablando. Por casi cuarenta años los líderes de Judá habían rechazado el mensaje de Dios que les predicaba Jeremías, y no iban a cambiar de actitud ahora. Sin embargo, una vez más, el Señor les advirtió que Jerusalén iba a caer en manos del ejército invasor de Babilonia. Su jactancia de que el ejército de Jerusalén era invencible parecía tener algún mérito porque Jerusalén era una ciudad fuerte y difícil de tomar; su posición defensiva la hacía casi invulnerable. A pesar de todo, el Señor había dicho: “Estoy contra ti”, y por esa razón iba a caer.

Este fue el mensaje de Dios que Jeremías le entregó a Sedequías, que era rey de Judá durante el tiempo de la caída de Jerusalén. En el capítulo siguiente Dios analiza la historia y las advertencias que les hizo a los tres reyes anteriores.

Juicio en contra de los reyes malos

22 Así dijo Jehová: «Desciende a la casa del rey de Judá y habla allí esta palabra. ² Dile: “Oíd palabra de Jehová, rey de Judá que estás sentado sobre el trono de David, tú, tus siervos y tu pueblo que entra por estas puertas. ³ Así ha dicho Jehová: Actúa conforme al derecho y la justicia, librad al oprimido de mano del opresor y no robéis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni derramáis sangre inocente en este lugar. ⁴ Porque si efectivamente obedecéis

esta palabra, los reyes que en lugar de David se sientan sobre su trono entrarán montados en carros y en caballos por las puertas de esta casa, ellos, sus criados y su pueblo. ⁵ Pero si no escucháis estas palabras, por mí mismo he jurado, dice Jehová, que esta casa quedará desierta.”»

⁶ Así ha dicho Jehová acerca de la casa del rey de Judá:

**«Como Galaad eres tú para mí,
y como la cima del Líbano;
sin embargo, te convertiré en soledad,
y quedarás como las ciudades deshabitadas.**

**⁷ Prepararé contra ti destructores,
cada uno con sus armas;
cortarán tus cedros escogidos
y los echarán en el fuego.**

⁸»Muchas gentes pasarán junto a esta ciudad, y dirá cada uno a su compañero: “¿Por qué hizo esto Jehová con esta gran ciudad?” ⁹ Y se les responderá: “Porque dejaron el pacto de Jehová, su Dios, adoraron a dioses extraños y los sirvieron.”»

Jeremías comienza el repaso de la historia nacional de Judá con un recuento de sus tres últimos reyes. No hay mejor regla para medir el pensar y el sentir de un pueblo que la actitud de sus gobernantes, pues son los líderes los que marcan la pauta. Quizá antes, durante el reinado de Josías o poco antes de su muerte, Jeremías ya les había dado una serie de instrucciones y promesas a los reyes de Judá.

En estas instrucciones Jeremías los exhortaba a que fueran buenos reyes, que se portaran de acuerdo con los mandamientos que Dios mismo les había dado a través de Moisés (vea Deuteronomio 17:14-20). Según Moisés, el rey de la nación debería ser uno de ellos mismos, tanto de sangre como de espíritu. No se debía considerar superior a sus súbditos, sino su ayudante y su siervo. No se debería jactar de la cantidad que poseyera de

propiedades, caballos, oro y esposas. Al contrario, debería leer diaria y consistentemente la palabra de Dios, para grabarla en su corazón y seguirla. Sobre todo debería actuar como juez y protector de los más desprotegidos, los forasteros, los huérfanos, las viudas y las personas desamparadas. Si los reyes de Judá hacían todo esto, en cierto sentido las cosas menores de la ley, entonces muy seguramente guardarían las cosas mayores del pacto, relacionadas con la adoración y con el Señor mismo.

Con el fin de sellar las promesas que había hecho en esta sección de la profecía, el Señor hace un juramento sorprendente. Jura por él mismo. Si seguían las leyes divinas en sus deberes reales, el Señor derramaría abundantes bendiciones sobre ellos. Sin embargo, si desobedecían el pacto, la ruina sería su destino seguro. Sin importar cuánto amor tuviera por Judá, el Señor cumpliría sus amenazas. Aun si fueran tan amados para él como los pastos fértiles de Galaad y como los majestuosos bosques del monte Hermón lo eran para el pastor y su rebaño, aun así los destruiría. ¿Y todo por qué? Simplemente porque lo habían abandonado y adorado otros dioses.

**¹⁰ No lloréis al muerto
ni por él os condoláis;
llorad amargamente por el que se va,
porque no volverá jamás
ni verá la tierra donde nació.**

¹¹ Porque así ha dicho Jehová acerca de Salum hijo de Josías, rey de Judá, el cual reinó en lugar de Josías, su padre, y que salió de este lugar: «No volverá más aquí, ¹² sino que morirá en el lugar adonde lo llevaron cautivo, y no verá más esta tierra.

Jeremías comienza la descripción de los tres últimos reyes con Joacaz (también conocido como Salum), que en el año 609 a.C. sucedió a su padre Josías (vea 2 Reyes 23:31-35; 2 Crónicas 36:2-4).

Neco (Necao), el faraón egipcio, que había derrotado y matado a Josías en una batalla que tuvo lugar en el año 609 a.C., consideró que Joacaz no tenía sus mismas metas ambiciosas, así que tres meses después de que comenzó a gobernar, el faraón lo destronó, llevándolo como rehén a Egipto y poniendo al hermano de Joacaz en el trono. Joacaz nunca volvió a ver su palacio ni su tierra nativa de nuevo. Por lo tanto, Jeremías le pidió al pueblo que no llorara por la muerte de Josías, sino por Joacaz, el ex-rey que ahora vivía en el exilio.

13 »;Ay del que edifica su casa sin justicia

**y sus salas sin equidad,
sirviéndose de su prójimo de balde,
sin darle el salario de su trabajo!**

14 Que dice: “Edificaré para mí una casa espaciosa,
de grandes salas”;

**y le abre ventanas,
la cubre de cedro
y la pinta de bermellón.**

15 ¿Reinarás tú, porque te rodeas de cedro?
¿No comió y bebió tu padre,
y actuó conforme al derecho y la justicia,
y le fue bien?

16 Él juzgó la causa del afligido y del necesitado,
y le fue bien.

¿No es esto conocerme a mí?,
dice Jehová.

17 Mas tus ojos y tu corazón
no son sino para tu avaricia,
para derramar sangre inocente
y para oprimir y hacer agravio.»

18 Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de Joacim hijo de Josías, rey de Judá:

«No lo llorarán, diciendo:

**“¡Ay, hermano mío!” y “¡Ay, hermana!”,
ni lo lamentarán, diciendo:**

“¡Ay, señor! ¡Ay, majestad!”

**¹⁹ En sepultura de asno será enterrado,
arrastrándolo y echándolo
fuera de las puertas de Jerusalén.**

**²⁰ Sube al Líbano y clama,
y en Basán levanta tu voz
y grita hacia todas partes,
porque todos tus enamorados son destruidos.**

**²¹ Te hablé en tu prosperidad,
mas dijiste: “¡No escucharé!”
Ésta fue tu conducta desde tu juventud:
nunca escuchaste mi voz.**

**²² A todos tus pastores pastoreará el viento,
y tus enamorados irán en cautiverio;
entonces te avergonzarás y te confundirás
a causa de toda tu maldad.**

**²³ Habitaste en el Líbano,
hiciste tu nido en los cedros.
¡Cómo gemirás cuando te vengan dolores,
dolores como de una mujer que está de parto!**

La primera característica de este rey fue el egoísmo y la avaricia. Su única preocupación era adquirir más y más para sí mismo. Planeaba edificar el palacio más grande, el mejor amoblado, el más lujoso y el más completo que alguien pudiera imaginar. No se preocupaba en lo más mínimo sobre cómo lo iba a pagar. Aunque fuera necesario despojar a sus trabajadores del dinero, a cualquier costo, él iba a tener lo mejor. Ignoraba las bendiciones que el Señor había derramado sobre su padre que defendió la causa del pobre y del menesteroso. La codicia lo consumía y tuvo que pagar su precio.

La segunda característica de Joacim, el sucesor de Joacaz, fue su terca desobediencia. Todo el tiempo que duró su reinado

atacó al Señor y a sus profetas. Hizo quemar los rollos en donde estaban escritas las profecías de Jeremías (Jeremías 36:20-32), intentó matar a Jeremías, y logró matar a otro de los profetas del Señor. Rechazó los consejos que le daban los profetas para que no hiciera alianzas con otras naciones, especialmente con Egipto, en contra de Babilonia, con la mira de conservar el reino a salvo. No quiso escuchar; como dice el Señor: “Esta fue tu conducta desde tu juventud”. No inspiró más que poco respeto y ningún amor, todos sus planes fracasaron y él mismo tuvo un fin desastroso.

Neco (Necao), faraón de Egipto, puso a Joacim en el trono de Judá en el año 609 a.C. (2 Reyes 23:36-37; 2 Crónicas 36:5-8). Esperaba que ese hombre fuera un aliado más flexible que su hermano, Joacaz, y no quedó defraudado. Joacim gobernó desde 609 hasta 598/597 a.C. Como un títere fiel de Egipto, se opuso constantemente a Nabucodonosor, aun en contra de sus propios intereses. En 605 a.C., ayudó al faraón y a sus aliados en la batalla en contra de Babilonia en Carquemis, batalla que decidió quién tendría el poder en el Medio Oriente. Joacim estuvo del lado de los perdedores. El resultado fue que Nabucodonosor hizo de Judá un vasallo de Babilonia y se llevó algunos rehenes. Quizá Daniel estuvo entre los que fueron llevados cautivos a Babilonia.

Sin haber aprendido la lección, Joacim se rebeló en contra de Nabucodonosor en el año 602 a.C. En ese entonces, Nabucodonosor estaba muy ocupado, así que envió contingentes en redadas para que asolaran la tierra judía. Finalmente en el año 598/597 a.C., Nabucodonosor le puso fin al problema judío cuando entró en Jerusalén y deportó a Babilonia a 3.023 prominentes judíos.

²⁴ »; Vivo yo, dice Jehová, que si Conías hijo de Joacim, rey de Judá, fuera anillo en mi mano derecha, aun de allí te arrancarí! ²⁵ Te entregaré en manos de los que buscan tu vida, en manos de aquellos cuya vista temes; sí, en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en manos de los caldeos. ²⁶ Os haré llevar cautivos, a ti y a tu madre que te dio a luz, a

una tierra ajena en la que no nacisteis; y allá moriréis. ²⁷Y no volverán a la tierra a la cual ansían volver.

²⁸»¿Es este hombre, Conías, una vasija despreciada y quebrada?

¿Es un objeto sin valor para nadie?

¿Por qué fueron arrojados él y su generación y echados a una tierra que no habían conocido?

²⁹ ¡Tierra, tierra, tierra, oye palabra de Jehová!»

³⁰ Así ha dicho Jehová:

«Inscribid a este hombre como privado de descendencia, como un hombre sin éxito en todos sus días, porque ninguno de su descendencia logrará sentarse sobre el trono de David, ni reinar sobre Judá.»

La característica de Joaquín, el tercero de los últimos reyes de Judá, fue caer en el olvido. A la muerte de su padre, en 597 a.C. (vea 2 Reyes 24:1-17; 2 Crónicas 36:9-10), lo sucedió al trono. Nabucodonosor no lo soportó por mucho tiempo. Después de sólo tres meses, el rey babilonio depuso a Joacim y se lo llevó cautivo a su tierra junto con su madre y 10.000 nobles, guerreros y artesanos diestros. En su lugar, Nabucodonosor puso en el trono a Sedequías, tío de Joaquín. Posteriormente Jeremías iba a tener mucho que decir sobre el carácter de este rey.

El final del reinado de Joaquín marcó también el final de la tradición de pasar el trono de Judá de padre a hijo, en la casa de David. ¡Qué bajo había caído la casa de David! El Señor le dijo a Jeremías que anunciara el castigo de Joaquín, diciendo que sería: “Privado de descendencia”.

El Renuevo Justo

23 «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño!», dice Jehová.

² Por tanto, esto ha dicho Jehová, Dios de Israel, a los pastores que apacientan mi pueblo: «Vosotros dispersasteis mis ovejas y las espantasteis. No las habéis cuidado. Por eso, yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. ³ Yo mismo recogeré el resto de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus pastizales; y crecerán y se multiplicarán. ⁴ Pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, no se amedrentarán ni serán menoscabadas, dice Jehová.

⁵ »Vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso y actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra.

⁶ En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y éste será su nombre con el cual lo llamarán: “Jehová, justicia nuestra”.

⁷ »Por tanto, vienen días, dice Jehová, en que no dirán más: “¡Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto!” ⁸ sino: “¡Vive Jehová, que hizo subir y trajo la descendencia de la casa de Israel de tierra del norte y de todas las tierras adonde yo los había echado!” Y habitarán en su tierra.»

El Señor hace un comentario final acerca de los reyes, a quienes aquí llama pastores, y de paso también hace un comentario acerca de Sedequías (cuyo nombre, irónicamente, significa “El Señor es Justicia”). Ya que los reyes de Judá habían fallado por completo en el cumplimiento de su misión divina, el Señor se iba

a deshacer de ellos y los iba a reemplazar con pastores que se identificaran con él, pastores fieles que iban a hacer el trabajo para el que el Señor los había llamado.

Como ocurre con frecuencia en el Antiguo Testamento, la profecía que sigue menciona juntamente tanto las profecías del regreso del exilio, como las que se refieren a la era mesiánica y al Mesías mismo. El Señor promete que hará un gran milagro y le dará así a su pueblo esperanza para el futuro. Aunque el Señor anunció el fin activo del gobierno de la casa de David, sin embargo, no se iba a olvidar de la promesa que le había hecho a David (2 Samuel 7:11-16). De su descendencia vendría el Mesías, el gran Rey de su pueblo bueno y bondadoso.

Jeremías usa la imagen de Isaías 11:1: “Saldrá una vara del tronco de Isaí; y un vástago retoñará de sus raíces”. Más adelante, el profeta Zacarías también usará esta misma imagen para mencionar al Mesías venidero (3:8). Del tronco muerto y sin vida, el Señor hará que brote la vida. Las palabras “vienen días...” siempre se refieren a la futura intervención personal del Señor en la vida de su pueblo, en algunas ocasiones para juzgarlos, pero mayormente para salvarlos, especialmente con referencia al tiempo de Cristo. Y como los reyes de Judá habían fallado una y otra vez, el Señor mismo iba a intervenir como el Salvador.

Jeremías entonces nos da la promesa evangélica más hermosa de toda su profecía. No hay comparación entre este Renuevo justo de David, y las últimas ramas improductivas de la casa de David que ocuparon el trono de Jerusalén. El “Renuevo” del que Jeremías escribe sería justo, no solamente en la obediencia a la ley o en cualquier otro sentido externo, sino en todo. Él sería justo en sí y por sí mismo porque no tendría pecado. Jesús desafió a los judíos cuando les dijo: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?” (Juan 8:46).

Y no solamente sería justo en sí y por sí mismo, sino que además gobernaría con justicia. Llevaría a cabo la justicia y la ejercería en todo lo que hiciera o dijera. Mostraría en todas sus obras un entendimiento genuino de la justicia de la ley. Por esto

vemos en los evangelios a Jesús cumpliendo perfectamente toda la ley de acuerdo con la voluntad de Dios. Jesús obtendría la aprobación total de Dios porque le rendiría la obediencia perfecta y la justicia que él exige de cada ser humano. Jesús proveería ante Dios la justicia de la que carece cada uno de los seres humanos. En las palabras de Jeremías, Cristo será “Jehová, justicia nuestra”.

El efecto de su gobierno de justicia sería notable. Judá sería salvo; Israel tendría vida segura, sin peligro. Esas son imágenes de confianza, seguridad y paz. Esa seguridad y bienestar son transmitidas por la justicia de Cristo, el perdón de los pecados dado a cada pecador penitente. La ilustración describe la paz que les trae la obra de Cristo a los hijos creyentes de Dios. El creyente tiene la paz por la palabra final de esta promesa.

La causa de su paz, su garantía, y su verdadero carácter, se revelan en el nombre que el Señor le da al Mesías: Jehová, nuestra justicia. Aquí está todo el evangelio, todo el mensaje de las Escrituras, sintetizado en pocas palabras que son preciosas. El Señor mismo es nuestra justicia. Para que esto se convirtiera en una realidad, el Señor mismo tenía que ser uno de nosotros y cargar sobre él todo lo que somos nosotros con nuestros egoísmo, envidia, celos, codicia, maldad, etc.

Estas palabras hacen alusión al milagro de la encarnación, al Verbo hecho carne. Pero también nos hacen ver la verdad más consoladora: el Mesías no sólo es justo en sí mismo, sino que, por medio de su vida perfecta de obediencia, sufrimiento, muerte y resurrección, ganó para nosotros la justificación, la reconciliación con Dios y el perdón de los pecados. Lo que es, lo que tiene, y lo que hizo, lo ha hecho por nosotros. Nos ha dado un regalo precioso, el regalo de la justicia que por nosotros mismos jamás podríamos haber logrado. Aquí está la llave que abre el cielo y lo mantiene abierto: Jehová es nuestra justicia, sí, Jehová es mi justicia. Lo que hizo, lo hizo por mí. Él me ha hecho suyo. Mi certeza, mi esperanza y mi confianza yacen en que el Hijo de Dios me amó y se dio a sí mismo por mí.

Profetas mentirosos

**⁹ A causa de los profetas
mi corazón está quebrantado dentro de mí,
todos mis huesos tiemblan.**

**A causa de Jehová
y a causa de sus santas palabras
estoy como un ebrio,
como un hombre dominado por el vino,
¹⁰ porque la tierra está llena de adúlteros;
por la maldición, la tierra está desierta
y los pastizales del desierto se secaron.
La carrera de ellos es mala
y su valentía no es recta.**

**¹¹ «Tanto el profeta como el sacerdote son impíos;
aun en mi casa hallé su maldad,
dice Jehová.**

**¹² Por tanto, su camino
será como resbaladero en la oscuridad;
serán empujados, y caerán en él;
porque yo traeré mal sobre ellos
en el año de su castigo,
dice Jehová.**

**¹³ »En los profetas de Samaria
he visto desatinos:
profetizaban en nombre de Baal
e hicieron errar a mi pueblo Israel.**

**¹⁴ Y en los profetas de Jerusalén
he visto torpezas:
cometen adulterios, andan con mentiras
y fortalecen las manos de los malos,
para que ninguno se convierta de su maldad.
Me son todos ellos como Sodoma,
y sus moradores como Gomorra.**

**¹⁵ Por tanto, esto dice Jehová de los ejércitos
contra aquellos profetas:
“Yo les hago comer ajenjos
y les haré beber agua envenenada,
porque de los profetas de Jerusalén
salió la impiedad sobre toda la tierra.”»**

Jeremías les habla ahora a otros dos grupos de líderes que se encontraban entre el antiguo pueblo de Dios: a los profetas, los portavoces de Dios, y a los sacerdotes, que debían servir como mediadores entre Dios y el pecador. A pesar de que sus reyes habían fracasado porque no habían vivido a la altura del plan de Dios, se habría esperado que los sacerdotes y los profetas de Judá se hubieran resistido a la maldad y a la incredulidad. Pero no fue así.

El profeta les habla indirectamente a los sacerdotes ya que habían fracasado en su trabajo porque no pusieron a prueba a los falsos profetas y no los controlaron. Por el contrario, los habían aprobado, habían trabajado con ellos y habían permitido que su falso mensaje se difundiera entre el pueblo. Jeremías se espantó ante lo que tenía que decir. Él sabía lo que era ser profeta; sabía de la carga y de la tremenda responsabilidad de todo el que habla en el nombre del Señor. Como el ebrio que ha bebido demasiado vino, se sintió aturdido y paralizado ante el terrible juicio del Señor, porque era ante el Señor que el profeta debía rendir cuentas de lo que había hecho.

Ni uno solo de los falsos profetas había hecho algo bueno. Jeremías dice que son como los adúlteros porque habían abandonado al Señor por los dioses falsos y habían practicado la prostitución en el templo mismo, algo que era una práctica común en la adoración de los cananeos. Iban tras la maldad; se deleitaban en la impiedad. No sólo habían aceptado la adoración a Baal, sino que hasta habían permitido esa adoración en el templo mismo del Señor. Habían vivido la mentira y todas sus prácticas tuvieron tristes consecuencias.

Para empezar, la tierra fue maldecida por el Señor. Lo que antes había sido fructífero y lleno de vida se había marchitado y secado; hasta el pasto resistente, bajo el ardiente sol, se había secado. Pero lo peor que el pueblo de Judá había hecho, fue haber apoyado y fortalecido a los malvados, y por eso iban a recibir un severo castigo. Con sus falsas profecías habían hecho que la palabra y la ley de Dios quedaran vacías de todo su significado. Llegaron hasta el punto de permitir que cualquiera interpretara la palabra de Dios como mejor le pareciera, una interpretación muy apropiada porque se acomodaba para cubrir sus propias decisiones y sus acciones pecaminosas. El resultado fue que nadie tuvo en cuenta el llamado de Dios al arrepentimiento. Al sentirse confiados en la seguridad que les habían dado los falsos profetas, todos siguieron en sus pecados. La impiedad se difundió por toda la tierra por causa de los falsos profetas. El no haber cumplido con el llamamiento divino de predicar la verdadera palabra de Dios, un llamado que era de importancia vital para la vida de la gente, merecía el juicio más severo. Sin saber lo que estaba sucediendo, ellos iban a tropezar y a caer. Probarían el fruto amargo y venenoso, el producto de su propia cosecha.

¹⁶ Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

«No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan;

os alimentan con vanas esperanzas;

hablan visión de su propio corazón,

no de la boca de Jehová.

¹⁷ Dicen atrevidamente a los que me irritan:

“¡Jehová dice que tendréis paz!”

Y a cualquiera que anda tras la obstinación de su corazón,

dicen: “No vendrá el mal sobre vosotros.”»

¹⁸ Pero ¿quién estuvo en el secreto de Jehová, y vio y oyó su palabra?

**¿Quién estuvo atento a su palabra
y la oyó?**

**¹⁹ La tempestad de Jehová saldrá con furor;
la tempestad que está preparada
caerá sobre la cabeza de los malos.**

**²⁰ No se apartará el furor de Jehová
hasta que lo haya hecho
y hasta que haya cumplido los pensamientos de su
corazón;
al final de los días lo entenderéis cabalmente.**

**²¹ «No envié yo aquellos profetas,
pero ellos corrían;
yo no les hablé,
mas ellos profetizaban.**

**²² Si ellos hubieran estado en mi secreto,
habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo,
y lo habrían hecho volver de su mal camino
y de la maldad de sus obras.**

El consejo que da el Señor es sencillo y directo; y sigue siendo el mejor consejo para cualquiera que enfrente mensajeros que traen mensajes que son espiritualmente dudosos: “No escuchéis...” Los profetas de Judá ya no estaban predicando el mensaje de Dios, lo que era muy evidente porque lo que decían contradecía todo lo que el Señor había dicho en el resto de su palabra.

Los falsos profetas también les dieron falsas esperanzas a los que despreciaban la palabra de Dios y se negaban a creerla. Animaban al pecador para que continuara en su pecado al restarle importancia al pecado mismo. Despreciaban el juicio amenazador de Dios al predicar: “No vendrá mal sobre vosotros”. Pensaban que el infierno y la condenación eran ilusiones vanas. Dieron falsas esperanzas al dejar al impenitente con la impresión de que el pecado era de poca importancia y que no era ninguna gran cosa, y

por eso no había ninguna razón para preocuparse por el arrepentimiento.

Si esos profetas hubieran estado cerca o si hubieran permanecido en el consejo del Señor, entonces seguramente hubieran captado su mensaje central, el centro de todas las Escrituras: ¡Arrepentíos! Es lo que el Señor dice: “El alma que pecare ciertamente morirá”. La salvación y la justicia solamente se encuentran en el Señor y en la palabra que da su perdón.

Los profetas ocupaban un lugar central en el plan que tenía el Señor para el antiguo Israel, ya que era mediante su predicación que las almas serían salvadas o condenadas. Dado que tenían una enorme responsabilidad, si fallaban, iban a recibir el juicio más severo. El Señor no iba a permitir que nadie pervirtiera su palabra ya que ésta es vida. Si se oscurece su palabra y si se distorsiona su mensaje, se pierden los únicos medios que él usa para salvar a los pecadores. Por lo tanto, el Señor juró con toda solemnidad que su ira no se iba a apagar hasta que los falsos profetas hubieran pagado todo el castigo que se merecían. Que este juicio sirva de advertencia para todo el que trata la palabra, o cualquier parte de ella, como si no tuviera ninguna importancia.

Al creyente y al profeta Jeremías, que se preguntan acerca de esto, el Señor dice: “Al final de los días entenderéis cabalmente” (v. 20). En otras palabras, el Señor estaba diciendo: “Déjalo en mis manos. Ten la seguridad de que mis propósitos se cumplirán, y en los días venideros lo entenderás todo claramente.”

**²³»¿Soy yo Dios de cerca solamente,
dice Jehová,
y no Dios de lejos?**

**²⁴¿Se ocultará alguno,
dice Jehová,
en escondrijos donde yo no lo vea?
¿No lleno yo,
dice Jehová,
el cielo y la tierra?**

25 »Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre: “¡Soñé, soñé!” 26 ¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, que profetizan el engaño de su corazón? 27 ¿Con los sueños que cada uno cuenta a su compañero pretenden hacer que mi pueblo se olvide de mi nombre, del mismo modo que sus padres se olvidaron de mi nombre a causa de Baal? 28 El profeta que tenga un sueño, que cuente el sueño; y aquel a quien vaya mi palabra, que cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice Jehová. 29 ¿No es mi palabra como un fuego, dice Jehová, y como un martillo que quebranta la piedra?

Los falsos profetas de Israel habían emprendido una vigorosa campaña en contra de la verdad del Señor y de su palabra. No sólo la habían atacado directamente, sino que también la habían despreciado al tratar de limitar al Señor, haciendo que su palabra fuera menos importante o pertinente. Pero el Señor no sería limitado, ni su palabra despreciada. Aquí demuestra que no hay comparación entre su palabra y la de los falsos profetas para alentar a los que creen a confiar en el poder de su palabra y a sentirse seguros al usarla. De igual forma rechaza los ataques más sutiles contra él y contra su palabra.

Dios rompió los límites en los que lo querían cercar los falsos profetas. Ellos habían llegado a sugerir que el alcance del Señor era limitado, que sólo era una deidad local y que no podía ver todo lo que hacían, que se podían ocultar de él. A partir de esa sugerencia les fue fácil llegar a una implicación aun mayor, la de creer que a Dios no le importaba lo que ocurriera con su pueblo y que, si le importaba, de todas formas estaba imposibilitado para hacer algo al respecto. Con una sola frase el Señor acabó con tanta palabrería inútil: “¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” Él es omnipotente y omnisciente, nada ni nadie puede escapar de su presencia ni de su juicio. Él llama a todos a rendirle cuentas de su vida.

El Señor rechazó los intentos que hacían los falsos profetas de poner sus sueños a la par con su palabra. Con eso el Señor puso al descubierto las verdaderas intenciones del falso mensaje de esos hombres, que clamaban diciendo: “¡Soñé, soñé!” Le atribuían a Dios cualquier idea que hubiera surgido en su mente delirante como producto de su propia imaginación. Pensaban que por el solo hecho de repetir el mensaje iban a lograr desviar al pueblo de Dios. Creían que podían hacer que Judá perdiera de vista al Señor que era su Salvador logrando así que la gente se volviera a ellos y creyera en sus falsas profecías. Esperaban tener algún éxito en su empresa pues aún recordaban que, un siglo antes, los profetas de Samaria habían triunfado al intentar lo mismo con el pueblo de Israel. Es fuerte el poder de las profecías falsas para desviar al creyente.

Y sin embargo, no se puede comparar la palabra de los falsos profetas con la palabra del Señor. Es como comparar el valor de la cáscara y el de la paja con el del grano, que es el alimento verdadero y sólido. Así que dejen que los soñadores sigan soñando, y que los profetas del Señor hablen fielmente la palabra de Dios, contando con la Palabra para hacer la obra que el Señor desea. Esta palabra de Dios es poderosa; es un fuego que consume el tejido frágil de nuestra propia justicia. Es el fuego que nos purifica para el Señor. Es como un martillo poderoso que golpea hasta ablandar al corazón más duro de modo que sea creado de nuevo.

Para ejercer poder, para tener fortaleza, para alcanzar el éxito tal como el Señor lo concibe, para tener un consuelo verdadero y la verdadera ayuda, para alcanzar a las personas y salvarlas, lo único que uno necesita es usar la palabra del Señor. Que nada nos tiente ni nos aparte de ella.

Falsos oráculos y falsos profetas

³⁰»Por tanto, yo estoy contra los profetas, dice Jehová, que se roban mis palabras unos a otros. ³¹Dice Jehová: Yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: “¡Él lo

ha dicho!” ³² Ciertamente, dice Jehová, yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas. Yo no los envié ni los mandé, y ningún provecho han traído a este pueblo, dice Jehová.

³³ »Y cuando te pregunte este pueblo, o el profeta o el sacerdote, diciendo: “¿Cuál es la profecía de Jehová?”, les dirás: “Ésta es la profecía: ‘Os abandonaré’, ha dicho Jehová.” ³⁴ Y al profeta, al sacerdote o al pueblo que diga: “Profecía de Jehová”, yo enviaré castigo sobre tal hombre y sobre su casa. ³⁵ Así diréis cada cual a su compañero y cada cual a su hermano: “¿Qué ha respondido Jehová? ¿Qué dijo Jehová?” ³⁶ Y nunca más volveréis a decir: “Carga de Jehová”, porque la palabra de cada uno será una carga para él, pues pervertisteis las palabras del Dios viviente, de Jehová de los ejércitos, el Dios nuestro. ³⁷ Así dirás al profeta: “¿Qué te respondió Jehová? ¿Qué dijo Jehová?” ³⁸ Pero si decís: “Carga de Jehová”, entonces Jehová dice así: “Porque dijisteis esta palabra, ‘Carga de Jehová’, habiendo yo enviado a deciros: ‘No digáis: Carga de Jehová’, ³⁹ por eso, yo os echaré en el olvido y os arrancaré de mi presencia, a vosotros y a la ciudad que os di a vosotros y a vuestros padres; ⁴⁰ y pondré sobre vosotros afrenta perpetua, eterna confusión que nunca borrará el olvido.”»

Los falsos profetas no eran los únicos culpables, ya que encontraban una audiencia bien dispuesta. El pueblo de Judá vivía en un estado febril. Tenían una apariencia piadosa porque asediaban y fastidiaban sin descanso a los profetas para que les dieran la revelación más reciente del Señor. Pero eso no lo pedían en fe, sino, como lo hacían los fariseos en los tiempos de Jesús, pedían una señal, no porque creyeran sino precisamente por lo contrario, porque no creían. Con la comezón de oír, insatisfechos con el mensaje que el Señor ya les había dado, los compatriotas de Jeremías seguían exigiendo revelaciones hasta que obtenían una

que realmente les gustara. Se desvivían por lo novedoso.

Y como habían hecho tan mal uso de las palabras, el Señor les prohibió que usaran la frase “carga de Jehová”. Las exigencias constantes de nuevas revelaciones animaban cada vez más a los falsos profetas a pronunciar una sarta de nuevas “palabras” del Señor. Pero con estas nuevas “palabras” lo que hacían era ensombrecer la verdadera palabra que el Señor ya había entregado, y debilitaban su verdad. Habían distorsionado la palabra del Señor. Al final, debido a toda esta actividad impía, los falsos profetas y sus “oráculos” no beneficiaban a sus oyentes en lo más mínimo. En realidad, los falsos profetas le causaban a la gente un daño mayor porque la confundían y hacían que se apartara del Señor.

Y como estos “profetas” habían difundido toda clase de mentiras en el nombre del Señor, habían abusado de su oficio profético y habían adulterado la palabra, el Señor pronunció su juicio. Los falsos profetas iban a perder su ciudad y también iban a ser deshonrados para siempre. Todos los que leen las profecías de Jeremías saben cómo se llevó a cabo esa amenaza divina.

Dos cestas de higos

24 Después de haber transportado Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, a los príncipes de Judá, y a los artesanos y herreros de Jerusalén, y haberlos llevado a Babilonia, me mostró Jehová dos cestas de higos puestas delante del templo de Jehová.

² Una cesta tenía higos muy buenos, como brevas; y la otra cesta tenía higos muy malos, que de tan malos no se podían comer. ³ Y me dijo Jehová: «¿Qué ves tú, Jeremías?» Yo dije: «Higos; higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que de tan malos no se pueden comer.»

⁴ Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ⁵ «Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Como a estos higos buenos, así miraré a los deportados de Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para su bien. ⁶ Porque pondré

mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra. Los edificaré y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré.
⁷ Les daré un corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque se volverán a mí de todo corazón.

⁸»Y como a los higos malos, que de tan malos no se pueden comer, así ha dicho Jehová, pondré a Sedequías, rey de Judá, a sus príncipes y al resto de Jerusalén que quedó en esta tierra, y a los que habitan en la tierra de Egipto. ⁹Y los daré por horror y por mal a todos los reinos de la tierra, y por infamia, por refrán, por burla y por maldición a todos los lugares donde yo los disperse. ¹⁰Y enviaré sobre ellos espada, hambre y peste, hasta que sean exterminados de la tierra que les di a ellos y a sus padres.»

Poco después de que el rey Jeconías (Joaquín) fue llevado al exilio (cerca del año 597 a.C.), el Señor le dio a Jeremías una visión. El profeta presenta la visión en este punto para responder a algunas preguntas que seguramente le inquietaban tanto a él como a otros creyentes que habían quedado atrás. ¿Qué iba a pasar con los exiliados judíos? ¿Acaso iban a perder su identidad en la lejana Babilonia? ¿Perderían su religión y su fe? En parte Jeremías escribe esta visión para probar una vez más que el Señor siempre cumple con su palabra. Él había prometido: “En los días venideros lo entenderás claramente”. Y esa visión permitió que Jeremías empezara a entender lo que iba a ocurrir.

En la visión que tuvo se aparecieron dos cestas de higos ante el templo de Dios, y le fueron ofrecidas al Señor. Nos hace pensar en el relato de Caín y Abel y en las ofrendas que le presentaron a Dios. El contenido de las dos cestas era muy diferente: una de ellas contenía higos muy buenos, quizá los que habían sido cosechados al principio de la estación, pero la otra cesta contenía higos podridos, nada buenos para comer.

Dios explicó que la cesta que contenía los higos buenos representaba a los exiliados que recientemente habían sido

llevados a Babilonia. El Señor prometió que los iba a cuidar y que los haría regresar a la tierra prometida; su fe en el Señor y en su palabra se iba a fortalecer por la experiencia y por el arrepentimiento. De nuevo llegarían a ser el verdadero pueblo de Dios que encuentra su apoyo completo en él y en su palabra. Él sería su Dios. Nuevamente el Señor y su pueblo compartirían la feliz comunión. A pesar del duro juicio que iba a azotar a los judíos y a Jerusalén, algo bueno saldría de todo esto. Los exiliados aprenderían la lección y regresarían al Señor de todo corazón, ofreciéndole sacrificios de su agrado.

Los higos malos, que no estaban en condiciones de ser una ofrenda para el Señor, representaban a Sedequías y a los que habían optado por quedarse en Jerusalén y luchar hasta el fin. Su corazón permaneció obcecado y endurecido, sin aprender nada de la lección que el Señor les estaba dando. Iban a caer bajo el juicio del Señor porque su impenitencia permaneció invariable. Aun si trataran de escapar del castigo huyendo a Egipto, serían aniquilados.

Setenta años de cautiverio

25 Palabra que vino a Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, el cual era el año primero de Nabucodonosor, rey de Babilonia; ²la cual habló el profeta Jeremías a todo el pueblo de Judá y a todos los habitantes de Jerusalén, diciendo: ³«Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar, pero no escuchasteis. ⁴Y envié Jehová a vosotros a todos sus siervos los profetas. Los envié desde el principio y sin cesar; pero no escuchasteis ni inclinasteis vuestro oído para escuchar ⁵cuando decían: “Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y habitaréis en la tierra que os dio Jehová a vosotros y a

vuestros padres para siempre. ⁶ Pero no vayáis en pos de dioses ajenos, sirviéndolos y adorándolos, ni me provoquéis a ira con la obra de vuestras manos, y no os haré mal.” ⁷ Pero no me habéis escuchado, dice Jehová, sino que me habéis provocado a ira con la obra de vuestras manos para vuestro propio mal.

Estos acontecimientos ocurren en el año 605/604 a.C. Nabucodonosor, el destructor de Israel, había sucedido a su padre al trono de Babilonia. Entre los de Judá había algunos que pensaban que el cambio de gobernantes iba a transformar toda la estructura del poder del Medio Oriente haciendo posible que Judá, como nación, siguiera un curso más independiente. Con esto presente, Joacim continuó provocando a los babilonios y así precipitó su propio camino hacia la ruina.

Jeremías ya le había servido al Señor como profeta entre el pueblo de Judá por veintitrés años. ¿Qué había logrado en este tiempo? Aquí hace un análisis de un cuarto de siglo en el ministerio. Otros profetas habían predicado el mismo mensaje que Jeremías predicó, y sin embargo, el pueblo había permanecido inmovible. Continuaban infringiendo el Primer Mandamiento y seguían a otros dioses. Era claro que el juicio del Señor estaba justificado cuando cayó sobre el pueblo. Jeremías comienza con estas palabras para demostrar que aunque el Dios justo trajera el juicio contra Judá, sin embargo le había puesto un límite al alcance de ese juicio: “En los días venideros lo entenderás claramente”.

Con las palabras de este capítulo el Señor le dio una respuesta parcial al desafío que Jeremías había pronunciado anteriormente ante él (Jeremías 12), cuando preguntó: “¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y la pasan tan bien todos los que se portan deslealmente? ¿Por qué, aunque Judá es un pueblo malo, debe ser castigado siendo que las naciones que le rodean, incluso aquellas que administran el castigo, son aun peores?” Aquí Jeremías recibió algunas respuestas a estas preguntas.

8»Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos: Por cuanto no habéis escuchado mis palabras,⁹ yo enviaré y tomaré a todas las tribus del norte, dice Jehová, y a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y los traeré contra esta tierra y contra sus habitantes, y contra todas estas naciones en derredor. Los destruiré, y los pondré por espanto, por burla y desolación perpetua.¹⁰ Haré que desaparezca de entre ellos la voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del novio y la voz de la novia, el ruido del molino y la luz de la lámpara.¹¹ Toda esta tierra será convertida en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia durante setenta años.¹² Y cuando se hayan cumplido los setenta años, dice Jehová, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación, por su maldad, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desolación perpetua.¹³ Traeré sobre aquella tierra todas mis palabras que he hablado contra ella, con todo lo que está escrito en este libro, profetizado por Jeremías contra todas las naciones.¹⁴ Porque también ellas estarán sometidas a muchas naciones y a grandes reyes; y yo les pagaré conforme a sus hechos y conforme a la obra de sus manos.»

El Señor iba a usar a Nabucodonosor como su siervo, como su instrumento para administrarle su castigo a Judá. Las naciones vecinas, que podrían haber pensado que eran mejores o más afortunadas, tampoco iban a escapar. La destrucción iba a ser total. Vendría sobre ellas una miseria absoluta. No se celebraría ningún matrimonio. Las ruedas del molino se acallarían porque ya no habría grano que moler. Las lámparas se cubrirían de polvo y habría oscuridad porque ya no habría más aceite que quemar.

Pero Dios iba a ponerle un límite a la desastrosa tragedia que caería sobre la nación judía. Esta es la primera vez que Jeremías anunció que el juicio de Dios duraría setenta años. Este número es muy sagrado en las Escrituras pues representa al número siete, el número que siempre se usa en relación con Dios, y el diez, el

número de lo completo. Así, en el tiempo señalado por Dios, cuando él lo decidiera, libraría a Judá del exilio y al mismo tiempo castigaría a los caldeos por su impiedad. En los capítulos finales de este libro se presentan las profecías de Dios contra Babilonia junto con el juicio que también caería sobre las otras naciones. Los caldeos olvidaron muy pronto la lección que Dios le había dado a Nabucodonosor (Daniel 4). Es cierto que el imperio caldeo era grande y poderoso, pero no porque hubiera nada bueno en ellos, sino porque Dios los usó para sus grandes propósitos.

La copa de la ira de Dios

¹⁵ Así me dijo Jehová, Dios de Israel: «Toma de mi mano la copa del vino de este furor, y haz que beban de ella todas las naciones a las cuales yo te envío. ¹⁶ Beberán, y temblarán y enloquecerán a causa de la espada que yo envío entre ellas.»

¹⁷ Yo tomé la copa de la mano de Jehová, y di de beber a todas las naciones a las cuales me envió Jehová: ¹⁸ a Jerusalén, a las ciudades de Judá, a sus reyes y a sus príncipes, para convertirlos en ruinas, en espanto, en burla y en maldición, como hasta hoy; ¹⁹ al faraón, rey de Egipto, a sus servidores, a sus príncipes y a todo su pueblo; ²⁰ y a todo el conjunto de naciones, a todos los reyes de tierra de Uz y a todos los reyes de la tierra de Filistea: de Ascalón, Gaza, Ecrón y el resto de Asdod; ²¹ de Edom, Moab y los hijos de Amón; ²² a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón, a los reyes de las costas que están de ese lado del mar: ²³ Dedán, Tema y Buz, y todos los que se rapan las sienes; ²⁴ a todos los reyes de Arabia, a todos los reyes del conjunto de pueblos que habitan en el desierto; ²⁵ a todos los reyes de Zimri, a todos los reyes de Elam, a todos los reyes de Media; ²⁶ a todos los reyes del norte, los de cerca y los de lejos, a los unos y a los otros, y a todos los reinos del mundo que están sobre la faz de la tierra. Y el rey de Babilonia beberá después de ellos.

El juicio de Dios sobre sus enemigos se describe como una copa llena de un vino repugnante, la ira de Dios mismo. Primero que nada, iba a usar el gran poder que como nación tenían los caldeos para hacer que las otras naciones también bebieran de esa copa. Luego obligaría a estos mismos opresores a que bebieran también hasta la última gota de la copa del furor de Dios. Jeremías, por medio de su predicación les anunció a las naciones que iban a beber de esa copa. Y para confirmar la verdad de su mensaje contra las naciones, el profeta les iba a entregar el juicio del Señor, escrito en rollos, a los embajadores que se encontraban en Jerusalén. Jeremías coleccionó estas profecías contra las varias naciones en los últimos capítulos de este libro (46–51). Todos habrían de beber de la misma copa; nadie iba a poder escapar.

El juicio de Dios comenzaría con Judá y con Jerusalén. De allí se extendería cada vez más hasta cubrir todo el Medio Oriente. A Egipto se le menciona a continuación por la razón de que muchos, incluyendo a muchos judíos, huyeron tratando de encontrar en Egipto un refugio para escapar del poder de Nabucodonosor. Pero se engañaron, porque este país no podía ofrecer ninguna seguridad ya que también iba a caer bajo los ejércitos invasores de Nabucodonosor. También caerían todas las naciones aledañas a Judá: Uz, quizá localizada en el desierto de Arabia, Edom, Moab, Amón, Tebas, Filistea, Tiro y Sidón. Los poderosos ejércitos de Nabucodonosor caerían sobre los que estaban en el norte, el sur (el desierto de Arabia), el este, y hasta Elam y Media, tierras que estaban al este de Babilonia. Y finalmente la misma Babilonia, el imperio destructor, bebería de la misma copa que había forzado a muchos otros a beber, porque es el Señor quien controla a todas las naciones y es quien trae el juicio sobre ellas. Nadie puede jactarse delante de él.

²⁷ **«Les dirás, pues: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: ¡Bebed, embriagaos y vomitad; caed y no os levantéis, a causa de la espada que yo envió entre vosotros!”**

²⁸ **Y si no quieren tomar la copa de tu mano para beber, tú les**

dirás: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tenéis que beberla,²⁹ porque yo comienzo a causarle mal a la ciudad en la cual es invocado mi nombre, ¿y vosotros seréis absueltos? ¡No seréis absueltos, porque espada traigo sobre todos los habitantes de la tierra!”, dice Jehová de los ejércitos.

³⁰»Tú, pues, profetizarás contra ellos todas estas palabras. Les dirás:

**»“Jehová ruge desde lo alto,
y desde su morada santa da su voz;
ruge fuertemente contra su redil;
canción de lagareros canta
contra todos los moradores de la tierra.**

**³¹Llega el estruendo hasta el fin de la tierra,
porque Jehová está en pleito contra las naciones;
él es el Juez de todo mortal
y entregará a los impíos a la espada,
dice Jehová.”»**

**³²Así ha dicho Jehová de los ejércitos:
«Ciertamente el mal
irá de nación en nación,
y una gran tempestad se levantará
desde los extremos de la tierra.»**

**³³Yacerán los muertos de Jehová en aquel día
desde un extremo de la tierra hasta el otro;
no se hará lamentación,
ni se recogerán ni serán enterrados,
sino que como estiércol quedarán sobre la faz de la
tierra.**

**³⁴¡Aullad, pastores! ¡Gritad!
¡Revolcaos en el polvo, mayores del rebaño!,
porque se han cumplido vuestros días
para que seáis degollados y esparcidos.
Caeréis como vaso precioso.**

³⁵Se acabará el asilo para los pastores,

y no escaparán los mayores del rebaño.

**³⁶ ¡Voz de la gritería de los pastores,
y aullido de los mayores del rebaño!,
porque Jehová asoló sus pastizales.**

**³⁷ Los pastos delicados serán destruidos
por el ardor de la ira de Jehová.**

**³⁸ Dejó cual leoncillo su guarida,
pues asolada fue la tierra de ellos
por la ira del opresor,
por el furor de su ira.**

Pataleando y chillando como un niño que se resiste a tomar una medicina amarga, las naciones se resistirían al juicio del Señor. Con todos sus poderes y estratagemas lucharían para no someterse a ese juicio. Pero el Señor ya había dicho: “Bebed y embriagaos”. Si tenía que castigar a Jerusalén, la ciudad que había escogido para revelarse y que llevaba su nombre, con mucha más razón habrían de sentir la ira divina las naciones que no podían reclamar el más mínimo favor de Dios. Como Pedro escribió después (1 Pedro 4:17,18): “Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y ‘Si el justo con dificultad se salva, ¿qué pasará con el impío y el pecador?’”

La visión de Jeremías se amplía desde el juicio del Señor aplicado mediante Nabucodonosor contra las naciones vecinas, y finalmente contra los babilonios mismos, fusionándose en una visión del juicio final de Dios en contra del mundo entero. El Señor Dios ejecutaría su juicio con una fuerza incontenible. Jeremías amontonó una imagen tras otra hasta hacerles comprender la certeza y el terror del juicio final. Dios usaría el poder de su palabra, su voz poderosa, para lograr su propósito.

Como los que, gritando y pisando, alborotan las uvas para sacarles el jugo, así el juicio del Señor aplastaría la vida de las naciones y acabaría con toda su resistencia. Los gobernantes de las naciones, los pastores, llorando y lamentándose, permanecerían

impotentes ante este juicio. Como el león que está decidido a encontrar su presa, el Señor llevaría a cabo su juicio hasta el amargo final. Nadie escaparía. Hasta el impío, tan próspero ante sus propios ojos y a los ojos de los demás, iba a pagar el precio de su impiedad hasta el último centavo. El Señor le abrió los ojos a Jeremías para que viera claramente y entendiera el fin del impío.

Desde Jerusalén y Judá, hasta los confines más remotos de la tierra, en una especie de marea incontenible que todo lo inunda, así avanzaría el juicio del Señor. Pero llegaría el día en que la marea de este juicio que lo invade todo se convertiría en una creciente vivificadora, llena de buenas nuevas. En los días venideros el Señor actuaría con su gracia en Cristo y les daría vida en abundancia a las naciones. Cuando estaba a punto de ascender a los cielos, nuestro Señor dijo: “Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Por la gracia de Dios, hoy nosotros con nuestras oraciones, nuestros dones y nuestro testimonio podemos ayudar a que esa marea de vida, la cual está difundiendo las buenas nuevas a las naciones, siga creciendo hasta que el Señor regrese a juzgar la tierra.

Jeremías es amenazado de muerte

26 En el principio del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de Jehová, diciendo:
² «Así ha dicho Jehová: Ponte en el atrio de la casa de Jehová, y habla a todos los que vienen de las ciudades de Judá para adorar en la casa de Jehová, todas las palabras que yo te mandé hablarles. No retengas palabra. ³ Quizá escuchen y se vuelva cada uno de su mal camino; entonces me arrepentiré yo del mal que pienso hacerles por la maldad de sus obras. ⁴ Les dirás, pues: “Así ha dicho Jehová: Si no me obedecéis para andar en mi Ley, la cual puse ante vosotros, ⁵ y para atender a las palabras de mis siervos los

profetas, que yo os he enviado desde el principio y sin cesar, a los cuales no habéis escuchado, ⁶yo trataré a esta casa como a Silo, y a esta ciudad la pondré por maldición ante todas las naciones de la tierra.”»

La ocasión fue poco tiempo después de la muerte de Josías, al principio del reinado de Joacim en el año 609/608 a.C. Por mandato del Señor, Jeremías repitió un mensaje que antes ya había entregado durante el reinado de Josías (Jeremías 7). El profeta estaba aclarando ante un nuevo gobierno que el Señor cumpliría lo que ya había dicho. El mensaje contenía al mismo tiempo una amenaza y una promesa. La amenaza era: si el pueblo de Judá no se arrepentía, el templo iba a sufrir el mismo fin que el centro de adoración de Silo. La promesa era: si se arrepentían, el Señor no llevaría a cabo su juicio.

Nuevamente el Señor muestra su gran amor y su paciencia para con ese pueblo, al darles a Judá y a toda su gente otra oportunidad. El profeta Jeremías pronunció este mensaje en el atrio mismo del templo, para que el número de adoradores fuera mayor y tuvieran la oportunidad de escuchar; así que, si no querían oír no tendrían ninguna excusa ante lo que estaba por venir.

El profeta les dijo exactamente lo que el Señor había ordenado, porque el mensaje que él entregaba no era suyo, sino un mensaje de Dios. La causa por la que estaba luchando no era la suya, sino la del Señor. Sintiendo la responsabilidad de su llamamiento, por reverencia al Señor y por amor, se vio obligado a entregar todo el mensaje. Jeremías fue fiel a su llamado al hacer todo lo posible para ayudar a sus oyentes.

El apóstol Pablo, dirigiéndoles sus últimas palabras a los ancianos de Éfeso, confesó que éste es el deber solemne que tiene todo hombre de Dios: “Nada que fuera útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas... Por tanto, yo os declaro en el día de hoy, de que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:20,26,27). La única esperanza para los que escuchaban

las palabras de Jeremías estaba en que reconocieran su verdadera situación. Y Jeremías no había sido el único; muchos otros profetas habían anunciado este mismo mensaje.

⁷ Los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo oyeron a Jeremías hablar estas palabras en la casa de Jehová. ⁸ Y cuando terminó de hablar Jeremías todo lo que Jehová le había mandado que hablara a todo el pueblo, los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo le echaron mano, diciendo: «¿De cierto morirás! ⁹ ¿Por qué has profetizado en nombre de Jehová, diciendo: “Esta Casa será como Silo y esta ciudad quedará asolada y sin habitantes”?» Y todo el pueblo se reunió contra Jeremías en la casa de Jehová.

¹⁰ Los príncipes de Judá, al oír estas cosas, subieron de la casa del rey a la casa de Jehová y se sentaron a la entrada de la puerta nueva de la casa de Jehová. ¹¹ Entonces los sacerdotes y los profetas hablaron a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: «¿Este hombre ha incurrido en pena de muerte, porque ha profetizado contra esta ciudad, como vosotros habéis oído con vuestros propios oídos!» ¹² Y habló Jeremías a todos los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: «Jehová me envió a profetizar contra esta Casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído. ¹³ Mejorad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y escuchad la voz de Jehová, vuestro Dios; y se arrepentirá Jehová del mal que ha hablado contra vosotros. ¹⁴ En lo que a mí toca, he aquí estoy en vuestras manos; haced de mí como mejor y más recto os parezca. ¹⁵ Pero sabed de cierto que si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, porque fue en verdad Jehová quien me envió a vosotros para que dijera todas estas palabras en vuestros oídos.»

Desgraciadamente era predecible la respuesta de los que escucharon el mensaje de Jeremías. Expresaron lo que sentían en

su corazón y actuaron de acuerdo a lo que había en él. El Señor había evaluado correctamente su corazón, esa gente era impenitente de pies a cabeza, desde los sacerdotes y los profetas hasta todo el resto del pueblo. Sin vacilar, lo que hicieron fue arrestar a Jeremías. En el juicio que le hicieron lo declararon culpable y lo sentenciaron a muerte: “De cierto morirás”. Como si no lo supieran, fingiendo una falsa inocencia, dieron pruebas de la dureza de su corazón al preguntar: “¿Por qué has profetizado?” Los sacerdotes, que eran los principales responsables de ver que se guardara el pacto de Dios, fueron los que lanzaron la acusación.

El alboroto de la multitud llegó al palacio, a los aposentos reales, y hasta a la corte del rey mismo. Quizá algunos de los funcionarios del monarca habían encargado a ciertos hombres que vigilaran las actividades de Jeremías. Los príncipes salieron de prisa del palacio, que se encontraba al sur, muy cerca del templo, y se reunieron a la entrada de la puerta nueva. No es seguro dónde estaba esta puerta, pero pudo haber sido una entrada construida para que el rey y sus príncipes tuvieran un acceso rápido y fácil al templo. Después de haberse reunido, estaban listos para escuchar el caso contra Jeremías. Fueron los sacerdotes y los profetas, y otros que simpatizaban con ellos, los que expusieron la acusación: “Profetizó contra esta ciudad”. No acusaron a Jeremías de predicar doctrina falsa ni de ser un falso profeta, sino de alta traición.

Jeremías aprovechó la oportunidad para responder a la acusación con el mensaje esencial del sermón que acababa de pronunciar. El problema de este pueblo era entre ellos y Dios; Jeremías sólo era su mensajero. Estaban furiosos con el profeta porque los había declarado culpables de su pecado.

Muchos pecadores impenitentes reaccionan en forma semejante cuando alguien les llama la atención por sus pecados. Es como Jesús dijo: “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado” (Juan 15:22). El mundo incrédulo hace todo lo que puede para silenciar el llamado al arrepentimiento, porque no quiere hacerle frente a su pecado.

Jeremías no se acobardó, sino que les respondió a sus acusadores: “Hagan conmigo como mejor y más recto les parezca, pero ustedes saben que silenciarme no cambiará nada. Solamente empeorarán su situación porque contaminarán la ciudad y la ensuciarán al derramar sangre inocente. El Señor me ha enviado.”

¹⁶ Dijeron los príncipes y todo el pueblo a los sacerdotes y profetas: «No ha incurrido este hombre en pena de muerte, porque en el nombre de Jehová, nuestro Dios, nos ha hablado.» ¹⁷ Entonces se levantaron algunos de los ancianos del país y hablaron a todo el pueblo congregado, diciendo: ¹⁸ «Miqueas de Moreset profetizó en tiempo de Ezequías, rey de Judá, y habló a todo el pueblo de Judá, diciendo:

»“Así ha dicho Jehová de los ejércitos:
Sión será arada como un campo,
Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas
y el monte de la Casa se llenará de maleza”.

¹⁹ »¿Acaso lo mataron Ezequías, rey de Judá, y todo Judá? ¿No temió a Jehová y oró en presencia de Jehová, y Jehová se arrepintió del mal que había hablado contra ellos? ¿Haremos, pues, nosotros un mal tan grande contra nosotros mismos?»

²⁰ Hubo también un hombre que profetizaba en nombre de Jehová: Urías hijo de Semaías, de Quiriat-jearim, el cual profetizó contra esta ciudad y contra esta tierra, conforme a todas las palabras de Jeremías.

²¹ Oyeron sus palabras el rey Joacim, todos sus grandes y todos sus príncipes. Entonces el rey procuró matarlo; pero Urías, dándose cuenta de esto, tuvo temor y huyó a Egipto. ²² El rey Joacim envió hombres a Egipto: a Elnatán hijo de Acbor, y a otros hombres con él. ²³ Estos sacaron de Egipto a Urías y lo llevaron al rey Joacim, el cual lo mató a espada y arrojó su cuerpo a una fosa común.

²⁴ Pero la mano de Ahicam hijo de Safán estaba a favor de

Jeremías, para evitar que lo entregaran en las manos del pueblo para matarlo.

Después de escuchar la defensa de Jeremías, los funcionarios y el pueblo votaron en contra del veredicto pronunciado por los profetas y por los sacerdotes. Quizá muchas de las personas que estaban allí se sobrecogieron ante la presencia de las autoridades. Pudo haber sido que muchos de ellos no tenían idea ni de la razón para el alboroto. De cualquier forma que haya sido, se revocó el veredicto que en un principio se había pronunciado en contra de Jeremías, salvándole así la vida, y demostrando que todavía existían algunos en Judá que tomaban a pecho sus palabras, y que seguían el camino del piadoso rey Josías. Muchos de los funcionarios, aunque probablemente no todos, habían recibido su puesto gracias a Josías y pensaban igual que él.

Al votar en contra del veredicto de muerte, los ancianos volvieron a un precedente que ya había acontecido un siglo antes durante el reinado de Ezequías. En ese entonces el profeta Miqueas había pronunciado el mismo tipo de mensaje (Miqueas 3:12), y tampoco Ezequías hizo nada en contra de Miqueas. En realidad, había ocurrido lo contrario, es decir, Ezequías había escuchado las palabras del profeta Miqueas, meditó en ellas y se arrepintió de su maldad. Su arrepentimiento hizo que el Señor demorara el juicio que había anunciado. Además, los ancianos exclamaron: “Haremos que caiga un desastre terrible sobre nosotros”. La revocación de la sentencia también fue respaldada por algunos hombres muy poderosos. Ahicam, hijo de Safán, que servía como secretario del palacio, también evitó que los sacerdotes llevaran a cabo el veredicto de muerte que habían decretado contra el profeta.

Jeremías incluye un comentario aparte, una información que no tenía nada que ver directamente con el caso. Esta nota nos muestra que Joacim estaba dispuesto a matar a los profetas. La amenaza de matar al profeta Jeremías no era fingida. Urías (a quien no se menciona en ninguna otra parte de la Biblia) también había predicado un mensaje semejante al de Jeremías. El impío rey

Joacim trató de matarlo, pero Urías fue advertido del complot en su contra y logró huir a Egipto. Sin embargo, de poco le sirvió, pues Joacim mandó buscarlo y lo llevaron a rastras de Egipto. Luego, lo hizo matar y lo hizo enterrar en una tumba común. Era necesario tener mucho valor para predicar como Jeremías lo hacía, aunque el precio de esta prédica muy bien podía ser la muerte.

Es con razón que Jesús dijo que los líderes religiosos de su tiempo que se le oponían eran verdaderos hijos de sus padres.

Judá sirve a Nabucodonosor

27 Al comienzo del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de parte de Jehová a Jeremías: ² Jehová me ha dicho: «Hazte coyundas y yugos, y ponlos sobre tu cuello; ³ los enviarás al rey de Edom, al rey de Moab, al rey de los hijos de Amón, al rey de Tiro y al rey de Sidón, por medio de los mensajeros que vienen a Jerusalén para ver a Sedequías, rey de Judá. ⁴ Les mandarás que digan a sus señores que Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, ha dicho: “Así habéis de decir a vuestros señores: ⁵ ‘Yo, con mi gran poder y con mi brazo extendido, hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, y la di a quien quise. ⁶ Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan. ⁷ Todas las naciones le servirán a él, a su hijo y al hijo de su hijo, hasta que llegue también el tiempo de su misma tierra y la reduzcan a servidumbre muchas naciones y grandes reyes.

Esto aconteció al principio del reinado de Sedequías, en el año 593 a.C. Sedequías y sus vecinos aliados estaban planeando cómo hacerle frente y amortiguar el poder de Babilonia y al mismo tiempo permanecer libres e independientes. Sedequías, al igual que su hermano Joacim, necia y tercamente continuó con la misma

política equivocada de independizarse. A pesar de cierto fracaso, el rey se había obstinado en perseguir esta meta. Actuando como portavoz del Señor, Jeremías predijo el fracaso de esos planes que ya había sido evidente en las varias deportaciones de Jerusalén.

El Señor reafirmó su advertencia con otra lección objetiva proclamada en la persona misma del profeta. La reacción de la nación, especialmente la de los sacerdotes y la de los falsos profetas, iba a demostrar nuevamente que Judá era impenitente y que merecía el juicio del Señor. Dios le había dado instrucciones a Jeremías para que se hiciera coyundas y yugos, que se los pusiera en el cuello y que apareciera así en público.

¡Qué aspecto debió haber presentado Jeremías al cargar en el cuello un yugo y quizás durante meses o tal vez por más tiempo! Destacando su mensaje de esta manera, Jeremías les envió un mensaje de advertencia a los aliados de Sedequías mediante sus embajadores.

El mensaje era sencillo y claro (muy parecido al que antes había pronunciado, en Jeremías 25). “Yo, Jehová, que hice la tierra y todo lo que hay en ella, todo me pertenece, todo está bajo mi control. Hago como me place y hago según mi voluntad. Ahora es de mi agrado entregárselo todo a Nabucodonosor, que hará ejecutar mi juicio con vosotros. Permitiré que Babilonia domine según mis propósitos. El imperio de Nabucodonosor durará por tres generaciones [éste llegó a su fin en el año 539 a.C.] y entonces le quitaré el poder.”

⁸»”A la nación y al reino que no sirva a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y que no ponga su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, castigaré a tal nación con espada, con hambre y con peste, dice Jehová, hasta que acabe con ella por medio de su mano. ⁹Y vosotros no prestéis oído a vuestros profetas, adivinos, soñadores, agoreros o encantadores, que os hablan diciendo: No serviréis al rey de Babilonia. ¹⁰Porque ellos os profetizan mentira, para haceros alejar de vuestra tierra y para que yo os arroje y perezcáis.

11 Pero a la nación que someta su cuello al yugo del rey de Babilonia y lo sirva, la dejaré en su tierra, dice Jehová, la labrará y habitará en ella.”»

Las naciones que opten poner resistencia ante Babilonia se tendrán que enfrentar a una elección dolorosa frente a la victoria inevitable de Nabucodonosor. Podrán optar por rendirse y ponerse voluntariamente bajo su gobierno; esa elección por lo menos les permitirá quedarse en su propia tierra y continuar su modo de vida como lo habían hecho hasta entonces. O podían optar por resistirse y pelear, pero sin ninguna posibilidad de ganar. Por el contrario, pagarían el precio por su resistencia, lo que sería peor para ellos. Una cosa sí era cierta, de todas maneras servirían; aunque si deciden lo último, su servidumbre sería peor. Nabucodonosor, según la política que acostumbraban las naciones más poderosas de la época, los deportaría a la fuerza llevándolos a tierras lejanas y borraría su cultura.

Incontables voces los animaban a que hicieran lo que mejor les pareciera. Cuando alguien decide ir en contra de la palabra de Dios, o eludirla, no falta quien lo ayude a hacerlo. Los engañadores a montones estarán más que dispuestos para decirle a esa persona lo que quiere escuchar. El Señor les advirtió a las naciones que no les prestaran oídos a esos engañadores.

Además de los falsos profetas, también se encontraban los adivinos, es decir, los que se dedicaban a buscar señales en el cielo y en la tierra, y hasta en las entrañas de los animales para predecir el futuro. Además de esos hombres se encontraban los “soñadores”, o sea los que interpretaban los sueños, los que usaban los sueños de los reyes para predecir el curso de los acontecimientos futuros. Y además de los intérpretes de los sueños estaban los médiums que invocaban a los espíritus de los muertos con el fin de saber el porvenir. Junto a estos últimos, se encontraban los agoreros, los que mediante la astrología y la magia negra trataban de ver y adivinar el futuro. Y además de todos ellos estaba su maestro, el padre de la mentira, Satanás mismo, diciendo:

“¡Escúchenlos a ellos; escuchen a éste; escuchen sus mentiras!”

¹² Hablé también a Sedequías, rey de Judá, conforme a todas estas palabras, diciendo: «Someted vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, servidle a él y a su pueblo, y vivid. ¹³ ¿Por qué moriréis tú y tu pueblo a espada, de hambre y de peste, según ha dicho Jehová de la nación que no sirva al rey de Babilonia? ¹⁴ No oigáis las palabras de los profetas que os hablan diciendo: “No serviréis al rey de Babilonia”, porque os profetizan mentira. ¹⁵ Porque yo no los envié, ha dicho Jehová, y ellos profetizan falsamente en mi nombre, para que yo os arroje y perezcáis vosotros y los profetas que os profetizan.»

El Señor les aseguró a las naciones que el mensaje que le había dado a Sedequías era el mismo que les había dado a ellas también (v. 11). La resistencia de Sedequías frente a los ejércitos de Babilonia no sólo era insensata, sino suicida. El Señor no podía entender por qué preferían la muerte en vez de la vida. Con sus mentiras los falsos profetas estaban conduciendo a la muerte a Judá y a su gente. ¿Acaso se imaginaban estos falsos profetas que podían frustrar la voluntad divina? ¿Acaso se imaginaban que de alguna manera ellos podían controlar los acontecimientos del mundo e ir en contra de Dios y hacer las cosas a su manera? Oponerse a la voluntad divina no sólo es inútil sino necio.

¹⁶ También a los sacerdotes y a todo este pueblo hablé diciendo: «Así ha dicho Jehová: No escuchéis las palabras de vuestros profetas que os profetizan diciendo: “Los utensilios de la casa de Jehová volverán de Babilonia muy pronto”; porque os profetizan mentira. ¹⁷ No los escuchéis, sino servid al rey de Babilonia y vivid. ¿Por qué habrá de ser assolada esta ciudad? ¹⁸ Y si ellos son profetas y está con ellos la palabra de Jehová, oren ahora a Jehová de los ejércitos para que los utensilios que han quedado en la casa de Jehová y en

la casa del rey de Judá y en Jerusalén, no vayan a Babilonia, ¹⁹ porque así ha dicho Jehová de los ejércitos acerca de aquellas columnas, del estanque, de las basas y del resto de los utensilios que quedan en esta ciudad, ²⁰ que no quitó Nabucodonosor, rey de Babilonia, cuando transportó de Jerusalén a Babilonia a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y a todos los nobles de Judá y de Jerusalén. ²¹ Esto, pues, ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, acerca de los utensilios que quedaron en la casa de Jehová y en la casa del rey de Judá y en Jerusalén: ²² A Babilonia serán transportados, y allí estarán hasta el día en que yo los visite, dice Jehová. Después los traeré y los restauraré a este lugar.»

Frente a todos los sacerdotes y al pueblo, en la misma cara de ellos, Jeremías atacó la mentira atractiva que les habían presentado los falsos profetas. “Pronto regresará lo que fue sacado del templo. Todo va a estar bien y pronto volverá a ser igual que antes”. Los falsos profetas ofrecían esperanza para el futuro, pero era una esperanza que estaba en las sombras de un futuro del que ellos mismos no sabían nada.

Es fácil hacer promesas. Uno puede decir casi cualquier cosa acerca del futuro. Estas promesas huecas eran las que salían de los labios mentirosos de los falsos profetas. ¡Qué equivocados estaban! Estaban creando un futuro pero no el que estaban prediciendo, porque lo que decían no era verdad. Cualquier cosa de valor que todavía quedara en el templo, en el palacio y en la ciudad sería llevada a Babilonia. Si hubieran sido verdaderos profetas del Señor, si realmente lo hubieran conocido como afirmaban, hubieran orado con todas sus fuerzas para que Dios se compadeciera de Jerusalén, de su pueblo y de su templo.

A la gente le gusta oír a los falsos profetas porque dicen lo que la gente se muere por oír. Por la desobediencia del pueblo, todas las cosas que habían quedado en Jerusalén iban a ser llevadas a Babilonia y allí se iban a quedar hasta que el Señor decidiera otra cosa. Él es el único que puede hacer promesas acerca del



Los babilonios destruyen la piletta de bronce

futuro y cumplirlas. Él es quien decide y a nosotros sólo nos resta ceder, confiar y obedecer. La esperanza de regresar del cautiverio y de la restauración del templo y de la ciudad no se encontraba en las habladurías de los falsos profetas, sino en la promesa segura del Señor. Los que creen, tienen buenas razones para tener esperanza.

Hananías, el falso profeta

28 Aconteció en el mismo año, al comienzo del reinado de Sedequías, rey de Judá, en el año cuarto, en el quinto mes, que Hananías hijo de Azur, profeta que era de Gabaón, me habló en la casa de Jehová delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, diciendo: ² «Así habló Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, diciendo: “Quebranté el yugo del rey de Babilonia. ³ Dentro de dos años haré volver a este lugar todos los utensilios de la casa de Jehová, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó de este lugar para llevarlos a Babilonia, ⁴ y yo haré volver a este lugar a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y a todos los transportados de Judá que entraron en Babilonia, dice Jehová; porque yo quebrantaré el yugo del rey de Babilonia.”»

⁵ Entonces respondió el profeta Jeremías al profeta Hananías delante de los sacerdotes y delante de todo el pueblo que estaba en la casa de Jehová. ⁶ Dijo el profeta Jeremías: «¡Amén, así lo haga Jehová! Confirme Jehová tus palabras, con las cuales profetizaste que los utensilios de la casa de Jehová, y todos los transportados, han de ser devueltos de Babilonia a este lugar. ⁷ Con todo, oye ahora esta palabra que yo hablo en tus oídos y en los oídos de todo el pueblo: ⁸ Los profetas que fueron antes de mí y antes de ti en tiempos pasados, profetizaron guerra, aflicción y peste contra muchas tierras y contra grandes reinos. ⁹ Cuando se

cumpla la palabra del profeta que profetiza paz, entonces él será conocido como el profeta que Jehová en verdad envió.»

Este capítulo 28 es la continuación del capítulo 27. Jeremías termina la profecía del yugo, dando mayores detalles de la técnica que usaban los profetas para oponérsele, y descubre la apatía, hasta la incredulidad, de los sacerdotes y del pueblo de Judá. Menciona un ejemplo específico de la clase de oposición que tuvo que enfrentar. Los falsos profetas no sólo habían hablado sin freno, sino que tanto los sacerdotes como el pueblo toleraban sus mentiras con una disposición indecorosa para escucharlos y creerlos. Se habían alejado tanto de la verdad que en el nombre de la justicia y de la tolerancia aprobaban la mentira.

El profeta Hananías, cuyo nombre significa “el Señor es misericordioso”, recurrió al primer engaño del mundo y el más antiguo. Negó directa y abiertamente todo lo que el Señor había dicho por medio de Jeremías. Pronunció un mensaje que encontró una recepción inmediata y favorable en el corazón de su audiencia. Hananías afirmó que lo que Jeremías había dicho no era la verdad. Y hasta fue más allá, diciendo que, dentro de dos años, Nabucodonosor iba a dejar de ser una amenaza para Judá. Afirmó que en realidad la humillación de Nabucodonosor iba a ser tan grande y su posición tan débil que tendría que devolver todo lo que sus ejércitos se habían robado de Jerusalén.

Bajo el escrutinio público, con su honor y el honor del Señor en juego, Jeremías dio una respuesta pública: “¡Amén! ¡Nada me haría tan feliz que si lo que dices fuera verdad! ¡Que realmente ocurra como dices! ¡Porque ni el Señor ni yo deseamos la destrucción total de Judá!”

Y haciendo uso de las Sagradas Escrituras y de la lógica, el profeta continuó: “Pero mira lo que dijeron todos los profetas que vinieron antes de mí; exactamente lo opuesto a lo que tú dices. El Dios de Israel no cambia ni mente, pues él es fiel a su palabra y a sus promesas. Él no se contradice. Su fidelidad es el fundamento mismo del pacto y de todo lo que creemos. Su palabra es

consistente. Para aceptar lo que tú dices, tendríamos que negar al Señor. El peso de las Escrituras está en tu contra. Sólo si la paz que has prometido llega, y cuando realmente venga la paz que prometes, entonces tus palabras serán dignas de ser escuchadas. Pero esa paz no vendrá.” Jeremías le dio a su audiencia y nos da a nosotros la lección provechosa de evaluar toda enseñanza a la luz de las Escrituras.

¹⁰ Entonces el profeta Hananías quitó el yugo del cuello del profeta Jeremías, y lo quebró. ¹¹ Y habló Hananías en presencia de todo el pueblo, diciendo: «Así ha dicho Jehová: “De esta manera, dentro de dos años, romperé el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, del cuello de todas las naciones.”»

Siguió Jeremías su camino. ¹² Después que el profeta Hananías rompió el yugo del cuello del profeta Jeremías, vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¹³ «Ve y habla a Hananías, diciendo: “Así ha dicho Jehová: Yugos de madera quebraste, pero en vez de ellos harás yugos de hierro.

¹⁴ Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yugo de hierro puse sobre el cuello de todas estas naciones, para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y han de servirle; y aun también le he dado las bestias del campo.”»

¹⁵ Entonces dijo el profeta Jeremías al profeta Hananías: «¡Escucha ahora, Hananías! Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo. ¹⁶ Por tanto, así ha dicho Jehová: “Yo te quito de sobre la faz de la tierra; en este año morirás, porque has hablado rebelión contra Jehová.”» ¹⁷ En el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo.

Con una terquedad necia Hananías rechazó el regaño de Jeremías. Quebró con sus propias manos el yugo de madera que estaba en el cuello de Jeremías, rechazó con desdén las palabras del profeta, reafirmó lo que en un principio había dicho y de paso

llamó mentiroso al Señor mismo. Con sus acciones, Hananías animó a los sacerdotes y al pueblo de Judá a que lo siguieran, y por desgracia, eso no le molestó a nadie. Habían creído en sus falsas promesas o al menos habían estado lo suficientemente de acuerdo con él como para prestarle oídos. Mudos, como los israelitas en el monte Carmelo ante el profeta Elías (1 Reyes 18), los del pueblo estaban a la expectativa de lo que ocurriera. Su indiferencia sólo demostró su poco interés e incredulidad.

Al principio Jeremías no respondió, sino que se retiró en silencio, quizá agobiado al ver la profundidad de lo bajo que habían caído hasta los sacerdotes, o quizá porque en ese momento ya no tenía más que decir de parte del Señor. Sin embargo, no se quedó callado por mucho tiempo, porque Dios no quería que su silencio se interpretara como un testimonio mudo de aprobación a lo que el falso profeta había respondido. El Señor se mantiene vigilante con respecto a su palabra y nadie puede despreciarla y quedar impune.

Pronto vino la respuesta del Señor. Hananías había hecho que la situación fuera peor tanto para Judá como para las otras naciones al animarlos a que siguieran precipitadamente hacia la destrucción y la ruina. En lugar de un simple yugo de madera, ahora iban a llevar un yugo de hierro. Esa rebelión contra el Señor, el Dios todopoderoso, el Dios de Israel, iba a ser su condenación. ¿Quién puede luchar contra Dios y ganar? Nabucodonosor reinaría.

Hananías había cometido un pecado grave, el más grave de todos, y el pueblo no había hecho nada sino permanecer como un espectador. Y no era cuestión de ignorancia, porque tenían las instrucciones claras de Dios acerca de este asunto. En el libro de Deuteronomio, Moisés les había dado un mandato claro acerca de cómo probar a los falsos profetas y cómo tratarlos. Moisés les había dicho: “Tal profeta o adivino de sueños deberá morir, por cuanto aconsejó rebelión contra Jehová vuestro Dios... y trató de apartarte del camino por el cual Jehová, tu Dios, te mandó que anduvieras. Así apartarás el mal de en medio de ti” (Deuteronomio 13:5).

Y como ni los sacerdotes ni el pueblo habían hecho nada para quitar al falso profeta de entre ellos, y se habían negado a llevar a cabo el mandato del Señor, Dios iba a tomar cartas en el asunto. No permitiría que el falso profeta se fuera sin respuesta. Hananías había predicho que en dos años, tanto los utensilios del templo como los exiliados iban a regresar a Jerusalén. El Señor había dicho que en ese mismo año Hananías iba a morir, y así fue; dos meses después, en el séptimo mes, murió Hananías el profeta.

Una carta a los exiliados

29 Estas son las palabras de la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén a los ancianos que habían quedado de los que fueron deportados, a los sacerdotes y profetas, y a todo el pueblo que Nabucodonosor llevó cautivo de Jerusalén a Babilonia ² (después que salió el rey Jeconías, la reina, los del palacio, los gobernantes de Judá y de Jerusalén, los artesanos y los ingenieros de Jerusalén), ³ por medio de Elasa hijo de Safán, y de Gemarías hijo de Hilcías, a quienes envió Sedequías, rey de Judá, a Babilonia, a Nabucodonosor, rey de Babilonia. La carta decía:

⁴ «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: ⁵ Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed del fruto de ellos. ⁶ Casaos y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas. Multiplicaos allá, y no disminuyáis. ⁷ Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz. ⁸ Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No os engañen vuestros

**profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos, ni hagáis caso de los sueños que sueñan.
9 Porque falsamente os profetizan en mi nombre.
Yo no los envié, ha dicho Jehová.**

Estos sucesos ocurrieron al principio del reinado de Sedequías. Este rey había enviado una misión diplomática a la corte del rey Nabucodonosor a las lejanas tierras de Babilonia. Jeremías utilizó a un miembro del cuerpo diplomático que era de su confianza para que les entregara un mensaje escrito a los líderes de los exiliados. El profeta mismo escribió el mensaje para que tuviera más validez y para que no hubiera ninguna duda acerca de su autenticidad.

Y eran las dudas y la incertidumbre precisamente lo que apesadumbraba a los exiliados. No estaban seguros de cómo enfrentar su exilio. La mayor parte del problema estaba en los corazones que se habían alejado del Señor. Sus dudas eran aumentadas por los falsos profetas, que constantemente los intranquilizaban. Posteriormente, el profeta Jeremías mencionó el nombre de algunos de los exiliados que estaban confundidos. ¡Qué difícil fue, aun para los que habían experimentado personalmente el cumplimiento de la palabra, aceptar lo que el Señor había hecho! ¡Fueron presa fácil de los falsos profetas!

Jeremías disipa cualquier duda sobre la forma en que sus compatriotas debían vivir en el exilio. En lugar de ansiar un pronto regreso a Jerusalén, debían aceptar con paciencia el juicio del Señor y creer en su palabra de que iban a transcurrir varias generaciones (setenta años) antes de su regreso. El Señor les había dado una segunda oportunidad. Así que Jeremías los exhortó, diciendo: “Habiten ahí y hagan que esa tierra sea su hogar”. Sobre todo, debían asegurarse de no disminuir en número, porque cuando llegara el tiempo de regresar, necesitarían de todas las personas que tuvieran para poder reconstruir su desolada tierra.

Y como Babilonia iba a ser su hogar por muchos años, el Señor les mandó a los exiliados que oraran por el bienestar del

imperio. Ese mandato debió ser especialmente mortificante para a los exiliados judíos. Sin embargo, el Señor quería que entendieran que si las cosas marchaban bien para Babilonia, también les iría bien a ellos.

Nosotros no somos muy diferentes a esos exiliados porque, como el pueblo de Cristo, en esta tierra somos extranjeros y peregrinos. Y es por eso que, una y otra vez, los apóstoles del Señor nos animan a orar por el bienestar de la tierra donde vivimos. Si ésta prospera, nosotros también. La paz y prosperidad nos capacitarán mejor para cumplir el mandato que nos da Dios de predicar el evangelio a más personas.

Y sin embargo, aceptar el consejo de Jeremías fue difícil para los judíos exiliados porque estaba en contra de los anhelos de regresar que había en el corazón de ellos. ¡Cómo querían regresar a su amada tierra! Con sus palabras y sus sueños de regresar habían encendido y alimentado el fuego de la imaginación de los falsos profetas, que les continuaban diciendo, no la verdad, sino lo que los exiliados tanto deseaban escuchar. La prolongada mentira hizo más difícil que se adaptaran a su nueva vida.

¹⁰ Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. ¹¹ Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis. ¹² Entonces me invocaréis. Vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé. ¹³ Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. ¹⁴ Seré hallado por vosotros, dice Jehová; haré volver a vuestros cautivos y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Jehová. Y os haré volver al lugar de donde os hice llevar. ¹⁵ Pero vosotros

habéis dicho: “Jehová nos ha levantado profetas en Babilonia.” ¹⁶ Pero así ha dicho Jehová acerca del rey que está sentado sobre el trono de David, y acerca de todo el pueblo que habita en esta ciudad, de vuestros hermanos que no partieron con vosotros al cautiverio, ¹⁷ así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo enví contra ellos espada, hambre y peste, y los pondré como los higos malos, que de tan malos no se pueden comer. ¹⁸ Los perseguiré con espada, con hambre y con peste, y los haré el horror de todos los reinos de la tierra, objeto de aversión, de espanto, de burla y de afrenta ante todas las naciones entre las cuales los he arrojado; ¹⁹ por cuanto no escucharon mis palabras, dice Jehová, que les envié por mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar. No habéis escuchado, dice Jehová.

De una manera amable y con la más dulce y al mismo tiempo la más hermosa de las promesas del evangelio, el Señor alimentó el tierno brote de la fe que había plantado en el corazón de muchos de los exiliados. Él les había dado algo para alimentarlos, una tierra abundante y fértil en la que la fe pudiera crecer. Le había puesto al exilio un límite: setenta años; ellos podían contar con eso. Les recordó que estaban en el exilio solamente porque el Señor había decidido enviarlos allá. Nabucodonosor no fue más que un instrumento que Dios utilizó para llevar a cabo sus propósitos. Cuando él lo decidiera, los haría regresar del cautiverio de Babilonia.

Y cuando llegara el tiempo de regresar, los exiliados habrían aprendido una lección. Dejarían de confiar en ellos mismos, en su propia astucia y en sus propias fuerzas para mantener su poder como nación. Aprenderían a buscar al Señor de todo corazón, y sabrían que él bendice a los que dependen de él por completo. Una vez más gozarían de una entrañable comunión con el Señor.

Frente a los grandes desastres que iban a venir, una crisis mental y espiritual iba a sacudir su fe. El Señor les dio una promesa de tal alcance y extensión que les mostraría los horizontes ilimitados de su amor. Para los que no pudieran ver por las lágrimas que anegaban sus ojos, para los de corazones traspasados y sacudidos por la tribulación, para los que estuvieran atormentados por el dolor, para aquellos cuya esperanza se veía destrozada por la decepción, para los que la pérdida los dejaría vacíos, Dios dijo: “Yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes...” El Dios de sus padres, el Señor, que por generaciones había demostrado su amor y su poder para salvarlos una y otra vez, fue quien dijo estas palabras. Él tenía planes para su pueblo, planes que nacían y brotaban de su infinita sabiduría. Esos planes habían sido preparados sobre el fundamento de su amor eterno por ellos.

Dios había hecho esos planes con gran cuidado. Su mente no conocía la palabra “casualidad”. No había escatimado ningún detalle por “pequeño” que fuera. Había planeado lo que iba a hacer y todo era para el bien de su pueblo. Todo su propósito y meta era: “No te haré ningún daño, sino que te haré prosperar”. Su deseo era darles un futuro y una esperanza, la esperanza viva de algo muy grande y bueno que iba a venir, el bien que él mismo había prometido. Sin que importara lo oscura que pudiera parecer la hora, ni lo distante y negro que pudiera parecer el objeto de sus esperanzas, bien podrían decir lo que el apóstol Pablo escribió después: “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien...” (Romanos 8:28). Con paso decidido y con una confianza segura los exiliados podrían enfrentar el porvenir. Con esa fe el futuro sería de ellos, porque Dios les había prometido esperanza y un futuro.

La primera reacción de los exiliados ante las palabras de Jeremías fue negativa. Ellos habían escuchado a muchos profetas que les habían dicho una historia diferente. No se podían dar cuenta de cómo era precisamente que el Señor los había bendecido al desarraigarlos de Jerusalén. En el lugar a donde fueron llevados, en este caso en Babilonia, los exiliados estaban seguros y tenían

una segunda oportunidad de reconstruir su vida y de renovar su relación con el Señor. Los que vivían en Jerusalén iban a pagar el precio de su prolongada desobediencia. Desde lejos los exiliados serían testigos de la humillación de Judá y de Jerusalén y podrían sentirla. Todas las naciones se burlarían y se reirían de ellos, diciendo: “¿Dónde está tu Dios del que tanto te jactabas?” Sentirían profundamente la vergüenza y la pérdida, pero el Señor los protegería para que se levantaran como nuevos y volvieran a ser de nuevo el pueblo de Dios.

²⁰ ¡Escuchad, pues, palabra de Jehová, vosotros todos los deportados que envié de Jerusalén a Babilonia! ²¹ Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, acerca de Acab hijo de Colaías, y acerca de Sedequías hijo de Maasías, que os profetizan falsamente en mi nombre: Yo los entrego en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y él los matará delante de vuestros ojos. ²² Y todos los deportados de Judá que están en Babilonia harán de ellos una maldición, diciendo: “¡Póngate Jehová como a Sedequías y como a Acab, a quienes asó al fuego el rey de Babilonia!” ²³ Porque hicieron maldad en Israel: cometieron adulterio con las mujeres de sus prójimos y falsamente hablaron en mi nombre palabra que no les mandé; lo cual yo sé y testifico, dice Jehová.»

Jeremías proporciona más detalles sobre los falsos profetas que se habían hecho famosos entre los exiliados. La resistencia de esos hombres a la palabra del Señor no conocía límites. A pesar del flagelo del exilio por el que estaban pasando, los falsos profetas endurecieron el corazón contra el Señor y trataron de convencer a otros para que siguieran su ejemplo. Una oposición tan abierta y descarada no podía quedar sin castigo. El Señor no iba a permitir que quedaran impunes. Los que negaban su palabra y se ponían en el lugar de Dios lo iba a pagar muy caro, porque habían alimentado las llamas de las falsas esperanzas en el corazón de los

exiliados. Dejar que este fuego continuara sería arriesgarlos a que fueran consumidos por completo. La existencia misma de Judá estaba en juego.

Jeremías menciona el nombre de dos de los falsos profetas, Acab y Sedequías, que se habían destacado entre los demás. Pues no sólo habían quebrantado el Primer y el Segundo Mandamientos, sino que inflados con una arrogancia presuntuosa, habían usado su posición y su poder para cometer adulterio con las esposas de sus propios conciudadanos. Una vez que alguien se ufana de este pecado, el adúltero no conoce ni la vergüenza ni el límite. El pecado se había apoderado por completo de su corazón; “lo cual yo sé y testifico, dice Jehová”.

El juicio divino emitido en su contra era aterrador, ya que por una razón u otra, Nabucodonosor iba a notar sus actividades. Tal vez lo vería como una tentación. Sin importar realmente la razón, este rey se iba a ensañar contra ellos tratándolos con gran severidad y crueldad. Los quemaría vivos, dándoles así el castigo que merecieron por su rebeldía contra Dios. Lo único que quedaría de ellos sería su nombre el cual sería recordado por los exiliados como una maldición.

Mensaje a Semaías

²⁴ «Y a Semaías, de Nehelam, hablarás, diciendo: ²⁵ “Así habló Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Tú enviaste cartas en tu nombre a todo el pueblo que está en Jerusalén, y al sacerdote Sofonías hijo de Maasías, y a todos los sacerdotes, diciendo: ²⁶ ‘Jehová te ha puesto por sacerdote en lugar del sacerdote Joiada, para que te encargues en la casa de Jehová de todo loco que profetice, poniéndolo en el calabozo y en el cepo.’ ²⁷ ¿Por qué, pues, no has reprendido ahora a Jeremías de Anatot, que os profetiza? ²⁸ Porque él nos envió a decir en Babilonia: ‘Largo será el cautiverio; edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed el fruto de ellos.’”»

29 El sacerdote Sofonías había leído esta carta a oídos del profeta Jeremías. 30 Y vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: 31 «Envía a decir a todos los cautivos: “Así ha dicho Jehová acerca de Semaías, de Nehelam: Por cuanto os profetizó Semaías, sin que yo lo hubiera enviado, y os hizo confiar en mentira, 32 por eso, así ha dicho Jehová: Yo castigaré a Semaías, de Nehelam, y a su descendencia; no tendrá varón que habite en medio de este pueblo, ni verá el bien que haré yo a mi pueblo, dice Jehová; porque contra Jehová ha hablado rebelión.”»

Precisamente cuando uno piensa que ya se ha visto y escuchado todo lo malo habido y por haber, viene algo peor. Un hombre llamado Semaías, que estaba por encima de los demás profetas por su orgullo, por su propia cuenta le ordenó a Sofonías, un sacerdote de Jerusalén que actuara contra su superior y depusiera a Joiada, el sumo sacerdote, y que ocupara su lugar. Entonces Sofonías, ya como sumo sacerdote, podía encarcelar a Jeremías a quien Semaías consideraba que estaba loco, o que era un lunático. Teniendo a Jeremías encarcelado, Semaías esperaba acabar con la efectividad del profeta y con la credibilidad de su mensaje.

Pero Semaías había escogido al hombre equivocado; pues no todos los sacerdotes eran incrédulos. Algunos habían escuchado las palabras del profeta Jeremías y habían creído su mensaje. Sofonías había sido uno de los que habían creído la palabra de Dios y le leyó la carta a Jeremías. A Semaías le falló el complot; se había sobrepasado. Dios le iba a probar que estaba equivocado por completo y que también iba a perder el respeto de todos los exiliados. El Señor lo iba a humillar y a castigar.

Semaías había predicado que se rebelaran contra Jehová, así que el castigo por su crimen fue la muerte. El Señor ordenó la muerte de Semaías. Este hombre no disfrutaría de las muchas bendiciones que el Señor les había prometido a los exiliados.

Había caído de la gracia de Dios acarreándose la condenación no sólo para él mismo, sino para toda su familia, y al final nadie lo sobreviviría. Su familia perecería, y su nombre y su lugar de origen en Israel desaparecerían para siempre. La incredulidad priva a cualquiera de las bendiciones de Dios. La falta de fe sería la muerte de Jerusalén.

Pero algunos creyeron el solemne mensaje de Jeremías. La palabra del Señor obra y logra sus propósitos; nunca regresa a él vacía. Pero los que creyeron no eran suficientes; el Señor no pudo encontrar los “diez justos” necesarios para salvar la ciudad (Génesis 18). Desde el mayor hasta el menor todos habían endurecido su corazón contra Jehová. En el palacio, entre los funcionarios cercanos al rey y en el templo mismo, entre los sacerdotes y entre los profetas, la incredulidad reinaba sin control. Como un virus mortal, cuyos síntomas no son visibles, una y otra vez la impenitencia progresaba algunas veces silenciosa pero constantemente, entre la gente de Judá y Jerusalén. Había invadido su corazón y su vida. Su impenitencia los estaba ahogando y les estaba acortando la vida.

Al Señor no le quedaba ninguna opción más que destruir la ciudad y su gente. Judá merecía el castigo y el Señor iba a usar este castigo para purgarlos y limpiarlos de todo vestigio de la enfermedad. De ahora en adelante todo lo que quedaba era esperar el terrible juicio venidero, y que cayera el telón.

EL SEÑOR PERMANECE FIEL

JEREMÍAS 30-33

La restauración de Israel

30 Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: ²«Así habló Jehová, Dios de Israel: Escribe en un libro todas las palabras que te he hablado. ³ Porque vienen días, dice Jehová, en que haré volver a los cautivos de mi pueblo de Israel y de Judá, ha dicho Jehová, y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán.»

Era fácil ver la impenitencia de Judá. Ellos mismos se habían buscado el juicio tan severo que se cernía sobre la nación. Sería un juicio tan terrible que a todo aquel que escuchara acerca de él se le pondría la carne de gallina. Jeremías estaba por describir la caída del telón sobre la ciudad que estaba condenada, después de la escena final. En los últimos versículos de este capítulo, el profeta Jeremías describe la ira de Jehová acumulada por años y que está por explotar con una furia implacable. Una vez desatada esta furia, no pararía hasta que la ciudad quedara en ruinas.

Antes de describir los acontecimientos finales de la vida de Jerusalén, antes de que el telón de la ira del Señor baje por última vez sobre la ciudad impenitente, Jeremías invita al lector a hacer una pausa y a hacerse a un lado. Si fuéramos a ver lo que sucedió sin las palabras de los siguientes capítulos, no lo podríamos soportar. ¿Quién podría? Con el fin de ayudarnos a hacer esta pena más llevadera, el profeta reúne primero en un librito de consuelo algunas de las promesas que el Señor le había dado durante su largo ministerio profético. Se sospecha que este librito de consuelo era el secreto de la fortaleza de Jeremías. Uno se puede imaginar cuántas veces acudió el profeta, una y otra vez, a él, y el consuelo que le brindaba. En él bebía del manantial de agua viva que fluye del corazón de Dios. Allí se refrescaba, limpiaba sus propios pecados y sus dudas, y renovaba sus esperanzas para el futuro.

El Señor le había ordenado que pusiera todas las palabras de este libro por escrito. La ocasión pudo haber sido semejante a la que se describe en el capítulo 36. En ambos casos al profeta se le ordenó que escribiera sus palabras. Aunque en el capítulo 36, el énfasis fue en las amenazas del Señor, aquí el propósito parece ser diferente. En este capítulo el énfasis está en las promesas del Señor. Y aun así existe la posibilidad de que Jeremías estuviera presentando el mismo mandato, pero desde dos puntos de vista diferentes.

Las palabras “porque vienen días...” del versículo 3, bien pueden ser el tema de este librito de consuelo. Las palabras “porque vienen días, dice Jehová...” señalan al futuro. Estas son las primeras promesas de que los exiliados van a regresar del cautiverio. Pero sería un error limitar las promesas del Señor solamente al regreso del cautiverio. Dios promete mucho más que esto. Él está hablando del cumplimiento final de la promesa más grande de todas, la que le había hecho a Abraham algunos siglos antes: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra...” En este librito de consuelo, el Señor demuestra lo grande y extenso que es su plan. Su amor se extendería primero al pueblo de Judá, y de ellos hasta los confines más remotos de la tierra.

⁴Éstas, pues, son las palabras que habló Jehová acerca de Israel y de Judá. ⁵Así ha dicho Jehová:

«¡Hemos oído gritos de terror y espanto!

¡No hay paz!

⁶¡Inquirid ahora, considerad si un varón da a luz!,

porque he visto que todos los hombres

tenían las manos sobre sus caderas

como la mujer que está de parto,

y que se han puesto pálidos todos los rostros.

⁷¡Ah, cuán grande es aquel día!

Tanto, que no hay otro semejante a él.

Es un tiempo de angustia para Jacob,

pero de ella será librado.

**⁸»Aquél día, dice Jehová de los ejércitos,
yo quebraré el yugo de su cuello y romperé sus coyundas,
y extranjeros no volverán a ponerlo en servidumbre,
⁹ sino que servirán a Jehová, su Dios, y a David, su rey, a
quien yo les levantaré.**

**¹⁰»Tú, pues, siervo mío Jacob, no temas,
dice Jehová;
no te atemorices, Israel,
porque he aquí que yo soy el que te salvo de lejos,
a ti y a tu descendencia,
de la tierra de tu cautiverio.**

**Jacob volverá, descansará y vivirá tranquilo,
y no habrá quien lo espante.**

**¹¹ Porque yo estoy contigo para salvarte,
dice Jehová,
y destruiré a todas las naciones entre las cuales te
esparcí.**

**Pero a ti no te destruiré,
aunque te castigaré con justicia:
de ninguna manera te dejaré sin castigo.»**

Antes de ser devuelto a su tierra, Judá iba a enfrentar un juicio sin paralelo, un tiempo de terror indescriptible. Su dolor debilitaría a la persona más fuerte. Jeremías dice que los hombres andarían con las manos sobre los lomos como lo hacen las mujeres que están en los últimos momentos del parto. El agudo dolor absorbería todas sus fuerzas haciéndolos parecer enfermos y anémicos. Cualquiera que fuera la fuerza de voluntad o la reserva interna que tuvieran, desaparecería. ¿Quién se podía imaginar que de tal angustia pudiera venir algo bueno o que alguien pudiera escapar de ella? Y sin embargo, el Señor dice de Israel: “...de ella será librado”. El Señor prometió que iba a conservar un remanente de su pueblo.

El pueblo escogido iba a sufrir mucho; y así tenía que ocurrir porque iban a ser castigados por su impenitencia y por la confianza

en ellos mismos. Pero el Señor, en su gran misericordia, limitará el castigo terminando con esta angustia. De todos los lugares a donde habían sido esparcidos los judíos, el Señor los traerá de regreso a su tierra natal donde podrán comenzar nuevamente una vida en la que podrán disfrutar de seguridad y de prosperidad.

Cuando los israelitas experimentaran tiempos de tribulación, cuando su espíritu estuviera aplastado, cuando ya no pudieran dar un paso más, cuando ni siquiera se pudieran imaginar qué verían en el mañana “ya no digamos nada de un glorioso futuro”, entonces tendrían estas palabras del Señor para aferrarse a ellas: “Yo estoy contigo para salvarte”. Es como si Dios estuviera diciendo: “Recuerden y repítanse esta promesa; la promesa es cierta. Los fortalecerá para que estén firmes frente a las cosas que están por venir.”

En el centro mismo de esta promesa estará David como rey de ellos. El Señor prometió que iba a restaurar a David como su rey y en él, y por él, el pueblo moraría en paz y sin miedo. Sin embargo, el rey David había muerto cuatro siglos antes. Pero vendría uno mayor que él, el más grande de sus hijos, Jesucristo. De Jesucristo es de quien habla Jeremías, porque en él y sobre él están seguras todas las promesas de Dios. En Cristo todas las promesas de Dios son “sí y amén” (2 Corintios 1:18-20). Por esta razón las palabras de este librito nos muestran a Cristo directa y claramente. Ver a Cristo es conocer a Dios, es entender que sus promesas son seguras y tener la certeza de que todas las cosas están bajo su control, y por lo tanto todo está bien.

¹² Así ha dicho Jehová:

**«Incurable es tu quebrantamiento
y dolorosa tu llaga.**

**¹³ No hay quien juzgue tu causa para sanarte;
no hay para ti medicina eficaz.**

**¹⁴ Todos tus enamorados te olvidaron;
no te buscan,
porque te herí como hiere un enemigo,**

**con azote de adversario cruel,
a causa de la magnitud de tu maldad
y de tus muchos pecados.**

¹⁵ ¿Por qué gritas a causa de tu quebrantamiento?

**Incurable es tu dolor,
porque por la grandeza de tu iniquidad
y por tus muchos pecados te he hecho esto.**

Una cosa era cierta: si los israelitas se salvaran, si fueran restaurados, no sería gracias a sus propios méritos. No tenían ningún derecho a reclamar la misericordia de Dios. Su rescate no se debería a nada que ellos mismos hubieran hecho ni por ser quienes eran.

Dos imágenes ilustran esta verdad. En primer lugar, nadie abogaba por su causa, pues hasta los abogados más hábiles guardaban silencio. El suyo era un caso que había sido abierto y que ya estaba cerrado ante el tribunal de Dios. Sus abogados ya nada tenían que hacer ni tenían nada que decir. El pueblo de Judá era culpable y estaba bajo el justo juicio de Dios por causa de sus muchos pecados. En segundo lugar, sus curanderos y los médicos eran impotentes para sanarlos; la enfermedad ya estaba muy avanzada, sus habilidades médicas eran inútiles para ayudarlos. “Pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia...” (Romanos 5:20). Lo que era imposible de lograr para el hombre por causa de su pecado, Dios mismo lo iba a realizar.

**¹⁶ Pero serán devorados todos los que te devoran,
y todos tus adversarios, todos ellos,
irán al cautiverio;
pisoteados serán los que te pisotearon,
y a todos los que te despojaron,
yo los entregaré al despojo.**

**¹⁷ Mas yo haré venir sanidad para ti,
y sanaré tus heridas,
dice Jehová,**

**porque “Desechada” te llamaron, diciendo:
“Ésta es Sión, de la que nadie se acuerda.”»**

¹⁸ Así ha dicho Jehová:

**«He aquí yo hago volver a los cautivos de las tiendas de
Jacob,**

**y de sus tiendas tendré misericordia;
la ciudad será edificada sobre su colina,
y el palacio será asentado en su lugar.**

**¹⁹ Saldrá de ellos acción de gracias
y voz de nación que está en regocijo.
Los multiplicaré y no serán disminuidos;
los multiplicaré y no serán menoscabados.**

**²⁰ Serán sus hijos como antes,
y su congregación delante de mí será confirmada.
Yo castigaré a todos sus opresores.**

**²¹ De ella saldrá su soberano,
y de en medio de ella saldrá su gobernante.
Lo haré acercarse
y él se acercará a mí,
porque ¿quién es aquel que se atreve a acercarse a mí?,
dice Jehová.**

**²² Entonces vosotros seréis mi pueblo
y yo seré vuestro Dios.**

**²³ »La tempestad de Jehová
sale con furor;
la tempestad que se prepara
se cierce sobre la cabeza de los impíos.**

**²⁴ No se calmará el ardor de la ira de Jehová
hasta que haya hecho y cumplido
los pensamientos de su corazón.
¡Al final de los días entenderéis esto!**

El Gran Médico había prometido sanarlos. Cuando todos se dieran por vencidos acerca de ellos y se imaginaran que ya nadie

podía hacer nada por ella, la “Sión, de la que nadie se acuerda”, entonces el Señor la restauraría a su antigua gloria. Destruiría a sus enemigos y les devolvería la salud que antes tuvieron como nación; nuevamente llegarían a ser un pueblo, el pueblo de Dios.

Su prosperidad sería una cosa segura porque el que los iba a gobernar sería uno de ellos mismos. Es evidente que aquí se hace referencia a Cristo mismo quien vendría de entre ellos como Dios lo había anunciado mucho tiempo antes (Deuteronomio 17). Jesucristo ocuparía un lugar muy especial ante el Señor. El Todopoderoso lo equiparía con los dones del Espíritu, para capacitarlo con el fin de llevar a cabo su obra redentora. Recordamos que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en su bautismo, tal como Juan lo atestigua. Cristo iba a poseer el Espíritu sin medida; iba estar cerca de Dios y a hacer la santa voluntad de él. Eso iba a ser su gozo y su deleite, su comida y su bebida. Dios iba a quedar complacido en Cristo con todo lo que él hiciera.

En la última parte del versículo 21, se especifica una clase especial de acercamiento. El versículo quiere decir que el Salvador daría su corazón, daría todo lo que fuera suyo para estar cerca a su Padre celestial. A diferencia de cualquier otro, tendría una unión tan especial con Dios como jamás la tuvo Moisés, ni ningún otro de los sumos sacerdotes que entraban al lugar santísimo. El Salvador se acercaría a Dios, no con la sangre de toros o de corderos ni con el sacrificio de otros animales, sino con su propia sangre, y con la ofrenda voluntaria de su propia vida. En el huerto de Getsemaní Jesús dijo: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42). Así Cristo estaría cerca de Dios y tendría poder con él para beneficio de todos lo que elevan sus ojos a él. Como escribe el autor de la carta a los Hebreos: “En esa voluntad hemos sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

31 »En aquel tiempo, dice Jehová, yo seré el Dios de todas las familias de Israel y ellas serán mi pueblo».

² Así ha dicho Jehová:

«El pueblo que escapó de la espada
halló gracia en el desierto,
cuando Israel iba en busca de reposo.

³ Jehová se me manifestó hace ya mucho tiempo,
diciendo:

“Con amor eterno te he amado;
por eso, te prolongué mi misericordia.

⁴ Volveré a edificar-te: serás reedificada,
virgen de Israel.

De nuevo serás adornada con tus panderos
y saldrás en alegres danzas.

⁵ Volverás a plantar viñas
en los montes de Samaria;
plantarán los que plantan y disfrutarán de ellas,
⁶ porque habrá día en que clamarán los guardas
en los montes de Efraín:

‘¡Levantaos y subamos a Sión,
a Jehová, nuestro Dios!’”»

Pocos capítulos en las Sagradas Escrituras ofrecen una riqueza de promesas como éste. Jeremías apila una promesa tras otra hasta culminar con la promesa de un nuevo pacto. Muchas de estas promesas son una referencia al regreso de Judá del exilio, pero una buena cantidad de ellas van mucho más allá. Dirigen los ojos del lector a la era mesiánica; así, por ejemplo, en el primer versículo, Dios dice que será Dios de todas las tribus de Israel. Más adelante, en este capítulo, la visión de Dios incluye al resto de los judíos “todas las familias de Israel”, expresando su deseo de alcanzar a todos los judíos. Al incluir a Israel, el Señor nos muestra que no tendría límites el alcance de su misericordia durante el tiempo del Mesías.

El fundamento de estas promesas, la base de la esperanza de Judá, yace sólo en la gracia de Dios. Su certeza estaba arraigada en las profundidades impenetrables del insondable amor de Dios, el que se desborda de su más íntimo ser. Pues el profeta dice: “Jehová se me manifestó hace ya mucho tiempo”. Ya desde los tiempos de Abraham, el Señor había dado a conocer su elección. De todas las familias de la tierra escogió a la familia del patriarca para que de ella descendiera el Mesías. En realidad, Dios la había elegido mucho antes de que se le apareciera a Abraham. Desde la eternidad Dios los había escogido por pura gracia, no había otra razón más que su amor por ellos: “Con amor eterno te he amado”.

Este poderoso amor desafía cualquier explicación de la razón. Es un amor que escoge y hace suyo lo elegido, de tal forma que ninguna fuerza, ni en el cielo ni en la tierra, le puede restarle poder a su elección: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Romanos 8:35). Aquí está la certeza de la que dependen nuestra salvación, nuestra vida y toda nuestra esperanza. Nuestro Señor vino a nosotros en el bautismo diciéndonos a cada uno de nosotros: “Con amor eterno te he amado”.

La elección de Dios lo llevó a actuar, porque dice el texto: “Por eso, te prolongué mi misericordia”. Su amor no es momentáneo ni pasajero, sino firme y constante. Esa firmeza fluye de la fidelidad de Dios que cumple todo lo que ha prometido y ha dicho. La palabra “misericordia” describe la invariable e inquebrantable fidelidad de Dios. Él no faltará a su palabra, porque con ella se ha comprometido con el que ha escogido en un pacto y en una promesa solemne. Con este pacto y con esta promesa, él los ha hecho suyos. Sella y guarda su pacto con un juramento solemne, que fue hecho por él mismo. Como escribe el apóstol Pablo: “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Romanos 3:4).

Debido al amor fiel de Dios, su pueblo podía esperar tiempos mejores. Una vez más bailarían de alegría en la cosecha, porque habría abundancia fuera de lo común, extraordinaria. Estarían muy contentos, no sólo al plantar, sino también al cosechar. Se sentirían tan seguros, tan bendecidos, que podrían gozar de las uvas y del

vino nuevo de las viñas que sembrarían. La mayoría de los campesinos pueden plantar, pero nadie puede garantizar la cosecha. ¡Qué afortunado sería el pueblo de Dios cuando fuera restaurado, pues Dios mismo le garantizaría su cosecha!

Junto con las bendiciones materiales, el Señor también había prometido bendiciones espirituales. El templo sería reconstruido, los vigilantes se encargarían de llamar a todo Israel, aun a los que estuvieran en el monte de Efraín, para que fueran al monte Sión a adorar. Poco tiempo después de la muerte de Salomón, Israel fue dividido en dos por una guerra civil. El pueblo del norte muy pronto cayó en la idolatría y dejaron de adorar al Dios verdadero en su templo (1 Reyes 12:25-33). La nación escogida de Dios estaba dividida. Ahora Dios había prometido que iba a reunir a este pueblo para que adorara al Dios, que por su gran misericordia los ama y los libera.

⁷ Así ha dicho Jehová:

**«Regocijaos en Jacob con alegría;
dad voces de júbilo a la cabeza de naciones.**

¡Haced oír, alabad y decid:

**“Salva, Jehová, a tu pueblo,
el resto de Israel”!**

**⁸ Yo los hago volver de la tierra del norte,
los reuniré de los extremos de la tierra;
entre ellos, juntamente, a ciegos y a cojos,
a la mujer que está encinta y a la que dio a luz.
En gran compañía volverán acá.**

**⁹ Irán con llanto,
mas con misericordia los haré volver
y los haré andar junto a arroyos de aguas,
por camino derecho en el cual no tropezarán,
porque yo soy el padre de Israel,
y Efraín es mi primogénito.**

¹⁰ »;Oíd palabra de Jehová, naciones,

**y hacedlo saber en las costas que están lejos!
Decid: “El que dispersó a Israel,
lo reunirá y guardará,
como el pastor a su rebaño”,
¹¹ porque Jehová redimió a Jacob,
lo redimió de mano del más fuerte que él.
¹² Vendrán con gritos de gozo a lo alto de Sión
y correrán a los bienes de Jehová:
al pan, al vino, al aceite
y al ganado de ovejas y de vacas.
Su vida será como un huerto de riego
y nunca más tendrán dolor alguno.
¹³ Entonces la virgen danzará alegremente,
junto con los jóvenes y los viejos;
cambiaré su llanto en gozo,
los consolaré
y los alegraré de su dolor.
¹⁴ El alma del sacerdote satisfaré con abundancia,
y mi pueblo será saciado de mis bienes,
dice Jehová.»**

¡Cuánto añora y cuánto ama Dios a su pueblo! Había sido por causa de la necesidad de ellos que habían optado por venderse como esclavos y fueron llevados al exilio. Pero Dios los iba a comprar de nuevo de esa esclavitud; los iba a rescatar redimiéndolos. Se iban a salvar solamente debido a él. Una vez más Dios incluye a las tribus apóstatas del norte llamando a Efraín “mi primogénito”. Dios restaura a este hijo de José que había recibido la herencia de la primogenitura, cuando Jacob ya anciano había bendecido a los hijos de José (Génesis 47). Él es su Padre y no los puede abandonar ni olvidar, sino que extiende sus manos amorosas hacia ellos, invitándolos a volver.

El regreso no sería difícil, ya que Dios lo haría fácil. Será tan seguro que hasta el ciego y el cojo llegarían sin problema. El agua

sería abundante y los caminos tan parejos que hasta las mujeres encinta, sí, las mujeres a punto de dar a luz, podrían viajar fácilmente. Él quitaría del camino los obstáculos que pudieran estorbar su regreso. Todo lo que se interpusiera entre el Señor y su pueblo, él mismo lo quitaría. Por su gracia los rescataría y los redimiría. Por su misericordia él iba a borrar sus pecados.

El deseo de Dios es que su pueblo sea su portavoz entre todas las naciones para que todos sepan que él no se ha olvidado de Israel. La salvación está en el Señor. Habría tal gozo y abundancia, que al contemplar tanta misericordia y bendición de Dios se conmoverían hasta las lágrimas, pero no serían lágrimas de dolor, sino de alegría. Gritarían y llorarían por la sorprendente gracia de Dios que amontona abundancia y bendiciones en cada lado. Su riqueza iría más allá de lo material, hasta lo espiritual, ya que serían dueños de la riqueza más grande y más duradera de todas, porque ellos serían nuevamente el pueblo del Señor, y él sería nuevamente su Dios.

¹⁵ Así ha dicho Jehová:

**«Voz fue oída en Ramá,
llanto y lloro amargo:
es Raquel que llora por sus hijos,
y no quiso ser consolada acerca de sus hijos,
porque perecieron.»**

¹⁶ Así ha dicho Jehová:

**«Reprime del llanto tu voz
y de las lágrimas tus ojos,
porque salario hay para tu trabajo,
dice Jehová.**

Volverán de la tierra del enemigo.

**¹⁷ Esperanza hay también para tu porvenir,
dice Jehová,**

y los hijos volverán a su propia tierra.

¹⁸ Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba:

**“Me azotaste, y fui castigado como novillo indómito;
conviérteme, y seré convertido,
porque tú eres Jehová, mi Dios.**

**¹⁹ Después que me aparté,
me arrepentí,
y después que reconocí mi falta,
me golpeé el muslo;
me avergoncé y me confundí,
porque llevé la afrenta de mi juventud.”**

**²⁰ ¿No es Efraín un hijo precioso para mí?
¿No es un niño en quien me deleito?**

**Desde que hablé de él,
lo he recordado constantemente.
Por eso mis entrañas se conmovieron por él,
y ciertamente tendré de él misericordia,
dice Jehová.**

**²¹ »Levanta para ti indicadores,
ponte señales altas,
fíjate con atención en la calzada.
¡Vuélvete por el camino por donde fuiste, virgen de
Israel,
vuelve a estas tus ciudades!**

**²² ¿Hasta cuándo andarás errante, hija rebelde?,
porque Jehová ha creado una cosa nueva sobre la tierra:
¡la mujer cortejará al varón!»**

Nabucodonosor reunió a los cautivos que iban camino al exilio en un campamento temporal en Ramá que estaba a unos ocho kilómetros al norte de Jerusalén. Desde allí, los israelitas vieron por última vez la tierra prometida, para luego seguir su camino al exilio. En ese lugar, en espíritu, el profeta escuchó la voz de Raquel, madre de la nación judía, llorando por sus hijos. Ella, que tanto había deseado tenerlos y que por lo mismo los valoraba y atesoraba, ahora lloraba desconsolada por los hijos perdidos de Israel.

Mateo, el evangelista, utilizó la misma ilustración para describir el dolor que embargó al pueblo en la ocasión de los niños sacrificados por Herodes (Mateo 2:18). Mateo también escuchó el lamento y el llanto de Raquel cuando el perverso rey promulgó su cruel decreto. Nada ni nadie la podía consolar porque sus hijos le habían sido arrebatados y asesinados; de la misma manera todos los sobrevivientes lloraron por la pérdida de la nación.

Entonces Dios les dijo que no lloraran como los que lloran sin esperanza, sino que dejaran de llorar, porque no iban a ser decepcionados, ya que su esperanza estaba en el Señor. Los exiliados iban a regresar a su tierra: “Volverán de la tierra del enemigo. Esperanza hay también para tu porvenir.” Y sin duda estas palabras también describen nuestra esperanza. El Señor no abandonará a los que creen en él. Aunque la muerte los sobreviene, no los puede detener, así como no pudo detener a él. Aunque vayan a la tierra del enemigo, porque el mayor y más grande enemigo de todos es la muerte misma, regresarán. Nuestro campeón ha vencido a la muerte y, porque él vive, nosotros también viviremos.

El Señor estaba y está listo para llegar al penitente. Efraín, después de Judá, era la tribu más fuerte. Además, fue la más próspera y numerosa, así como fue la más fuerte y principal en la idolatría. Por esto Dios la castigó. Pero en nuestro texto Efraín se arrepiente de su maldad, asemejándose a un novillo salvaje que no quiere estarse quieto en el establo. Sin embargo, Efraín aprendió su lección, confesó su pecado y se arrepintió. Este arrepentimiento, como el de todo penitente, conmovió al Señor porque su corazón se desborda de perdón. Como un padre que ha esperado largo tiempo el regreso de su hijo perdido, así extrañaba Dios a Efraín. Sin perder tiempo reconoció el Señor a Efraín como su amado y añorado hijo, en el que se había gozado. Luego, despejó el camino preparándolo para su regreso, para que éste su hijo perdido no tropezara. Por la forma en que Dios trató a Efraín vemos cómo el Señor trata a cada pecador que se arrepiente.

El Señor llamó a su pueblo a que regresara a él y le dio al infiel Israel un poderoso incentivo para que lo hiciera. Prometió

que iba a hacer algo mediante su poder supremo y creador, algo que jamás se había visto. “La mujer cortejará al varón.” Con estas palabras no parece que Dios esté diciendo nada nuevo ni diferente. Pero fue un gran milagro cuando María, la mujer, llegó a ser la madre del todopoderoso Dios: “Darás a luz un hijo... Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo” (Lucas 1:31,32). Esta cosa nueva que el Señor creó no era otra cosa que su propia encarnación, es decir, que se hizo hombre, por lo cual él se acerca a nosotros, para que, los que creemos en él, nos podamos aferrar a él y recibir de él fuerza.

No necesitamos tratar de alcanzar a Dios, ni andar a tientas para encontrar a Cristo; él ha venido a nosotros. San Juan escribe: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida—pues la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1 Juan 1:1,2). Diariamente también, los creyentes, es decir, la iglesia, la novia de Cristo, lo rodean, aferrándose a él en fe.

²³ Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: «Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo haga volver a sus cautivos: “;Jehová te bendiga, morada de justicia, monte santo!” ²⁴ Y habitará allí Judá; y en todas sus ciudades, los labradores y los que van con los rebaños. ²⁵ Porque satisfaceré al alma cansada y saciaré a toda alma entristecida.»

²⁶ En esto, me desperté y miré, y mi sueño me fue agradable.

²⁷ «Vienen días, dice Jehová, en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de hombre y de simiente de animal. ²⁸ Y así como tuve cuidado de ellos para arrancar y derribar, para trastornar, perder y afligir, tendré cuidado de ellos para edificar y plantar, dice Jehová. ²⁹ En aquellos días no dirán más: “Los padres comieron las uvas agrias y a

los hijos les da dentera”,³⁰ sino que cada cual morirá por su propia maldad; a todo aquel que coma uvas agrias le dará dentera.

Siendo traídos por el Señor y reunidos en un compañerismo bendito y en una adoración centrada en el templo, el pueblo de Judá gozaría de una armonía poco común. Los moradores de la ciudad, los campesinos y nómadas vivirían en paz unos con otros. Así como Dios los había amado y los había perdonado, así ellos se amarían y se perdonarían mutuamente. A pesar de todas sus diferencias, estarían unidos al tener y adorar al mismo Dios. Así como él había estado antes en su contra, ahora estaría con ellos para edificarlos y mantenerlos unidos. Esta ilustración también sirve para describir la unión y el compañerismo que los creyentes tienen en Cristo.

Dios quitaría cualquier excusa para usar el proverbio que se había vuelto muy popular en Israel. Los exiliados también lo usaban, porque Ezequiel registra el mismo proverbio en el capítulo dieciocho de su profecía. El Señor había dicho con frecuencia que sus padres habían pecado, y por lo tanto ellos, los hijos, habían hecho lo mismo. Innumerables veces se habían apartado de su Dios y no habían cumplido con su parte del pacto que tenían con él.

Los hijos, siguiendo el ejemplo de los padres, también habían pecado. Pero no queriendo reconocerlo, le habían echado la culpa de todo a Dios, y era por eso que usaban este proverbio para echárselo a Dios en cara y acusarlo de ser parcial e injusto. En efecto, por medio de este proverbio estaban diciendo: “Nuestro padres comieron las uvas agrias, pero nosotros tenemos que experimentar el mal sabor”. En otras palabras, querían decir: “Nuestros padres pecaron y nosotros tenemos que pagar el precio”. Evidentemente eso no era verdad; no había sido verdad en el pasado y ciertamente no iba a ser verdad en el futuro.

Hablando del futuro, el Señor dice que su perdón iba a ser tan grande y que la oportunidad de arrepentirse iba a ser tan amplia y su amorosa invitación tan apremiante, que nadie tendría ninguna excusa para volver a usar este proverbio. Si alguien peca al pecar sin arrepentirse, la culpa no es de nadie más que de él mismo.

Por lo visto, Jeremías recibió algunas de estas promesas en una visión mientras dormía. Él simplemente dice: “Mi sueño me fue agradable”. Es probable que Jeremías haya tenido pocas noches de un sueño reparador, pero esa noche había sido diferente. Fue una noche llena de promesas del Señor, promesas que le trajeron descanso y paz, y un sueño tranquilo. Este es el beneficio que obtenemos al reflexionar y creer en las promesas del Señor. Proporcionan la paz, el bienestar y la bendición del sueño.

³¹»Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. ³²No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. ³³Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. ³⁴Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: “Conoce a Jehová”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová. Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado.

De las cenizas de la ciudad y del templo que estaban en ruinas, se levantaría la nueva Jerusalén. Del antiguo pacto que había sido invalidado y roto, surgiría el pacto nuevo y glorioso. Es en ese pacto en el que se cifraban las esperanzas del pueblo de Israel. Es de este pacto que Jeremías escribe ahora.

Sin embargo, la forma de salvación, tanto en el antiguo como en el nuevo pacto, es la misma. La persona se salva por la fe en

Cristo. Los creyentes que estaban bajo el antiguo pacto miraban hacia el futuro en Cristo como el cumplimiento de todas las promesas que se describen en el Antiguo Testamento. Los creyentes que estamos bajo el nuevo pacto miramos hacia atrás a la obra cumplida de Cristo. Debido a que el Señor entiende la naturaleza humana y su tendencia y debilidad hacia el pecado, el Señor en el antiguo pacto les dio a los creyentes muchas oportunidades para que recibieran el perdón. A través de muchas ofrendas y de varios sacrificios, se le aseguraba al penitente que ya había sido reconciliado con Dios.

El antiguo pacto señalaba a Cristo como su cumplimiento. Entonces, por su naturaleza, era pasajero y temporal. Por ejemplo, muchas de sus actividades, como el repetido sacrificio de animales, enfatizaban que era un pacto cuya naturaleza era transitoria. También este pacto, que fue anunciado en el monte Sinaí, servía para apartar al pueblo judío de las naciones paganas que lo rodeaban; era una nación única, que se guardada intacta por los reglamentos del antiguo pacto. Esta separación aseguraba que permanecieran como un pueblo hasta que viniera el Mesías prometido.

Pablo describió este propósito del antiguo pacto en Gálatas 3:23-25 con estas palabras: “Pero antes que llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la Ley ha sido nuestra guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía.”

Antiguamente los judíos estaban regidos por muchos estatutos, reglas que eran imposibles de cumplir. De esta manera el antiguo pacto demostró que nadie se puede salvar por cumplirlos. Es por esto que el Señor dice de los antepasados de los judíos: “Ellos invalidaron mi pacto”. Podríamos decir que antes que la tinta se secase, ellos ya habían quebrantado el pacto con el pecado de la idolatría al adorar al becerro de oro.

El pacto del Sinaí no dejaba ninguna duda en la mente de los que trataban de cumplirlo, de los que trataban de guardar todas sus

reglas y reglamentos, de que nadie podría obtener la salvación cumpliendo con la ley, aunque es claro que éste nunca fue el propósito del antiguo pacto. Pablo destacó esta verdad cuando les escribió a los Gálatas: “Nosotros—judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles—, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado” (2:15,16).

En el primer concilio de la iglesia cristiana que tuvo lugar en Jerusalén, Pedro suplicó junto con sus compañeros judíos que no les impusieran las cargas de las exigencias de la ley del Sinaí a los gentiles creyentes. “Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús somos salvos, de igual modo que ellos” (Hechos 15:10,11).

El pacto del Sinaí se distinguió por la forma en que la vida de los judíos estaba regulada hasta en sus más mínimos detalles por la ley. Desde la clase de alimentos que les era permitido comer hasta qué hacer con un cadáver. Hay que mencionar dos de las leyes judías más importantes, las leyes del sábado y la del rito de la circuncisión. El antiguo pacto exigía el interminable sacrificio de animales, día tras día, año tras año, señalando que todo eso no era la palabra final de Dios para la raza humana. El pacto del Sinaí estableció un sacerdocio que era heredado por los hombres de una misma familia (la de Aarón) y de una tribu en particular (la de Leví). Nadie más podía servir como sacerdote en el altar del Señor. Ese pacto confería ciertos privilegios que estaban destinados sólo para un pueblo, para una nacionalidad, es decir, la nación judía.

En contraste, el nuevo pacto es muy distinto. “No como el pacto que hice con sus padres...” Este nuevo pacto no contiene leyes, reglas o decretos que se deban observar; tampoco tiene una señal externa que lo distinga. No está limitado el sacerdocio ni el derecho de cualquier grupo de acercarse a Dios. Pedro les escribió

a los cristianos: “Vosotros sois... real sacerdocio” (1 Pedro 2:9). Este nuevo pacto nos invita a todos a creer sin considerar la nacionalidad, haciendo a un lado las diferencias sociales, étnicas y otras limitaciones. La invitación es para todo el mundo; esto quedó demostrado el día de Pentecostés. El nuevo pacto exhorta a que todos adoren al Señor en espíritu y en verdad: “Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón”; este es el milagro de la conversión. Jesús le dijo a la mujer samaritana: “Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23).

El Espíritu Santo, que bajo el nuevo pacto nos ha llevado a que clamemos a Dios: “Abba Padre”, puede hacer que nuestra respuesta a su voluntad como hijos agradecidos sea: “¡Quiero, lo haré!” Eso es lo que el mensaje del monte Sinaí no podía hacer. Todo lo que podía hacer era obligarnos a admitir: “¡Debo hacerlo!”

El nuevo pacto de Dios es nuevo también porque el que intercede es uno mucho más grande que Moisés. Todo lo que podían ofrecer los sacerdotes que estaban bajo el antiguo pacto era la sangre de los toros y de las cabras, porque sin derramamiento de sangre no hay perdón de los pecados. Pero Cristo, el Mediador del nuevo pacto, ofrece el sacrificio supremo. Él ofrece la inmolación que cuenta, habiéndolo hecho una vez y para siempre, siendo agradable a Dios y quitando tanto el pecado como la culpa. Él mismo se ofreció libre y voluntariamente al derramar su sangre quitando así para siempre el pecado del mundo. Con su sacrificio, él nos abre la puerta del cielo. El que confía en el Hijo de Dios no tiene ningún obstáculo que le impida acercarse a Dios. Ante la voz victoriosa de Cristo, cuando dijo: “¡Consumado es!”, el velo del templo se rasgó en dos de arriba a abajo, demostrando así que él había abierto para nosotros el camino nuevo, mejor y directo para acercarse a Dios.

Este nuevo pacto anuncia la salvación completa, sin cabos sueltos, gratuita para todos. Es una salvación ganada en Cristo y por medio de él. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado

a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

No hay ninguna duda de la forma en que Dios salva. Ver a Cristo es conocer la salvación de Dios. De aquí que “no enseñará más ninguno a su prójimo... diciendo: Conoce a Jehová, porque todos me conocerán”. La promesa es que, mediante la predicación de Cristo, los que escuchen y crean conocerán por ellos mismos la salvación de Dios. Los samaritanos, que escucharon primero por boca de la mujer que iba a sacar agua del pozo, acerca de Cristo, confesaron: “Nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo” (Juan 4:42).

Para nosotros este nuevo pacto es sellado en nosotros en el bautismo. Pues, en y mediante el bautismo, Dios hace con cada uno de nosotros el nuevo pacto. Además, mediante el bautismo, nos marca como suyos dándonos su Espíritu, el perdón de los pecados y la fe para creerlo. En este sacramento escuchamos la continua promesa que Dios nos hace a cada uno de nosotros: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”.

Pero la maravilla del nuevo pacto no termina aquí. Acumulando una gracia sobre otra, en una forma igualmente maravillosa y sorprendente, nuestro Señor comparte el alimento del nuevo pacto con nosotros. En la Santa Cena, Dios nos acerca a él, dándonos el regalo supremo con el pan: su cuerpo entregado en la cruz; y con el vino: su sangre derramada en la cruz. Con estos sagrados regalos nos da el perdón de los pecados. Con ellos nos quita toda duda que se pueda albergar en el corazón. El Señor viene personalmente a cada uno de nosotros para asegurarnos que somos suyos, que estamos seguros de que somos uno en él, y que todo lo que es de él es nuestro también.

Estamos unidos y ligados a Jesús. Pero esa unión va mucho más allá. Dado que todos comemos de un solo pan y nos unimos a él mediante la fe, así también los creyentes que formamos su iglesia, estamos unidos unos a otros en el cuerpo de Cristo, la

iglesia. Esta es la visión que tuvo Jeremías. Vio el día de la venida de Cristo y se alegró. Este es el regalo que nosotros probamos y conocemos.

³⁵»Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que agita el mar y braman sus olas; Jehová de los ejércitos es su nombre:

³⁶Si llegaran a faltar estas leyes delante de mí, dice Jehová, también faltaría la descendencia de Israel, y dejaría de ser para siempre una nación delante de mí.

³⁷»Así ha dicho Jehová: Si se pudieran medir los cielos arriba y explorar abajo los fundamentos de la tierra, también yo desearía a toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice Jehová.

³⁸»Vienen días, dice Jehová, en que la ciudad será edificada a Jehová, desde la torre de Hananeel hasta la puerta del Ángulo. ³⁹El cordel de medir saldrá en línea recta hasta el collado de Gareb, y luego girará hacia Goa. ⁴⁰Todo el valle de los cadáveres y de la ceniza, y todos los campos hasta el arroyo Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los Caballos al oriente, serán santos a Jehová. Nunca volverán a ser arrasados ni jamás serán destruidos.»

El Señor, para sellar su promesa, hace un juramento majestuoso. De esa manera, el Creador del cielo y de la tierra, el único que estableció y ha conservado hasta el día de hoy las leyes de la naturaleza, da su palabra. Sólo si la naturaleza misma y sus leyes establecidas por Dios dejaran de funcionar, existiría alguna posibilidad de que él no cumpliera lo prometido. Sólo si uno pudiera medir la vasta extensión del firmamento de los cielos y los secretos de las entrañas de la tierra, habría alguna posibilidad de que fallaran las promesas divinas. Pero no pueden fallar la

misma omnipotencia que creó y que sostiene el universo, y todo lo que éste contiene. Sólo son una prueba más de la verdad de las promesas de Dios. ¡Pueden contar con esto!

La ciudad iba a ser completamente reconstruida. Jeremías nos lleva por toda la ciudad y sus alrededores. Todo sería reconstruido, desde la torre de Hananeel al norte, hasta la puerta del Ángulo en el este. El Señor da su palabra. Él la protegería y la cumpliría. En la promesa de Dios de proteger la ciudad de Jerusalén, oímos su promesa de proteger la nueva Jerusalén, o sea su iglesia, para que nadie la destruya. Nadie prevalecería contra ella, ni las puertas mismas del infierno.

Jeremías compra una heredad

32 Palabra de Jehová que vino a Jeremías el año décimo de Sedequías, rey de Judá, que fue el año decimoctavo de Nabucodonosor. ² Entonces el ejército del rey de Babilonia tenía sitiada a Jerusalén, y el profeta Jeremías estaba preso en el patio de la cárcel que estaba en la casa del rey de Judá, ³ porque Sedequías, rey de Judá, lo había puesto en prisión, diciendo: «¿Por qué profetizas tú diciendo: “Así ha dicho Jehová: Yo entrego esta ciudad en mano del rey de Babilonia, y la tomará; ⁴ y Sedequías, rey de Judá, no escapará de la mano de los caldeos, sino que de cierto será entregado en mano del rey de Babilonia. Hablará con él cara a cara, y sus ojos verán sus ojos, ⁵ y hará llevar a Sedequías a Babilonia, y allá estará hasta que yo lo visite; y si peleáis contra los caldeos, no os irá bien, dice Jehová”?»

⁶ Y Jeremías dijo: «La palabra de Jehová vino a mí, diciendo: ⁷ “Hanameel, hijo de tu tío Salum, viene a ti, diciendo: ‘Cómprame mi heredad que está en Anatot, porque tú tienes derecho de compra sobre ellos.’” ⁸ Y vino a mí Hanameel, hijo de mi tío, conforme a la palabra de Jehová, al patio de la cárcel, y me dijo: “Cómprame ahora la heredad que está en Anatot, en tierra de Benjamín, porque

tuyo es el derecho de la herencia y a ti corresponde el rescate; cómprala para ti.” Entonces conocí que era palabra de Jehová.

⁹»Compré la heredad de Hanameel, hijo de mi tío, la cual estaba en Anatot, y le pesé el dinero: diecisiete siclos de plata. ¹⁰Redacté la escritura, la sellé, la hice certificar con testigos y pesé el dinero en balanza. ¹¹Luego tomé la escritura de venta, sellada según el derecho y costumbre, y la copia abierta. ¹²Y entregué la carta de venta a Baruc hijo de Nerías hijo de Maasías, delante de Hanameel, el hijo de mi tío, delante de los testigos que habían suscrito la escritura de venta y delante de todos los judíos que estaban en el patio de la cárcel. ¹³Y di orden a Baruc delante de ellos, diciendo: ¹⁴“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: ‘Toma estas escrituras, esta escritura de venta, sellada, y esta escritura abierta, y ponlas en una vasija de barro, para que se conserven durante mucho tiempo.’

¹⁵»”Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: ‘Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra.’”

Estas cosas ocurrieron en el año 587 a.C., algún tiempo cerca del final del sitio de Jerusalén. Los caldeos, es decir, los babilonios, habían mantenido a la ciudad sitiada por casi año y medio. Con excepción de un par de fortalezas y de Jerusalén, todas las demás ciudades de Judá habían claudicado ante Nabucodonosor. Debido a que Jeremías le había dicho al rey en varias ocasiones que la única esperanza que tenía era la de rendirse, y porque muchos de los consejeros del rey consideraron el consejo y la prédica de Jeremías como una traición, el rey había puesto al profeta bajo arresto domiciliario y lo había confinado al patio de guardia del palacio real.

Durante este tiempo los egipcios habían avanzado con sus fuerzas desde el sur con la esperanza de derrotar a Nabucodonosor y de arrebatarle Palestina. Debido al avance de los egipcios, los

caldeos suspendieron temporalmente el sitio que mantenían sobre Jerusalén. Ese cambio momentáneo de las fuerzas caldeas, fomentó en el pueblo de Judá la falsa esperanza de que ahora, Nabucodonosor se fuera a replegar definitivamente hacia el norte. También le dio al Señor la oportunidad de enseñarle a Judá otra lección.

La oportunidad que se le presentó a Jeremías de comprar un terreno fue la ocasión para la lección. El Señor le reveló al profeta que su primo Hanameel le iba a ofrecer la compra de un terreno. Cuando el Señor, mediante Josué, le repartió al pueblo la tierra de Israel, tenía la intención de que cada tribu y cada familia, conservara y retuviera como herencia la tierra que había recibido. Para que el pueblo pudiera cumplir con ese propósito, el Señor les dio leyes (Levítico 25:24-27) que le daban a cada familia el derecho de tener la primera opción de comprar cualquier propiedad o tierra que estuviera en peligro de ser vendida fuera de la familia o de la tribu.

Con esa opción de compra se presentó ahora Hanameel ante Jeremías. Parecía hasta necio que se hicieran tratos de compra y venta cuando la ciudad estaba a punto de caer ante Nabucodonosor. Cuando los babilonios conquistaran la tierra, la escritura del título de propiedad de un terreno sería prácticamente sin valor para el comprador. Sería como tratar de vender un pedazo de tierra que recién ha sido cubierta por la lava de un volcán. Jeremías no habría considerado seriamente la oferta, a menos que el Señor se lo hubiera ordenado directamente.

Y como el Señor lo había anunciado, Hanameel llegó con su oferta. Jeremías acordó comprar la tierra y le establecieron un precio a la propiedad. Acordó comprarla en diecisiete siclos de plata. (El siclo era una medida que pesaba alrededor de 10 gramos.)

Siguiendo con la costumbre de la época, Jeremías tenía un escriba, y en este caso era Baruc, su secretario personal. Jeremías hizo que registrara las dos escrituras de compra-venta. Una era una copia para referencia “sin sellar” y la otra era la copia oficial

“sellada”. Ambas partes firmaron y sellaron las escrituras en presencia de testigos, cerrando así el trato. Jeremías también le ordenó a Baruc que pusiera las dos copias en una vasija de barro y que la sellara. Se acostumbraba hacer esto para que los documentos se conservaran por mucho tiempo. Los famosos Rollos del Mar Muerto, descubiertos en 1950, se conservaron intactos en vasijas de barro en Palestina por casi dos mil años.

Ahora Jeremías se dio cuenta de cuáles eran las intenciones del Señor. La compra que había hecho, mientras Jerusalén estaba sitiada por los ejércitos de Babilonia, no era una necedad. Aunque la ciudad iba a caer en manos enemigas en el futuro, los judíos iban a regresar a esta tierra. Entonces las casas y otras propiedades podrían ser compradas y vendidas. Un título de propiedad sería nuevamente válido. La tierra que Jeremías compró era una muestra visible de la promesa del Señor, un anticipo de su promesa de hacerlos volver nuevamente a su tierra.

¹⁶Después que di la escritura de venta a Baruc hijo de Nerías, oré a Jehová, diciendo: ¹⁷“¡Ah, Señor Jehová!, tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti. ¹⁸Tú haces misericordia a millares, y castigas la maldad de los padres en sus hijos después de ellos. ¡Dios grande, poderoso, Jehová de los ejércitos es su nombre! ¹⁹Grande eres en consejo y magnífico en hechos; tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras. ²⁰Tú hiciste señales y portentos en la tierra de Egipto hasta este día, en Israel y entre los seres humanos; así te has hecho renombre, como se ve en este día. ²¹Sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto con señales y portentos, con mano fuerte y brazo extendido, y con gran terror. ²²Les diste esta tierra, la cual

juraste a sus padres que les darías, la tierra que fluye leche y miel. ²³ Ellos entraron y la disfrutaron, pero no escucharon tu voz ni anduvieron en tu Ley. Nada hicieron de lo que les mandaste hacer, y por eso has hecho venir sobre ellos todo este mal. ²⁴ He aquí que con arietes han acometido la ciudad para tomarla, y la ciudad, a causa de la espada, el hambre y la peste, va a ser entregada en manos de los caldeos que pelean contra ella. Ha venido, pues, a suceder lo que tú dijiste, y he aquí lo estás viendo. ²⁵ ¡Ah, Señor Jehová!, cuando la ciudad va a ser entregada en manos de los caldeos, ¿tú me dices: ‘Cómprate la heredad por dinero y pon testigos’?»»

Inmediatamente después de que Baruc salió para poner las escrituras en un lugar seguro, Jeremías elevó una larga plegaria en voz alta y en público para que escucharan todos los que estaban presentes. La intención del profeta era que con todo eso se beneficiaran los presentes. La oración estaba dirigida a las dudas que existían en el corazón de los que habían sido testigos de la compra de la tierra que había hecho. De esta manera quería confirmar la verdad de lo que había profetizado y los quería guiar a creer en la promesa que el Señor había dado. Lo que el Señor acababa de prometer parecía muy poco probable que ocurriera, en realidad parecía imposible. Lo que Jeremías había hecho al comprar la tierra parecía una tontería.

La oración de Jeremías siguió el modelo de las grandes oraciones del Antiguo Testamento. Dos verdades acerca de Dios son las que usa Jeremías para fortalecer la fe en el corazón de sus oyentes. En primer lugar, confiesa que su Dios, el Dios de Israel, es *todopoderoso*. “Nada hay que sea difícil para ti”, y da algunos ejemplos del poder divino. El Señor es el Creador del cielo y de la tierra. Liberó a Israel de Egipto desplegando un poder impresionante. ¡De qué manera tan fácil podrían contar los judíos

la historia de su liberación! Dios había roto las cadenas de la esclavitud abriendo para ellos un camino hacia la tierra prometida y hasta los capacitó para que se pudieran adueñar de ella. Una y otra vez a lo largo de su historia Dios los había liberado mediante milagros asombrosos. Su historia estaba llena de milagros.

La segunda verdad que Jeremías destacó del carácter de Dios es que cumple sus promesas. El Dios de Israel es Dios *fiel*. Es parte de la naturaleza divina actuar con justicia y cumplir lo prometido. De nuevo, para ver la fidelidad del Todopoderoso, bastaba con que hicieran memoria de los milagros que habían tenido lugar a través de su historia nacional. Dios le había prometido a Abraham que su descendencia heredaría la tierra y lo había cumplido. Le había prometido también que liberaría a su descendencia de la esclavitud y así fue. Les había dicho que si ellos persistían en su desobediencia e impenitencia los iba a castigar, y ahora lo estaba haciendo. En todos los tratos que Dios había tenido con su antiguo pueblo, él había cumplido cada promesa y cada amenaza que había hecho.

Ahora su Dios, el Dios de Israel, de quien sabían que es todopoderoso y fiel, les dio otra promesa. Ahora les prometió que aunque los caldeos capturaran Jerusalén, la destruyeran y se llevaran al pueblo al exilio, los judíos regresarían a su tierra natal y nuevamente comprarían y venderían casas, campos y viñas. Dios haría lo que les había prometido.

²⁶ Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ²⁷ «Yo soy Jehová, Dios de todo ser viviente, ¿acaso hay algo que sea difícil para mí? ²⁸ Por tanto, así ha dicho Jehová: Voy a entregar esta ciudad en manos de los caldeos y en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y la tomará. ²⁹ Y vendrán los caldeos que atacan esta ciudad, le prenderán fuego y la quemarán, junto con las casas en cuyas azoteas quemaron incienso a Baal y derramaron libaciones a dioses extraños, para provocarme a ira, ³⁰ porque los hijos de Israel y los hijos de Judá no han hecho sino lo malo delante de mis ojos

desde su juventud; porque los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos, dice Jehová. ³¹ De tal manera que para mi enojo y mi indignación ha servido esta ciudad desde el día que la edificaron hasta hoy. Yo, pues, la haré borrar de mi presencia, ³² por toda la maldad de los hijos de Israel y de los hijos de Judá, que han hecho para enojarme, ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes y sus profetas, y los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén. ³³ Ellos me volvieron la espalda en vez del rostro, y cuando les enseñaba desde el principio y sin cesar, no escucharon para recibir corrección, ³⁴ sino que pusieron sus abominaciones en la casa en la cual es invocado mi nombre, contaminándola. ³⁵ Y edificaron lugares altos a Baal, los cuales están en el valle del hijo de Hinom, para hacer pasar por el fuego a sus hijos y sus hijas, en honor de Moloc, lo cual no les mandé. ¡Nunca pensé que cometieran tal abominación para hacer pecar a Judá!

³⁶ »Con todo, ahora así dice Jehová, Dios de Israel, a esta ciudad, de la cual decís vosotros: “Entregada será en mano del rey de Babilonia a espada, a hambre y a peste”: ³⁷ Yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, con mi enojo y mi gran indignación; los haré volver a este lugar y los haré habitar seguros, ³⁸ y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. ³⁹ Les daré un corazón y un camino, de tal manera que me teman por siempre, para bien de ellos y de sus hijos después de ellos. ⁴⁰ Haré con ellos un pacto eterno: que no desistiré de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí. ⁴¹ Yo me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, con todo mi corazón y con toda mi alma.

⁴² »Porque así ha dicho Jehová: Como traje sobre este pueblo todo este mal tan grande, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo. ⁴³ Poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: “Está desierta, sin hombres ni animales, y va a ser entregada en manos de los caldeos.”

44 Heredades comprarán por dinero; harán escrituras y las sellarán, y pondrán testigos en tierra de Benjamín, en los alrededores de Jerusalén, en las ciudades de Judá, en las ciudades de las montañas, en las ciudades de la Sefela y en las ciudades del Neguev, porque yo haré regresar a sus cautivos, dice Jehová.»

El Señor confirmó las promesas que había hecho. Con el fin de borrar toda duda que quedara en el corazón de los oyentes dijo: “¿Acaso hay algo que sea difícil para mí?” Jesús también dijo: “Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible” (Mateo 19:26). En efecto, ¡para Dios todo es posible! ¡Qué ésta sea la respuesta a cualquier duda que usted o yo podamos tener!

Ahora el Señor resume mucho de lo que antes había dicho por boca del profeta; lo que es importante que nosotros también repitamos. Quizá algunos no escuchen, quizás otros no quieran escuchar, pero vale la pena que se repita este mensaje.

La ciudad de Jerusalén con toda seguridad iba a caer ante las fuerzas caldeas. Iba a caer nada menos que por la falta de arrepentimiento de sus ciudadanos y no por ninguna otra razón. La maldad había dado testimonio contra ellos. Habían cometido toda clase de perversión desde adorar a Baal hasta ofrecer sacrificios humanos. Todos ellos, desde el más chico hasta el más grande, se habían unido en esa maldad. A pesar de todos los esfuerzos del Señor por atraerlos de nuevo hacia él, ellos no sólo le habían vuelto la cara, sino también las espaldas una y otra vez. Por esas razones y solamente por ellas, iban a pagar un precio muy alto; estaban a punto de sufrir la destrucción.

No merecían nada y no tenían ningún derecho de creer que les esperaba un futuro, pero el Dios de Israel no los iba a abandonar ni los iba a dejar solos. Él en su misericordia y con su poder les prometió que los iba a traer de regreso de la tierra del exilio. Él sería fiel a sus promesas. Y aun más, al obrar la fe en su corazón, los convertiría en un nuevo pueblo, dispuestos a

respetarlo y a amarse unos a otros. Eso significa que se establecerían, comprarían y venderían hasta en los lugares más remotos como siempre lo habían hecho, “porque yo haré regresar a sus cautivos”.

Al principio Jeremías se quedó atónito cuando escuchó el mandato del Señor acerca de que comprara una heredad en Jerusalén. ¿Era verdad lo que el Señor le había pedido? Pero una vez que supo con certeza que la revelación era la palabra de Dios, sin dudar ni un momento creyó y obedeció. Es lo mismo con nosotros, a veces las cosas que Dios hace o permite que sucedan en nuestra vida parece que no tienen sentido; hasta pueden parecer necias y sin esperanza, cosas que van contra nuestra lógica, o que son una desilusión para nuestros sueños, que destruyen nuestras esperanzas. Pueden llevarnos a rebelarnos contra Dios y hasta a quejarnos contra él. A simple vista, puede ser que no veamos las razones de las acciones de Dios, ni las entendamos, pero una cosa sí sabemos: que él es nuestro Dios y Salvador que todo lo controla. Es por fe que lo hemos llegado a entender. Es por fe que aceptamos lo que él hace.

Cuando el Señor le ordenó a Pedro que echara la red al mar, la orden no tenía ningún sentido para Pedro (Lucas 5:1-11), y sin embargo dijo: “En tu palabra echaré la red”. Y esta es la respuesta de la fe: “Porque tú lo pides...” Es una respuesta que viene de la fe que ha conocido la grandeza de Dios. Es la respuesta que procede de la fe que sabe que el amor de Dios no tiene límites. Es la fe que confía en ese amor y en ese poder.

La promesa de la restauración

33 Vino palabra de Jehová a Jeremías por segunda vez, estando él aún preso en el patio de la cárcel, diciendo: ²«Así ha dicho Jehová, que hizo la tierra, Jehová que la formó para afirmarla; Jehová es su nombre: ³Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y

ocultas que tú no conoces. ⁴ Porque así ha dicho Jehová, Dios de Israel, acerca de las casas de esta ciudad y de las casas de los reyes de Judá, derribadas por el ariete y la espada ⁵ (porque salir a enfrentarse con los caldeos será llenarlas de cadáveres, de muertos heridos por mi furor y mi ira, pues escondí mi rostro de esta ciudad a causa de toda su maldad): ⁶ Yo les traeré sanidad y medicina; los curaré y les revelaré abundancia de paz y de verdad. ⁷ Haré volver los cautivos de Judá y los cautivos de Israel, y los restableceré como al principio. ⁸ Los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí, y perdonaré todas sus iniquidades con que contra mí pecaron y contra mí se rebelaron. ⁹ Esta ciudad me será por nombre de gozo, de alabanza y de gloria entre todas las naciones de la tierra, cuando oigan todo el bien que yo les hago. Temerán y temblarán por todo el bien y toda la paz que yo les daré.

¹⁰ »Así ha dicho Jehová: En este lugar, del cual decís que está desierto, sin hombres y sin animales, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, que están assoladas, sin nadie que habite allí, ni hombre ni animal, ¹¹ ha de oírse aún voz de gozo y de alegría; voz de novio y voz de novia; voz de los que digan: “¡Alabad a Jehová de los ejércitos, porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia!”; voz de los que traigan ofrendas de acción de gracias a la casa de Jehová, porque yo volveré a traer a los cautivos de la tierra, para que sea como al principio, ha dicho Jehová.

¹² »Así dice Jehová de los ejércitos: En este lugar desierto, sin hombre ni animal, y en todas sus ciudades, aún habrá cabañas de pastores que hagan pastar sus ganados. ¹³ En las ciudades de las montañas, en las ciudades de la Sefela, en las ciudades del Neguev, en la tierra de Benjamín, alrededor de Jerusalén y en las ciudades de Judá, aún pasarán ganados por las manos del que los cuente, dice Jehová.

Jeremías aún se encontraba bajo arresto domiciliario en el patio del palacio real. La ocasión que aquí se describe ocurrió poco después de que el profeta comprara la heredad de su primo Hanameel. Esta segunda palabra que vino del Señor confirmaba la promesa que él le había hecho esa vez. La doble revelación sirve para destacar la determinación del Señor en cuanto a cumplir su palabra, tal como José le dijo al faraón: "... la cosa es firme de parte de Dios" (Génesis 41:32). A través de este capítulo el Señor usó las metáforas más contundentes para asegurarle a Judá su decisión firme y su fidelidad inquebrantable de cumplir con sus promesas.

En el versículo 3, Dios en realidad los invitó a descubrir, si fuera posible, la grandeza de su amor. Si oraran pidiendo respuestas, Dios en su gracia les daría a conocer los planes que tenía para ellos porque los amaba. Verían posibilidades y realidades que ni siquiera se habían imaginado que existieran. Ellos mismos verían y experimentarían milagros que sobrepasaban cualquier cosa que se hubieran imaginado, tal como Jesús les prometió a sus discípulos: "Cosas mayores que éstas verás" (Juan 1:50). Porque "cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman" (1 Corintios 2:9). "¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33).

Estas promesas han encontrado su cumplimiento en nosotros. Conocemos los milagros y las maravillas de Dios, porque nos las ha revelado mediante su Espíritu y nos ha dado a Cristo y su sabiduría. Nuestra vida es una exploración y una experiencia diarias de "comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo" (Efesios 3:18,19). Nuestra recompensa es una medida que a diario crece, que "excede a todo conocimiento" (Efesios 3:19). Nuestra confianza está en vivir y orarle a "Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que

pedimos o entendemos” (Efesios 3:20). Somos los herederos de los que fueron los primeros en escuchar esta promesa.

Aunque el Señor les había dado su palabra, muchos albergaban en su corazón una incredulidad silenciosa, sin decirlo abiertamente que no creían. Los mismos que se resistían a creer que los caldeos iban a atacar Jerusalén de acuerdo a lo dicho por Dios, ahora también dudaban de lo que el Señor había prometido respecto al futuro de la ciudad. Los escépticos afirmaban que eso no podría ocurrir, que no iba a suceder y que ya todo había terminado. Pero todo lo que tenían que hacer era mirar la terrible destrucción que había por todas partes en la ciudad y en los pueblos aledaños. Los defensores habían usado todo recurso, toda pieza disponible de madera y de piedra para resistir el avance implacable del ataque de las enormes máquinas que sitiaban la ciudad. ¡Cómo habían subestimado al Señor! ¡Qué poco lo conocían!

Sin embargo, cuanto más grande era la desolación, era más convincente el amor y el poder de Dios. Lo imposible e inimaginable para los hombres sólo Dios lo puede lograr. Prometió: “Restauraré la ciudad y la nación entera...” Las multitudes vendrían al nuevo templo con ofrendas de acción de gracias, gozarían de la abundancia. Se acercarían cantando las palabras del gran Hallel, es decir, las palabras del Salmo 118, que regularmente se cantaban cuando celebraban los grandes festivales de la iglesia judía. Rebaños y pastores aparecerían por todas partes.

Esta restauración sería un acto tan poderoso que causaría gran intimidación entre las demás naciones. La gente temblaría de emoción ante las grandes cosas que Dios puede hacer por su pueblo, y le darían la gloria a Dios por lo que, por misericordia, estaba dispuesto a hacer por su pueblo. Esta visión nos dirige al tiempo de Cristo y a la época del Nuevo Testamento. Pues a lo largo de todo el año eclesiástico, las naciones celebran las maravillas de Dios en Cristo.

¹⁴»He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá. ¹⁵En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo justo, que actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra. ¹⁶En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura. Y se le llamará: “Jehová, justicia nuestra”.

¹⁷»Porque así dice Jehová: No faltará a David un descendiente que se siente sobre el trono de la casa de Israel, ¹⁸ni a los sacerdotes y levitas faltará un descendiente que delante de mí ofrezca holocausto, encienda ofrenda y haga sacrificio cada día».

Jeremías repitió la promesa que el Señor le había revelado a él al principio de su ministerio (capítulo 23). La verdadera maravilla de Dios es Cristo. Las palabras finales de este capítulo hablan acerca del Redentor y de los tiempos venideros. Jeremías describe con más detalle la naturaleza del Renuevo de justicia que Jehová le haría brotar a David. Para ese entonces David ya había muerto. Aunque el Señor escribió acerca de Joacim que sería “sin hijos”, también prometió que un descendiente de la línea de David se sentaría eternamente en el trono, gobernando un reino eterno. Para ser descendiente de David, debería ser un hombre de la raza judía, pero para gobernar un reino eterno tendría que ser más que un hombre. Ya que sólo hay uno que tiene el reino eterno, y que ese es Dios, entonces él también debe ser Dios.

El Señor dio más información acerca de este “Renuevo de David”, diciendo que no sólo iba a ser un rey sino también un sacerdote. Pues el Señor había prometido que los levitas siempre tendrían uno que serviría como sacerdote ante él. El Renuevo no podría ser como otros sumos sacerdotes, porque solamente servían hasta la muerte. El servicio de Aquel se extendería más allá del templo y de sus servicios de adoración, los cuales serían interrumpidos y finalmente cesarían también. Este Renuevo de David sería el cumplimiento de la promesa hecha por medio de

David: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4). El lector quizá quiera leer el libro de Hebreos, capítulos 7 a 9 para tener una explicación más detallada del sumo sacerdocio de Jesús. Cristo es el sacerdote en forma extraordinaria, ya que ofreció a sí mismo como sacrificio; por esto él es “Jehová, justicia nuestra”.

¡Qué consuelo nos ofrecen estas palabras! Tenemos el rey eterno cuyo gobierno y preocupación eternos se centran en nosotros por los siglos de los siglos. Él nos cuida y nos protege en todos nuestros caminos, para mantenernos seguros para él. Tenemos un sacerdote que tiene un sacerdocio permanente, sellado con su propia sangre. “Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Confiamos en la certeza de que “si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:1,2).

¹⁹ Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ²⁰ «Así ha dicho Jehová: Si pudiera invalidarse mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no hubiera día ni noche a su debido tiempo, ²¹ podría también invalidarse mi pacto con mi siervo David, para que deje de tener un hijo que reine sobre su trono, y mi pacto con los levitas y sacerdotes, mis ministros. ²² Como no puede ser contado el ejército del cielo ni se puede medir la arena del mar, así multiplicaré la descendencia de David, mi siervo, y de los levitas que me sirven.»

²³ Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ²⁴ «¿No te has fijado en lo que habla este pueblo, diciendo: “Las dos familias que Jehová escogió, las ha desechado”? ¡Así tienen en poco a mi pueblo, que ni siquiera lo tienen por nación!

²⁵ Esto ha dicho Jehová: Si yo no he establecido mi pacto con el día y con la noche, si no he puesto las leyes del cielo y de la

tierra, ²⁶ entonces es cierto que rechazaré la descendencia de Jacob y de David, mi siervo, para no tomar de su descendencia a quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob. Haré volver sus cautivos y tendré de ellos misericordia.»

El librito de consuelo de Jeremías termina con una visión gloriosa. Ante los ojos del profeta, el Señor bosqueja un panorama que abarca desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta la consumación final del nuevo pacto. Este rey y sacerdote eterno, descendiente de David, no gobernaría solo, sino que su reino y sacerdocio incluiría a multitudes. Así se cumpliría la promesa que Dios le había hecho a Abraham: “De cierto te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar” (Génesis 22:17).

Todos los que creen en Cristo son descendientes de Abraham; todos los que creen son reyes, porque Cristo comparte con ellos su gobierno. Todos los fieles son sacerdotes, porque se acercan a Dios revestidos de la justicia de Cristo y porque ofrecen sacrificios ofrendados con boca y vida que han sido lavadas en la sangre del Cordero.

Algunos dudaron de que Dios pudiera o quisiera hacer lo que había prometido. Pensaban que Israel no tenía remedio. Dios aquí los desafió y les dio la absoluta seguridad de sus intenciones. Lo compara con el día y la noche. Sólo si dejaran éstos de existir, es decir, si fallaran las leyes que gobiernan y controlan la naturaleza, entonces habría alguna posibilidad de que el Todopoderoso no cumpliera su palabra.

Las leyes fijas que controlan a la naturaleza día y noche no han cesado de existir. El Señor había cumplido todas sus promesas. Ninguna promesa de él fallará porque está basada en su amor que es la fuerza que lo impulsa. Dios le recordó a su pueblo que en su amor gratuito, el cual es la esencia de su ser, él escogió a Abraham, a Isaac y a Jacob. Por causa de este amor, Dios les hizo el

juramento a ellos de que todas las naciones de la tierra serían bendecidas en su descendiente, Jesucristo. Romper este juramento sería para él negar el amor que es la esencia misma de su ser. Si Dios dejara de amar, dejaría de ser Dios. Entonces todas las cosas se desintegrarían en la nada. No obstante, esto no ha ocurrido, porque Dios es amor.

Con esta promesa Jeremías cierra su librito de consuelo. Por la certeza del amor de Dios y por las promesas que el Señor había hecho, el hombre de Dios ahora se encontraba listo para enfrentar la caída de Jerusalén. Aunque este acontecimiento le iba a causar un dolor y una agonía indescriptibles, confiaba en lo que el Señor le había prometido. Con esas promesas en su corazón estaba listo para enfrentar todo lo que viniera. Porque “en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37).

LA IMPENITENCIA PERSISTENTE DE JUDÁ FINALMENTE TRAE EL JUICIO DEL SEÑOR SOBRE ELLA JEREMÍAS 34–39

Advertencia a Sedequías

34 Palabra de Jehová que vino a Jeremías cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército, todos los reinos de la tierra bajo el señorío de su mano y todos los pueblos peleaban contra Jerusalén y contra todas sus ciudades. Dijo así: ²«Esto ha dicho Jehová, Dios de Israel: Ve y habla a Sedequías, rey de Judá, y dile que así ha dicho Jehová: Yo entregaré esta ciudad al rey de Babilonia, el cual la entregará al fuego. ³Y tú no escaparás de su mano, sino que ciertamente serás apresado y en su mano serás entregado. Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, que te hablará cara a cara, y entrarás en Babilonia. ⁴Con todo, oye palabra de Jehová, Sedequías, rey de Judá, porque así ha dicho Jehová acerca de ti: No morirás a espada. ⁵En paz morirás, y así como quemaron especias por tus padres, los reyes primeros que fueron antes de ti, las quemarán por ti, y te endecharán diciendo: “¡Ay, señor!”, porque yo he hablado la palabra, dice Jehová.»

⁶Habló, pues, el profeta Jeremías a Sedequías, rey de Judá, todas estas palabras en Jerusalén. ⁷Y el ejército del rey de Babilonia peleaba contra Jerusalén y contra todas las ciudades de Judá que habían quedado: contra Laquis y contra Azeca, porque de las ciudades fortificadas de Judá, sólo éstas habían quedado.

En esta sección Jeremías nos da aun más detalles de los últimos días de Jerusalén, los que van a concluir con la destrucción inevitable de la gran ciudad. Incluso hasta el final mismo, cuando se podían ver y comprobar cada una de las palabras que el Señor

pronunció, los ciudadanos y sus gobernantes se negaron a aceptar la palabra del Señor. Su desobediencia persistente resultó en la caída de Jerusalén.

Nabucodonosor había regresado después de obligar a los ejércitos egipcios a que se replegaran. Este rey le puso un fin inmediato a los días de paz que el avance de las tropas egipcias les habían dado a Judá y a Jerusalén. Pero el rey asirio, una vez más, iba a apretar el control que tenía sobre la ciudad, tal como el Señor lo había predicho. Sólo quedaban en pie dos fortalezas. Laquis, que se encontraba a unos 45 kilómetros al suroeste de Jerusalén, era una fortaleza impresionante por su gran tamaño e importante para la defensa del sur y del camino de salida de Egipto. Iba a ser totalmente arrasada antes de la caída de Jerusalén. Una fortaleza más pequeña, Azeca, estaba cerca de la vía del rey unos 29 kilómetros al oeste de Jerusalén. Aún estaba en pie, pero muy pronto iba a caer ante el poder de los babilonios.

El reino de Sedequías se limitaba ahora a tres ciudades y, una vez más, Jeremías fue enviado a que le dijera al rey Sedequías que pronto iba a ser capturado. Siguiendo las órdenes del Señor, el profeta le reveló al rey un poco más acerca del futuro que le esperaba. No iba a ser ejecutado después de su captura, sino que iba a morir pacíficamente y con honor. Aun estando en el exilio, sus súbditos iban a lamentar su muerte y le rendirían homenaje en su funeral de acuerdo con lo que corresponde a su puesto. Para asegurarle al monarca que ese era realmente el futuro que le esperaba, selló sus palabras con un juramento solemne.

No sabemos cómo tomó Sedequías estas noticias, si las vio como algo bueno o como algo malo. Quizá el Señor le dio esa promesa para animar al rey judío a que actuara con más decisión, para que tomara a pecho sus palabras y las llevara a cabo. Sedequías fue completamente inconsistente en sus acciones, mostrando debilidad al vacilar entre una posición y otra. Cualquiera que estuviera cerca de él podía influir en sus decisiones. Al final, perdió el valor y la fuerza para hacer lo que era correcto a los ojos del Señor.

Libertad para los esclavos

⁸ Palabra de Jehová que vino a Jeremías después que Sedequías hizo pacto con todo el pueblo en Jerusalén, para promulgarles libertad, ⁹ que cada uno dejara libre a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea, y que nadie los usara más como esclavos. ¹⁰ Cuando oyeron todos los jefes y todo el pueblo que había convenido en el pacto de dejar libre cada uno a su esclavo y cada uno a su esclava, que nadie los usara más como esclavos, obedecieron y los dejaron libres. ¹¹ Pero después se arrepintieron e hicieron volver a los esclavos y a las esclavas que habían dejado libres, y de nuevo los sujetaron como esclavos y esclavas. ¹² Vino, pues, palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¹³ «Así dice Jehová, Dios de Israel: Yo hice pacto con vuestros padres el día que los saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre, diciendo: ¹⁴ Al cabo de siete años dejará cada uno a su hermano hebreo que le hubiera sido vendido; durante seis años le servirá, y luego lo dejará ir libre. Pero vuestros padres no me escucharon ni inclinaron su oído. ¹⁵ Vosotros os habíais hoy convertido y habíais hecho lo recto delante de mis ojos, anunciando cada uno libertad a su prójimo; y habíais hecho pacto en mi presencia, en la casa en la cual es invocado mi nombre. ¹⁶ Pero os habéis vuelto atrás y profanado mi nombre, y habéis vuelto a tomar cada uno a su esclavo y cada uno a su esclava, que habíais dejado libres a su voluntad, y los habéis sujetado para que os sean esclavos y esclavas.

Durante el tiempo que le tomó a Nabucodonosor romper el sitio que los egipcios mantenían sobre Jerusalén, Sedequías dio muestras de cierto liderazgo. Había tratado de influir en los ricos que tenían esclavos en Jerusalén para que hicieran lo que le agradaba a Dios, persuadiéndolos que dejaran libres a los esclavos hebreos, es decir, a sus propios compatriotas que por una u otra razón se habían vendido voluntariamente como esclavos. En una

ceremonia muy solemne e impresionante, ellos hicieron un pacto y promesa en el templo.

Parte de la ceremonia del pacto obligaba a las partes del acuerdo a caminar en medio de los animales que habían sido sacrificados y cortados a la mitad de cola a cabeza. De esa forma se sellaba el acuerdo con uno de los juramentos más serios y formales, y era una señal de que ambas partes se comprometían a cumplir con lo pactado. Sedequías comprendió que esa acción sería del agrado de Dios y que le mostraría al Señor que el pueblo de Judá se estaba esforzando por guardar la ley. Debido a esto, el rey esperaba que el Señor les diera una respuesta favorable.

La libertad de los esclavos hebreos que proclamó Sedequías debió haberse hecho desde hacia mucho tiempo. Cuando Dios entregó su ley en el monte Sinaí, le añadió una estipulación en la que ordenaba que su pueblo liberara a sus hermanos y hermanas que se habían visto obligados a venderse como esclavos. Dios ordenó que cada siete años (el año sabático) y cada cincuenta años (el año de jubileo) se dejara libres a los esclavos de raza judía (vea Éxodo 21:2; Levítico 25:39-43; y Deuteronomio 15:12-15).

La razón que Dios les dio para esa práctica es que la nación judía había conocido la esclavitud en Egipto y Dios los había liberado de ella. Por lo tanto, todo el pueblo le pertenecía a él. Así que no debían ahora esclavizarse los unos a los otros de manera permanente. Además deberían guardar estos mandamientos de la ley con amor, porque el amor es el cumplimiento de la ley. A través de los siglos, estos mandatos acerca de la esclavitud raras veces fueron obedecidos. Por tanto, el Señor ahora alabó a Sedequías y al pueblo por obedecer este mandato de su ley.

¹⁷ Por tanto, así dice Jehová: Ya que vosotros no me habéis escuchado para promulgar cada uno libertad a su hermano y cada uno a su compañero, he aquí que yo promulgo libertad, dice Jehová, a la espada, a la pestilencia y al hambre; y os pondré por afrenta ante todos los reinos de la tierra. ¹⁸ Y entregaré a los hombres que quebrantaron mi

pacto, que no han llevado a efecto las palabras del pacto que celebraron en mi presencia dividiendo en dos partes el becerro y pasando por medio de ellas; ¹⁹ a los jefes de Judá y a los jefes de Jerusalén, a los oficiales, a los sacerdotes y a todo el pueblo de la tierra, que pasaron entre las partes del becerro, ²⁰ los entregaré en manos de sus enemigos y en manos de los que buscan su vida; y sus cadáveres serán comida para las aves del cielo y para las bestias de la tierra. ²¹ A Sedequías, rey de Judá, y a sus jefes los entregaré en manos de sus enemigos, en manos de los que buscan su vida y en manos del ejército del rey de Babilonia, que se ha retirado de vosotros. ²² Yo mandaré, dice Jehová, y los haré volver a esta ciudad. Pelearán contra ella, la tomarán y la entregarán al fuego. Y convertiré en desolación las ciudades de Judá, hasta no quedar habitante alguno.»

Muy poco tiempo duró la decisión de respetar el pacto de liberar a los esclavos, sus dueños muy pronto cambiaron de parecer. El rey Sedequías no protestó ni hizo ningún intento para hacerlos recapacitar. La codicia y los intereses egoístas los cegaron. Tal vez pensaban que el sitio ya había terminado por completo y temían que iban a tener grandes pérdidas económicas si dejaban a los esclavos en libertad. Pero se habían olvidado de que si regresaba el rey Nabucodonosor y tomaba la ciudad, no iba a servir de nada el ser dueños de esclavos, ya que ellos mismo serían esclavizados.

El Señor estaba airado; pues aunque en un principio se había complacido con la decisión de que se liberaran los esclavos, y lo habían hecho por voluntad propia, él no los había obligado a nada. Habían hecho todo un espectáculo el acto de sellar el pacto con un juramento muy serio y, peor aun, habían usado el templo mismo para hacerlo. Y ¿todo para qué? Para quebrantar ahora la ley y la palabra solemne que habían dado. Una vez más dejaban al descubierto las verdaderas intenciones de su corazón. Habían proclamado libertad y el Señor se la iba a dar: la libertad de caer

por la espada, la plaga y el hambre. El Señor dejó en claro que él estaba en control. Como el verdadero general a mando, le ordenó a Nabucodonosor que sitiara de nuevo la ciudad. Por su propia impenitencia, la ciudad había sellado su propia destrucción.

Los recabitas

35 Palabra de Jehová que vino a Jeremías en días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, diciendo: ² «Ve a casa de los recabitas, habla con ellos e introdúcelos en la casa de Jehová, en uno de los aposentos, y dales a beber vino.»

³ Tomé entonces a Jaazánias hijo de Jeremías hijo de Habasinías, a sus hermanos, a todos sus hijos y a toda la familia de los recabitas, ⁴ y los llevé a la casa de Jehová, al aposento de los hijos de Hanán hijo de Igdalías, hombre de Dios, el cual estaba junto al aposento de los jefes, que estaba sobre el aposento de Maasías hijo de Salum, guarda de la puerta. ⁵ Puse delante de los hijos de la familia de los recabitas tazas y copas llenas de vino, y les dije: «Bebed vino.» ⁶ Pero ellos dijeron: «No beberemos vino, porque Jonadab hijo de Recab, nuestro padre, nos ordenó diciendo: “No beberéis jamás vino, vosotros ni vuestros hijos. ⁷ No edificaréis casa y no sembraréis sementera ni plantaréis viña ni la retendréis, sino que habitaréis en tiendas todos vuestros días, para que viváis muchos días sobre la faz de la tierra donde vosotros habitáis.” ⁸ Y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre Jonadab hijo de Recab en todas las cosas que nos mandó: no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros ni nuestras mujeres ni nuestros hijos ni nuestras hijas; ⁹ y no edificar casas para nuestra habitación, ni tener viña ni heredad ni sementera. ¹⁰ Habitamos, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab, nuestro padre. ¹¹ Sucedió, no obstante, que cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, subió a la tierra, dijimos: “Venid, ocultémonos en Jerusalén de la

presencia del ejército de los caldeos y de la presencia del ejército de los de Siria”, y en Jerusalén nos quedamos.»

Ahora Jeremías nos lleva al pasado, a un hecho que ocurrió durante el reinado de Joacim (609–597 a.C.). Después de su victoria en Carquemis sobre los egipcios y sus aliados (uno de los cuales era Judá), Nabucodonosor atacó Judá y a Jerusalén. El ataque de los ejércitos de Nabucodonosor obligó a la familia de los recabitas a refugiarse en la ciudad. Jeremías usó la historia de esa casa para darle otra lección al pueblo de Judá. Les mostró a sus lectores la actitud que había tenido el pueblo de Judá hacia la palabra de Dios, actitud que iba a persistir hasta el final de la existencia de Jerusalén. Nadie le prestó ninguna atención a la palabra de Dios. En realidad, muchos se rebelaban abierta y hostilmente contra ella. Y precisamente su franca incredulidad, incluido el rechazo a la palabra de Dios, fue la razón principal de la caída de la ciudad.

Los recabitas eran una familia antigua e importante en la tierra de Israel. Jonadab, uno de los antepasados que se menciona en este capítulo, se había aliado con Jehú para sacar del trono al impío rey Acab (2 Reyes 10:15-17). Esto nos muestra que esa familia era importante.

Con la finalidad de capacitarlos para conservar los secretos de su oficio, Jonadab había establecido tradiciones familiares rigurosas. Se debían mantener apartados del vino y de cualquier otra bebida alcohólica; debían vivir en tiendas y no trabajar en ninguna actividad relacionada con la agricultura. Y esas tradiciones le habían hecho bien a la familia. Por más de dos siglos habían mantenido intactas las tradiciones que les había pasado Jonadab.

Pero ahora el Señor por medio del profeta los iba a poner a prueba ante la vista de todo el pueblo. Reunió a todos los varones de la familia de los recabitas en un aposento de los atrios del templo. Estos aposentos les proporcionaban un lugar de retiro a

los que iban a ofrecer sacrificio y culto de adoración. Ante la presencia de testigos, Jeremías les ofreció vino a los recabitas y los apremió a tomarlo. Ellos se negaron a hacerlo, porque beber vino habría violado los deseos de su antepasado. Por su fidelidad y por el ejemplo que daban, el Señor prometió la continuación de su linaje a pesar de los tiempos tan difíciles que se aproximaban (versículos 18,19).

¹² Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¹³ «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Ve y di a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: ¿No aprenderéis a obedecer mis palabras? dice Jehová. ¹⁴ Fue firme la palabra de Jonadab hijo de Recab, el cual mandó a sus hijos que no bebieran vino, y no lo han bebido hasta hoy, por obedecer al mandamiento de su padre. En cambio, yo os he hablado desde el principio y sin cesar, y no me habéis escuchado. ¹⁵ Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, enmendad vuestras obras y no vayáis tras dioses extraños para servirlos, y viviréis en la tierra que os di a vosotros y a vuestros padres; pero no inclinasteis vuestro oído ni me escuchasteis. ¹⁶ Ciertamente los hijos de Jonadab hijo de Recab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido. ¹⁷ Por tanto, así ha dicho Jehová, Dios de los ejércitos, Dios de Israel: Yo traeré sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén todo el mal que contra ellos he hablado, porque les hablé y no escucharon, los llamé y no han respondido.»

¹⁸ Dijo, pues, Jeremías a la familia de los recabitas: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: “Por cuanto obedecisteis al mandamiento de Jonadab, vuestro padre, y guardasteis todos sus mandamientos e hicisteis conforme a todas las cosas que él os mandó, ¹⁹ por eso, no faltará de

Jonadab hijo de Recab, un descendiente que esté en mi presencia todos los días.”» Así lo ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel.

Ahora Jeremías llega a una conclusión. Argumenta que si una familia se aferra a una tradición o a un mandato establecido por un padre humano, entonces, ¿no debía, con mucha más razón, respetar el pueblo de Dios los deseos de su Padre celestial? Porque, ¿cuál es más importante: la palabra de un mortal o la del Dios vivo? La respuesta era evidente. La familia había conservado las tradiciones establecidas por Jonadab durante más de 200 años. No los podían persuadir de que se olvidaran de ellas. Permanecieron fieles a los deseos de su antepasado, y esa obediencia fue una verdadera bendición para ellos.

Dios les había hablado continuamente al pueblo de Judá y al pueblo de Jerusalén por medio de sus profetas. Él era Jehová, el Dios todopoderoso, su Padre, y su Salvador. Había hecho un pacto solemne con ellos, la cual era su palabra para ellos, sus enseñanzas, su voluntad explícita. Los había llamado al arrepentimiento y les había prometido múltiples bendiciones, ¡si tan sólo escucharan!

Lo que el Señor tenía que decir era de mucha más importancia que lo que cualquiera pudiera decir. Sin duda su pueblo lo debía escuchar con una mejor disposición que la que tuvieron los recabitas para escuchar a su antepasado. ¡Pero no era así! Al pueblo de Judá y de Jerusalén les importaba menos la palabra de Dios de lo que a los recabitas les importaba la palabra de su antepasado. El pueblo de Judá y el de Jerusalén, habían rechazado y desobedecido la palabra divina, por lo tanto no podían esperar ninguna de las bendiciones que su fidelidad les hubiera traído, sino solamente el desastre que el Señor había amenazado enviar.

¿Cuántas veces se ha repetido la misma historia? ¿Tenemos la tendencia a pensar más en nuestras tradiciones y en las promesas que hemos hecho que en la palabra misma de Dios? Cuando enfrentamos una situación difícil, ¿no estamos tentados a escoger

el camino más fácil y poner el interés personal por sobre todo lo demás? Pero al hacer esto, podemos estar olvidando las grandes bendiciones que Dios les ha prometido a los que son fieles a su palabra, y nos acarreamos la condenación que viene por la desobediencia.

Joacim quema el rollo del libro de Jeremías

36 Aconteció en el cuarto año de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, que vino esta palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ² «Toma un rollo en blanco y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel, contra Judá y contra todas las naciones, desde el día en que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy. ³ Quizá oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles para que se arrepienta cada uno de su mal camino. Entonces yo perdonaré su maldad y su pecado.»

⁴ Llamó Jeremías a Baruc hijo de Nerías, y escribió Baruc en un rollo en blanco, dictadas por Jeremías, todas las palabras que Jehová le había hablado. ⁵ Después mandó Jeremías a Baruc, diciendo:

«A mí se me ha prohibido entrar en la casa de Jehová. ⁶ Entra tú, pues, y de este rollo que escribiste dictado por mí, lee las palabras de Jehová a los oídos del pueblo en la casa de Jehová, el día del ayuno. Y las leerás también a oídos de todos los de Judá que vienen de sus ciudades. ⁷ Quizá llegue la oración de ellos a la presencia de Jehová, y se vuelva cada uno de su mal camino; porque grande es el furor y la ira que ha expresado Jehová contra este pueblo.»

Es probable que Jeremías hubiera recibido la orden que le dio el Señor de escribir las palabras de su profecía a fines del año 605 a.C., y que su trabajo hubiera terminado un año después. Su primera edición comprende todas las palabras que había recibido del Señor durante un cuarto de siglo de su ministerio. Es

sorprendente que Jeremías pudiera recordar tal cantidad de material. Sin embargo, debemos ver que antes de la invención de la imprenta muchas personas se vieron obligadas a desarrollar la habilidad de memorizar hasta un grado increíble. Algunos escribas, por ejemplo, eran capaces de recitar de memoria la mayor parte del Antiguo Testamento. Pocos sabían escribir, así que la mayor cantidad de información era transmitida oralmente y llegaron a ser muy buenos en eso. No hay duda de que el Señor mismo se aseguró de ayudar a que los recuerdos de Jeremías fueran exactos y fieles.

Al llegar a este punto, Jeremías nos presenta a Baruc, su compañero y ayudante más fiel, quien era escriba de profesión. Y como la mayoría de la gente no podía escribir, los escribas llegaron a ser una clase profesional importante. Ellos hacían la mayoría de los escritos, transcribiendo documentos y proclamaciones importantes para tener una referencia más fácil y permanente. Con este fin usaban un material conocido como papiro, que era semejante al papel y que procedía de un tipo de junco que crecía en Egipto. Baruc, además de servir como escriba de Jeremías, también lo ayudaba desempeñando otros quehaceres. En este caso, se le pidió que también leyera el rollo.

Y como Jeremías había proclamado su mensaje en partes durante más de veinte años de ministerio, el propósito del escrito era dar una idea general completa de la predicación del profeta. El impacto de todo el mensaje terminado iba a ser más notorio y significativo. El Señor esperaba que cuando la nación judía oyera todo el mensaje, lo tomara a pecho, y se arrepintiera de su maldad.

Ya que Jeremías no podía asistir personalmente al templo, le entregó a su escriba el rollo para que lo leyera ante los demás. Quizá sucedió que luego de su sermón anterior (Jeremías 26) que había provocado un tumulto, el rey o los funcionarios del templo dieron órdenes para que no lo dejaran entrar otra vez al templo, esperando así acallar la voz del profeta. Por eso, Jeremías envió a Baruc en su lugar para que leyera el rollo. Con el fin de tener la mayor cantidad posible de oyentes, el escriba lo iba a leer en un

día importante de ayuno. Al enviar a Baruc para leer el escrito, el Señor también quería darles una lección a los funcionarios. Aunque ellos podían limitar los movimientos del profeta Jeremías, sin embargo no podían detener la predicación de la palabra del Señor ni su avance, porque “la palabra de Dios no está presa” (2 Timoteo 2:9).

⁸ Y Baruc hijo de Nerías hizo conforme a todas las cosas que le mandó el profeta Jeremías, leyendo del libro las palabras de Jehová en la casa de Jehová.

⁹ Aconteció en el año quinto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, en el mes noveno, que en la presencia de Jehová promulgaron ayuno a todo el pueblo de Jerusalén y a todo el pueblo que venía de las ciudades de Judá a Jerusalén. ¹⁰ Y Baruc leyó del libro las palabras de Jeremías en la casa de Jehová, en el aposento de Gemarías hijo de Safán, escriba, en el atrio de arriba, a la entrada de la puerta nueva de la casa de Jehová, a oídos del pueblo.

¹¹ Micaías hijo de Gemarías hijo de Safán, habiendo oído del libro todas las palabras de Jehová, ¹² descendió a la casa del rey, al aposento del secretario, y encontró que todos los jefes estaban allí sentados: Elisama, el secretario, Delaía hijo de Semaías, Elnatán hijo de Acbor, Gemarías hijo de Safán, Sedequías hijo de Ananías, y todos los demás jefes. ¹³ Y les contó Micaías todas las palabras que había oído cuando Baruc leyó del libro a oídos del pueblo. ¹⁴ Entonces enviaron todos los jefes a Jehudí hijo de Netanías hijo de Selemías, hijo de Cusi, a decirle a Baruc: «Toma el rollo en el que leíste a oídos del pueblo, y ven.» Y Baruc hijo de Nerías tomó el rollo en su mano y fue a ellos. ¹⁵ Le dijeron: «Siéntate ahora y léenoslo a nosotros.» Y Baruc se lo leyó. ¹⁶ Cuando oyeron todas aquellas palabras, cada uno se volvió espantado a su compañero, y dijeron a Baruc: «¡Sin duda, le contaremos al rey todas estas palabras!» ¹⁷ Preguntaron luego a Baruc, diciendo:

—Cuéntanos ahora cómo escribiste de boca de Jeremías todas estas palabras.

¹⁸ Baruc les dijo:

—Él me dictaba en voz alta todas estas palabras y yo las escribía con tinta en el libro.

¹⁹ Entonces dijeron los príncipes a Baruc:

—Vete, y escondeos tú y Jeremías, y que nadie sepa dónde estáis.

Tal como Jeremías se lo había ordenado, Baruc fue al templo. También él tenía la misma audacia que había visto en Jeremías. Sin importarle lo que le costara, estaba listo para leer la palabra de Dios. Fue al aposento de Gemarías, hijo de Safán el secretario, un funcionario importante del gobierno, quizá el hombre que tenía la responsabilidad de cuidar los archivos y los registros de la nación. La familia de Safán reverenciaba a Dios y estaba de acuerdo con los propósitos del Señor y con sus profetas. En un capítulo anterior, Jeremías nos dice que Ahicam, hijo de Safán, le había salvado la vida (Jeremías 26:24).

Miqueas, el nieto de Safán y sobrino de Ahicam, escuchó a Baruc mientras leía el rollo, y de inmediato les comunicó a los otros funcionarios del gobierno, que a su vez habían sido preparados bajo el piadoso rey Josías, el contenido del tratado de Jeremías. Debido al posible impacto que pudiera tener por su contenido, le pidieron a Baruc que lo leyera en presencia de ellos también. No hay duda que muchos de los funcionarios, a través de los años, ya habían escuchado parte del mensaje por boca del profeta mismo.

Y el mensaje tuvo el efecto deseado. Dado que esas personas eran creyentes, tuvieron miedo. Consideraron que el mensaje era de vital importancia para el gobierno, pues se trataba de la sobrevivencia del gobierno y de la nación misma. Se propusieron enseñarle el mensaje al rey, mostrando con esa acción un gran valor y amor por su patria. Sabían cuáles eran los sentimientos del

rey Joacim al respecto, pero esperaban que después de escuchar el mensaje, él también se arrepintiera.

Con el fin de verificar el contenido del rollo le hicieron muchas preguntas a Baruc. Quizá alguien había comenzado a esparcir el rumor de que era Baruc, no Jeremías, el principal responsable del mensaje predicado por el profeta. Notemos con cuánto cuidado el profeta enumera los nombres de esos príncipes; su número e identidad son un testimonio sólido y confiable del autor y de la autenticidad de los rollos proféticos. De su investigación no quedó más que concluir que el autor del rollo era Jeremías mismo. El profeta dictó y Baruc escribió.

Dios aquí nos da un relato de primera mano de cómo se escribió al menos uno de los libros de la Biblia. Lo hace así para que tengamos la seguridad de que en la Biblia realmente tenemos su palabra. Porque “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque ninguna profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombre de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20,21). Dándose cuenta de que el rey podía reaccionar con furia después de la lectura del rollo, los príncipes les ordenaron a Jeremías y a Baruc que se ocultaran por su propia seguridad.

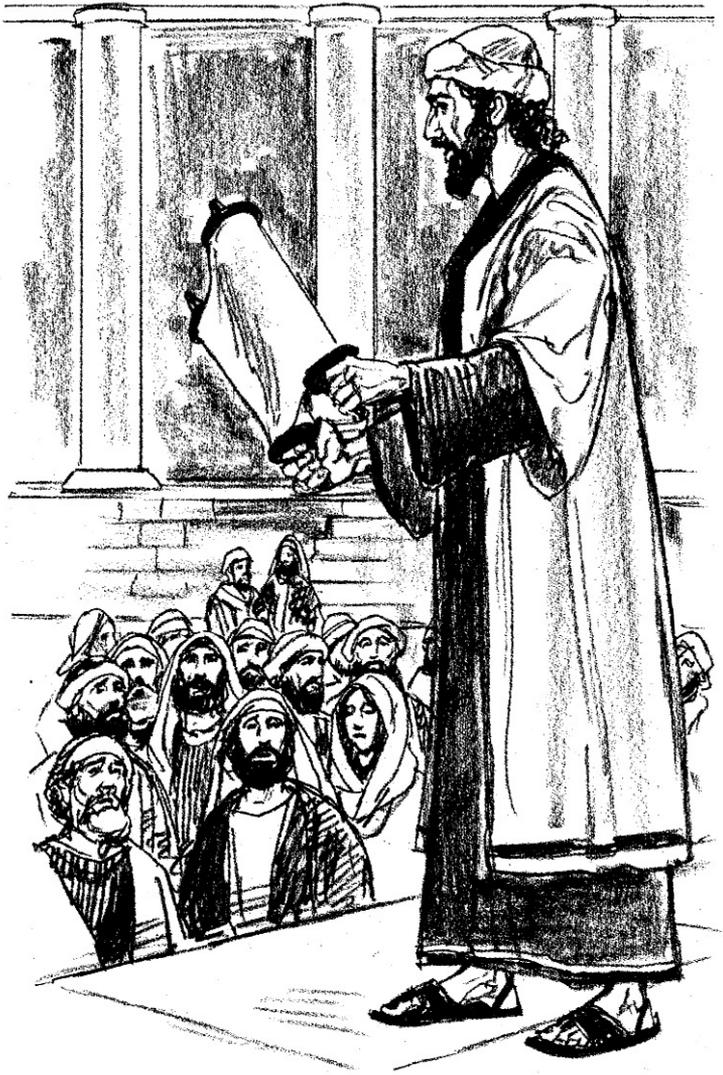
²⁰ Y entraron a donde estaba el rey, al atrio, después de depositar el rollo en el aposento de Elisamá el secretario; y contaron a oídos del rey todas estas palabras. ²¹ Y envió el rey a Jehudí a que tomase el rollo, el cual lo tomó del aposento de Elisamá el secretario, y leyó en él Jehudí a oídos del rey, y a oídos de todos los príncipes que junto al rey estaban. ²² Y el rey estaba sentado en la casa de invierno en el mes noveno, y había un brasero ardiendo delante de él. ²³ Cuando Jehudí había leído tres o cuatro planas, lo rasgó el rey con un cortaplumas de escriba, y lo echó en el fuego que había en el brasero, hasta que todo el rollo se consumió sobre el fuego que en el brasero había. ²⁴ Y no tuvieron temor ni

rasgaron sus vestidos el rey ni ninguno de sus siervos que oyeron todas estas palabras. ²⁵ Y aunque Elnatán y Delaías y Gemarías rogaron al rey que no quemase aquel rollo, no los quiso oír. ²⁶ También mandó el rey a Jerameel hijo de Hamelec, a Seraías hijo de Azriel y a Selemías hijo de Abdeel, para que prendiesen a Baruc el escribiente y al profeta Jeremías; pero Jehová los escondió.

Después de que los príncipes guardaron el rollo, le informaron al rey acerca de su contenido. El rey le ordenó a Jehudí, uno de los escribas, que fuera por el rollo para escuchar por él mismo lo que decía. Cuando el escriba terminó de leer tres o cuatro columnas del escrito, el rey se lo arrebató y haciéndolo pedazos, lo arrojó al brasero que tenía para calentarse los pies (en diciembre hace frío en Jerusalén). Así quemó el rey todo el rollo y con ello horrorizó a los que le habían advertido de su contenido, porque sabían muy bien que el severo mensaje de juicio que anunció Jeremías provenía directamente de Dios y que las catástrofes que habían sido profetizadas se iban a cumplir. Por desgracia, el mensaje no tuvo sobre el rey el efecto deseado, sino el que tanto temían. Una vez más Joacim dio muestras de la desobediencia que tanto lo caracterizaba (Jeremías 22:21).

El mensaje del rollo no logró hacer que se arrepintieran ni el rey ni sus asistentes. Joacim había procurado rodearse de hombres que pensarán igual que él. Permaneció sin arrepentirse y demostró un desprecio total por la palabra de Dios. Con su acción demostró que para él la palabra era buena sólo para calentarle los pies y no tenía mayor valor que el papiro barato en el que había sido escrita.

La actitud del rey era la misma que tenían la mayoría de sus súbditos. El pueblo de Judá compartía un desprecio similar por la Palabra. Inmediatamente después de la lectura del rollo, el rey le ordenó a uno de sus hijos y a algunos de sus ayudantes personales que arrestaran a Jeremías y a Baruc. Sin duda alguna planeaba matarlos, pero el intento falló. El Señor, que era el verdadero



Baruc

enemigo del rey, conservó al profeta y a su fiel ayudante, sanos y salvos.

²⁷ Después que el rey quemó el rollo que contenía las palabras escritas por Baruc al dictado de Jeremías, vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ²⁸ «Vuelve a tomar otro rollo y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo que quemó Joacim, rey de Judá. ²⁹ Y dirás a Joacim, rey de Judá: “Así ha dicho Jehová: Tú quemaste este rollo, diciendo: ‘¿Por qué escribiste en él que de cierto vendrá el rey de Babilonia, y que destruirá esta tierra y hará que no queden en ella ni hombres ni animales?’ ³⁰ Por tanto, esto ha dicho Jehová acerca de Joacim, rey de Judá: No tendrá quien se siente sobre el trono de David, y su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche. ³¹ Castigaré su maldad en él, en su descendencia y en sus siervos. Traeré sobre ellos, sobre los habitantes de Jerusalén y sobre los hombres de Judá, todo el mal que les he anunciado y que no quisieron escuchar.”»

³² Tomó, pues, Jeremías otro rollo y lo dio a Baruc hijo de Nerías, escriba; y escribió en él, dictadas por Jeremías, todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joacim, rey de Judá. Y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes.

Con el acto de la destrucción del rollo, el rey se sintió satisfecho imaginándose que había vencido. Pero la palabra del Señor no se puede hacer a un lado tan fácilmente; Dios respalda su palabra. Así que le mandó a Jeremías que escribiera otro rollo con el mismo mensaje agregando otras palabras que había recibido del Señor. Sabemos que durante la siguiente década o un poco más, Jeremías continuó agregándole al escrito las palabras del Señor, conservándolas para Judá y para que todos nosotros las leamos.

El Señor le envió un mensaje especial a este rey despectivo. Aunque su hijo lo iba a suceder al trono, pronto iba a ser depuesto

y exiliado y ningún otro hijo suyo lo sucedería. El rey mismo iba a morir sin que nadie lo sepultara ni lamentara su muerte. Y el mismo destino iban a tener los que compartían su actitud. En realidad, todos los que vivían en Judá y en Jerusalén iban a sufrir muerte semejante, porque “no quisieron escuchar”. La impenitencia, la desobediencia y la incredulidad de Judá y Jerusalén fueron la verdadera razón de su caída como nación.

A través del mensaje del capítulo 36 el Señor le ofrece dos palabras de garantía al pueblo de los días de Jeremías y a todos los que alguna vez leyeran el mensaje del rollo. Primero, *el mensaje que entregaban los profetas procedía de Dios mismo*. Él era el autor; las palabras eran suyas; nadie debería dudarlas. Cada persona que escuchara y leyera estas palabras estaría leyendo y oyendo palabras que procedían de la boca misma de Dios. En segundo lugar, *ningún poder ni del cielo ni de la tierra puede poner a un lado ni destruir esta palabra*. El Señor cuida y protege su palabra. El malvado rey Joacim trató de destruir la profecía de Jeremías, pero Dios se aseguró de conservarla para nosotros hasta el día de hoy. El propósito de la Palabra es llevar al oyente y lector cara a cara con el Dios viviente. Nuestro Señor ha prometido: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lucas 21:33).

Jeremías en prisión

37 En lugar de Conías hijo de Joacim reinó el rey Sedequías hijo de Josías, al cual Nabucodonosor, rey de Babilonia, constituyó por rey en la tierra de Judá. ² Pero no obedecieron ni él ni sus siervos ni el pueblo de la tierra a las palabras de Jehová, las cuales dijo por medio del profeta Jeremías.

³ Envió el rey Sedequías a Jucal hijo de Selemías y al sacerdote Sofonías hijo de Maasías para que dijeran al profeta Jeremías: «Ruega ahora por nosotros a Jehová, nuestro Dios.» ⁴ Y Jeremías entraba y salía en medio del

pueblo, porque todavía no lo habían puesto en la cárcel.

⁵ Cuando ya el ejército del faraón había salido de Egipto y llegó la noticia de ello a oídos de los caldeos que tenían sitiada a Jerusalén, se retiraron de Jerusalén.

⁶ Entonces vino palabra de Jehová al profeta Jeremías, diciendo: ⁷ «Así ha dicho Jehová, Dios de Israel, que digáis al rey de Judá, que os envió a mí para que me consultarais: “El ejército del faraón, que había salido en vuestro socorro, se ha vuelto a la tierra de Egipto. ⁸ Por eso, los caldeos vendrán de nuevo, atacarán esta ciudad, la tomarán y le prenderán fuego. ⁹ Así dice Jehová: No os engañéis a vosotros mismos, diciendo: ‘Sin duda, los caldeos se irán ya de aquí’, porque no se irán, ¹⁰ porque aun cuando derrotarais a todo el ejército de los caldeos que pelean contra vosotros, y solamente quedaran de ellos algunos hombres heridos, cada uno se levantaría de su tienda para prender fuego a esta ciudad.”»

El profeta Jeremías retrocede a un tiempo anterior al sitio de Jerusalén. El capítulo anterior nos informó que debido a que el ejército egipcio había avanzado desde Egipto, los babilonios terminaron con el sitio de la ciudad para hacerle frente a ese nuevo peligro. Fue durante esos días que Sedequías le envió mensajeros a Jeremías para pedirle que orara por Judá. El levantamiento del sitio había suscitado esperanzas en todo el pueblo, Sedequías esperaba que estas nuevas esperanzas se convirtieran en realidad; con ese propósito le pidió al profeta que orara para que Dios le pusiera un fin permanente al sitio de la ciudad.

Aunque Sedequías le consultaba con frecuencia a Jeremías, es evidente que nunca siguió sus consejos. En realidad, nunca creyó en su corazón en lo que decía el Señor. En cambio, seguía las recomendaciones de sus consejeros principales, y hasta temía ir en contra de ellos. Sedequías, tristemente, siguió el mismo camino desastroso de su malvado hermano Joacim. Él había recibido el trono gracias a Nabucodonosor, sin embargo no mostró

ninguna lealtad hacia él. El mismo patrón de incredulidad y de desobediencia continuó como antes.

Al momento de relatar estos sucesos, el profeta Jeremías aún estaba libre. En el capítulo 32 había estado bajo arresto en el patio de la cárcel. Este capítulo nos explica cómo sucedió su arresto. Jeremías había echado por tierra las falsas esperanzas del rey y de todo el pueblo. Les dijo que nada había cambiado, el juicio del Señor seguía en pie, su persistente impenitencia iba a ser la razón de la caída de la ciudad.

Y con la finalidad de borrar cualquier falsa esperanza, Jeremías pintó un panorama aterrador. Aun si se diera el caso de que fueran capaces de derrotar al ejército babilonio en la batalla, sin embargo cada uno de los soldados heridos saldría de su tienda para destruir a Jerusalén. El mensaje fue claro para todos los de Judá. Tal como el Señor los había salvado una vez, en la ocasión de la invasión asiria cuando destruyó su ejército en una sola noche (Isaías 37), así ahora destruiría la ciudad al permitir que los caldeos salgan victoriosos. Ningún milagro los iba a salvar esta vez, porque el Señor estaba contra ellos.

¹¹ Aconteció que cuando el ejército de los caldeos se retiró de Jerusalén a causa del ejército del faraón, ¹² Jeremías salía de Jerusalén para irse a tierra de Benjamín, para apartarse de en medio del pueblo. ¹³ Y cuando llegó a la puerta de Benjamín, estaba allí un capitán que se llamaba Irías hijo de Selemías hijo de Hananías, el cual apresó al profeta Jeremías, diciendo: «¡Tú te pasas a los caldeos!» ¹⁴ Jeremías dijo: «¡Falso, no me paso a los caldeos!» Pero él no le escuchó, sino que prendió Irías a Jeremías y lo llevó delante de sus jefes. ¹⁵ Los jefes se airaron contra Jeremías. Lo azotaron y lo pusieron en prisión en la casa del escriba Jonatán, la cual habían convertido en cárcel.

¹⁶ Entró, pues, Jeremías en la casa de la cisterna y en las bóvedas. Y habiendo estado allí Jeremías por muchos días, ¹⁷ el rey Sedequías envió y lo sacó; y le preguntó el rey

secretamente en su casa, diciendo: «¿Hay palabra de Jehová?» Jeremías dijo: «Hay»; y agregó: «En manos del rey de Babilonia serás entregado.»¹⁸ Dijo también Jeremías al rey Sedequías: «¿En qué pequé contra ti, contra tus siervos y contra este pueblo, para que me pusierais en la cárcel?¹⁹ ¿Dónde están vuestros profetas que os profetizaban diciendo: “No vendrá el rey de Babilonia contra vosotros ni contra esta tierra”?²⁰ Escucha, pues, te ruego, mi señor, el rey, atiende ahora mi súplica que traigo delante de ti: ¡No me hagas volver a casa del escriba Jonatán, para que no me muera allí!»²¹ Entonces dio orden el rey Sedequías, y custodiaron a Jeremías en el patio de la cárcel, haciéndole dar una torta de pan al día, de la calle de los Panaderos, hasta que todo el pan de la ciudad se agotara. Y quedó Jeremías en el patio de la cárcel.

Jeremías, junto con sus compatriotas judíos, planeó aprovechar la retirada de los babilonios para regresar a su casa de Anatot, en el territorio de la tribu de Benjamín, para sacar algunas de sus posesiones y las de su familia. La predicación de Jeremías y su supuesto apoyo a Nabucodonosor lo había vuelto muy impopular. Muchos de sus paisanos lo consideraban sólo un traidor. Sin embargo, hasta este momento, sus enemigos habían sido incapaces de hacerle daño. Pero ahora se les presentó la oportunidad. Cuando Jeremías dejaba la ciudad saliendo por la puerta norte, Irías, el capitán de la guardia, lo detuvo, lo acusó de ser traidor y lo arrestó.

Irías lo entregó a sus superiores, funcionarios del gobierno que se oponían fuertemente al profeta. Este era un grupo de funcionarios tan poderosos políticamente que hasta se daban el lujo de desafiar la autoridad del rey. En todo caso, se oponían al mensaje de Jeremías y a su obra profética. Se aprovecharon del arresto del profeta para golpearlo y ponerlo en una cárcel de máxima seguridad. Ahora Jeremías se encontraba en la difícil

situación de estar en manos de sus enemigos más acérrimos. El duro trato y el encarcelamiento quebrantaron su salud y debilitaron su espíritu.

Después de que sus ejércitos habían hecho que los egipcios se regresaran a su tierra, Nabucodonosor se dedicó a atacar sin piedad a la ciudad de Jerusalén. De nuevo Sedequías hizo llamar a Jeremías e hizo que lo sacaran de su celda para que se presentara ante él en el palacio. El rey, que se caracterizaba por su falta de personalidad, le preguntó a Jeremías si había tenido nuevas revelaciones del Señor. Sin tener realmente ninguna promesa del Señor, ni ningún cambio, el rey aún buscaba encontrar una esperanza por más pequeña que fuera para aferrarse a ella. Pero no había ninguna, la palabra del Señor seguía siendo la misma de siempre. La ciudad iba a caer y el rey iba a ser entregado en manos de los babilonios.

Jeremías estaba enojado y desesperado, así que aprovechó esta oportunidad para pedir una explicación por el cruel trato que estaba recibiendo. ¿Qué crimen había cometido? Él no era el que merecía estar encarcelado. ¿Dónde estaban ahora los falsos profetas que habían predicho que los caldeos nunca atacarían la ciudad? ¿Qué había de sus palabras ahora? Jeremías siempre había dicho la verdad porque su palabra procedía de Dios mismo. Le suplicó al rey que no lo hiciera volver a la prisión en la que había estado. Sabiendo que Jeremías tenía razón, Sedequías ordenó que el profeta fuera puesto bajo custodia en el patio de la cárcel. Mientras hubiera pan en la ciudad, Jeremías recibiría una ración.

Aunque parecería que con esta decisión el rey al fin tenía el valor de enfrentarse a sus funcionarios, la verdad es que seguía siendo débil. Sencillamente no se pudo arrepentir ni pudo hacer lo que el profeta le había aconsejado. Aunque tenía ante él todas las evidencias de que Jeremías había dicho la verdad, parecía poco dispuesto o incapaz de cambiar el curso destructivo que lo llevaba a su propia ruina. Este es un ejemplo de la forma en que obra la falta de fe en el corazón del hombre.

Echan a Jeremías en una cisterna

38Oyeron Sefatías hijo de Matán, Gedalías hijo de Pasur, Jucal hijo de Selemías y Pasur hijo de Malquías, las palabras que Jeremías hablaba a todo el pueblo, diciendo: ² «Así ha dicho Jehová: El que se quede en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de peste; pero el que se pase a los caldeos, vivirá. Su vida le será por botín, y vivirá. ³ Así ha dicho Jehová: De cierto será entregada esta ciudad en manos del ejército del rey de Babilonia, y la tomará.» ⁴ Y dijeron los jefes al rey: «Muera ahora este hombre; porque de esta manera hace desmayar las manos de los hombres de guerra que han quedado en esta ciudad, y las manos de todo el pueblo, hablándoles tales palabras; porque este hombre no busca la paz de este pueblo, sino el mal.» ⁵ Dijo el rey Sedequías: «Él está en vuestras manos, pues el rey nada puede hacer contra vosotros.» ⁶ Entonces tomaron ellos a Jeremías y lo hicieron meter en la cisterna de Malquías hijo de Hamelec, que estaba en el patio de la cárcel. Bajaron a Jeremías con sogas a la cisterna, en la que no había agua, sino barro; y se hundió Jeremías en el barro.

Mientras los caldeos tenían sitiada a la ciudad de Jerusalén, el mensaje que el Señor enviaba por medio de su profeta seguía siendo: “¡Ríndanse ante los caldeos!”. El mensaje no había variado en lo más mínimo, pero el peligro de proclamarlo era cada vez mayor a medida que empeoraba la situación de sitio de la ciudad. El mensaje exhortaba, a los que aún quedaban, a que se entregaran en manos de los atacantes. Les prometía que cualquiera que se rindiera iba a conservar la vida. Amenazaba con la captura y con la muerte, a todo aquel que opusiera resistencia.

A pesar de que Jeremías había sido puesto en la cárcel del patio del palacio real, su mensaje se seguía difundiendo y los más cercanos eran los que estaban a cargo de la defensa de la ciudad. Un buen número de soldados y funcionarios del gobierno habían

escuchado el mensaje una y otra vez. Quizá la prédica insistente de Jeremías había hecho dudar a los militares acerca de si valía la pena seguir resistiendo. Algunos creyeron lo que el profeta había dicho. Seguramente algunos habían seguido el consejo de la palabra de Dios, y se habían pasado a los caldeos.

Sin embargo, el mensaje de Jeremías y la libertad con la que ahora lo proclamaba, encolerizó a muchos nobles poderosos y altos funcionarios del gobierno. El mensaje del profeta estaba debilitando los intentos que hacían ellos por defender la ciudad. Por lo tanto, esos nobles se acercaron al rey con una exigencia: acusaron a Jeremías de que era traidor y por eso merecía morir. Es cierto que siempre había estado bajo la sospecha de ser desleal, pero el recrudecimiento del sitio había hecho que se le condenara con más intensidad. Los que acusaban al profeta presionaron al rey para que hiciera algo. Aunque sabía que no debía hacerlo, el rey les entregó a Jeremías; pues él no tenía ni la fuerza ni la resolución para oponérseles.

Los nobles y altos funcionarios iniciaron acción contra Jeremías, pero no lo mataron de inmediato. Quizá temían las consecuencias que podrían resultar de ese acto, o tal vez querían que tuviera una muerte lenta. Quizás se querían sentir aliviados de su propia culpa, quitarse el peso de la responsabilidad y echárselo al profeta. Usaron una antigua cisterna como calabozo provisional. Como la cisterna no contenía agua, en el fondo sólo había cieno y estaba infestada de alimañas. En esa prisión metieron al pobre y desafortunado profeta y lo abandonaron para que se muriera.

⁷ Oyó Ebed-melec, un etíope, eunuco de la casa real, que habían puesto a Jeremías en la cisterna; y estando sentado el rey a la puerta de Benjamín, ⁸ Ebed-melec salió de la casa del rey y habló al rey, diciendo: ⁹ «Mi señor, el rey, mal hicieron estos hombres en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías, al cual hicieron meter en la cisterna; porque allí morirá de hambre, pues no hay más pan en la ciudad.»

¹⁰ Entonces mandó el rey al mismo etíope Ebed-melec,

diciendo: «Toma contigo treinta hombres de aquí y haz sacar al profeta Jeremías de la cisterna, antes que muera.» ¹¹ Tomó, pues, Ebed-melec consigo a los hombres y entró en la casa del rey, debajo de la tesorería; tomó de allí trapos viejos, raídos y andrajosos, y con unas sogas los echó a Jeremías en la cisterna. ¹² Y dijo el etíope Ebed-melec a Jeremías: «Ponte ahora esos trapos viejos, raídos y andrajosos bajo los sobacos, por debajo de las sogas.» Y lo hizo así Jeremías. ¹³ De este modo sacaron con sogas a Jeremías y lo subieron de la cisterna. Y quedó Jeremías en el patio de la cárcel.

Jeremías hubiera muerto en esa fosa que era su prisión si no hubiera sido por la inesperada intervención de Ebed-melec. Este hombre, cuyo nombre significa “siervo del rey”, servía en la casa del rey. Su nombre es un misterio para nosotros; es evidente que tenía una posición importante y de confianza en el palacio. Y lo que es aun más notable es que no era judío, sino que es muy probable que fuera un etíope a quien el rey había traído para servir en su casa. Esos convenios y esos sirvientes eran algo muy común en aquellos tiempos.

Sin embargo, Ebed-melec no era una persona ordinaria. Para salvar al profeta se arriesgó a enfrentar la mortificación del rey, ya que él había permitido que se cometiera esa injusticia en contra de Jeremías, y de paso se acarrea el odio de los funcionarios influyentes a quienes no había consultado y a los que había pasado por alto. Sin embargo corrió el riesgo. Había escuchado el mensaje del hombre de Dios y había creído en sus palabras. Con una fe osada, Ebed-melec se acercó al rey cuando éste se encontraba sentado a la puerta de Benjamín, sirviendo como juez supremo.

Ebed-melec denunció la crueldad con la que los nobles y los altos funcionarios habían tratado a Jeremías. También dijo que el profeta de seguro moriría si alguien no intervenía pronto. Reconociendo que las palabras de Ebed-melec eran la verdad, el rey, como era su costumbre, cambió de idea y ordenó que Jeremías fuera liberado. Y para asegurarse de que su orden se cumpliera, el

rey envió a un contingente de treinta de sus hombres armados junto con Ebed-melec.

De inmediato Ebed-melec se preparó para rescatar al profeta. Jeremías se encontraba tan hambriento, sediento y debilitado por los abusos de los que había sido objeto que ni siquiera pudo subir por una escalera ni agarrarse de una soga para que lo sacaran del pozo. Ebed-melec previendo este problema sacó del palacio ropa y trapos viejos. Primero los arrojó al pozo e hizo que el profeta se los pusiera bajo los brazos y que después se atara una soga alrededor de él mismo. Esa ropa extra evitaría que la soga lo cortara debajo de los brazos. Los soldados sacaron a Jeremías de la cisterna, y él regresó al atrio del palacio, donde permaneció bajo la vigilancia y cuidado de Ebed-melec hasta que la ciudad cayó en manos de los caldeos.

Sedequías interroga otra vez a Jeremías

¹⁴ Después el rey Sedequías mandó traer al profeta Jeremías a su presencia, en la tercera entrada de la casa de Jehová. Y dijo el rey a Jeremías:

—Te haré una pregunta; no me ocultes ninguna cosa.

¹⁵ Jeremías dijo a Sedequías:

—Si te lo declaro, ¿no es cierto que me matarás? Y si te doy consejo, no me escucharás.

¹⁶ Juró el rey Sedequías en secreto a Jeremías, diciendo:

—¡Vive Jehová que nos hizo esta alma, que no te mataré ni te entregaré en manos de esos hombres que buscan tu vida!

¹⁷ Entonces dijo Jeremías a Sedequías:

—Así ha dicho Jehová, Dios de los ejércitos, Dios de Israel: “Si te entregas en seguida a los jefes del rey de Babilonia, tu alma vivirá y esta ciudad no será incendiada; vivirás tú y tu casa. ¹⁸ Pero si no te entregas a los jefes del rey de Babilonia, esta ciudad será entregada en manos de los caldeos; ellos la incendiarán, y tú no escaparás de sus manos.”

¹⁹ Y dijo el rey Sedequías a Jeremías:

—Tengo temor de que los judíos que se han pasado a los caldeos me entreguen en sus manos y hagan burla de mí.

²⁰ Dijo Jeremías:

—No te entregarán. Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás. ²¹ Pero si no quieres entregarte, ésta es la palabra que me ha mostrado Jehová: ²² Todas las mujeres que han quedado en casa del rey de Judá serán entregadas a los jefes del rey de Babilonia, y ellas mismas dirán:

**»“Te han engañado,
y han prevalecido contra ti tus amigos;
hundieron en el barro tus pies,
se volvieron atrás.”**

²³»Entregarán, pues, todas tus mujeres y tus hijos a los caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que serás entregado al poder del rey de Babilonia, el cual prenderá fuego a esta ciudad.

Una vez más Sedequías hizo llamar a Jeremías. Se reunió con él en un lugar donde nadie pudiera oír lo que hablaban. Esta iba a ser la última conversación que el rey y Jeremías sostendrían. El rey estaba vacilante, paralizado por la impenitencia, la inercia y la incredulidad. El profeta estaba cansado y debilitado por la terrible experiencia de la prisión. Sin embargo, lo intentó una vez más, esperando contra toda esperanza que ahora el rey sí lo escuchara.

El rey le pidió que le dijera la verdad. Jeremías, sabiendo por experiencia que hablar la verdad casi le había costado la vida antes, tuvo el temor de que después de escuchar sus palabras, el rey decidiera matarlo. Jeremías estaba convencido de que aunque el rey escuchara la verdad, sin duda su corazón iba a permanecer inmovible. En cualquier caso, no había ninguna razón para que Jeremías hablara. Para asegurarse de obtener una respuesta del profeta, el rey le juró que iba a proteger su vida. Él no lo mataría ni tampoco permitiría que sus nobles lo hicieran.

Satisfecho con esa promesa y movido por el amor que aún sentía en su corazón, por última vez Jeremías le repitió al rey el mismo mensaje que le había dicho tantas veces antes. Si el rey se entregaba, entonces tanto él como su familia vivirían. Su rendición no sólo lo beneficiaría a él y a su familia, sino que toda la ciudad se salvaría de la destrucción. Su rendición sería un acto tanto de valentía como de heroísmo, puesto que salvaría a la nación.

Pero Sedequías tenía otros temores y pretextos. Temía que si se rendía tal vez lo pondrían en manos de sus súbditos que ya se habían rendido y éstos lo torturarían. Una vez más Jeremías le había prometido al rey que si él se rendía todo saldría bien para él. En cambio, si no se rendía, él, su familia, y la nación entera serían aniquilados. Cuando la ciudad cayera en manos de los caldeos, todas las mujeres que vivían en el palacio, sus concubinas, y esposas se burlarían abiertamente de él por su debilidad. A primera vista parece que por el momento esas palabras habían conmovido al rey. Sin embargo, en los siguientes capítulos veremos que Sedequías prefirió dudar de la advertencia profética y no obedeció el consejo que el Señor le había dado por medio del profeta.

²⁴ Dijo Sedequías a Jeremías:

—Nadie sepa estas palabras, y no morirás. ²⁵Y si los jefes oyen que yo he hablado contigo, y vienen a ti a decirte: “Decláranos ahora qué hablaste con el rey; no nos lo ocultes, y no te mataremos; y dinos también qué te dijo el rey”, ²⁶ les dirás: “Supliqué al rey que no me hiciera volver a casa de Jonatán, para que no me muriera allí.”

²⁷ Vinieron luego, en efecto, todos los jefes a Jeremías y lo interrogaron. Él les respondió conforme a todo lo que el rey le había mandado. Con esto se alejaron de él, porque el asunto había sido oído. ²⁸Y quedó Jeremías en el patio de la cárcel hasta el día que fue tomada Jerusalén. Allí estaba cuando Jerusalén fue tomada.

El rey le ordenó a Jeremías que no le revelara a nadie el contenido de su conversación. Temiendo por su propia vida, él sabía que los nobles poderosos iban a interrogar al profeta. Si tuvieran el más mínimo indicio de que el rey estaba considerando la idea de rendirse, podrían matarlo con el pretexto de estar procurando el bienestar de la ciudad. En la opinión de los nobles, nada debía debilitar la resolución de los defensores de la ciudad. Jeremías le dio su palabra al rey y prometió obedecer sus deseos. Y sucedió que cuando los príncipes lo interrogaron acerca de la conversación que había sostenido con el rey, respondió sólo lo que Sedequías le había ordenado. Así, el profeta Jeremías siguió en la cárcel del patio del palacio hasta la caída de Jerusalén.

La caída de Jerusalén

39 En el noveno año de Sedequías, rey de Judá, en el mes décimo, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitiaron. ² En el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto, a los nueve días del mes, se abrió una brecha en el muro de la ciudad. ³ Entraron todos los jefes del rey de Babilonia y acamparon a la puerta del Medio: Nergal-sarezer, Samgar-nebo, Sarsequim, jefe de los eunucos, Nergal-sarezer, alto funcionario, y todos los demás jefes del rey de Babilonia. ⁴ Al verlos, Sedequías, rey de Judá, y todos los hombres de guerra, huyeron y salieron de noche de la ciudad por el camino del huerto del rey, por la puerta entre los dos muros; y salió el rey por el camino del Arabá. ⁵ Pero el ejército de los caldeos los siguió, y alcanzaron a Sedequías en la llanura de Jericó. Lo apresaron y lo hicieron subir a Ribla, en tierra de Hamat, donde estaba Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual lo sentenció. ⁶ Degolló el rey de Babilonia a los hijos de Sedequías en presencia de éste, en Ribla. Asimismo, el rey de Babilonia hizo degollar a todos los

nobles de Judá,⁷ y al rey Sedequías le sacó los ojos y lo aprisionó con grillos para llevarlo a Babilonia.⁸ Los caldeos incendiaron la casa del rey y las casas del pueblo, y derribaron los muros de Jerusalén.⁹ Al resto del pueblo que había quedado en la ciudad y a los que se habían adherido a él, con todo el resto del pueblo que había quedado, Nabuzaradán, capitán de la guardia, los deportó a Babilonia.¹⁰ Pero Nabuzaradán, capitán de la guardia, hizo que en tierra de Judá se quedaran los pobres del pueblo, los que nada tenían, y les dio viñas y heredades.

Jeremías describe el fin de la ciudad de Jerusalén con toda naturalidad. Su fin no fue nada natural ni para el profeta ni para el resto de sus habitantes. ¡Con una voluntad férrea Jeremías se guardó sus emociones! Guardó su pena para otro tiempo y para otro lugar. En el libro de Lamentaciones es donde da rienda suelta a su pena. A medida que nos da una crónica de los acontecimientos que precedieron a la caída de Jerusalén, él les demuestra a todos que el Señor había cumplido con su palabra. El Señor había actuado tal como había dicho que lo haría.

Después de tener sitiada a la ciudad por casi un año y medio, el ejército de Babilonia finalmente derrumbó los muros de Jerusalén. Nabucodonosor no estuvo presente cuando las fuerzas enemigas avanzaron sobre la ciudad. Se había marchado a unos 320 kilómetros al norte, a Ribla en Siria. En ese lugar estratégico estableció su cuartel general; desde allí no sólo podía vigilar el sitio de Jerusalén, sino que también podía observar el resto de su extenso imperio. Dejó que sus generales en jefe concluyeran la operación en Jerusalén. Entre esos comandantes estaban Nergal-sarezer de Samgar y su yerno. Una vez que la ciudad ya había sido doblegada, los comandantes de Nabucodonosor acamparon a la puerta, la de en medio, probablemente la puerta del Valle, ubicada entre la parte antigua y la nueva de la ciudad. Ahí iban a decidir el destino de sus cautivos.

Por lo visto el rey Sedequías y su guardia personal habían eludido hasta esos momentos la captura. Y el rey, temeroso como siempre de lo que le esperaba, huyó por la esquina sureste de la ciudad junto con su guardia personal y otros nobles, y se dirigió hacia el este del valle del Jordán. Si lograba cruzar el río estaría a salvo. Luego de correr por unos treinta kilómetros, el grupo logró llegar a los llanos del valle que rodean a Jericó, pero precisamente allí el ejército caldeo los alcanzó y los apresó. El Señor le había advertido que iba a ser capturado y llevado a Babilonia. Aunque había tenido muchas oportunidades de rendirse, se había negado y había preferido continuar en su incredulidad. Ahora iba a pagar el precio de sus actos.

Nabucodonosor le dio en la persona de Sedequías una lección a todo aquel que pretendiera rebelarse contra él. Poco después de su llegada al cuartel general de Ribla, el rey de Judá recibió su sentencia. Tuvo que presenciar la muerte cruel de sus propios hijos y después fueron asesinados todos los príncipes y nobles que le habían servido y aconsejado. Sedequías no tuvo ni siquiera el consuelo de llorar, porque entonces Nabucodonosor hizo que le sacaran los ojos. Lo último que vieron sus ojos fue la muerte de sus propios hijos. Ciego y encadenado con cadenas de bronce, fue llevado a la prisión de Babilonia. Allí iba a servir como una advertencia viviente para cualquiera que soñara rebelarse contra Nabucodonosor.

Tal como el Señor lo había predicho, los caldeos saquearon la ciudad y después le prendieron fuego. Para completar su destrucción y humillación derribaron sus muros, dejando a la ciudad sin ninguna protección. Después de eso, juntaron a la mayoría de los judíos que habían quedado y a los que se habían rendido antes, para llevárselos al exilio. El comandante de la guardia imperial dejó algunos de los más pobres para que quedaran como advertencia para otros y para que volvieran a poblar el país. Se aseguró de su lealtad dándoles propiedades. Y como todo lo que tenían se lo debían a los caldeos, éstos serían aliados fieles.

¹¹ Nabucodonosor había dado órdenes a Nabuzaradán, capitán de la guardia, acerca de Jeremías, diciendo: ¹² «Tómalo y vela por él; no le hagas mal alguno, sino haz con él como él te diga.» ¹³ Por tanto, Nabuzaradán, capitán de la guardia, el jefe de los eunucos Nabusazbán, el alto funcionario Nergal-sarezer y todos los jefes del rey de Babilonia ¹⁴ enviaron entonces a traer a Jeremías del patio de la cárcel, y lo entregaron a Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, para que lo llevara a casa. Y habitó en medio del pueblo.

¹⁵ Estando preso Jeremías en el patio de la cárcel, le vino palabra de Jehová, diciendo: ¹⁶ «Ve, habla a Ebed-melec, el etíope, y dile: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo traigo mis palabras sobre esta ciudad para mal y no para bien. Y esto sucederá en aquel día en presencia tuya. ¹⁷ Pero en aquel día yo te libraré, dice Jehová, y no serás entregado en manos de aquellos a quienes tú temes. ¹⁸ Ciertamente te libraré y no caerás a espada, sino que tu vida te será por botín, porque tuviste confianza en mí, dice Jehová.”»

Nabucodonosor había dado órdenes específicas acerca del profeta Jeremías; lo trataron bien y lo dejaron en paz. En realidad, le dieron a escoger lo que quisiera hacer. Nabucodonosor había oído acerca de las profecías de Jeremías y lo consideraba como un hombre de Dios. Y por su experiencia con Daniel y con sus administradores judíos, el rey Nabucodonosor tal vez había aprendido a respetar a los profetas del Señor.

El general en jefe en persona liberó a Jeremías y lo puso bajo la custodia de Gedalías, el nuevo gobernador de Judea. Una vez más un miembro de la familia de Safán iba a ser el protector de Jeremías (vea capítulo 26:24). Dios también había bendecido a esta familia fiel en el exilio. El Señor, siempre leal a sus promesas, había protegido a Jeremías a través de tantas tribulaciones.

Para terminar la historia, Jeremías nos hace volver precisamente al tiempo anterior a la caída de Jerusalén. Después de que Ebed-melec rescató al profeta de una muerte segura, el Señor lo recompensó. Aunque vería la destrucción de la ciudad, él mismo sería salvado. Ebed-melec sabía de la destrucción venidera porque creyó lo que el Señor había dicho por medio del profeta. Muchos morirían cuando cayera la ciudad, pero Ébed-mélec no moriría porque había confiado en el Señor. Dios nunca deja indefenso al creyente. Y cualquiera que ayude a alguien porque esa persona es un creyente recibirá su recompensa (Mateo 10:41,42).

LOS POCOS SOBREVIVIENTES NO APRENDEN NADA DEL DESASTRE JEREMÍAS 40-44

Jeremías es puesto en libertad

40 Palabra de Jehová que vino a Jeremías, después que Nabuzaradán, capitán de la guardia, lo envió desde Ramá, cuando lo encontró atado con cadenas entre todos los cautivos de Jerusalén y de Judá que iban deportados a Babilonia. ² Tomó, pues, el capitán de la guardia a Jeremías y le dijo: «Jehová, tu Dios, anunció este mal contra este lugar; ³ y lo ha traído y hecho Jehová según lo había dicho, porque pecasteis contra Jehová y no escuchasteis su voz. Por eso os ha venido esto. ⁴ Y ahora, he aquí que en este día yo te he librado de las cadenas que tenías en tus manos. Si te parece bien venir conmigo a Babilonia, ven, y yo velaré por ti; pero si no te parece bien venir conmigo a Babilonia, puedes quedarte. Mira, toda la tierra está delante de ti: ve a donde mejor y más cómodo te parezca ir. ⁵ Si prefieres quedarte, vuélvete a Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, a quien el rey de Babilonia ha puesto sobre todas las ciudades de Judá, y vive con él en medio del pueblo. O ve a donde te parezca más cómodo ir.» Le dio el capitán de la guardia provisiones y un presente, y lo despidió. ⁶ Se fue entonces Jeremías a Gedalías hijo de Ahicam, a Mizpa, y habitó con él en medio del pueblo que había quedado en la tierra.

Estos versículos nos dan más detalles acerca de la liberación de Jeremías. Al profeta, junto con otros, se lo habían llevado a Ramá (como a ocho kilómetros al norte de Jerusalén) al exilio. Los babilonios (caldeos) usaban esa ciudad como un centro de operaciones para reunir allí a los que iban a ser deportados a Babilonia.

Nabuzaradán, por órdenes de Nabucodonosor, buscó al profeta y lo encontró entre los cautivos. Después de dejarlo en libertad, Nabuzaradán le dio a escoger adónde quería ir, ya que como hombre libre tenía el derecho a ir a donde quisiera. Si optaba por ir a Babilonia podría vivir seguro bajo la protección de Nabuzaradán; si se quedaba, sería más arriesgado. Al capitán de la guardia no le importaba mucho lo que decidiera el profeta, pero le aconsejó que si deseaba quedarse, debía irse a vivir con Gedalías, el nuevo gobernador.

Aunque Jeremías no lo dice explícitamente, parece razonable suponer que Dios le aconsejó lo que debía hacer. Mientras el profeta consideraba la decisión de quedarse o de irse a Babilonia, el Señor lo dirigió a quedarse. Por esa razón el profeta se unió a Gedalías en Mizpa.

Parece extraño oír que Nabuzaradán, un pagano, le repite a Jeremías sus propias palabras proféticas. Jeremías había advertido que el resultado de la desobediencia de la nación iba a ser el desastre para Judá y Jerusalén. Dios cumplió su palabra y mandó la catástrofe.

Quizá este capitán de la guardia imperial quería disminuir un poco el dolor que el profeta sentía ante la pesadilla que había sobrecogido a los judíos. Jeremías había hecho todo lo que estaba a su alcance para llevarles el mensaje, pero ellos simplemente se habían negado a escucharlo. O quizá, Nabuzaradán pensó que Jeremías podría ser un buen consejero tanto para el gobernador como para el resto de los judíos.

Puesto que el profeta no deseaba ir a Babilonia, el capitán lo apremió a que se uniera a Gedalías. Le dio provisiones y un regalo, y lo puso en camino. Jeremías se reunió con Gedalías en Mizpa, una ciudad que estaba como a trece kilómetros al norte de Jerusalén y a unos cinco de Ramá. La ciudad de Mizpa fue escogida por el nuevo gobernador judío como su centro administrativo provisional.

Gedalías es asesinado

⁷ Los jefes del ejército que estaban por el campo junto con sus hombres, cuando oyeron que el rey de Babilonia había puesto a Gedalías hijo de Ahicam para gobernar la tierra, y que le había encomendado los hombres, las mujeres y los niños, y los pobres de la tierra que no fueron deportados a Babilonia, ⁸ se presentaron a Gedalías, en Mizpa. Eran: Ismael hijo de Netanías, Johanán y Jonatán hijos de Carea, Seraías hijo de Tanhumet, los hijos de Efai, el netofatita, y Jezanías, hijo de un maacateo; todos ellos junto con sus hombres. ⁹ Y Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán les juró a ellos y a sus hombres, diciendo: «No tengáis temor de servir a los caldeos. Habitad en la tierra, servid al rey de Babilonia y os irá bien. ¹⁰ Y he aquí que yo habito en Mizpa, para tratar con los caldeos que vendrán a nosotros. Pero vosotros tomad el vino, los frutos del verano y el aceite, ponedlos en vuestros almacenes y quedaos en vuestras ciudades que habéis tomado.» ¹¹ Asimismo todos los judíos que estaban en Moab, entre los hijos de Amón, en Edom, y los que estaban en todas las tierras, cuando oyeron decir que el rey de Babilonia había dejado a algunos en Judá y que había puesto sobre ellos a Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, ¹² todos estos judíos regresaron entonces de todos los lugares adonde habían sido echados, y vinieron a tierra de Judá, junto a Gedalías, en Mizpa. Y recogieron vino y abundantes frutos.

Poco a poco fueron volviendo los que habían huido de la ciudad durante el sitio. Algunos elementos dispersos del ejército se animaron y se reunieron en Mizpa, porque Nabucodonosor había escogido a Gedalías como gobernador. Jeremías enumera los nombres de los comandantes que se habían reunido allí. Otros que habían huido a lugares como Moab, Amón y Edom también

comenzaron a regresar y Gedalías los animó a rehacer su vida. Al jurar solemnemente les prometió hacer todo lo que estuviera de su parte para ayudarlos, y ofreció mediar entre ellos y sus amos caldeos.

El Señor no había dejado sin ninguna esperanza a los judíos que se habían quedado en los alrededores. Aunque el desastre era cuantioso, de haber ocurrido en otro tiempo hubiera sido peor. Habían perdido la cosecha de granos, aunque muchos habían escondido reservas de cereales en cisternas en lugares secretos. Afortunadamente era el final del verano, en septiembre o a principios de octubre, y las siembras todavía no habían sido cosechadas. Podían recoger los frutos del verano, principalmente la mayor parte de la cosecha de higos. Podrían recoger las uvas y hacer vino. Podrían recoger las aceitunas y extraerles el aceite. Gedalías los exhortó a trabajar con rapidez y ellos siguieron su consejo y lograron una cosecha abundante. Esa cosecha significaba dinero en efectivo ya que podían vender una parte y obtener dinero para comprar otras provisiones.

¹³ Johanán hijo de Carea y todos los capitanes de la gente de guerra que estaban en el campo vinieron a Gedalías, en Mizpa, ¹⁴ y le dijeron: «¿No sabes que Baalis, rey de los hijos de Amón, ha enviado a Ismael hijo de Netanías para matarte?» Pero Gedalías hijo de Ahicam no los creyó.

¹⁵ Entonces Johanán hijo de Carea habló a Gedalías en secreto, en Mizpa, diciendo: «Yo iré ahora y mataré a Ismael hijo de Netanías, y nadie lo sabrá. ¿Por qué te ha de matar, de modo que todos los judíos que se te han reunido se dispersen y perezca el resto de Judá?» ¹⁶ Pero Gedalías hijo de Ahicam dijo a Johanán hijo de Carea: «No hagas eso, porque es falso lo que dices de Ismael.»

Uno de los comandantes del ejército llamado Johanán, le advirtió a Gedalías que había un complot contra su vida. El complot no era ningún secreto. Johanán le propuso al gobernador

que se hacía cargo del conspirador, asesinándolo, sin implicar al gobierno. Ofreció hacer esto porque la muerte de Gedalías trastornaría o destruiría la nación precisamente cuando estaba comenzando a reponerse. Pero Gedalías no creyó las acusaciones y no sólo rechazó el plan, sino que prohibió también cualquier medida para detenerlo. Su idealismo le iba a costar la vida.

Baalis, rey de los amonitas, era el que había ideado el complot. El pueblo de Amón siempre había sido enemigo del pueblo de Judá y de Israel, y había combatido contra este último durante toda su historia desde el tiempo en que se acercó por primera vez a la Tierra Santa. Con Judá derrotada, el campo quedaba libre para los amonitas. Le convenía a este rey mantener a la nación judía débil y sin líder. Esperaba aprovechar esta oportunidad para aumentar su poder y su territorio. El único estorbo en su camino era el gobernador Gedalías, el cual había reunido a los judíos. Baalis encontró que Ismael era el instrumento perfecto para deshacerse de este obstáculo, ya que era un miembro de la casa real judía y estaba celoso del alto puesto que Gedalías había alcanzado.

41 Aconteció en el mes séptimo que Ismael hijo de Netanías hijo de Elisama, de la descendencia real, junto con algunos oficiales del rey y diez hombres, vino a Gedalías hijo de Ahicam, en Mizpa. Y juntos comieron pan en Mizpa. ² De pronto se levantó Ismael hijo de Netanías, y los diez hombres que con él estaban, e hirieron a espada a Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, matando así a aquel a quien el rey de Babilonia había puesto para gobernar la tierra. ³ Asimismo mató Ismael a todos los judíos que estaban con Gedalías en Mizpa, y a los soldados caldeos que allí estaban.

⁴ Sucedió además, al día siguiente de haber matado a Gedalías, cuando aún nadie lo sabía, ⁵ que llegaron unos hombres de Siquem, de Silo y de Samaria. Eran ochenta hombres, con la barba rapada, las ropas rasgadas y llenos de

rasguños, que en sus manos traían ofrendas e incienso para llevar a la casa de Jehová. ⁶ De Mizpa les salió al encuentro, llorando, Ismael hijo de Netanías. Y aconteció que cuando los encontró, les dijo: «¡Venid a presentaros a Gedalías hijo de Ahicam!» ⁷ Cuando ya habían entrado en la ciudad, Ismael hijo de Netanías, junto con sus hombres, los degollaron y los arrojaron a una cisterna. ⁸ Pero entre aquellos había diez hombres que dijeron a Ismael: «No nos mates, porque tenemos en el campo reservas de trigo, cebada, aceite y miel.» Y no los mató como había hecho con sus hermanos.

⁹ La cisterna a la que Ismael arrojó los cuerpos de todos los hombres que mató a causa de Gedalías, era la misma que había hecho el rey Asa a causa de Baasa, rey de Israel. Ismael hijo de Netanías la llenó de muertos.

Con el pretexto de la amistad, Ismael se sentó a comer al lado de Gedalías, que nada sospechaba. Mientras comían, Ismael asesinó a Gedalías, tal como se lo había advertido Johanán. Ismael también asesinó a los “judíos” que estaban allí y a un contingente de soldados mercenarios caldeos. Como Jeremías sobrevivió a este suceso y después menciona a muchas otras personas que también sobrevivieron, podemos suponer que estos “judíos” formaban parte del gobierno provincial que había sido establecido por Gedalías en Mizpa.

Ismael le había servido bien a su amo Baalis. Había destruido el incipiente gobierno provincial y había desafiado abiertamente la autoridad de Babilonia, pero también cerraba la última puerta que le quedaba para escapar. Ese acto de rebelión le iba a ocasionar la furia y el castigo del rey caldeo Nabucodonosor.

Existían dos motivos tras las acciones de Ismael. Ante todo eran los celos, la envidia por el puesto que le habían otorgado a Gedalías como gobernador. Le irritaba ver a alguien que no era de la casa real gobernando a Judá. Junto con la envidia, en su corazón también competía la codicia, un motivo igualmente poderoso.

Ismael engañó como a ochenta peregrinos que iban a la ciudad a orar y empezó a matarlos. Les perdonó la vida a diez de ellos después que prometieron decirle dónde tenían los depósitos de cereales, el aceite de oliva y la miel que habían escondido durante la ocupación de los caldeos. Esa era una costumbre muy común en Israel, a través de toda su historia la gente había guardado productos y otros tesoros en grandes tinajas de barro, y hasta en cisternas excavadas secretamente para ese propósito. Debido a la constante amenaza de invasores y ladrones, esa era la única seguridad que la gente tenía.

Durante los siete u ocho meses en que Gedalías había sido gobernador, había hecho grandes progresos en la restauración del pueblo judío. El más importante fue el restablecimiento de un centro de adoración que por lo visto había establecido en Mizpa.

Los ochenta hombres que se mencionan en este incidente iban a ese centro de adoración. Se habían rasurado la barba, y como parte de la ceremonia se rasgaban la ropa y se infligían heridas. Esas eran señales de luto o de que la persona le había hecho un voto a Dios. Habían ido a ofrecer incienso y sacrificios en “la casa de Jehová”. El templo había sido destruido, así que Gedalías, que era un hombre piadoso, había establecido un lugar provisional de adoración. Él también se había dado cuenta de lo importante que era el pacto y de que su cumplimiento era para beneficio de su pueblo.

¹⁰ Después Ismael llevó cautivo a todo el resto del pueblo que estaba en Mizpa, a las hijas del rey y a todo el pueblo que había quedado en Mizpa, el cual había encargado Nabuzaradán, capitán de la guardia, a Gedalías hijo de Ahicam. Los llevó, pues, cautivos Ismael hijo de Netanías y se fue para pasarse a los hijos de Amón.

¹¹ Johanán hijo de Carea y todos los capitanes de la gente de guerra que estaban con él oyeron todo el mal que había hecho Ismael hijo de Netanías. ¹² Entonces tomaron a todos los hombres y fueron a pelear contra Ismael hijo de

Netanías, a quien hallaron junto al gran estanque que está en Gabaón. ¹³ **Y sucedió que cuando todo el pueblo que estaba con Ismael vio a Johanán hijo de Carea, y a todos los capitanes de la gente de guerra que estaban con él, se alegraron.** ¹⁴ **Y todo el pueblo que Ismael había traído cautivo de Mizpa se volvió y fue con Johanán hijo de Carea.** ¹⁵ **Pero Ismael hijo de Netanías y otros ocho hombres escaparon delante de Johanán y se fueron con los hijos de Amón.**

La codicia de Ismael fue su perdición, ya que al perdonarles la vida a los diez peregrinos estaba dando una oportunidad para que se diera a conocer la masacre. Recogió todo lo que había obtenido a la fuerza de los peregrinos y se llevó a los demás, luego se dispuso a cruzar el río Jordán para ir a Amón. Jeremías habla especialmente de las hijas del rey, las únicas sobrevivientes de la casa real. Es probable que Ismael haya soñado con casarse con alguna de ellas, para volver a establecer la casa real de Judá desde una base en Amón. Su viaje resultó ser muy lento debido a que llevaba mucho con él y a muchas personas.

La noticia de la matanza llegó con rapidez hasta Johanán y su ejército, los que se movilizaron apresuradamente para perseguir y atacar a Ismael. Lo alcanzaron en Gabaón, un campo de batalla famoso a escasos ocho kilómetros de Jerusalén. Los cautivos que habían sido llevados por Ismael a la fuerza, lo abandonaron rápidamente. Ismael escapó junto con ocho de sus hombres pero sin el tesoro. Cualquier plan que hubiera tenido de ocupar el trono se le frustró, y es muy probable que Baalis tampoco quisiera tener cerca de él a un asesino tan notorio.

Huida a Egipto

¹⁶ **Entonces Johanán hijo de Carea, junto con todos los capitanes de la gente de guerra que con él estaban, tomaron a todo el resto del pueblo, el cual habían recobrado de Ismael**

hijo de Netanías, que se lo había llevado de Mizpa después de matar a Gedalías hijo de Ahicam. Eran hombres de guerra, mujeres, niños y eunucos, que Johanán había traído de Gabaón. ¹⁷ Fueron y habitaron en Gerut-quimam, que está cerca de Belén, con el fin de continuar su camino hasta entrar en Egipto, ¹⁸ a causa de los caldeos. Ellos temían a los caldeos porque Ismael hijo de Netanías había dado muerte a Gedalías hijo de Ahicam, a quien el rey de Babilonia había puesto para gobernar la tierra.

Los rescatadores y los sobrevivientes ahora no sabían qué hacer. Todos eran inocentes, no habían cometido ningún crimen, pero no sabían cómo iba a reaccionar Nabucodonosor ante la noticia del asesinato de Gedalías. Así que se dirigieron al sur a la región de Belén. Después de detenerse para reagruparse, planearon irse a Egipto donde estarían a salvo.

42 Vinieron todos los capitanes de la gente de guerra, junto con Johanán hijo de Carea, Jezanías hijo de Osaías y todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, ² y dijeron al profeta Jeremías:

—Acepta ahora nuestra súplica delante de ti y ruega por nosotros a Jehová, tu Dios, por todo este resto (pues de muchos que éramos hemos quedado unos pocos, como ya ves por tus propios ojos), ³ para que Jehová, tu Dios, nos indique el camino por donde debemos ir y lo que debemos hacer.

⁴ El profeta Jeremías les dijo:

—Os he oído. Y he aquí que voy a rogar a Jehová, vuestro Dios, como habéis dicho, y todo lo que Jehová os responda, os lo haré saber. No os ocultaré palabra alguna.

⁵ Ellos dijeron a Jeremías:

—Jehová sea entre nosotros testigo de la verdad y de la lealtad, si no hacemos conforme a todo aquello para lo cual Jehová, tu Dios, te envíe a nosotros. ⁶ Sea bueno, sea malo, a la voz de Jehová, nuestro Dios, al cual te enviamos,

obedeceremos, para que, obedeciendo a la voz de Jehová, nuestro Dios, nos vaya bien.

Mientras este grupo pequeño acampaba, la mayoría de ellos acordó que lo mejor que podían hacer era dirigirse a Egipto. No tenían idea del impacto que podría causar en Nabucodonosor la noticia de la muerte de Gedalías, pero pensaron que en Egipto se podrían refugiar y estar a salvo. Algunos de ellos no estaban completamente seguros; hubieran deseado tener una indicación más clara de lo que debían de hacer. Otros sugirieron que sería buena idea consultar al profeta Jeremías y pedirle que orara por ellos. La decisión de ir a Egipto parecía la más razonable, y en realidad la mayor parte de ellos creía que era lo mejor. Pero, para convencer a los pocos que estaban indecisos y confirmar lo que ellos creían, ¿por qué no acudir al profeta? Seguramente les sugeriría lo mismo. Así que le pidieron al profeta que orara a Dios para que los aconsejara.

Todo el grupo se acercó al profeta y le dijo que estaba buscando la respuesta que fuera mejor para ellos. La petición parecía buena y para despejar cualquier duda, les hicieron un juramento solemne al profeta y a Dios. Prometieron que iban a obedecer el consejo del Señor sin importarles el resultado.

Jeremías los escuchó, y haciendo a un lado cualquier duda que pudiera tener acerca de la sinceridad de ellos, les prometió que haría lo que le pedían: ir ante el Señor de parte de ellos, y comunicarles lo que el Señor le dijera.

⁷ Aconteció que al cabo de diez días vino palabra de Jehová a Jeremías. ⁸ Y llamó a Johanán hijo de Carea y a todos los capitanes de la gente de guerra que con él estaban, y a todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, ⁹ y les dijo: «Así ha dicho Jehová, Dios de Israel, ante quien me enviasteis para presentar vuestros ruegos en su presencia: ¹⁰ Si permanecéis quietos en esta tierra, os edificaré y no os destruiré; os plantaré y no os arrancaré, porque estoy

arrepentido del mal que os he hecho. ¹¹ No temáis de la presencia del rey de Babilonia, al cual tenéis miedo; no temáis de su presencia, ha dicho Jehová, porque con vosotros estoy yo para salvaros y libraros de su mano. ¹² Tendré compasión de vosotros, y él se compadecerá de vosotros y os hará regresar a vuestra tierra.

Jeremías le reveló a toda la gente la respuesta de Dios. La respuesta vino después de diez días, el número de lo completo, para mostrarles que el Señor había decidido con libertad y firmeza lo que era mejor para ellos. El Señor les dijo: “¡Permanezcan donde están!” Sin duda el Señor sentía compasión por ese pueblo tan terco y tan equivocado. Ya los había castigado suficiente. Ahora tenían miedo del rey caldeo, pero no debían temerle, porque así como Dios lo había utilizado como instrumento para castigarlos, de la misma manera lo iba a usar como instrumento para salvar a su pueblo. Pero la verdadera garantía radicaba en Dios mismo: “Porque con vosotros estoy yo para salvaros y libraros de su mano”.

¹³ Pero si decís: “No habitaremos en esta tierra”, desobedeciendo así la voz de Jehová, vuestro Dios, ¹⁴ y afirmando: “No, sino que entraremos en la tierra de Egipto, en la cual no veremos guerra, ni oiremos sonido de trompeta, ni padeceremos hambre, y allá habitaremos”, ¹⁵ pues, por eso, oíd la palabra de Jehová, resto de Judá, porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Si vosotros volvéis vuestros rostros para entrar en Egipto, y entráis para habitar allá, ¹⁶ sucederá que la espada que teméis os alcanzará allí, en la tierra de Egipto, y el hambre que os asusta os perseguirá allá en Egipto, y allí moriréis. ¹⁷ Todos los hombres que vuelvan su rostro para entrar en Egipto y habitar allí, morirán a espada, de hambre y de peste; no habrá de ellos quien quede vivo ni quien escape del mal que yo traeré sobre ellos.

¹⁸»Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Como se derramó mi enojo y mi ira sobre los habitantes de Jerusalén, así se derramará mi ira sobre vosotros cuando entréis en Egipto; y seréis objeto de aversión, de espanto, de maldición y de afrenta; y no veréis más este lugar. ¹⁹ Jehová os dijo a vosotros, resto de Judá: No vayáis a Egipto. Sabed ciertamente que os lo advierto hoy. ²⁰ ¿Por qué hicisteis errar vuestras almas? Pues vosotros me enviasteis ante Jehová, vuestro Dios, diciendo: “Ruega por nosotros a Jehová, nuestro Dios, y haznos saber todas las cosas que diga Jehová, nuestro Dios, y lo haremos.” ²¹ Esto os lo he declarado hoy, pero no habéis obedecido a la voz de Jehová, vuestro Dios, ni a ninguna de las cosas por las cuales me envió a vosotros. ²² Ahora, pues, sabed de cierto que moriréis a espada, de hambre y de peste en el lugar donde deseasteis entrar para habitar allí.»

Le habían pedido una respuesta al Señor, y él se la había dado, pero no era la que esperaban. Dios siempre les contesta a los que le imploran de corazón, pero estas gentes no habían pedido con honestidad, ya que habían resuelto de antemano lo que iban a hacer. No estaban dispuestos a obedecerle al Señor, y como no tenían confianza en él, tampoco escucharon su respuesta. Y como desconfiaban de Dios, buscaron la seguridad en otra parte. Anhelaban irse a Egipto en donde se imaginaban que iban a encontrar paz y un refugio seguro. Se olvidaron de lo más elemental de las Sagradas Escrituras y de la vida: sólo en el Señor podemos encontrar amparo y paz. Y como confiaron en ellos mismos, se negaron a hacer lo que el Señor les había aconsejado.

Por causa de su incredulidad, pensaron que era indispensable que aseguraran su futuro ellos mismos, pero estaban equivocados. Los problemas de los que estaban huyendo los iban a seguir hasta el mismo Egipto. La espada, la plaga y el hambre los iban a perseguir hasta ese país. Nadie se escaparía de la muerte, cada uno de ellos iba a morir en Egipto. Como el Señor había castigado a

Jerusalén, y ellos mismos habían sido testigos de la devastación, de la misma manera los iba a castigar a ellos en Egipto. Su estancia no sería provisional, sino permanente; jamás volverían a su tierra.

Por lo tanto, Jeremías les hizo saber que habían cometido un error terrible. Creyeron que podían jugar con Dios al aparentar que se acercaban a él con sinceridad y honestidad. También habían dicho que se pondrían en sus manos, pero habían mentido. En realidad no les interesaba lo que el Señor dijera, porque ya habían decidido lo que iban a hacer, y su juramento no significaba nada. Su oración también era deshonesta, pues nunca habían considerado seriamente obedecer el mandato divino. Se habían condenado ellos mismos.

Como tantos otros antes y después de ellos, se habían engañado al pensar que la palabra del Señor no importaba, que podían fingir que la obedecían. Ahora este grupo de judíos iba a servir de advertencia para los demás. Nadie puede fingir que está listo para hacer la voluntad de Dios cuando en realidad no lo está. Nadie debe orarle al Señor a menos que lo haga con un corazón obediente y que esté preparado para aceptar la respuesta que Dios le dé. Podemos engañar a nuestros semejantes pero nadie engaña a Dios. Nadie escapará al castigo que trae el engaño. Nadie puede escapar de la fuerza de la palabra de Dios. Él cumple su palabra y también se mantiene fiel a sus promesas. La persona que neciamente cree que puede engañar a Dios, lo único que logra es engañarse a sí misma.

43 Aconteció que cuando Jeremías acabó de hablar a todo el pueblo todas las palabras de Jehová, su Dios, todas estas palabras que Jehová, su Dios, le había enviado a decirles, ² Azarías hijo de Osaías, Johanán hijo de Carea y todos los hombres soberbios dijeron a Jeremías: «¡Mentira dices! No te ha enviado Jehová, nuestro Dios, para decirnos: “No vayáis a Egipto para habitar allí”, ³ sino que Baruc hijo de Nerías te incita contra nosotros, para

entregarnos en manos de los caldeos, para matarnos y hacernos deportar a Babilonia.»⁴ No obedecieron, pues, ni Johanán hijo de Carea ni los capitanes de la gente de guerra ni todo el pueblo, a la voz de Jehová para que se quedaran en tierra de Judá,⁵ sino que Johanán hijo de Carea, con todos los capitanes de la gente de guerra, tomaron al resto de Judá, que había regresado de todas las naciones adonde había sido echado, para habitar en tierra de Judá.⁶ Eran los hombres, mujeres y niños, las hijas del rey y todas las demás personas que junto con Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, y con el profeta Jeremías y Baruc hijo de Nerías, había dejado Nabuzaradán, capitán de la guardia.⁷ Entraron, pues, en tierra de Egipto, sin obedecer a la voz de Jehová, y llegaron hasta Tafnes.

Tan pronto como Jeremías hubo terminado de darles el mensaje del Señor, los líderes del remanente judío lo atacaron. El profeta les recordó enérgicamente que ese mensaje era el mismo que le habían pedido al Señor. Johanán, guiado por los oficiales del ejército, rechazó lo que Jeremías les había dicho, diciendo que el profeta era mentiroso y títere. Además, dijo que Baruc, el asistente de Jeremías, estaba detrás de todo eso y que Baruc había empujado a Jeremías a darles ese consejo. De esa forma rechazaron la palabra del Señor. En primer lugar, los oficiales no habían querido consultarle al profeta, así que encontraron una excusa muy conveniente para no hacerle caso al mensaje. Usaron ese pretexto para acallar la voz de su conciencia, y para contestar la pregunta que le habían hecho a Jeremías. Ahora, por lo menos, podían decir que lo habían intentado.

Y desobedeciendo directamente el mensaje de Dios, los líderes del ejército se llevaron a toda la gente a Egipto. No les dejaron ninguna opción, los obligaron a todos a ir, incluyendo hasta a Jeremías y a Baruc, y seguramente a otros creyentes que tal vez hubieran deseado obedecer la palabra de Dios. En su incredulidad, esos oficiales no toleraban que nadie contradijera sus

decisiones. Siguiendo la ruta sur a través de la costa mediterránea, entraron a Egipto, hasta llegar a Tafnes (también llamada Dafne) más al este del delta del río Nilo. El faraón Hofrá (588 a 569 a.C.) y su dinastía habían construido esa ciudad fortificada como parte de su sistema de defensa contra los ataques de invasores.

Casi mil años después de que el Señor había liberado a su pueblo de Egipto, Johanán y los otros, en su desobediencia, llevaban a la nación de nuevo a Egipto. ¡Qué ironía! Regresaban voluntariamente a la tierra de la esclavitud.

En el capítulo 12 de su evangelio, Juan llega a la parte culminante. Había presentado siete grandes milagros de Jesús, cada uno mucho más sorprendente y maravilloso que el anterior. El último milagro que Juan presenta es cuando Jesús resucita a Lázaro de entre los muertos. También había mencionado algunas de las palabras más recordadas y conmovedoras del Señor, incluyendo algunos sermones ejemplares que les había predicado a los judíos. Entonces Juan escribe: “Pero a pesar de que había hecho [Jesús] tantas señales delante de ellos, no creían en él” (Juan 12:37). Johanán y el resto de los judíos habían visto que cada palabra que el Señor había pronunciado se había cumplido, y aun así no creyeron.

⁸ Vino palabra de Jehová a Jeremías en Tafnes, diciendo:
⁹ «Toma en tus manos unas piedras grandes y cúbre las de barro en el enladrillado que está a la puerta de la casa del faraón en Tafnes, a la vista de los hombres de Judá, ¹⁰ y diles: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo enviaré y tomaré a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y pondré su trono sobre estas piedras que he escondido, y él extenderá su pabellón sobre ellas. ¹¹ Vendrá y asolará la tierra de Egipto: los que a muerte, a muerte; los que a cautiverio, a cautiverio, y los que a espada, a espada. ¹² Incendiará los templos de los dioses de Egipto; los quemará, y a ellos los llevará cautivos. Limpiará la tierra de Egipto, como el pastor limpia su capa, y saldrá de allá en paz. ¹³ Destruirá, además,

las estatuas de Bet-sembles, que está en tierra de Egipto, y entregará al fuego los templos de los dioses de Egipto.”»

Por mandato del Señor, Jeremías les dio a los judíos un último ejemplo práctico. Ellos habían pensado que al huir a Egipto habían escapado para siempre de la guerra. Y mientras lo veían, Jeremías tomó varias piedras de buen tamaño, las cubrió de lodo y las colocó en el camino que iba al palacio del faraón. Egipto no iba a ser de ninguna manera un refugio para la gente de Judá, porque Nabucodonosor no iba a ir allí ni pondría su trono sobre las piedras que Jeremías había colocado. Más adelante, durante su reinado, invadiría Egipto y conquistaría el país. Esa invasión tuvo lugar en el año 586 a.C. Con la facilidad con que un pastor se quita la vestimenta exterior que cubre el resto de su ropa, así sería para el rey caldeo tomar y derrotar a Egipto.

El remanente judío que había escapado a Egipto con la esperanza de encontrarse a salvo, iba a quedar desilusionado. Después de abandonar al Señor, buscaron refugio entre los egipcios con la esperanza de escapar, pero en vez de eso iban a encontrar la muerte, el cautiverio y la espada. Encontrarían a los dioses egipcios tan impotentes como los dioses falsos que ellos habían adorado en Judá. Sin embargo, se habían envenenado con esos ídolos falsos y detestaban la sencillez de la verdadera fe.

El desastre como consecuencia de la idolatría

44 Palabra que vino a Jeremías acerca de todos los judíos que habitaban en la tierra de Egipto, que vivían en Migdol, en Tafnes, en Menfis y en tierra de Patros, diciendo: ² «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Vosotros habéis visto todo el mal que traje sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá. Ahora están assoladas, y no hay quien habite en ellas ³ a causa de la maldad que ellos cometieron para enojarme, yendo a ofrecer incienso, honrando a dioses extraños que ni ellos habían

conocido, ni vosotros ni vuestros padres. ⁴ Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: “¡No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco!” ⁵ Pero no oyeron ni inclinaron su oído para convertirse de su maldad, para dejar de ofrecer incienso a dioses extraños. ⁶ Se derramó, por tanto, mi ira y mi furor, y se encendió en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén. Y fueron puestas en ruina y desolación, como lo están hoy. ⁷ Ahora, pues, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: ¿Por qué hacéis un mal tan grande contra vosotros mismos, para que en medio de Judá sean destruidos el hombre y la mujer, el muchacho y el niño de pecho, sin que os quede resto alguno, ⁸ haciéndome enojar con las obras de vuestras manos, ofreciendo incienso a dioses extraños en la tierra de Egipto, adonde habéis entrado para vivir, de suerte que os exterminéis y seáis por maldición y por afrenta a todas las naciones de la tierra? ⁹ ¿Os habéis olvidado de las maldades de vuestros padres, de las maldades de los reyes de Judá, de las maldades de sus mujeres, de vuestras maldades y de las maldades de vuestras mujeres, que hicisteis en la tierra de Judá y en las calles de Jerusalén? ¹⁰ No se han humillado hasta el día de hoy ni han tenido temor; no han caminado en mi Ley ni en mis estatutos, los cuales puse delante de vosotros y delante de vuestros padres.

¹¹ »Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo vuelvo mi rostro contra vosotros para mal, para destruir a todo Judá. ¹² Y tomaré al resto de Judá que se obstinó en irse a la tierra de Egipto, para habitar allí, y en tierra de Egipto serán todos exterminados. Caerán a espada y serán exterminados por el hambre: por la espada y el hambre morirán desde el menor hasta el mayor, y serán objeto de aversión, de espanto, de maldición y de afrenta, ¹³ pues castigaré a los que habitan en la tierra de Egipto como castigué a Jerusalén, con espada, con hambre y con peste. ¹⁴ Y del resto de los de Judá que entraron en la tierra

de Egipto para habitar allí, no habrá quien escape ni quien quede vivo para volver a la tierra de Judá, a la cual ansían volver para habitar allí; porque no volverán sino algunos fugitivos.»

Los refugiados judíos se habían dispersado por todo Egipto. Las ciudades mencionados en estos versículos se encontraron tanto en el Alto como el Bajo Egipto, nombres de las dos partes principales de Egipto que se derivan de la forma en que el Nilo corre de sur a norte. El Bajo Egipto se encuentra al norte donde el río Nilo forma un gran delta y cuyas aguas desembocan en el mar Mediterráneo. El Alto Egipto está al sur donde el río brota del interior del continente africano; esta región se llama también Patrós.

Dios les hizo un llamado a todos los refugiados, a los que vivían en Migdol y en Tafnes, las ciudades fortificadas al este del delta, a los que moraban en la antigua ciudad de Memfis (o Nof) precisamente al sur del delta, y a los que se habían mudado más al sur de Egipto. El Señor tenía un mensaje para todos dondequiera que se encontraran.

Ellos creían que estaban fuera de peligro en ese país. El Señor les pidió que se acordaran del desastre que habían visto con sus propios ojos y que había sobrecogido a su tierra debido a su idolatría. Los dioses falsos, a los que tanto ellos como sus padres habían venerado, no les habían servido más que para causarles problemas. Sus ídolos de barro y de madera no los habían salvado con ninguna intervención poderosa. Estos dioses no habían dado ninguna evidencia de que pudieran hacer nada y jamás les habían prestado ninguna ayuda a los judíos. Esos ídolos les habían fallado totalmente a los que los veneraban. Sin embargo, a pesar de su propia experiencia y de las advertencias de generaciones de profetas que el Señor había mandado, ellos no creyeron. Finalmente Dios llevó a cabo la amenaza de su juicio divino al devastar la tierra de Judá y la ciudad de Jerusalén. En el momento en que el Señor hablaba por medio de su profeta, su propia tierra

estaba desolada, en ruinas. Los que oían a Jeremías lo habían visto con sus propios ojos, pero huyeron de la lección tan dura que Dios les estaba enseñando. No habían aprendido absolutamente nada de ella.

Ahora el Señor les suplicó: “¿Por qué quieren repetir el desastre? El camino que han escogido será su muerte, porque sólo unos cuantos de los que se refugiaron en Egipto, sobrevivirán. Ustedes mismos están llevando a la nación a la extinción. La tierra está a punto de abrirse y tragárselos.” Pero todavía se negaban a escucharlo, no hicieron ningún intento de cambiar. Ellos eran tan insensibles como esos boxeadores que han recibido demasiados golpes y que ya no sienten nada. Ya no sabían el camino para regresar al Señor, no les interesaba en lo absoluto. Su constante incredulidad y rechazo a la palabra de Dios habían endurecido su corazón.

Habían huido a Egipto en busca de seguridad y para escapar de la ira y del poder de Nabucodonosor. No iban a escapar de su furor, porque no podrían huir del enojo del Señor. Incluso los que habían escapado de la ruina de Judá serán exterminados. En lugar de proteger la vida usando su sabiduría, se precipitaron hacia su propia destrucción, porque toda su inteligencia era necedad. Sólo unos cuantos de los rezagados saldrían con vida. Y éstos serían salvados para servir como un testimonio vivo de la certeza de la palabra de Dios.

¹⁵ Entonces todos los que sabían que sus mujeres habían ofrecido incienso a dioses ajenos, y todas las mujeres que estaban presentes, una gran concurrencia, y todo el pueblo que habitaba en tierra de Egipto, en Patros, respondieron a Jeremías, diciendo: ¹⁶ «No escucharemos de ti la palabra que nos has hablado en nombre de Jehová, ¹⁷ sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros jefes, en las

ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén. Entonces tuvimos abundancia de pan, fuimos felices y no vimos mal alguno. ¹⁸ Pero desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y de derramarle libaciones, nos falta de todo, y por la espada y el hambre somos exterminados. ¹⁹ Y cuando nosotras ofrecimos incienso a la reina del cielo y le derramamos libaciones, ¿acaso le hicimos tortas para tributarle culto, o le derramamos libaciones sin consentimiento de nuestros maridos?»

²⁰ Habló Jeremías a todo el pueblo, a los hombres, a las mujeres y a todo el pueblo que le había respondido esto, diciendo: ²¹ «¿No se ha acordado Jehová, no ha venido a su memoria el incienso que ofrecisteis en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, vosotros y vuestros padres, vuestros reyes, vuestros jefes y el pueblo de la tierra? ²² Y no pudo sufrirlo más Jehová, a causa de la maldad de vuestras obras, a causa de las abominaciones que habíais hecho; por tanto, vuestra tierra fue puesta en asolamiento, en espanto y en maldición, hasta quedar sin habitante, como lo está hoy. ²³ Por cuanto ofrecisteis incienso y pecasteis contra Jehová, y no obedecisteis a la voz de Jehová ni anduvisteis en su Ley, en sus estatutos y en sus testimonios, por eso ha venido sobre vosotros este mal, como hasta hoy.»

²⁴ Dijo además Jeremías a todo el pueblo y a todas las mujeres: «Oíd palabra de Jehová, todos los de Judá que estáis en tierra de Egipto. ²⁵ Así ha hablado Jehová de los ejércitos, Dios de Israel; ha dicho: “Vosotros y vuestras mujeres hablasteis con vuestras propias bocas, y con vuestras manos lo ejecutasteis, diciendo: ‘Cumpliremos efectivamente nuestros votos que hicimos de ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones.’ Y ahora confirmáis vuestros votos y ponéis vuestros votos por obra. ²⁶ Por tanto, oíd palabra de Jehová todos los de Judá que habitáis en tierra de Egipto: Yo he jurado por mi gran

nombre, dice Jehová, que mi nombre no será invocado más en toda la tierra de Egipto por boca de ningún hombre de Judá, diciendo: ‘¡Vive Jehová, el Señor!’,²⁷ porque yo vigilo sobre ellos para mal y no para bien. Todos los hombres de Judá que están en la tierra de Egipto serán exterminados por la espada y el hambre, hasta que no quede ninguno.²⁸ Y los pocos que escapen de la espada volverán de la tierra de Egipto a la tierra de Judá. Sabrá, pues, todo el resto de Judá que ha entrado en Egipto a vivir allí, cuál palabra se cumplirá: si la mía o la suya.²⁹ Y esto tendréis por señal, dice Jehová, de que en este lugar os castigo, para que sepáis que de cierto se cumplirán mis palabras para mal sobre vosotros,³⁰ pues así ha dicho Jehová: Yo entrego al faraón Hofra, rey de Egipto, en manos de sus enemigos, y en manos de los que buscan su vida, así como entregué a Sedequías, rey de Judá, en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, su enemigo que quería quitarle la vida.”»

Por alguna razón, los judíos que habían huido a Egipto tuvieron una asamblea donde Jeremías conversó por última vez con ellos. Después de ese diálogo ya no quedaba nada más que decir. Fue durante esa asamblea que los judíos que estaban en Egipto confirmaron su falta de fe. Ya determinados a pecar, se aferraron a cualquier cosa para justificarse. No mostraron la más mínima señal de arrepentimiento; en realidad, su actitud era de una endurecida y abierta rebeldía.

Las mujeres, en especial las casadas, eran las principales en la adoración a la llamada “reina del cielo”. No sabemos con seguridad qué deidad era ésta, pero lo que sí es obvio es que era la favorita. A esa diosa le rendían todos los honores: le quemaban incienso, le ofrendaban panecillos que hacían a su imagen y vertían bebidas ante ella. Los esposos y los padres no les habían prohibido que sirvieran a la reina del cielo. En realidad, nadie las podía culpar, y bien podían alegar que eran inocentes, ya que la ley decía

que si un padre o esposo oía el voto de su hija o esposa y callaba, entonces tenía su permiso para hacer lo que quisiera. (Números 30:1-10).

Los hombres estaban conscientes de lo que sus mujeres hacían y ellos sabían que tenían la culpa de todo eso. Habían aceptado lo malo y ahora trataban de justificarlo. Rechazaron rotundamente lo que el profeta les decía. Con una mentalidad estrecha re-escribieron su historia al considerar todo lo que había pasado desde un ángulo completamente diferente. De acuerdo con su versión revisada de la historia, mientras veneraban a la reina del cielo en Judá todo iba bien, pero tan pronto como dejaron de servirle, las cosas fueron mal.

La incredulidad los había cegado y no les permitía ver la verdad. Tan desesperadamente querían creer en la mentira, que se engañaron a ellos mismos. No se molestaron en pensar en la razón por la que estaban en Egipto. Era porque habían desobedecido al Señor y con esto se habían acarreado ellos mismos el terrible juicio. ¿Dónde estaba su reina del cielo cuando Nabucodonosor echó abajo los muros de Jerusalén y los quemó hasta los cimientos? Las advertencias de Jeremías cayeron en oídos sordos. Habían renunciado a la palabra de Dios y no había ninguna sabiduría en ellos.

Esta sección nos da el último registro de que alguien haya visto al profeta; no sabemos con seguridad nada más acerca de él. Pudo haber muerto en Egipto, o puede ser que el Señor lo haya rescatado y le haya permitido regresar a la tierra de Judá. No lo sabemos. Pero sí sabemos que el Señor cumplió todas las promesas que le hizo a Jeremías.

Pocos son los hombres que han tenido un ministerio tan difícil como el de Jeremías. Por más de cuarenta años, hasta su ancianidad y dondequiera que el Señor lo mandara él predicó la palabra de Dios sin cambiar nada. Es cierto que algunas veces se sintió tambalearse por el peso de la carga y hubo momentos en los que hubiera deseado librarse de ella, pero el Señor nunca lo

abandonó. A través de todos esos años el Señor cumplió la promesa que le había hecho al profeta al principio de su ministerio: “No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte” (Jeremías 1:8). Hasta el fin de sus días este servidor de Dios se mantuvo ileso e inquebrantable, anunciándole todavía la palabra del Señor a su pueblo.

Desde el punto de vista de los humanos, el largo ministerio de Jeremías fue un fracaso. Sólo unos cuantos lo escucharon y creyeron, pero la mayoría rechazó su mensaje. La destrucción que con tanto afán trató de evitar el profeta, se hizo realidad cuando el Señor castigó a Judá por su incredulidad. Al final se quedó solo, nadie recordaba su servicio ni lo apreciaban. Sin embargo, este hombre es uno de los mejores servidores del Señor porque por la gracia que le fue concedida fue fiel a aquello para lo que había sido llamado a hacer. El Señor no exige nada más que esto de sus portavoces: “Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel” (1 Corintios 4:2).

Y el profeta demostró su fidelidad. Al final de su existencia supo que le había servido a aquel que lo es todo en todo, y estaba contento con ese privilegio. Fiel hasta la muerte, ahora esperaba recibir el cumplimiento de la promesa que se le había hecho a él y a todos los creyentes: “Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

EL SEÑOR LE ENVÍA UN MENSAJE A BARUC JEREMÍAS 45

45 La palabra que habló el profeta Jeremías a Baruc hijo de Nerías, cuando escribía en el libro estas palabras dictadas por Jeremías, en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, diciendo: ² «Así te ha dicho Jehová, Dios de Israel, a ti, Baruc: ³ “Tú dijiste: ‘¡Ay de mí ahora!, porque ha añadido Jehová tristeza a mi dolor. Fatigado estoy de gemir, y no he hallado descanso.” ⁴ Le dirás: “Así ha dicho Jehová: Yo destruyo a los que edificué y arranco a los que planté, esto es, a toda esta tierra, ⁵ ¿y tú buscas para ti grandezas? ¡No las busques!, porque he aquí que yo traigo mal sobre todo ser viviente, ha dicho Jehová; pero a ti te daré la vida por botín en cualquier lugar adonde vayas.”»

Este capítulo es como una nota al pie de página para explicar cómo fue que Baruc pudo escapar de la destrucción y quedarse con el profeta hasta el final.

Baruc le sirvió a Jeremías como escriba y como ayudante personal por lo menos durante veinte años. La primera noticia que tenemos de él es en el cuarto año del reinado de Joacim, en el año 605 a.C. (Jeremías 36). En ese tiempo puso la profecía de Jeremías por escrito. Le tomó cerca de un año transcribirla en rollos. Después de haber terminado, el profeta le encomendó a Baruc que fuera en su lugar a leerle el mensaje a toda la nación de Judá.

La lectura de Baruc enfureció al rey. En su ira el rey ordenó que arrestaran a Jeremías y a Baruc. Sin duda el escriba sufrió las mismas vejaciones que el profeta. Algunos hasta pensaron que era el “genio maligno”, el instigador que se escondía detrás de Jeremías (Jeremías 43:3). Pero a pesar de todos los malos

momentos que pasó en compañía del profeta, Baruc permaneció fiel a su lado.

Al principio de su asociación con Jeremías, parece que Baruc pensó que su trabajo con el profeta lo haría ascender a un puesto importante. No podía haber estado más equivocado; con ternura el Señor lo reprendió por su ambición. Su ambición era impropia frente a la gran desgracia que se cernía sobre Judá. En lugar de progresar, Baruc sólo encontró pesar y dolor, tanto que no sabía si lo podía soportar. El Señor, para alentarlo a seguir su trabajo, le prometió que lo iba a proteger en dondequiera que se encontrara. Aunque la muerte rondara a su alrededor, el Señor lo protegería.

Jeremías incluye esta promesa que Dios le hizo a Baruc al terminar el relato de este libro, para mostrar que el Señor siempre cumple lo que promete. Y así fue, Dios cumplió las promesas que les hizo tanto a su secretario como al profeta. El Señor nunca les falla a los que ha llamado a su servicio.

**EL SEÑOR
JUZGARÁ A LAS NACIONES
JEREMÍAS 46-51**

Mensaje acerca de Egipto

46 Palabra de Jehová que vino al profeta Jeremías, contra las naciones.

² Acerca de Egipto: contra el ejército del faraón Neco, rey de Egipto, que estaba cerca del río Éufrates, en Carquemis, a quien destruyó Nabucodonosor, rey de Babilonia, en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá:

³ «¡Preparad escudo y pavés,
y venid a la guerra!

⁴ ¡Uncid los caballos,
y montadlos vosotros, jinetes!

¡Cubríos con los yelmos,
limpiad las lanzas
y poneos las corazas!

⁵ ¿Por qué los veo aterrados, retrocediendo?
Sus valientes fueron deshechos
y huyeron sin volver la vista atrás.
¡Hay miedo por todas partes!,
dice Jehová.

⁶ No huya el ligero ni escape el valiente;
al norte, junto a la ribera del Éufrates
tropezaron y cayeron.

⁷ ¿Quién es éste que sube como un río
y cuyas aguas se mueven como los ríos?

⁸ Es Egipto, que como un río se ensancha,
cuyas aguas se mueven como los ríos y que dijo:
“Subiré, cubriré la tierra,
destruiré la ciudad y a los que en ella moran.”

⁹ ¡Subid, caballos!

**¡Carros, corred enloquecidos!
¡Que salgan los valientes:
los etíopes y los de Fut que toman escudo,
y los de Lud que toman y entesan arco!
¹⁰ Mas ese día será para Jehová, Dios de los ejércitos,
día de retribución, para vengarse de sus enemigos.
La espada devorará, se saciará
y se embriagará con la sangre de ellos.
Porque un sacrificio será para Jehová, Dios de los
ejércitos,
en la tierra del norte, junto al río Éufrates.
¹¹ ¡Sube a Galaad y toma bálsamo,
virgen, hija de Egipto!
Por demás multiplicarás las medicinas,
pues no hay curación para ti.
¹² Las naciones conocieron tu afrenta
y tu clamor llenó la tierra,
porque el valiente tropezó contra el valiente
y ambos cayeron juntos.»**

Jeremías predijo estos acontecimientos contra las naciones en un período de veinticinco años. Es probable que haya comenzado con la profecía contra los filisteos (Jeremías 47) al final del reinado del rey Josías o al principio del de su sucesor Joacim en el año 609 a.C., y que haya terminado con su segunda profecía contra la nación egipcia en el año 585 a.C. Puede ser que la última profecía la haya hecho en el mismo Egipto, adonde había sido llevado contra su voluntad por Johanán (Jeremías 43,44). El resto de las profecías las escribió durante los primeros cuatro años del reinado del rey Sedequías (597—586 a.C.).

El profeta recopiló estas profecías en una sola sección de su libro para mostrar que el Señor gobierna y juzga a todas las naciones, y que al final protegerá y liberará a su propio pueblo de la tierra de sus opresores. Él es quien controla la historia para el bien de los que ama.

Jeremías manifestó sus profecías contra Egipto primero, ya que este país había sido el enemigo más antiguo del pueblo judío. Por más de mil años Egipto había sido considerado una gran potencia del Medio Oriente, para luego sucumbir a principios del siglo VII ante el poder de los asirios. En el año 655 a.C., bajo el liderazgo de una nueva dinastía y de su faraón Psamético I, Egipto se liberó de Asiria y empezó a mantenerse en el poder otra vez durante el reinado del faraón Necó (609–593 a.C.). Después de que el Imperio Asirio cayó ante los babilonios, los ejércitos egipcios se dirigieron al norte, para pelear y determinar de una vez por todas cuál de los dos países iba a dominar en el Medio Oriente. La batalla decisiva tuvo lugar en el año 605 a.C., en la ciudad de Carquemís que se encontraba cerca al río Éufrates. Los egipcios y sus aliados, tal como lo predijera Jeremías, sufrieron a manos de los caldeos una derrota aplastante, y desde entonces Egipto fue una potencia de segunda categoría.

La profecía de Jeremías describe la confianza que tenía Egipto en obtener la victoria. Sus tropas, resplandecientes en sus aparejos de guerra, estaban listas para la batalla. Como el gran río Nilo cuando se desborda de su cauce para inundar todo a su paso, así la armada egipcia estaba lista para conquistar y para desbordarse sobre la faz de la tierra. La crema y nata de sus mercenarios iban al frente dirigiendo a sus tropas. La infantería era de Etiopía (literalmente: Cus, tal vez el actual Sudán) y de Put (que puede ser Libia, al oeste de Egipto). Los soldados de Put eran los mercenarios más famosos del mundo antiguo. Los arqueros que peleaban por Egipto procedían de Libia (literalmente, Lud) en Asia Menor (la moderna Turquía). En su lucha contra Asiria y otras naciones del este, Libia y Egipto habían sido antiguos aliados y continuaban esa alianza contra el creciente poder amenazador de Babilonia. Ambas naciones querían mantener su independencia.

Sin embargo, todo fue en vano para Egipto, pues el Señor en vez de la victoria les iba a dar una amarga derrota, ya que “...ese día será para Jehová”. Dios había determinado darles la victoria a

Nabucodonosor y a los babilonios, para que Nabucodonosor sirviera como el instrumento de Dios para castigar a los judíos.

13 Palabra que habló Jehová al profeta Jeremías acerca de la venida de Nabucodonosor, rey de Babilonia, para asolar la tierra de Egipto:

14 «¡Anunciadlo en Egipto
y hacedlo saber en Migdol!
¡Hacedlo saber también en Menfis y en Tafnes!
Decid: “¡Ponte en pie y prepárate,
porque la espada devorará tu comarca!”

15 ¿Por qué ha sido derribada tu fortaleza?,
¡No pudo mantenerse firme,
porque Jehová la empujó!

16 Multiplicó los caídos,
y cada uno cayó sobre su compañero;
y dijeron: “¡Levántate! ¡Volvamos a nuestro pueblo,
a la tierra de nuestro nacimiento!
¡Huyamos ante la espada vencedora!”

17 Allí gritaron: “¡El faraón, rey de Egipto,
no es más que ruido;
dejó pasar el tiempo señalado!”

18 Vivo yo, dice el Rey, cuyo nombre es Jehová de los
ejércitos,
que como el Tabor entre los montes
y como el Carmelo junto al mar,
así vendrá el enemigo.

19 Hazte equipaje de cautiverio,
moradora hija de Egipto,
porque Menfis será un desierto,
será asolada hasta no quedar morador.

20 »Una becerro hermosa es Egipto,
mas viene destrucción:
¡Del norte viene!

**21 Sus soldados mercenarios,
también en medio de ella son como becerros engordados;
porque también ellos se volvieron atrás,
huyeron todos sin detenerse,
porque vino sobre ellos el día de su quebrantamiento,
el tiempo de su castigo.**

**22 »Su voz será como un silbido de serpiente,
porque vienen los enemigos:
vienen a ella con hachas,
como leñadores.**

**23 Cortarán sus bosques,
dice Jehová,
aunque sean impenetrables;
porque son más numerosos que langostas,
¡son innumerables!**

**24 Se avergonzará la hija de Egipto;
entregada será en manos del pueblo del norte.»**

25 Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, ha dicho: «Yo castigo a Amón, dios de

**Tebas, al faraón y a Egipto, a sus dioses y a sus reyes;
tanto al faraón como a**

**los que en él confían. 26 Los entregaré en manos de los que
buscan su vida, en**

**manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en manos de
sus siervos; pero**

**después será habitado como en los días pasados, dice
Jehová.**

**27 »Pero tú no temas, siervo mío Jacob,
ni desmayes, Israel;
porque he aquí yo te salvaré de lejos,
a ti y a tu descendencia,
de la tierra de vuestra cautividad.
Volverá Jacob, descansará,
será prosperado y no habrá quién lo atemorice.**

**28 Tú, Jacob, siervo mío, no temas,
dice Jehová,
porque yo estoy contigo.
Sí, destruiré a todas las naciones
entre las cuales te he dispersado.
Sin embargo, a ti no te destruiré del todo,
aunque te castigaré con justicia.
¡En manera alguna te dejaré sin castigo!»**

Jeremías dijo esta profecía alrededor del tiempo en que les había dado su última lección objetiva a los judíos. Había enterrado unas piedras grandes en el camino que conducía al palacio del faraón en Tafnes (Jeremías 43: 8-13), alrededor del año 585 a.C.

Jeremías en ese entonces predijo que Nabucodonosor iba a atacar a Egipto con gran éxito. El poderío de este rey sería como las dos montañas imponentes que están a cada lado del valle del Jezreel en el norte de Israel: en la costa occidental el monte Carmel y el Tabor al final del valle. Sus ejércitos serán incontenibles, así como un bosque no puede detener el hacha, Egipto tampoco iba a poder detener el avance de los babilonios o caldeos. El ejército invasor sería más numeroso que las plagas de langostas que de vez en cuando asolaban los campos y tierras de cultivo.

Los mercenarios egipcios desertarían la nación y la abandonarían a su suerte. Egipto había hecho mucho alarde de su poderío, pero en realidad había perdido la oportunidad de recuperar su posición como potencia mundial. El poder de Egipto era un espejismo; a la hora de la prueba se iba a derrumbar. Al permitir que esto pasara, el Señor estaba castigando al remanente de Judá que había huido a Egipto y “confiaba” en el faraón (v. 25) para protegerse. Desde los tiempos del profeta Isaías (Isaías 31:1), el Señor repetidas veces les había advertido a los judíos acerca del peligro de pedirle ayuda a Egipto. Y una vez más iban a tener que aprender la dura lección de que esa nación no era más que un bastón de caña frágil (Isaías 36:6) y que su única y verdadera seguridad se encontraba en el Señor. A pesar del castigo que Dios

le iba a imponer a su pueblo desobediente en Egipto, les prometió que iba a estar con ellos para salvarlos y para sacarlos del exilio (Jeremías 30:10,11).

Mensaje contra los filisteos

47 Palabra de Jehová que vino al profeta Jeremías acerca de los filisteos, antes que el faraón destruyera Gaza.

² Así ha dicho Jehová:

«Suben aguas del norte
y se harán un torrente;
inundarán la tierra y lo que la llena,
la ciudad y a los que moran en ella.

Los hombres clamarán, y lamentará todo morador de la tierra,

³ por el estrépito de los cascos de sus caballos,
por el retumbar de sus carros,
por el estruendo de sus ruedas.

Los padres no cuidan de los hijos,
porque sus manos están sin fuerzas.

⁴ Ha llegado el día de destruir a todos los filisteos,
de destruir a todo aliado que todavía les quede a Tiro y a Sidón.

Porque Jehová destruirá a los filisteos,
al resto de la costa de Caftor.

⁵ Gaza se rapó la cabeza,
Ascalón ha perecido,
y el resto de su valle;
¿cuándo dejarás de sajarte?

⁶ Espada de Jehová,
¿cuándo vas a descansar?
¡Vuelve a tu vaina,
reposa y sosiégate!

**⁷ Pero ¿cómo reposarás,
si Jehová te ha enviado contra Ascalón
y contra la costa del mar?
Allí te ha destinado.»**

Los filisteos formaban parte de un grupo mayor migratorio de pueblos llamados “pueblos del mar”, que invadieron la parte oriental del Mediterráneo durante el año 1400 a.C. Debido a que los filisteos habían atacado a Creta (llamada aquí Caftor) antes de llegar a Palestina, se habla de ellos como “el resto de la costa de Caftor”. Desde los años 1200 a 1000 a.C., los filisteos se habían convertido en la potencia principal de la región mediterránea oriental. Por siglos, este pueblo había luchado con los israelitas por el derecho de controlar Canaán. Cuando David se convirtió en rey (1010 a.C.), los derrotó por completo y redujo su poder, de tal manera que jamás volvieran a ser una gran amenaza para Israel. Al cambiar alianzas entre los grandes poderes, los filisteos fueron capaces de conservar su semi-independencia hasta que fueron conquistados por Babilonia.

La mayoría de las veces los filisteos se habían aliado con los egipcios, peleando juntos contra Nabucodonosor en Carquemís (605 a.C.). Por lo visto, esa derrota hizo que los filisteos dudaran de su fidelidad para con Egipto, así que el faraón, para asegurarse de la lealtad de ellos, atacó Gaza en 601/600 a.C. Es probable que este sea el ataque al que hace referencia nuestro texto. Sin embargo, Jeremías les advirtió a los filisteos que el verdadero peligro no vendría de Egipto sino del norte. El ejército invasor babilonio sería el que acabaría con la nación filisteá.

Aunque los filisteos simpatizaban con los egipcios, le ayudaron a Nabucodonosor a atacar a Judá y también al rey Joacim en el año 598 a.C. Como recompensa, Nabucodonosor les permitió repartirse una porción de la parte sur de Judá (también llamada el Negev) con su aliado Edom. Sin embargo, los filisteos cometieron el error de animar al rey Sedequías en su rebelión contra

Nabucodonosor en el año 587 a.C. Como resultado fueron deportados por Nabucodonosor a otra parte de su imperio, una deportación que acabó con la existencia de los filisteos como nación.

Mensaje contra Moab

48 Acerca de Moab. Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel:

«¡Ay de Nebo,

porque fue destruida!

¡Deshonrada y conquistada fue Quiriataim;

la ciudadela está deshonrada y destruida!

² ¡Nunca más se alabará Moab!

En Hesbón maquinaron mal contra ella, diciendo:

“¡Venid y borremosla de entre las naciones!”

También tú, Madmena, serás cortada;

la espada irá en pos de ti.

³» ¡Gritos vienen de Horonaim,

destrucción y gran quebrantamiento!

⁴ ¡Moab fue quebrantada:

hicieron que se oyera el clamor de sus pequeños!,

⁵ pues por la cuesta de Luhit

la gente sube llorando,

porque a la bajada de Horonaim

los enemigos oyen gritos de quebranto.

⁶ ¡Huid, salvad vuestra vida,

sed como la retama en el desierto!

⁷ Por cuanto confiaste en tus bienes

y en tus tesoros,

tú también serás conquistada.

Quemos será llevado en cautiverio,

junto con sus sacerdotes y sus príncipes.

⁸ Vendrá el destructor a cada una de las ciudades,

**y ninguna ciudad escapará.
También el valle será arruinado
y arrasada la llanura,
como ha dicho Jehová.**

**⁹»¡Dadle alas a Moab,
para que se vaya volando!,
pues quedarán desiertas sus ciudades
hasta no hallarse en ellas morador alguno.»**

**¹⁰ ¡Maldito el que haga con indolencia la obra de Jehová!
¡Maldito el que retraiga
de la sangre su espada!**

**¹¹ Tranquilo estuvo Moab desde su juventud;
sobre sus sedimentos ha estado reposado;
no fue vaciado de vasija en vasija
ni nunca estuvo en cautiverio.
Por eso conservó su propio sabor
y no ha perdido su aroma.**

**¹² «Pero vienen días, ha dicho Jehová, en que yo le enviaré
trasvasadores que lo
trasvasarán, vaciarán sus vasijas y romperán sus odres.**

**¹³ Y Moab se
avergonzará de Quemos, como la casa de Israel se
avergonzó de Bet-el, su
confianza.**

**¹⁴ »¿Cómo, pues, diréis: “Somos hombres valientes
y robustos para la guerra”?**

**¹⁵ ¡Destruído es Moab, assoladas sus ciudades
y llevados sus jóvenes al degolladero!,
ha dicho el Rey, cuyo nombre es Jehová de los ejércitos.**

**¹⁶ Cercano está el quebrantamiento de Moab,
a punto de llegar;
mucho se apresura su mal.**

Según la Biblia, los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham (Génesis 19:36-38), y por lo tanto, eran parientes lejanos de los israelitas. Este pueblo ya se había establecido en la región este del Mar Muerto cuando los judíos llegaron a la Tierra Santa. Por ser sus parientes, el Señor les mandó que los dejaran en paz. Pero por más parientes que fueran, Moab se opuso a la venida de los israelitas y el rey trató de que fueran maldecidos (Números 22).

Tiempo después, durante el período de los jueces, los moabitas, bajo Eglón (Jueces 3:14), dominaron a Israel por dieciocho años. David, que era descendiente de la moabita Rut, finalmente logró someter a esa nación. Ese dominio duró cerca de 200 años. Alrededor del tiempo de Acab (830 a.C.) los moabitas se rebelaron con éxito y obtuvieron su independencia. Permanecieron independientes hasta el tiempo del profeta Jeremías. Ayudaron a Nabucodonosor a castigar al rey Joacim por su deslealtad en el año 602 a.C. (2 Reyes 24:2). Pero ellos también cometieron el error de unirse a Sedequías en la rebelión contra Nabucodonosor en el año 588 a.C. Algún tiempo después de la caída de Jerusalén, Nabucodonosor conquistó Moab y deportó a la mayoría de sus habitantes a diferentes partes de su reino. Isaías también había profetizado esto contra Moab (Isaías 15,16).

Aunque Moab fue sometido de vez en cuando por diferentes naciones, permaneció libre durante la mayor parte de su historia. Jeremías compara su situación con la del vino que se ha sedimentado en los barriles de añejamiento que no ha sido tocado durante su proceso de fermentación. “Nunca estuvo en cautiverio” (v. 11). Debido a su posición de seguridad y de buena suerte, Moab se desarrolló como un país próspero, orgulloso y arrogante. Llegó a creer que nunca podría ser conquistado. Esta creencia y su larga historia de libertad hicieron que su ruina final fuera aun más dolorosa.

Otra razón por la que Dios lo castigó fue la idolatría que menciona el profeta. Los moabitas adoraban a muchos dioses, pero

Quemos era el patrón de la nación, el ídolo principal entre todos los otros dioses. Él era el protector de Moab, al que le atribuían el poder de haberles dado la tierra. A él se dirigían para pedirle la victoria cuando venían tiempos de guerra. Pero Quemos les fallaría y se avergonzarían de ese ídolo, como las diez tribus de Israel se avergonzaron de su becerro en el santuario de Betel. Cuando llegara el momento crucial, los ídolos de Moab no les harían ningún bien.

**17 Compadeceos de él
todos los que estáis a su alrededor;
y todos los que sabéis su nombre, decid:
“¿Cómo se quebró la vara fuerte,
el bastón hermoso!”**

**18 Desciende de la gloria,
siéntate en tierra seca, moradora hija de Dibón,
porque el destructor de Moab ha subido contra ti,
ha destruido tus fortalezas.**

**19 Párate en el camino y mira,
moradora de Aroer;
pregunta a la que va huyendo, a la que escapó.
Dile: “¿Qué ha sucedido?”**

**20 Se avergonzó Moab, porque fue quebrantado.
¡Lamentaos a gritos!
¡Anunciad en el Arnón
que Moab ha sido destruido!»**

**21 Vino el juicio sobre la tierra de la llanura; sobre Holón,
sobre Jahaza, sobre
Mefaat, 22 sobre Dibón, sobre Nebo, sobre Bet-diblataim,
23 sobre Quiriataim,
sobre Bet-gamul, sobre Bet-meón, 24 sobre Queriot, sobre
Bosra y sobre todas
las ciudades de la tierra de Moab, las de lejos y las de
cerca. 25 Jehová dice:**

**«Cortado es el poder de Moab
y quebrantado su brazo.»**

Jeremías enumera 21 ciudades en su profecía contra Moab para dar énfasis a la destrucción total y extensa que sufriría el país. Dibón, la capital de Moab, es mencionada dos veces. La pérdida de esa ciudad sería una lección dolorosa y humillante. Un buen número de las ciudades que Jeremías menciona en este grupo le fueron arrebatadas a la tribu de Rubén, cuando Moab expandió su territorio a principios del año 800 y al final del año 700 a.C.

**²⁶ ¡Embriagadlo,
porque contra Jehová se engrandeció!
¡Revuélquese Moab sobre su vómito
y sea, también él, motivo de escarnio!**

**²⁷ ¿Acaso Israel no fue para ti un motivo de escarnio,
como si lo hubieran sorprendido entre ladrones?
Porque tú, cuando de él hablabas,
hacías gestos de burla.**

**²⁸ ¡Abandonad las ciudades
y habitad entre peñascos,
moradores de Moab!
¡Sed como la paloma que anida al borde del barranco!**

**²⁹ Hemos oído de la soberbia de Moab,
que es muy soberbio, arrogante,
orgullosa, altiva y altanera de corazón.**

**³⁰ Dice Jehová: «Yo conozco su cólera,
pero no tendrá efecto alguno.
Sus jactancias de nada le aprovecharán.»**

**³¹ Por tanto, yo aullaré por Moab,
por todo Moab clamaré,
y gemiré por la gente de Kir-hares.**

**³² Con llanto por Jazer
lloraré por ti, vid de Sibma;**

**tus sarmientos pasaron el mar,
llegaron hasta el mar de Jazer.
Sobre tu cosecha y sobre tu vendimia
vino el destructor.**

**³³ La alegría y el regocijo se han acabado
en los campos fértiles de la tierra de Moab.
De los lagares haré que falte el vino,
y no habrá pisador que cante.
No habrá más cantos de júbilo.**

**³⁴ El clamor de Hesbón llega hasta Eleale; hasta Jahaza
dieron su voz; desde
Zoar hasta Horonaim y Eglat-selesiyá, porque aun las
aguas de Nimrim serán
arruinadas.**

**³⁵ Dice Jehová: «Exterminaré de Moab a quien sacrifique
sobre los lugares
altos y ofrezca incienso a sus dioses.»**

Además de su arrogancia y de su idolatría, otra razón por la que Moab iba a caer es porque había desafiado a Dios (Jeremías 27). El Señor le había advertido a Moab que no se rebelara contra Nabucodonosor pero no quiso escuchar. Ahora iba a recibir el castigo que merecía por su desacato y nadie se iba a compadecer de ella. Su riqueza y su independencia le habían dado un falso sentimiento de seguridad y de bienestar, una actitud inaguantablemente orgullosa. En su altivez se había burlado de las diez tribus de Israel que habían sido deportadas y también del castigo de Nabucodonosor sobre Judá. Ahora le tocaba a ella. Moab se había jactado de la abundancia de su tierra; ahora ésta le sería arrebatada. A tal grado llegaría su destrucción que nunca más se recuperaría. Incluso las aguas de Nimrim, un manantial que brotaba en el extremo sur de Moab, se secarían. Cuando los moabitas fugitivos corrieran al sur para escapar de la persecución de los soldados invasores, no encontrarían agua en esta fuente, que

antes había fluido sin parar. Este descubrimiento los dejaría sin esperanzas.

³⁶ Por eso resuena mi corazón como flautas por causa de Moab, y asimismo resuena mi corazón a modo de flautas por los hombres de Kir-hares, porque se perdieron las riquezas que habían conseguido. ³⁷ Porque toda cabeza está rapada y toda barba recortada; en toda mano hay cortaduras, y todos llevan ropa áspera.

³⁸ «Sobre todos los terrados de Moab, y en sus calles, todo será llanto, porque yo quebranté a Moab como a una vasija inútil», dice Jehová. ³⁹ ¡Lamentad! ¡Cómo ha sido quebrantado! ¡Cómo volvió la espalda Moab y fue avergonzado! Fue Moab objeto de escarnio y de horror para todos los que están en sus alrededores.

⁴⁰ Porque así ha dicho Jehová:

**«Como un águila volará,
desplegará sus alas contra Moab.**

**⁴¹ Tomadas serán las ciudades
y conquistadas las fortalezas.**

**Aquel día, el corazón de los valientes de Moab
será como el corazón de mujer en angustias,**

**⁴² y Moab será destruido hasta dejar de ser pueblo,
porque se engrandeció contra Jehová.**

**⁴³ Miedo, fosa y red contra ti, morador de Moab,
dice Jehová.**

**⁴⁴ El que huya del miedo caerá en la fosa,
y el que salga de la fosa quedará atrapado en la red.
Porque yo traeré sobre él, sobre Moab,
el año de su castigo,
dice Jehová.**

**⁴⁵ »A la sombra de Hesbón
se detuvieron sin fuerzas los que huían;
mas salió fuego de Hesbón**

**y una llama de en medio de Sehón,
y quemó el rincón de Moab
y la coronilla de los hijos revoltosos.
⁴⁶ ¡Ay de ti, Moab!
¡Peció el pueblo de Quemos!,
porque tus hijos fueron apresados, llevados en
cautividad,
y tus hijas fueron puestas en cautiverio.
⁴⁷ Pero haré volver a los cautivos de Moab
al final de los tiempos,
dice Jehová.»**

Hasta aquí es el juicio de Moab.

La devastación de Moab sería total. Nadie lograría escapar. Jeremías usó una descripción impactante para hacerse entender. Al huir del terror, los fugitivos caerían en un hoyo y al tratar de salir, caerían en el lazo tendido. Al escapar apenas con vida, verían que sus ciudades serían quemadas junto con las riquezas que han acumulado. Al final, Moab sería “destruido hasta dejar de ser pueblo” (v. 42). Como nación, Moab no sobrevivió a su deportación, decretada por Nabucodonosor en el año 582 a.C.

La destrucción de esa nación aturdiría a sus habitantes y llorarían como los que no tienen ninguna esperanza. Se rasurarían la cabeza y la barba, en señal de gran vergüenza y pesar. Se harían cortes en las manos y vestirían de cilicio, pero todo sería demasiado tarde. Aunque el Señor se lo había advertido, ellos no habían querido escuchar.

Mensaje contra los amonitas

49 Acerca de los hijos de Amón. Así ha dicho Jehová:

**«¿No tiene hijos Israel?
¿No tiene heredero?»**

**¿Por qué Milcom ha hecho de Gad su heredad,
y su pueblo se ha establecido en sus ciudades?**

² Por tanto, vienen días,

dice Jehová,

en que haré oír el grito de guerra

en Rabá de los hijos de Amón.

Será convertida en un montón de ruinas,

sus ciudades serán incendiadas

**e Israel tomará por heredad a quienes los tomaron a
ellos.**

Esto dice Jehová.

³»¡Laméntate, Hesbón, porque Hai ha sido destruida!

¡Gritad, hijas de Rabá,

vestíos de ropas ásperas,

haced lamentación y rodead los vallados!,

porque Milcom fue llevado en cautiverio

juntamente con sus sacerdotes y sus príncipes.

⁴ ¿Por qué te glorías de los valles?,

de tu fértil valle, tú, hija rebelde,

que confías en tus tesoros

y dices: “¿Quién vendrá contra mí?”

⁵ He aquí yo traigo el miedo sobre ti,

dice el Señor, Jehová de los ejércitos,

desde todos tus alrededores.

**Seréis lanzados cada uno de vosotros hacia adelante, con
violencia,**

y no habrá quien acoja a los fugitivos.

**⁶ Después de esto, haré volver a los cautivos de los hijos
de Amón,**

dice Jehová.»

Al igual que los moabitas (capítulo 48), los amonitas eran descendientes de Lot (Génesis 19:36-38), el sobrino de Abraham. Cuando Israel entró a la Tierra Santa, el Señor les prohibió que se

adueñaran del territorio de los amonitas. Amón, que estaba ubicada directamente al este del río Jordán, tenía como capital y centro político a la ciudad de Rabá, que estaba situada como a 28 kilómetros al este del río Jordán. El sitio de la antigua ciudad de Rabá está en lo que hoy es Amán, la capital de la moderna Jordania.

Amón estuvo sometido a Israel, durante el reinado de David y parte del reinado de Salomón. Con frecuencia competía con la tribu de Gad por el control del territorio que estaba al este del Jordán. Cuando los asirios se llevaron a Israel al exilio, los amonitas se posesionaron del territorio transjordano de Israel. Milcom, el dios que se menciona en los versículos 1 y 3, es el dios nacional de los amonitas. Amón se alió con Moab en el año 582 a.C. y dejó de ser políticamente independiente. Antes de su derrota se había opuesto al remanente judío que estaba en ese entonces bajo Gedalías y luego opuso resistencia contra los exiliados judíos que regresaron para reconstruir Jerusalén (Nehemías 4:1-12).

Mensaje contra Edom

⁷ Acerca de Edom. Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

«¿No hay más sabiduría en Temán?

¿Se agotó el consejo en los sabios?

¿Se corrompió su sabiduría?

⁸ ¡Huid, volveos atrás,

habidad en lugares profundos, moradores de Dedán!,

porque el quebranto de Esaú traeré sobre él

en el tiempo en que lo castigue.

⁹ Si vendimiadores hubieran venido contra ti,

¿no habrían dejado rebuscos?

Si ladrones hubieran venido de noche,

¿no habrían tomado lo que les bastara?

¹⁰ Mas yo desnudaré a Esaú,

pondré al descubierto sus escondrijos

**y no podrá esconderse;
será destruida su descendencia,
sus hermanos y sus vecinos,
y dejará de ser,
¹¹ ¡Deja tus huérfanos, yo los criaré,
y en mí confiarán tus viudas!**

¹²»Así ha dicho Jehová: Los que no estaban condenados a beber la copa, la beberán ciertamente. ¿Y serás tú absuelto del todo? ¡No serás absuelto, sino que ciertamente la beberás! ¹³ Porque por mí mismo he jurado, dice Jehová, que espanto, afrenta, soledad y maldición será Bosra, y todas sus ciudades serán ruinas para siempre.»

**¹⁴ He oído esta noticia:
que de parte de Jehová se había enviado un mensajero
a decir a las naciones:
«¡Juntaos, venid contra ella,
subid a la batalla!»**

**¹⁵ Te haré pequeño entre las naciones,
menospreciado entre los hombres.**

**¹⁶ Te engañaron tu arrogancia
y la soberbia de tu corazón.
Tú, que habitas en las hendiduras de las peñas,
que alcanzas las alturas del monte,
aunque eleves como el águila tu nido,
de allí te haré descender,
dice Jehová.**

¹⁷ «Edom se convertirá en espanto. Todo aquel que pase por ella se asombrará, se burlará de todas sus calamidades.

¹⁸ Como sucedió en la destrucción de Sodoma, de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice Jehová, tampoco allí habitará nadie, ningún ser humano habitará en ella.

**¹⁹»Yo, como un león que sube
de la espesura del Jordán al verde prado,
muy pronto los haré huir de ella,**

**y pondré en ella al que yo escoja,
porque ¿quién es semejante a mí? ¿Quién me
emplazará?**

¿Quién será el pastor que pueda resistirme?

**²⁰ Por tanto, oíd el plan que Jehová ha acordado acerca
de Edom,
y las decisiones que ha tomado acerca de los moradores
de Temán.**

**Ciertamente, arrastrarán a los más pequeños de su
rebaño,**

y los destruirán junto con sus pastizales.

**²¹ Por el estruendo de la caída de ellos, la tierra temblará,
y el eco de su voz se oirá hasta en el Mar Rojo.**

**²² Como un águila subirá y volará,
y desplegará sus alas contra Bosra.**

**Aquel día el corazón de los valientes de Edom
será como el corazón de una mujer en angustias.»**

Los edomitas eran descendientes de Esaú (Génesis 36), el hijo de Isaac y hermano gemelo de Jacob. Vivían en una meseta pequeña e inaccesible, situada al sur y al este del Mar Muerto. Su tierra no era fértil y solamente podía alimentar a los rebaños. Sin embargo, la tierra de Edom constituía una ubicación clave porque estaba situada en el cruce de las rutas más importantes de comercio que iban del sur a Egipto y a Elat, una ciudad portuaria del golfo de Aqaba. Los edomitas también controlaban el acceso a las minas de cobre que se hallaban cerca de esta ciudad. Como soldados y saqueadores, sus ganancias las obtenían del control de esas áreas claves. La capital de Edom era Bosra, localizada en el cruce de la ruta principal que va del norte al sur. La parte norte de Edom se llamaba Temán y la del sur Dedán.

Durante siglos, especialmente después de la época del rey David, Edom vivió a la sombra de Israel. Cerca de 200 años después de la muerte de este rey (830–820 a.C.), Edom al fin obtuvo su libertad y logró mantenerla hasta mediados del año 500

a.C. Se escapó de las invasiones de Nabucodonosor debido a que estaba ubicado en una zona montañosa y accidentada. Se enorgullecía de sus magníficas defensas, que eran muy difíciles de atacar. Sin embargo, el Señor anunció que finalmente destruirá a Edom.

Mensaje contra Damasco

²³ Acerca de Damasco.

**«Hamat y Arfad se avergonzaron
porque oyeron malas noticias;
se derretieron en aguas de ansiedad, ¡no logran sosegarse!**

**²⁴ Damasco se desmayó, se dispuso a huir,
le tomó temblor y angustia,
y se apoderaron de él dolores
como de una mujer que está de parto.**

**²⁵ ¡Cómo abandonan la ciudad tan alabada,
la ciudad de mi gozo!**

**²⁶ Por tanto, sus jóvenes caerán en las plazas,
y todos los hombres de guerra morirán en aquel día,
dice Jehová de los ejércitos.**

**²⁷ En el muro de Damasco prenderé yo un fuego
que consumirá las casas de Ben-adad.»**

La antigua ciudad de Damasco, que es la capital de la Siria de hoy, era una de las ciudades más antiguas del Medio Oriente. Estaba situada en una de las regiones más fértiles de esa parte del mundo. Los ríos que la rodeaban la proveían de agua en abundancia. Puesto que estaba ubicada en una parte estratégica de las rutas de comercio que corrían de norte a sur, su interés principal era el comercio. Con frecuencia peleó contra Israel por el control de estas rutas. Por un tiempo, durante el reinado del rey David (1 Reyes 11:23-25), estuvo sujeta al control de Israel. Varios siglos después recobró su independencia y peleó con Israel (2 Reyes 13). Ben-adad fue uno de sus líderes durante esa época de oro.

Tiempo después Asiria subyugó a Damasco. Sin embargo, la ciudad se logró librar de los asirios, y se alió a Judá con el propósito de detener el avance de los babilonios. Otros dos grandes centros de comercio situados al norte de Damasco, Hamat y Arfad, también formaron parte de esta alianza. No obstante, el Señor les advirtió a los habitantes de Damasco que todo lo que hicieran sería en vano. Damasco sucumbió ante Nabucodonosor y desapareció de la historia por muchos siglos.

Mensaje contra Cedar y Hazor

²⁸ Acerca de Cedar y de los reinos de Hazor, asolados por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Así ha dicho Jehová:

**«Levantaos, subid contra Cedar
y destruid a los hijos del oriente.**

²⁹ Sus tiendas y sus ganados tomarán.

Sus cortinas, todos sus utensilios

y sus camellos tomarán para sí,

y gritarán contra ellos: “¡Hay terror por todas partes!”

**³⁰ ¡Huid, marchaos muy lejos, habitad en lugares
profundos,**

moradores de Hazor!,

dice Jehová;

porque Nabucodonosor, rey de Babilonia,

**tomó consejo contra vosotros, y contra vosotros ha
preparado un plan.**

**³¹ ¡Levantaos, subid contra una nación pacífica
que vive confiadamente,**

dice Jehová,

que ni tiene puertas ni cerrojos,

que vive solitaria!

³² Sus camellos serán por botín

y la multitud de sus ganados por despojo.

Los esparciré a todos los vientos,

**dispersados hasta el último rincón;
de todos lados les traeré su ruina,
dice Jehová.**

**³³ Hazor será guarida de chacales,
quedará desolada para siempre.
Nadie morará allí;
ningún ser humano habitará en ella».**

En ese entonces en el norte de Arabia había muy pocos grupos de beduinos establecidos en esas regiones, y debido a que vivían en el desierto, principalmente al sur y al este de Judá, se les conocía como “los hijos del oriente”. Estos beduinos eran descendientes de Ismael, el medio hermano de Isaac (Génesis 25). Se desconoce por completo la ubicación de Hazor. Estos pueblos eran nómadas y subsistían del desierto. Se trasladaban por el área con sus rebaños en busca de pastizales. Con sus camellos también viajaban por las rutas de comercio que iban de Arabia a la tierra de Ofir, esta última, conocida como la tierra del oro y de las especias. Para proteger sus intereses se unieron a Judá para pelear contra los babilonios. El Señor anunció que ellos también iban a compartir la derrota con Judá. El Señor de las naciones no sólo juzga las transgresiones de los países poderosos, sino también las de las naciones insignificantes.

Mensaje sobre Elam

³⁴ Palabra de Jehová que vino al profeta Jeremías acerca de Elam, al comienzo del reinado de Sedequías, rey de Judá, diciendo: ³⁵ «Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

**»Yo quiebro el arco de Elam,
parte principal de su fortaleza.**

**³⁶ Traeré sobre Elam los cuatro vientos
desde los cuatro puntos del cielo,
y los aventaré a los cuatro vientos.**

No habrá nación a donde no lleguen fugitivos de Elam.

**³⁷Y haré que Elam se acobarde ante sus enemigos
y ante quienes buscan su vida.**

**Traeré sobre ellos mal y el ardor de mi ira,
dice Jehová,**

y enviaré espada que los persiga hasta acabar con ellos.

³⁸Yo pondré mi trono en Elam,

y destruiré a su rey y a sus príncipes,

dice Jehová. ³⁹Pero acontecerá en los últimos días,

que yo haré volver a los cautivos de Elam,

dice Jehová.»

Elam era un país de una civilización antigua que se localizaba al sur y al este de Babilonia, cerca al golfo Pérsico, donde se encuentra Irán hoy en día. Durante siglos Elam peleó primero contra Asiria y después contra los babilonios para mantener su independencia. Durante el reinado de Sedequías, se unió a Judá en su intento por detener el avance del imperio babilonio. Se escapó de ser dominado por Babilonia, pero luego sucumbió ante el ataque de los medos y de los persas, que conquistaron todo el Medio Oriente (530 a.C.). Esta conquista acabó con Elam como nación, aunque muchos elementos de su cultura y de su civilización quedaron en la cultura del Imperio Persa.

Mensaje contra Babilonia

50 Palabra que habló Jehová contra Babilonia, contra
la tierra de los caldeos, por medio del profeta

Jeremías:

**²«Anunciadlo en las naciones, hacedlo saber;
levantad también bandera, publicadlo y no lo encubráis;
decid: “¡Conquistada ha sido Babilonia!
¡Bel está avergonzado!
¡Merodac está deshecho,
destruidas sus esculturas, destrozados sus ídolos!”**

**³ ¡Porque ha subido contra ella una nación del norte!,
que hará de su tierra un objeto de espanto.
No habrá hombre ni animal que en ella more;
todos han huido, se han marchado.**

**⁴ »En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová,
vendrán los hijos de Israel,
ellos y los hijos de Judá juntamente.
Irán andando y llorando,
y buscarán a Jehová, su Dios.**

**⁵ Preguntarán por el camino de Sión,
hacia donde volverán sus rostros, diciendo:
“¡Venid y unámonos a Jehová
con un pacto eterno que jamás se eche en el olvido!”**

**⁶ »Como ovejas perdidas era mi pueblo:
sus pastores las extraviaron,
por los montes las descarriaron;
anduvieron de monte en collado
y se olvidaron de sus rediles.**

**⁷ Todos los hallaban, los devoraban;
decían sus enemigos: “No pecaremos,
porque ellos pecaron contra Jehová, morada de justicia,
contra Jehová, esperanza de sus padres.”**

**⁸ »¡Huid de en medio de Babilonia,
salid de la tierra de los caldeos,
sed como los machos cabríos que van delante del rebaño!**

**⁹ Porque yo levanto y hago subir contra Babilonia
una reunión de grandes pueblos de la tierra del norte;
desde allí se prepararán contra ella,
y será conquistada.**

**Sus flechas son como las de un valiente experto,
que no volverá vacío.**

**¹⁰ Y Caldea será para botín;
todos los que la saqueen se saciarán,
dice Jehová.**

Jeremías escribió esta profecía acerca de Babilonia a principios del reinado de Sedequías (597/596 a.C.), para confirmar la profecía que había hecho diez años antes, durante el reinado de Joacim. En ese entonces, él había predicho que Babilonia iba a conquistar todos los pueblos del Medio Oriente, por lo que había exhortado a todas esas naciones para que se rindieran. También había dicho que Judá iba a ser tomada por Babilonia y que iba a ser llevada al exilio por setenta años. Es realmente sorprendente que el profeta hubiera dicho esas palabras cuando Babilonia apenas comenzaba a surgir como superpotencia en el Medio Oriente.

En esta profecía Jeremías también da parte de la respuesta a la siguiente pregunta: “¿Por qué tuvo Judá que enfrentarse al juicio, cuando había otras naciones que eran más pecadoras que ella?” (Jeremías 12). El profeta proporciona la idea de lo prometido por el Señor: “Al final de los días entenderéis esto” (Jeremías 30:24).

En su profecía, Jeremías utilizó la obra de Isaías (Isaías 13,14), y usó también las mismas descripciones e imágenes que el profeta anterior. Ambos estuvieron de acuerdo en que la causa principal de la caída de Babilonia iba a ser el orgullo y la arrogancia. Para los judíos y para las futuras generaciones de creyentes, Babilonia se convertiría en sinónimo de todos los enemigos de la iglesia y de toda clase de incredulidad que se opone a Cristo. El evangelista Juan usó esta misma imagen en el libro de Apocalipsis.

Babilonia era una ciudad muy antigua, que se encontraba situada entre los ríos Éufrates y Tigris en lo que en la actualidad es Iraq. Por más de mil años había sido una fuerza a la que había que tener en cuenta en el Medio Oriente. Si bien estaba en declive durante la época de oro del Imperio Asirio, se empezó a recuperar a mediados del año 600, cuando Asiria comenzó a decaer. Babilonia alcanzó su zenit durante el reinado de Nabucodonosor, que reinó por cuarenta años. Después de su muerte el imperio comenzó a decaer hasta que los medos y los persas lo invadieron

en el año 539 a.C. Durante todo el período persa, cayó más y más en el olvido. En los tiempos de nuestro Señor Jesucristo no era más que un montón de ruinas.

El oráculo de Jeremías acerca del juicio de Dios sobre Babilonia comienza cuando proclama la vergüenza y el fracaso del dios de Babilonia, Merodac (también conocido como Bel). Los babilonios y muchos pueblos de Mesopotamia habían adorado a ese dios desde tiempos inmemoriales. Para ellos, Merodac (Bel) era el gran dios, el que gobierna y el controla el universo, el único dios que importaba. En la medida en que Asiria se extendía, ellos se dedicaron más y más a la adoración de Merodac (Bel). No reconocían a otro dios más que a él.

Quizá esta fue la razón por la que Nabucodonosor erigió la estatua de oro y exigió que sus súbditos la adoraran (Daniel 3). Pero Merodac (Bel) y todos los dioses falsos de Babilonia no la iban a salvar. Los invasores del norte le harían la guerra y tomarían de ella todo el botín que quisieran. La única forma en que los habitantes de Babilonia se podrían salvar sería huyendo de la ciudad.

Con un solo acto de juicio Dios iba a castigar a Babilonia y rescatar a su pueblo. La nación israelita se había destruido a ella misma por adorar ídolos y por seguir el liderazgo de reyes impíos. Se habían olvidado de que su verdadero lugar de descanso era Dios, el único que los podía ayudar. Otros habían usado el pecado de Israel como excusa para saquear la nación. Los enemigos habían saqueado a la nación y se habían llevado todo lo que pudieron de Israel, y culparon de todo al pecado de Israel, negando así su propia responsabilidad.

Sin embargo, Dios controlaba la historia de las antiguas naciones para que así la gente de Judea aprendiera una lección de su amarga experiencia. Se iban a dar cuenta de cuán inútiles eran sus ídolos y de cuán poderoso y fiel es el Señor. Al aprender esta lección otra vez se volverían hacia él arrepentidos, y creerían la promesa que les había dado de regresarlos a su patria. Para

demostrar su amor y su nuevo fervor, harían voluntariamente un nuevo pacto con él.

**¹¹ »Cómo os alegrasteis,
cómo os gozasteis destruyendo mi heredad,
cómo os llenasteis cual novilla sobre la hierba
y relinchasteis cual los caballos.**

**¹²Vuestra madre se avergonzó mucho;
confundida quedó la que os dio a luz;
será la última de las naciones,
convertida en desierto, sequedal y páramo.**

**¹³Por la ira de Jehová no será habitada,
sino que será assolada por completo.
Todo aquel que pase por Babilonia se asombrará
y se burlará de sus calamidades.**

**¹⁴¡Poneos en orden contra Babilonia,
rodeadla todos los que tensáis arco!
¡Tirad contra ella y no escatiméis las flechas,
porque pecó contra Jehová!**

**¹⁵¡Gritad contra ella, a su alrededor!
¡Se rindió,
han caído sus cimientos,
derribados son sus muros!**

**¡Ésta es la venganza de Jehová!
¡Tomad venganza de ella;
haced con ella como ella os hizo!**

**¹⁶Destruid en Babilonia al que siembra
y al que mete la hoz en el tiempo de la siega.
Ante la espada destructora,
cada cual volverá el rostro hacia su pueblo,
cada cual huirá hacia su tierra.**

**¹⁷»Rebaño descarriado es Israel;
leones lo dispersaron.**

»Primero lo devoró el rey de Asiria; Nabucodonosor, rey de Babilonia lo deshuesó después. ¹⁸ Por tanto, así dice Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo castigo al rey de Babilonia y a su tierra, como castigué al rey de Asiria.

**¹⁹»Volveré a traer a Israel a su pastizal;
pacerá en el Carmelo y en Basán,
y en los montes de Efraín y en Galaad se saciará su alma.**

**²⁰ En aquellos días y en aquel tiempo,
dice Jehová,
la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá;
y los pecados de Judá, y no se hallarán;
por que perdonaré a los que yo haya dejado.**

Babilonia iba a sufrir la derrota y la ruina por haberse deleitado en la caída del pueblo escogido de Dios. Sus victorias la llevaron a pensar que merecía el reconocimiento por lo que era, sin saber que solamente había sido un instrumento de Dios. Por causa de la ira del Señor, sus muros de defensa se vendrían abajo ante el ataque de los grandes ejércitos que se unirían para agredirla. La enérgica venganza del Señor le daría una lección a Babilonia por su orgullo malvado, y la poderosa nación de Babilonia caería repentinamente como también había sucedido con la poderosa Asiria. Su derrota les haría recordar a todas las naciones que el Señor es el único que controla el destino de todas ellas.

Lo extraño de todo era que los mismos israelitas, que habían sido oprimidos primero por los asirios y después por los babilonios, sobrevivirían y prosperarían. Así como los rebaños pastan con toda tranquilidad en el pasto lozano, ellos también volverían a vivir en paz en su propia tierra. Dios les concedería esta paz a los de su pueblo, no porque la merecieran, sino porque el Señor les había mostrado misericordia. La culpa de Israel y el pecado de Judá, serían borrados porque el Señor los perdonaría y los dejaría empezar de nuevo.

21 »¡Sube contra la tierra de Merataim,
contra ella y contra los moradores de Pecod!
¡Destruye y mata en pos de ellos,
dice Jehová,

y haz conforme a todo lo que yo te he mandado!»

22 ¡Estruendo de guerra se oye en la tierra,
y de gran quebrantamiento!

23 ¡Cómo fue cortado y quebrado
el martillo de toda la tierra!

¡Cómo se convirtió Babilonia
en objeto de espanto entre las naciones!

24 «Te puse lazos, y sin darte cuenta caíste en ellos,
Babilonia;

fui hallada, y aun apresada,
porque provocaste a Jehová.»

25 Abrió Jehová su tesoro

y sacó los instrumentos de su furor;
porque ésta es obra de Jehová, Dios de los ejércitos,
en la tierra de los caldeos.

26 Venid contra ella desde el extremo de la tierra,
abrid sus almacenes,

convertidla en un montón de ruinas y destruidla.
¡Que no le quede nada!

27 Matad a todos sus novillos;
que vayan al matadero.

¡Ay de ellos, pues ha venido su día,
el tiempo de su castigo!

28 Se oye la voz de los que huyen
y escapan de la tierra de Babilonia,
para dar en Sión las noticias de la retribución de Jehová,
nuestro Dios,
de la venganza de su Templo.

El Señor instó a los atacantes de la gran Babilonia para que se introdujeran hasta las partes más lejanas de esa nación. Los dos nombres que usó para Babilonia añaden insulto. Merataim era un área pantanosa formada por la convergencia de los ríos Tigris y Éufrates cerca del golfo Pérsico. Como sus aguas eran amargas y saladas, así de amarga y sin valor se había convertido Babilonia. Pecod se refiere a una tribu llamada Pukudu que vivía cerca de la misma región. La raíz de esa palabra en hebreo significa “castigo”. Babilonia será castigada por su soberbia.

Dios era el verdadero enemigo de Babilonia, y él no iba a permitir que la destrucción de su templo se quedara sin castigo. El último de sus reyes, embriagado de vino y de arrogancia, había ordenado que los utensilios del templo, los que habían sido llevados por Nabucodonosor, fueran usados para su orgía. Esta orden fue la que selló su fin. El Señor dictó una sentencia rápida en contra de Babilonia (Daniel 5). A los judíos fugitivos que escaparon de la ciudad se les dio instrucciones de divulgar la noticia de la venganza del Señor. Aunque Babilonia era una gran potencia mundial, iba a ser abatida porque el Señor les daría fuerza y astucia a sus atacantes. Las grandiosas murallas de la ciudad serían inútiles y la gran Babilonia caería.

**²⁹ «Juntad flecheros contra Babilonia,
a todos los que tensan arco;
acampad alrededor de ella,
y que de ella no escape nadie.
Pagadle según su obra;
conforme a todo lo que ella hizo, haced con ella,
porque contra Jehová se ensoberbeció,
contra el Santo de Israel.**

**³⁰ Por eso, sus jóvenes caerán en sus plazas,
y todos sus hombres de guerra serán destruidos en aquel
día,
dice Jehová.**

31 »Nación soberbia, yo estoy contra ti,
dice el Señor, Jehová de los ejércitos;
porque tu día ha venido, el tiempo en que te castigaré.

32 La nación soberbia tropezará y caerá,
y no tendrá quien la levante.
Prenderé fuego en sus ciudades
y quemaré todos sus alrededores.

33 »Así ha dicho Jehová de los ejércitos:
Oprimidos fueron los hijos de Israel
y los hijos de Judá juntamente;
todos los que los tomaron cautivos los retuvieron
y no los quisieron soltar.

34 El redentor de ellos es el Fuerte
(Jehová de los ejércitos es su nombre).
De cierto defenderá la causa de ellos,
para hacer que repose la tierra
y que se turben los moradores de Babilonia.

35 »Espada contra los caldeos,
dice Jehová,
y contra los moradores de Babilonia,
contra sus príncipes y contra sus sabios.

36 Espada contra los adivinos, y se entontecerán;
espada contra sus valientes, y serán quebrantados.

37 Espada contra sus caballos, contra sus carros
y contra todo el pueblo que está en medio de ella,
y serán como mujeres;
espada contra sus tesoros, y serán saqueados.

38 Sequedad sobre sus aguas, y se secarán;
porque es tierra de ídolos,
y se entontecen con sus ídolos grotescos.

39 »Por tanto, allí morarán fieras del desierto y chacales;
morarán también en ella polluelos de avestruz;
nunca más será poblada
ni se habitará por generaciones y generaciones.

40 Como en la destrucción que Dios hizo de Sodoma y de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice Jehová, así nadie morará allí, ningún ser humano habitará en ella.

El ataque final sobre Babilonia tendría éxito, y su devastación sería total, porque el Todopoderoso con su palabra llamó a la “espada” para golpear a la poderosa Babilonia. La espada haría lo que se le había ordenado. Al final sólo las criaturas del desierto habitarían en Babilonia, que se volvería como Sodoma y Gomorra. Eso es lo que pasó paulatinamente. Bajo el control de los persas, Babilonia comenzó a perder poco a poco su poder y su prestigio, y nunca los recuperó. Para el tiempo de Cristo, cinco siglos después, Babilonia se había convertido en un montón de ruinas.

Todo iba a resultar muy diferente de lo que se había esperado. Israel, el cautivo, sería el que al fin encontraría reposo seguro en su propia tierra; en cambio Babilonia, la agresora, no tendría paz. El Señor llevó a cabo sus propósitos. La caída de la ciudad caldea iba a servir para cumplir la promesa que Dios había hecho de restaurar a su pueblo escogido. Puesto que nadie vendría al rescate de su pueblo, él mismo lo haría. Su Redentor era poderoso y fuerte para salvar y liberarlos.

**41 »Viene un pueblo del norte,
una gran nación, y muchos reyes
se levantarán de los extremos de la tierra.**

**42 Arco y lanza manejarán;
serán crueles y no tendrán compasión.
Su voz rugirá como el mar, y montarán a caballo.
¡Se prepararán contra ti
como hombres a la pelea, hija de Babilonia!**

**43 Oyó la noticia el rey de Babilonia
y sus manos se debilitaron;
angustia lo tomó,
dolor como el de una mujer de parto.**

44 »Ciertamente yo,
como león que sube de la espesura del Jordán al verde
prado,
muy pronto los haré huir de ella,
y pondré en ella al que yo escoja,
porque ¿quién es semejante a mí?
¿Quién me emplazará? ¿Quién será el pastor que pueda
resistirme?

45 Por tanto, oíd el plan que Jehová ha acordado contra
Babilonia,
y las decisiones que ha tomado contra la tierra de los
caldeos:
Ciertamente, arrastrarán a los más pequeños de su
rebaño
y los destruirán junto con sus pastizales.
46 Al grito de la conquista de Babilonia la tierra tembló,
y el clamor se oyó entre las naciones.»

Los poderosos ejércitos acampados contra ellos iban a desmoralizar a los caldeos y a sus líderes. Al usar las mismas imágenes que había usado para la caída de Edom (Jeremías 49:19), el profeta Jeremías describió lo indefenso de los rebaños de Babilonia ante el avance del León de Judá. Así como el león desbanda al rebaño y se lleva lo que quiere, también el Señor separaría y escogería lo mejor de Babilonia, dejándola sin nada. La caída de Babilonia sería como una sacudida para el mundo mismo. Si este imperio cayera, ¿qué nación podría quedar en pie? Sin el permiso del Señor, absolutamente ninguna.

51 Así ha dicho Jehová:
«Yo levanto un viento destructor
contra Babilonia y contra sus moradores que se levantan
contra mí.

2 Enviaré a Babilonia aventadores que la avienten,
y vaciarán su tierra;

**porque se pondrán contra ella
de todas partes en el día del mal.**

**³ Ordenaré al flechero que tensa su arco
y al que se enorgullece de su coraza,
que no perdonen a sus jóvenes
y que destruyan todo su ejército.**

**⁴ Caerán muertos en la tierra de los caldeos
y alanceados en sus calles.**

**⁵ Porque Israel y Judá
no han enviudado de su Dios, Jehová de los ejércitos,
aunque su tierra fue llena de pecado
contra el Santo de Israel.**

**⁶ »¡Huid de en medio de Babilonia! ¡Poneos a salvo,
para que no perezcáis a causa de su maldad!,
porque es el tiempo de la venganza de Jehová:
él va a darle su merecido.**

**⁷ Una copa de oro que embriagó a toda la tierra
fue Babilonia en la mano de Jehová.
De su vino bebieron los pueblos;
se aturdieron las naciones.**

**⁸ ¡De repente cayó Babilonia y se hizo pedazos!
¡Gemid por ella!
Tomad bálsamo para su dolor:
quizá sane.»**

**⁹ Curamos a Babilonia,
pero no ha sanado.
¡Dejadla ya, y vayámonos cada uno a nuestra tierra,
porque ha llegado hasta el cielo su juicio
y se ha alzado hasta las nubes!**

**¹⁰ Jehová sacó a luz nuestras justicias;
venid y contemos en Sión
la obra de Jehová, nuestro Dios.**

El profeta repite muchas de las palabras que había usado con anterioridad para anunciar el juicio de Dios contra Babilonia a

quien no solamente la llama por nombre, sino por una especie de frase cifrada, un “criptograma”, en semítico, Leb-Camay (una especie de palabra clave para Babilonia). El mensaje iba dirigido a aquellos que necesitaban escucharlo una y otra vez.

A los judíos que oían por primera vez estas palabras, debió haberles parecido como unas buenas noticias increíbles; esas buenas noticias eran mucho mejores de lo que se pudieran haber imaginado. Habían visto con sus propios ojos el poder de Babilonia dirigido contra ellos, y no veían por ninguna parte señal de que ese poder se estuviera debilitando. Aun así, Dios quería que se concentraran en su promesa de que los haría volver del cautiverio en Babilonia. El Señor también quería que recordaran que en medio de todos sus problemas él era su verdadero protector. Quería que nunca volvieran a confiar en ninguna otra fuente de poder.

El profeta menciona específicamente tres razones por las que el Señor iba a castigar a Babilonia. Primero, con ese castigo probaría que no había abandonado a su propio pueblo; todavía estaba con ellos, permaneció fiel a su palabra y a su promesa. Segundo, al castigar a Babilonia demostraría que la iba a hacer pagar por sus pecados. El Señor había usado a Babilonia como su copa de oro para hacer que las demás naciones bebieran de su ira (Jeremías 25). Babilonia, toda hinchada de orgullo, no sabía que solamente era un instrumento en las manos del Señor. Y por último, le iba a probar a la nación caldea y a todas las demás naciones, que sólo él es Dios, el Todopoderoso. Él es el que decide el éxito y la caída de las naciones.

El juicio de Dios contra Babilonia sería tan aplastante que hasta los judíos y los extranjeros que se habían acostumbrado a vivir en Babilonia y que tenían cierto aprecio por ese lugar, saldrían huyendo de allí. Abandonarían la lucha por Babilonia, por considerarla sin esperanza. Babilonia perdería su poder rápida y completamente. Su pérdida sería ganancia para los judíos, porque la caída de esta nación iniciaría el regreso de los judíos a la Tierra Santa.

**11 ¡Limpiad las flechas! ¡Embrazad los escudos!
Jehová ha despertado el espíritu de los reyes de Media,
porque contra Babilonia es su pensamiento, para
destruirla.**

**Porque la venganza es de Jehová,
la venganza por su templo.**

**12 ¡Levantad bandera sobre los muros de Babilonia,
reforzad la guardia,
poned centinelas,
preparad emboscadas!,
porque Jehová planeó y va a poner por obra
lo que ha dicho contra los moradores de Babilonia.**

**13 Tú, la que moras entre muchas aguas,
rica en tesoros:
ha llegado tu fin,
la medida de tu codicia.**

**14 Jehová de los ejércitos juró por sí mismo, diciendo:
«Yo te llenaré de hombres como de langostas,
y levantarán contra ti gritería de triunfo.»**

**15 Él es el que hizo la tierra con su poder,
el que afirmó el mundo con su sabiduría
y extendió los cielos con su inteligencia.**

**16 A su voz se producen tumultos de aguas en los cielos;
él hace subir las nubes desde lo último de la tierra.
Él trae la lluvia con los relámpagos
y saca el viento de sus depósitos.**

**17 Todo hombre se ha vuelto necio, carece de
conocimiento.**

**Y todo artífice se avergüenza de su escultura,
porque mentira es su ídolo, no tiene espíritu.**

**18 Vanidad son y obra digna de burla,
que en el tiempo del castigo perecerán.**

**19 No es como ellos la porción de Jacob,
porque él (Jehová de los ejércitos es su nombre)**

**es el formador de todo,
e Israel es el cetro de su herencia.**

Una de las razones por las que el Señor haría caer su juicio sobre Babilonia era para vengarse de la nación que había destruido su templo. El asunto no tenía que ver con el edificio mismo, sino la naturaleza del Dios al que se adoraba allí. Cuando destruyeron el lugar de la morada terrenal de Dios, los babilonios creyeron que habían humillado al Dios de los israelitas. El Señor les advirtió que él no podía ser menospreciado. Citando una de sus primeras profecías (Jeremías 10:12-16), Jeremías proclamó que el Señor es el hacedor de todas las cosas. Él es el que controla todo. Su poder es ilimitado; nadie lo puede refrenar. Este Dios todopoderoso es el que aquí juró por él mismo que castigaría a Babilonia.

La castigaría para despojarla de su confianza en los ídolos. Destruiría el engaño poderoso por el que esos dioses tenían sujetos a los hombres. Después de todo, los ídolos no son nada más que el producto de la imaginación y de la invención de la mente humana. Por lo tanto, su poder no puede ser mayor que el de aquel que los creó. Su promesa ilimitada de que pueden dar poder y éxito, no es más que un fraude. El juicio divino que caería sobre Babilonia les enseñaría esta lección una vez más.

**²⁰ «Martillo sois para mí,
y armas de guerra:
por medio de ti quebrantaré naciones,
y por medio de ti destruiré reinos.**

**²¹ Por medio de ti quebrantaré caballos con sus jinetes,
y por medio de ti quebrantaré carros con quienes los
montan.**

**²² Asimismo por medio de ti quebrantaré a hombres y a
mujeres;
por medio de ti quebrantaré a viejos y a jóvenes;
por medio de ti quebrantaré a muchachos y a
muchachas.**

**23 También por medio de ti quebrantaré a pastores con sus rebaños;
por medio de ti quebrantaré a labradores con sus yuntas;
y a jefes y a príncipes quebrantaré por medio de ti.**

**24 »Yo pagaré a Babilonia y a todos los moradores de Caldea
todo el mal que ellos hicieron en Sión delante de vuestros ojos,
dice Jehová.**

**25 Ciertamente yo,
dice Jehová,
estoy contra ti, monte destructor
que destruiste toda la tierra.
Extenderé mi mano contra ti,
te haré rodar de las peñas
y te reduciré a un monte quemado.**

**26 Nadie tomará de ti
piedra para esquina ni piedra para cimiento,
porque serás una desolación eterna,
ha dicho Jehová.**

**27 »¡Alzad bandera en la tierra,
tocad trompeta en las naciones! ¡Preparad pueblos
contra ella,
juntad contra ella los reinos de Ararat, de Mini y de Askenaz!**

**¡Nombrad contra ella un capitán,
haced subir caballos como langostas erizadas!**

**28 ¡Preparad contra ella naciones,
los reyes de Media, sus capitanes, todos sus príncipes
y todo territorio de su dominio!»**

**29 Tiembla la tierra y se aflige,
porque son confirmados contra Babilonia los planes de Jehová
para convertir la tierra de Babilonia en un desierto**

donde no quede morador alguno.

**³⁰ Los valientes de Babilonia dejaron de pelear,
se encerraron en sus fortalezas;
les faltaron las fuerzas,
se volvieron como mujeres;
incendiadas están sus casas,
rotos sus cerrojos.**

**³¹ Correo se encuentra con correo,
mensajero se encuentra con mensajero
para anunciar al rey de Babilonia
que su ciudad es tomada por todas partes.**

**³² Los vados fueron tomados,
los baluartes incendiados
y se aterraron los hombres de guerra.**

**³³ Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de
Israel:**

**«La hija de Babilonia es como una era en tiempo de
trilla;
y de aquí a poco le llegará el tiempo de la siega.»**

Babilonia le había servido bien al Señor como su mazo de guerra con el cual él había destrozado naciones y todo el poderío que ellas tenían. Había sido como una montaña destructora que se elevaba por encima de todos los demás reinos. Su influencia se extendía sobre todo el Cercano Oriente.

Pero ahora esa arma de guerra sería destruida por “todo el mal que ellos hicieron en Sión”. Los enemigos la destrozaban de una manera tan total que ninguna de sus piedras sería suficiente ni apropiada como para que se pueda usar como piedra de ángulo o primera piedra para restaurar la ciudad a su antigua grandeza. Lo que le sucedió a Babilonia puede suceder a cualquier otro país. Ningún poderío nacional, ningún fundamento humano puede dar seguridad real ni duradera. “Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11).

“Mi esperanza se basa en nada menos que en la sangre y en la justicia de Jesús... Cualquier otro fundamento es como arena” (Traducción libre del himno *Christian Worship* 382:1).

El Señor iba a usar a los medos y a sus aliados como sus instrumentos para destruir a Babilonia. Los medos vivían en la región que estaba al sur del mar Caspio, en lo que es actualmente el noroeste de Irán. Eran guerreros que habían perdido su independencia cuando fueron conquistados por los persas, pero continuaban siendo los primeros en honor y rango entre los aliados y amigos de los persas.

El persa Ciro usó a Darío de Media como instrumento para conquistar Babilonia (Daniel 5:30-31). Los medos eran apoyados por aliados del norte, de la tierra que estaba exactamente al sur entre los mares Negro y Caspio, un área que ahora es ocupada por los kurdos. Esos guerreros, que no se intimidaban ante nada y que no tenían mucho tiempo peleando, serían los que invadirían a la cansada Babilonia. Un mensajero tras otro le llevaría al rey caldeo noticias angustiantes acerca del hundimiento de su gran imperio.

**³⁴ «Me devoró, me desmenuzó
Nabucodonosor, rey de Babilonia.
Me dejó como un vaso vacío;
me tragó como un dragón,
llenó su vientre con lo mejor de mí,
y me expulsó.**

**³⁵ ¡Caiga sobre Babilonia
la violencia hecha contra mí y contra mi carne!»,
dice la moradora de Sión.
«Y caiga mi sangre sobre los moradores de Caldea»,
dice Jerusalén.**

³⁶ Por tanto, así ha dicho Jehová:

**«Yo juzgo tu causa
y llevaré a cabo tu venganza.
Secaré su mar y haré que sus fuentes queden secas.**

**37 Y será Babilonia un montón de ruinas,
guarida de chacales,
objeto de espanto y burla, sin morador alguno.**

**38 Todos a una rugirán como leones;
como cachorros de leones gruñirán.**

**39 En medio de su calor les prepararé banquetes,
y haré que se embriaguen,
para que se alegren y duerman un sueño eterno
del que no despierten,
dice Jehová.**

**40 Los haré traer como corderos al matadero,
como carneros y machos cabríos.»**

**41 ¡Cómo fue apresada Babilonia!
¡Cómo fue conquistada la que toda la tierra había
alabado!**

**¡Cómo vino a ser Babilonia un objeto de espanto entre
las naciones!**

**42 Subió el mar sobre Babilonia;
por la multitud de sus olas quedó cubierta.**

**43 Sus ciudades fueron assoladas;
la tierra, un sequedal estéril,
será tierra en la que nadie more
ni pase por ella ningún ser humano.**

**44 «Juzgaré a Bel en Babilonia
y sacaré de su boca lo que se ha tragado.
Nunca más vendrán naciones a él,
y el muro de Babilonia caerá.**

**45 ¡Salid de en medio de ella, pueblo mío,
y salvad vuestra vida
del ardor de la ira de Jehová!**

**46 No desmaye vuestro corazón; no temáis
a causa del rumor que se oirá en el país.
Un año vendrá el rumor,
y nuevo rumor después de otro año.**

**Habrá violencia en el país
y contienda de un tirano contra otro.**

**⁴⁷ Por tanto, he aquí vienen días
en que yo destruiré los ídolos de Babilonia.**

**Toda su tierra será avergonzada;
todos sus muertos caerán en medio de ella.**

**⁴⁸ Los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos
cantarán de gozo contra Babilonia,
porque del norte vendrán contra ella destructores,
dice Jehová.**

**⁴⁹ Por los muertos de Israel caerá Babilonia,
como por Babilonia cayeron los muertos de toda la
tierra.»**

Una y otra vez el profeta repitió las razones por las que iba a caer la gran Babilonia, que tenía las manos manchadas con la sangre del pueblo escogido de Dios. El Señor no se había olvidado de su pueblo; él iba a vengar sus muertos. Así también iba a probar el poco valor que tenían los ídolos; pondría al descubierto la debilidad del dios caldeo Merodac (también conocido como Bel). Iba a vengar la matanza de los israelitas. Los que habían perseguido al pueblo de Dios no escaparían su justo castigo.

El aniquilamiento de Babilonia sería arrollador y total. Precisamente cuando sus habitantes estuvieran tranquilos, disfrutando del banquete y del vino y sintiéndose llenos y satisfechos, en esos momentos la espada de Dios caería con toda su fuerza para cortarles la vida. Sin embargo, en medio de los rumores de rebelión y de guerra, Dios exhortó a su pueblo para que se mantuviera en calma. Ellos sabían lo que estaba por pasar y sabían cuál iba a ser el resultado. Así es que no se debían desanimar ni temer. El Señor los protegería.

**⁵⁰ ¡Los que escapasteis de la espada,
id, no os detengáis!
¡Acordaos de Jehová durante mucho tiempo!**

¡Y acordaos de Jerusalén!

**⁵¹ «Estamos avergonzados,
porque oímos la afrenta;
la confusión cubrió nuestros rostros,
porque vinieron extranjeros
contra los santuarios de la casa de Jehová.»**

**⁵² Por tanto, Jehová dice:
«Vienen días en que yo destruiré sus ídolos,
y en toda su tierra gemirán los heridos.**

**⁵³ Aunque suba Babilonia hasta el cielo
y se fortifique en las alturas,
de mí vendrán contra ella destructores,
dice Jehová.»**

**⁵⁴ ¡Óyese el clamor de Babilonia
y el gran quebrantamiento de la tierra de los caldeos!,
⁵⁵ porque Jehová destruye a Babilonia
y quita de ella el gran bullicio.
Braman sus olas,
y como el rugir de muchas aguas resuena la voz de ellos,
⁵⁶ pues viene el destructor contra ella, contra Babilonia,
y sus valientes serán apresados,
y el arco de ellos será quebrado.
Porque Jehová, Dios de retribuciones,
da la justa paga.**

**⁵⁷ Yo embriagaré a sus príncipes y a sus sabios,
a sus jefes, a sus nobles y a sus guerreros.
Dormirán el sueño eterno y no despertarán,
dice el Rey, cuyo nombre es Jehová de los ejércitos.**

**⁵⁸ Así dice Jehová de los ejércitos:
«El muro ancho de Babilonia
será derribado por completo
y sus altas puertas serán incendiadas.
En vano trabajaron los pueblos,
y las naciones se cansaron sólo para el fuego.»**

En el tiempo en que el imperio de Babilonia se derrumbó, muchos de los exiliados ya habían edificado su hogar en Babilonia, tal como el Señor se lo había mandado (Jeremías 29). Pero aquí Dios les recuerda que ese no era su verdadero hogar. Debían tener presente a su Dios y la adoración que le deberían ofrecer a él. Dios destruiría Babilonia por el bien de ellos, para que pudieran regresar a su patria. En medio del caos que esto iba a originar en su vida, ellos deberían “[acordarse] de Jerusalén”. Cuando por fin llegara la destrucción, no deberían sentir pesar ni temor. Al contrario, deberían abandonar la ciudad sin detenerse por nada.

A través de toda su profecía, Jeremías menciona los muros de Babilonia. De nuevo lo hace en estos versículos, al decir que sus murallas serían arrasadas. Los muros no le brindarían a nadie la seguridad que esperaban. Por la forma en que estaban contruidos, esos muros le hubieran ofrecido a cualquiera que los hubiera visto un verdadero sentido de seguridad; eran lo mejor que la mente humana podía diseñar. La antigua Babilonia estaba protegida por una muralla doble. El muro de adentro (de más o menos seis metros de grosor), estaba separado del muro exterior por un foso de siete metros de ancho. Había torres macizas espaciadas a lo largo de la muralla como protección adicional. Encima del muro había una carretera bastante amplia para que pasaran por ella caballos y carros de guerra. Todo eso ayudaba a que los defensores se desplazaran rápidamente a cualquier parte del muro que se viera atacada. Los soldados eran guerreros acostumbrados a la batalla y a ganar. ¿Cómo es posible que alguien saliera victorioso en el ataque a esas defensas? Pero los defensores de Babilonia no tenían al Señor de su lado y sus murallas no los iban a salvar.

⁵⁹ Palabra que envió el profeta Jeremías a Seraías hijo de Nerías hijo de Maasías, cuando iba con Sedequías, rey de Judá, a Babilonia, en el cuarto año de su reinado. Seraías dirigía la marcha. ⁶⁰ Escribió, pues, Jeremías en un libro todo

el mal que había de venir sobre Babilonia, todas las palabras que están escritas contra Babilonia. ⁶¹ Y dijo Jeremías a Seraías: «Cuando lleges a Babilonia, procura con diligencia leer todas estas cosas. ⁶² Dirás: “Jehová, tú has dicho de este lugar que lo vas a destruir hasta no quedar en él nadie que lo habite, ni hombre ni animal, y que para siempre ha de ser asolado.” ⁶³ Y cuando acabes de leer este libro, le atarás una piedra y lo echarás en medio del Éufrates, ⁶⁴ y dirás: “Así se hundirá Babilonia, y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella. ¡Caerán rendidos!”» Hasta aquí son las palabras de Jeremías.

Para señalar con más énfasis la caída de Babilonia, Jeremías hizo que todas estas profecías fueran escritas en un rollo. Le envió el escrito con Seraías, un oficial que acompañaba al rey Sedequías en una visita de estado. En la lejana Babilonia, Seraías iba a leerlo en voz alta. Era como si el Señor estuviera poniendo su veracidad a prueba. Dios había puesto muy en claro, tanto por escrito como en palabra, lo que le iba a pasar a Babilonia más de medio siglo después de haber servido a los propósitos del Señor. Quería que todo el mundo supiera que él siempre dice la verdad y que no se retractará de lo que ha dicho ni de lo que ha escrito.

Después de que Seraías leyera el libro en voz alta, lo debería atar a una piedra y arrojarlo al río Éufrates. El rollo amarrado a la piedra representaba a Babilonia. Así como el rollo junto con la piedra, ella se hundiría en la nada. Seraías debía hacer esto para que aquellos que lo vieran creyeran que Dios ciertamente iba a cumplir lo que había prometido. Si les fuera difícil de creer, deberían hacer lo que el Señor dice en Jeremías 33:3: “Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”.

EL SEÑOR ENVÍA UN RAYO DE ESPERANZA EN MEDIO DEL EXILIO JEREMÍAS 52

La caída de Jerusalén

52 Era Sedequías de edad de veintiún años cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Hamutal, hija de Jeremías de Libna. ² E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a todo lo que hizo Joacim. ³ Y a causa de la ira de Jehová contra Jerusalén y Judá, llegó a echarlos de su presencia. Y Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia.

⁴ Aconteció, pues, a los nueve años de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, él y todo su ejército, contra Jerusalén, y acamparon contra ella. Por todas partes levantaron terraplenes para atacarla. ⁵ Y permaneció sitiada la ciudad hasta el undécimo año del rey Sedequías. ⁶ En el mes cuarto, a los nueve días del mes, cuando el hambre en la ciudad era ya tan grave que no había pan para el pueblo, ⁷ se abrió una brecha en el muro de la ciudad, y todos los hombres de guerra huyeron. Salieron de noche de la ciudad por el camino de la puerta entre los dos muros que había cerca del jardín del rey, y se fueron por el camino del Arabá mientras los caldeos mantenían su cerco a la ciudad. ⁸ Pero el ejército de los caldeos persiguió al rey hasta la llanura de Jericó. Allí dieron alcance a Sedequías, a quien todo su ejército había abandonado. ⁹ Entonces apresaron al rey y lo llevaron ante el rey de Babilonia, a Ribla, en tierra de Hamat, donde pronunció sentencia contra él. ¹⁰ Y degolló el rey de Babilonia a los hijos de Sedequías ante sus ojos; y también degolló en Ribla a todos los jefes de Judá. ¹¹ A Sedequías, el rey de Babilonia le sacó los ojos, lo ató con grillos y lo hizo llevar a

Babilonia, donde lo encarceló hasta el día de su muerte.

¹² En el mes quinto, a los diez días del mes, que era el año diecinueve del reinado de Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia, que solía permanecer cerca del rey de Babilonia. ¹³ Él quemó la casa de Jehová, la casa del rey y todas las casas de Jerusalén. Destruyó a fuego todo edificio grande. ¹⁴ Todo el ejército de los caldeos que venía con el capitán de la guardia destruyó los muros en todo el contorno de Jerusalén. ¹⁵ E hizo deportar Nabuzaradán, capitán de la guardia, a los pobres del pueblo, a toda la otra gente del pueblo que había quedado en la ciudad, a los desertores que se habían pasado al rey de Babilonia y a todo el resto de la multitud del pueblo. ¹⁶ Pero Nabuzaradán, capitán de la guardia, dejó de los pobres del país para que fueran viñadores y labradores.

Se desconoce quién le añadió este epílogo a la profecía de Jeremías, y tampoco vale la pena hacer suposiciones. Pero sí podemos estar seguros de que fue agregado por mandato del Señor, y que es su palabra. Según los últimos versículos del capítulo, éste fue escrito aproximadamente veinte años después de la caída de Jerusalén. El relato describe con lujo de detalles la caída de Jerusalén. Fue escrito con el propósito de mostrar una vez más que el Señor cumple su palabra, y también tenía la finalidad de darles esperanzas a los judíos que estaban viviendo en el exilio.

Los primeros versículos nos cuentan la caída de Jerusalén y el cruel castigo que Nabucodonosor les infligió a Sedequías y a los funcionarios de su gobierno, cuando trataron de escapar. El mensaje de este epílogo es sencillo. Todo lo que pasó fue por causa de la rebeldía de Jerusalén contra el Señor, y sucedió exactamente como el Señor había dicho que sucedería (Jeremías 38:18).

¹⁷ Los caldeos quebraron las columnas de bronce que estaban en la casa de Jehová, las basas y el mar de bronce que estaba en la casa de Jehová, y llevaron todo el bronce a

Babilonia. ¹⁸ Se llevaron también los calderos, las palas, las despabiladeras, los tazones, las cucharas y todos los utensilios de bronce usados en el culto, ¹⁹ los incensarios, tazones, copas, ollas, candelabros, escudillas y tazas; tanto lo de oro como lo de plata, se lo llevó el capitán de la guardia. ²⁰ En cuanto a las dos columnas, el mar y los doce bueyes de bronce que estaban debajo de las basas que había hecho el rey Salomón en la casa de Jehová, el peso de todo este bronce resultó incalculable. ²¹ Respecto a las columnas, la altura de cada una de ellas era de dieciocho codos, y un cordón de doce codos la rodeaba. Su espesor era de cuatro dedos, y eran huecas. ²² El capitel de bronce que había sobre la columna era de cinco codos de altura; y tenía el capitel a su alrededor una red y granadas, todo de bronce. Y lo mismo era lo que tenía la segunda columna con sus granadas. ²³ Había noventa y seis granadas en cada hilera; en total eran cien alrededor de la red.

²⁴ Tomó también el capitán de la guardia a Seraías, el principal sacerdote, a Sofonías, el segundo sacerdote, y a tres guardas del atrio. ²⁵ Y de la ciudad tomó a un oficial que era capitán de los hombres de guerra, a siete hombres de los consejeros íntimos del rey, que estaban en la ciudad, y al principal secretario de la milicia, que pasaba revista al pueblo del país, para la guerra, y a sesenta hombres del pueblo que se hallaron dentro de la ciudad. ²⁶ Los tomó, pues, Nabuzaradán, capitán de la guardia, y los llevó al rey de Babilonia, en Ribla. ²⁷ El rey de Babilonia los hirió y los mató en Ribla, en tierra de Hamat. Así fue deportada Judá de su tierra.

²⁸ Éste fue el pueblo que Nabucodonosor llevó cautivo: En el año séptimo, a tres mil veintitrés hombres de Judá. ²⁹ En el año dieciocho de Nabucodonosor, llevó él cautivas de Jerusalén a ochocientas treinta y dos personas. ³⁰ El año veintitrés de Nabucodonosor, Nabuzaradán, capitán de la

guardia, llevó cautivos a setecientos cuarenta y cinco hombres de Judá. El total, pues, de las personas fue de cuatro mil seiscientas.

Con estos versículos el autor nos ofrece nueva información acerca de la caída de Jerusalén. A principios del reinado de Sedequías algunos de los sacerdotes y de los falsos profetas habían dicho que el botín que Nabucodonosor se había llevado del templo (598/597 a.C.) iba a ser devuelto. En agudo contraste, Jeremías, por mandato de Dios, les había anunciado a los judíos lo contrario: no se les devolvería absolutamente nada y, además, se iban a llevar a Babilonia el resto de los utensilios del templo (Jeremías 27:19-22). El autor nos cuenta detalladamente que el remanente de los utensilios y otros artículos fueron hechos pedazos y llevados a la ciudad caldea. El Señor cumplió su palabra. El profeta había dicho la verdad.

Jeremías también le había anunciado al rey Sedequías que si no se rendían a los caldeos, serían capturados tanto él como sus funcionarios (Jeremías 34:21). En el capítulo 39, el profeta registró la captura y el castigo posterior infligido a Sedequías, así como la ejecución de “todos los nobles de Judá” (Jeremías 39:6). El escritor de este epílogo menciona los nombres de los altos personajes que fueron asesinados. Una vez más la palabra del Señor se hizo realidad.

El autor también informa acerca de varias deportaciones de judíos que fueron ordenadas por Nabucodonosor durante su reinado. El número relativamente pequeño de los que fueron llevados al exilio nos da una idea de las pérdidas sorprendentes que sufrió la nación por causa de su desobediencia. Es claro que no todos los habitantes de Jerusalén fueron llevados al exilio; algunos de ellos huyeron a otros de lugares, y a los más pobres los dejaron en la ciudad. Pero estos números representan a la crema y nata de la población, la esperanza futura del pueblo escogido de Dios. El hecho de que algunos de ellos hayan sobrevivido es una

prueba del gran amor de Dios. También por causa de esa misma misericordia, este pequeño remanente no moriría en el exilio, sino que volvería a ser una gran nación.

Joaquín queda en libertad

³¹ Sucedió que en el año treinta y siete del cautiverio de Joaquín, rey de Judá, en el mes duodécimo, a los veinticinco días del mes, Evil-merodac, rey de Babilonia, en el año primero de su reinado, levantó la cabeza de Joaquín, rey de Judá, y lo sacó de la cárcel. ³² Habló con él amigablemente, e hizo poner su trono por encima de los tronos de los reyes que estaban con él en Babilonia. ³³ Le hizo mudar también los vestidos de prisionero, y ya siempre comió pan en la mesa del rey, todos los días de su vida. ³⁴ Cada día, durante todos los días de su vida y hasta el día de su muerte, recibió una ración de parte del rey de Babilonia.

Por medio de Jeremías, el Señor les había anunciado a los exiliados de su pueblo que su cautiverio iba a durar setenta años (Jeremías 25:12). En el año 562 a.C., falleció Nabucodonosor el gran conquistador y edificador, que había reinado por más de cuarenta años. Su hijo, Evil-merodac, ocupó el trono.

El cambio en el poder marcó una época significativa en la vida de los exiliados judíos. Los años de exilio de Joaquín, el monarca judío, representaban poco más de la mitad del total de los setenta años durante los que el Señor le había dicho a su pueblo iba a vivir en el exilio. Al subir al trono de su padre, Evil-merodac fue bondadoso con el rey exiliado. Joaquín había sucedido a su padre en el año 598/597 a.C., pero reinó sólo por tres meses antes de que Nabucodonosor se lo llevara a Babilonia. Joaquín había languidecido en prisión 37 años cuando Evil-merodac lo puso en libertad y le otorgó un lugar de honor en la mesa real junto con otros nobles y dignatarios. Por el resto de su vida, Joaquín iba a

vivir en comodidad y con dignidad; su nueva posición era una señal de esperanza. Dios cumple su palabra. Libraría a Judá del cautiverio después de setenta años, tal como lo había prometido. Los últimos libros del Antiguo Testamento nos dicen que lo hizo.

LAMENTACIONES

INTRODUCCIÓN

La estructura

El título hebreo de este libro de la Biblia está tomado de la primera palabra, “Cómo”. Durante la época que transcurrió entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, los judíos tradujeron este libro al griego y lo titularon “Las Lágrimas de Jeremías”. Cuando fue traducido del griego al latín, lo llamaron “Las Lamentaciones de Jeremías”, que es como lo conocemos hoy. El libro de Lamentaciones está compuesto por cinco poemas individuales. Los primeros cuatro capítulos usan una forma poética conocida como “acróstico”. En un acróstico, cada nuevo verso de la poesía comienza con una letra del alfabeto hebreo en orden sucesivo. En los capítulos 1, 2 y 4, cada verso comienza con una nueva letra del alfabeto. Y como el alfabeto hebreo consta de veintidós letras, cada uno de estos capítulos tiene veintidós versículos. En el capítulo 3, el autor triplica el acróstico. Cada tres versos comienza con una nueva letra del alfabeto, así que el capítulo 3 tiene 66 versículos.

El autor

No estamos completamente seguros de quién escribió el libro de Lamentaciones. Lo que sí sabemos es que el autor vivió en el tiempo de la caída de la ciudad de Jerusalén en manos de los caldeos, ya que fue testigo ocular de ella. El autor también fue un poeta competente; la tradición dice que el autor fue Jeremías, y parece ser una suposición muy acertada. Es verdad que Jeremías fue un poeta muy hábil que escribió en el estilo de poesía que se usa en Lamentaciones (2 Crónicas 35:25). Muchas de las descripciones y de las imágenes que se encuentran en todas las profecías de Jeremías, también aparecen en Lamentaciones. En el

capítulo 3, el autor habla de los muchos problemas que sufrió en su vida personal, y los aplica a la nación. Concuerdan muy bien con las dificultades que sabemos que experimentó el profeta. En todo el comentario que sigue daremos por sentado que Jeremías fue el autor de Lamentaciones.

El propósito

Ante la destrucción de Jerusalén, el profeta anima a los creyentes a que continúen aferrándose al Señor. La nación no tenía excusa, tuvo tiempo suficiente para arrepentirse, pero había decidido seguir por el camino del pecado. Ahora sus pecados le habían traído el terror por el que estaban pasando. Por ella misma, la nación no se podía librar. Su única esperanza se encontraba en volverse al Señor, y el Señor no les falló. Incluso en medio de este desastre, los creyentes podían ver la mano misericordiosa de Dios. “Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana; ¡Grande es tu fidelidad!” (Lamentaciones 3:22,23). Hasta cuando sufre, el creyente puede esperar con confianza la salvación que él sabe que llegará.

Bosquejo

LAMENTACIONES: CANTO FÚNEBRE POR LA CAÍDA DE JERUSALÉN

- I. No hay desastre que se le iguale (1)
- II. La magnitud del desastre es abrumadora (2)
- III. La misericordia que Dios les demostró en el pasado, les da a los sobrevivientes valor y ánimo (3)
- IV. Nunca hubo un tiempo tan deprimente (4)
- V. Se eleva una oración al Señor para pedirle misericordia (5)

LA CAÍDA DE JERUSALÉN: NO HAY DESASTRE QUE SE LE IGUALE LAMENTACIONES 1

1 ¡Qué sola ha quedado la ciudad populosa!
La grande entre las naciones se ha vuelto como una
viuda;

la señora de provincias ha sido hecha tributaria.

2 Amargamente llora en la noche y las lágrimas corren
por sus mejillas.

Entre todos sus amantes
no hay ninguno que la consuele;
todos sus amigos le faltaron, se le volvieron enemigos.

3 Judá ha ido en cautiverio afligida y en dura
servidumbre;

ha habitado entre las naciones, sin hallar descanso;
todos sus perseguidores la alcanzaron y pusieron en
estrechuras.

4 Las calzadas de Sión están de luto, porque no hay quien
venga a las fiestas solemnes;

todas sus puertas están asoladas, sus sacerdotes gimen,
sus vírgenes están afligidas y ella está llena de amargura.

5 Sus enemigos fueron hechos príncipes, sus
aborrecedores fueron prosperados,
porque Jehová la afligió a causa de sus muchas
rebeliones.

Sus hijos fueron en cautividad delante del enemigo.

6 Desapareció toda la hermosura de la hija de Sión;
sus príncipes, como ciervos que no hallan pasto,
anduvieron sin fuerzas delante del perseguidor.

7 Jerusalén, cuando cayó su pueblo en manos del enemigo
y no hubo quien la ayudara,

**se acordó de los días de su aflicción, de sus rebeliones,
y de todas las cosas agradables que tuvo desde los
tiempos antiguos.**

La miraron los enemigos y se burlaron de su caída.

Mientras estaba sentado en las afueras, quizá mirando desde lo alto de una colina, lo que más le impresionó al profeta fue lo vacía había quedado la ciudad. Lo inundaron los recuerdos, como le sucedería a una persona que regresa a las tranquilas pero desiertas ruinas del lugar donde pasó su infancia, quizá una granja antigua que se está deteriorando lentamente. Por un momento no se da cuenta de las malas hierbas que se asoman por entre la madera podrida del porche, las ventanas rotas, o el techo que se hunde. No, sólo oye las voces llenas de alegría de los niños que juegan, siente el aroma del pan recién horneado que se ha puesto a enfriar al aire libre. La persona se une al día de campo de la familia y al juego de voleibol que sigue después. Pero de pronto se da cuenta de que todo está muy silencioso, así que, dándose media vuelta se aleja del lugar, porque lo que vio y sintió todo fue sólo un recuerdo del pasado.

Así le pasó al profeta cuando reflexionó en el silencio que rodeaba a la gran ciudad. Por cerca de cuarenta años había vivido y se había movido entre su ajetreo. Por cuarenta años había predicado en sus calles y en los atrios del templo, pero nadie lo había escuchado. Ahora las calles de Jerusalén estaban vacías y silenciosas y de su templo sólo quedaban ruinas.

El autor percibe el profundo dolor y la desilusión de la ciudad, en las palabras que se repiten a través de este capítulo, “no hay ninguno que la consuele” (v. 2). Los amigos y aliados de la nación judía, que habían sido escogidos con tanto cuidado y cuya amistad habían cultivado, ahora la abandonaban. Ninguno de ellos había tratado de ayudarla. En realidad muchos de ellos se convirtieron en sus enemigos. Estos mismos hombres atacaron a los judíos que eran llevados como prisioneros de guerra, y reclamaron la propiedad que los exiliados habían tenido que

abandonar al ser llevados a Babilonia. Los dioses falsos en los que los judíos habían derrochado tantas de sus riquezas y de su atención, les demostraron que no tenían ningún poder. El Señor tantas veces le había advertido a su pueblo que no confiara en la fuerza de los hombres ni en las alianzas militares. Una y otra vez, no sólo los había invitado, sino que hasta les había rogado que encontraran su apoyo solamente en él, pero todo fue en vano. Jerusalén había rechazado al único Consolador que podría haberla ayudado. No había otro.

Los ciudadanos de Jerusalén vieron que sus líderes se desanimaron. El pueblo, que había esperado que ellos fueran una guía espiritual, quedó desilusionado porque ellos también les habían fallado. Ahora sus líderes habían sido llevados encadenados al cautiverio. Ya no podrían celebrar en las mesas llenas de manjares y de cosas deliciosas. ¡Ahora con gusto darían sus antiguas riquezas por un buen pedazo de pan!

Los sacerdotes, en especial, se encontraban acongojados, porque el templo estaba en ruinas y ya no podían llevar a cabo los servicios religiosos. Habían fallado miserablemente en su deber de ser mediadores entre el Dios santo y los pecadores. No habían reprendido ni silenciado a los falsos profetas, sino que habían permitido, y hasta alentado, las prácticas paganas dentro de los límites mismos del templo. El Señor les había quitado su llamamiento. No se podían consolar a ellos mismos y menos le podían ofrecer consuelo a su pueblo.

Tanto los sacerdotes, como los príncipes, y el resto de la población, veían desconsolados la miseria que los rodeaba por doquier. Recordaban “todas las cosas agradables que [Jerusalén] tuvo desde los tiempos antiguos” (v. 7). Ciertamente entre esos tesoros estaba la abundancia de bienes y posesiones, con los que el Señor los había bendecido. ¡Qué pocas veces se lo habían agradecido y qué poco le habían correspondido con sus ofrendas!

Sin embargo, la pérdida más grande que habían sufrido era algo que ellos habían considerado que no tenía valor. Habían

despreciado el amor de Dios, un amor que se les había ofrecido gratuita y abundantemente, por medio de la adoración en el templo y de la predicación de los profetas. Ese amor, esa misericordia, habían estado a la disposición de ellos todos los días, pero a los judíos el amor abundante de Dios les parecía algo tan común y corriente que creyeron que lo iban a tener siempre, que nunca lo iban a perder. Por pura negligencia se habían desviado del camino de Dios hasta caer en la incredulidad, que los había llevado a sobreestimar su capacidad de valerse por ellos mismos. Su arrogancia había hecho que le volvieran las espaldas al Señor, y finalmente sólo los condujo a la ruina total en la que ahora se encontraban. De esta situación sólo había una forma de escapar: por medio del poder del mismo amor que ellos habían despreciado. Por suerte ese amor es de una abundancia indescriptible. El Señor permanece fiel; no se apartará del pecador arrepentido.

⁸ Gravemente ha pecado Jerusalén, por lo cual ha sido movida de su lugar; cuantos la honraban la desprecian al ver su vergüenza, y ella suspira y se vuelve atrás.

⁹ Su inmundicia está en sus faldas. No pensó en su fin. Cayó de manera sorprendente sin tener quien la consolara.

Mira, Jehová, mi aflicción, porque el enemigo se ha engrandecido.

¹⁰ Extendió su mano el enemigo a todas sus cosas preciosas; ella ha visto entrar en su santuario a las gentes acerca de las cuales mandaste que no entraran en tu congregación.

¹¹ Todo su pueblo buscó gimiendo su pan; por la comida, para seguir viviendo, dieron todas sus cosas preciosas, ¡Mira, Jehová, y ve cuán abatida estoy!

Sin las togas blancas de la justicia del Señor, Jerusalén se veía tal cual era: sucia e impura. No se podía sacudir ni se podía quitar por ella misma la inmundicia del pecado que la cubría. En todo lugar por donde buscara se veía enfrentada con su pecado y se hundió en la desesperación. Disfrutó hasta la saciedad de su pecado, mientras éste duró, pero “no pensó en su fin”. El pecado la había cegado por completo.

Y esta es la verdadera naturaleza del pecado. Enceguece a las personas de modo que no ven los resultados que les traerá al final. El pecador se concentra en una sola cosa, en el placer que disfrutamos ahora mismo, pero se engaña con respecto al futuro a largo plazo al negarse a reconocer que habrá un juicio o la realidad del infierno. Lleva al pecador a seguir en su pecado como si no hubiera nada de qué preocuparse. El pecado nos dice: “¡Dios está muy lejos! A él no le importas. No hay nada después de la muerte. No te preocupes; haz lo que quieras.” Así es como engaña y conduce hacia la destrucción. Jerusalén sintió en carne propia el poder del engaño del pecado, y fue desdichada. Jerusalén gimió por lo que el pecado la había llevado a hacer.

La falsa confianza que tenía Jerusalén de que el templo, como un amuleto mágico, la iba a proteger, y su falla al no confiar en el Señor, hicieron que las puertas del templo se abrieran para los soldados del enemigo. Los paganos entraron en tropel por esas puertas, pero no para adorar al Señor (Salmos 74:4-8; 79:1-4). Ellos profanaron el templo y lo dejaron inservible para la adoración y los servicios religiosos. De esa manera destrozaron también los medios que el Señor había establecido para que su pueblo se acercara a él.

No había una tragedia imaginable peor que ésta. La nación, que desde tiempos inmemoriales había sido el pueblo escogido de Dios, no iba a recobrar fácilmente el precioso privilegio que ahora había perdido de poder comunicarse con su Dios en el templo. Sin embargo, también sabían que Jehová no vive en edificios hechos por humanos; a pesar de su gran pecado, todavía podían conocer el amor y el compañerismo del Señor. La continuación de ese amor

salvador los renovarían y los haría anhelar el tiempo en que pudieran volver a adorar a Dios en un templo nuevo. También podían esperar con ansiedad el día en que Dios mismo vendría a morar entre ellos, no en el edificio de un templo, sino en la persona de Jesucristo. Ellos tendrían gran deseo de que llegara el tiempo de la venida de Cristo.

Sobre el altar de su propia avaricia y codicia, habían sacrificado el templo y la adoración al Dios verdadero. Su meta más importante en la vida había sido el enriquecimiento personal; para acumular más riquezas, habían quebrantado el mandamiento de honrar el día de reposo, el sábado dedicado a Dios, y la ley del amor fraternal. Pero al hacerlo, habían perdido su verdadera riqueza: al Dador de todo lo que tenían: al Señor.

Los tesoros que habían acumulado para su comodidad y placer, ahora los tenían que usar para poder sobrevivir. Ahora su preocupación principal era cambiar en trueque, lo poco que les quedaba por algo que comer para seguir viviendo. Habían aprendido demasiado tarde que “la vida [es] más que el alimento y el cuerpo más que el vestido” (Mateo 6:25). Demasiado tarde habían aprendido que la abundancia en la vida de una persona no consiste en la cantidad de cosas materiales que se posea (Lucas 12:15). Habían confundido sus prioridades poniendo en primer lugar lo que no era importante; y no sólo habían perdido sus pertenencias, sino también a su Señor.

¹² ¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?

Mirad y ved si hay dolor como el dolor que me ha venido;

porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor.

¹³ Desde lo alto envió un fuego que consume mis huesos, ha tendido una red a mis pies, me ha vuelto atrás, me dejó desolada y con dolor todo el día.

¹⁴ Él ha atado con su mano el yugo de mis rebeliones:

ataduras ha echado sobre mi cuello y ha debilitado mis fuerzas.

¡El Señor me ha entregado en manos contra las cuales no podré levantarme!

¹⁵ El Señor pisoteó en medio de mí a todos mis hombres fuertes;

llamó a gente contra mí, para destruir a mis jóvenes; pisoteó el Señor, como en un lagar, a la virgen hija de Judá.

Los habitantes de Jerusalén que habían quedado les suplicaban a los que pasaban que se compadecieran de ellos. ¿Cómo es que al ver la destrucción y el dolor de sus habitantes podían pasar de largo y no se detenían por un momento? Su ruego suscitó muy poca reacción en los que los veían y los escuchaban. La privilegiada posición que un día había tenido Judá no significaba nada para los extraños. Los sobrevivientes no deberían esperar ningún sentimiento de compasión de los que en el pasado los habían oído vanagloriarse en el Señor. Después de todo, ahora estaban recibiendo lo que merecían.

El pueblo de Judá confesó que en verdad había recibido lo que merecía. La gente de Judá sabía esto muy bien. El dolor que sentían era tan grande que les había penetrado hasta los huesos. El peso de la carga de sus pecados los había aplastado; el Señor les había atado sus pecados alrededor del cuello como un yugo. Sus rebeliones y pecados, que en el pasado les habían parecido tan insignificantes, se habían convertido en una red que se apretaba alrededor de Judá con fuerza tal que no la dejaba respirar, y menos escapar. Al contrario de lo que pensaban, el Señor no estaba tan lejos ni tan desinteresado en ellos como creían. Su ley y su maldición pesaban en gran manera sobre ellos. No tenían ninguna disculpa; no podían culpar a nadie sino a ellos mismos por su situación.

- 16** Por eso estoy llorando; por eso de mis ojos fluyen lágrimas,
porque de mí se ha alejado el que consuela y da reposo a mi alma.
Mis hijos han sido destruidos, porque el enemigo prevaleció.
- 17** Sión extendió sus manos, mas no tiene quien la consuele;
Jehová ordenó contra Jacob que sus vecinos fueran sus enemigos,
y Jerusalén fue objeto de abominación entre ellos.
- 18** Pero Jehová es justo, pues yo me había rebelado contra su palabra.
Oíd ahora, pueblos todos, ved mi dolor:
mis vírgenes y mis jóvenes fueron llevados en cautiverio.
- 19** Llamé a voces a mis amantes, mas ellos me han engañado.
Mis sacerdotes y mis ancianos perecieron en la ciudad,
mientras buscaban comida para seguir viviendo.
- 20** Mira, Jehová, que estoy atribulada, que mis entrañas hierven;
mi corazón se trastorna dentro de mí, porque me he rebelado en gran manera.
Por fuera hace estragos la espada; por dentro se enseña la muerte.
- 21** Me han oído gemir, mas no hay quien me consuele.
Todos mis enemigos han sabido de mi mal y se alegran de lo que tú hiciste;
pero tú harás venir el día que has anunciado, y serán como yo.
- 22** Venga ante ti toda su maldad,
y haz con ellos como hiciste conmigo por todas mis rebeliones,

porque muchos son mis suspiros y mi corazón está adolorido.

Judá confesó nuevamente su pecado, pero esta vez lo llamó por lo que era: rebelión, un desafío franco y voluntario contra el Señor. No tenía excusa. Y también ahora suplicaba sin excusas. Su pecado le había acarreado problemas increíbles. Había perdido su futuro, que se encontraba en sus doncellas y sus jóvenes que habían sido llevados cautivos. Los líderes se morían de hambre, y ella estaba en un tormento constante. Estaba pagando un precio muy alto por su aventura con el pecado. Judá le confesó todo esto a Dios con la esperanza de que él reconociera lo auténtico de su pena y tuviera misericordia de ella.

Les advirtió a sus enemigos que no se regocijaron por su caída. Les recordó, así como ellos le habían recordado en el pasado a ella que el autor de todo por lo que estaba pasando era su Dios, el Señor mismo. Les advirtió que escucharan y aprendieran de sus errores. Les rogó que no se alegraran de la caída de un pecador, porque el Señor no se deleitaba en esto. Su lastimoso ejemplo les decía a gritos que el Señor cumple con su promesa de castigo. Nunca promete en vano. Al igual que Judá, ellos tenían la oportunidad de volverse hacia Dios y arrepentirse. Si no lo hicieran, su fin sería semejante al de ella.

Sin embargo, el regocijo malsano de los enemigos de Judá, al ver la ruina de la ciudad, demostraba que todavía no estaban listos para arrepentirse, así que Judá oró para que Dios los castigara como había hecho con ella. Le pidió a Dios que actuara con la justicia propia de su santidad. “Haz que llegue el día que has anunciado y sean como yo”, le pide a Dios que cumpla su promesa. El Señor, en los capítulos 46–51 de Jeremías, había anunciado sus juicios contra las naciones enemigas de su pueblo. A menos que éstas también se arrepintieran, su ira y su castigo no tardarían en caer sobre ellas también. La catástrofe que había sobrecogido a Judá era un testimonio claro de esto.

LA MAGNITUD DEL DESASTRE ES ABRUMADORA LAMENTACIONES 2

2 ¡Cómo oscureció el Señor en su ira a la hija de Sión!
Derribó del cielo a la tierra la hermosura de Israel;
no se acordó del estrado de sus pies en el día de su furor.

2 Destruyó el Señor, no perdonó;
destruyó en su furor todas las tiendas de Jacob,
y derribó las fortalezas de Judá:
humilló al reino y a sus príncipes.

3 Cortó con el ardor de su ira todo el poderío de Israel,
retiró de él su diestra frente al enemigo
y se encendió en Jacob como llama de fuego que devora
alrededor.

4 Tensó su arco como un enemigo, afirmó su mano
derecha como un adversario,
y destruyó cuanto era hermoso.
En la tienda de la hija de Sión derramó como fuego su
enojo.

5 El Señor se volvió enemigo y destruyó a Israel,
destruyó todos sus palacios, derribó sus fortalezas
y multiplicó en la hija de Judá la tristeza y el lamento.

Judá había olvidado en qué consistía su verdadera grandeza; se había comenzado a vanagloriar de ella misma, de su capacidad y de sus propios recursos. Pero no era más que un estrado para los pies del Señor, ya que aparte de la gracia divina no era nada. De ninguna manera se podía jactar ante el Señor. Debido a que Judá se había olvidado de esta gracia y había rechazado a Dios, el Señor le demostró lo que sería de ella, si él le retiraba su protección.

Después de que Jerusalén fue destruida, sus ciudadanos comenzaron a darse cuenta de que en el pasado ellos habían dado

por absolutamente segura la ayuda del Señor. Él se había puesto como un escudo entre ellos y sus enemigos, exactamente como lo hizo en los días de Moisés cuando en el desierto se interpuso entre Israel y sus enemigos en la forma de un pilar de fuego. Los había protegido tal como se lo había prometido. Pero no habían sabido valorar al Señor, y finalmente en su incredulidad lo habían rechazado. Así que el Señor ahora los desamparaba para mostrarles que él, como el Dador del regalo, así como se lo daba también se lo podía quitar.

En vez de ser su protector, como había sido en el pasado, Dios ahora se convirtió en su enemigo. Los había atacado con gran ferocidad; habiéndoles arrebatado cada brizna de su fuerza, de su “poderío”, fácilmente se los había tragado, los había aniquilado. En cuestión de un momento, había derribado a la nación que habían construido las generaciones. En su ira había limpiado con fuego las abominaciones que ellos habían edificado para otros dioses.

La falta de fe los había sacado del círculo de su gracia. Por medio de esta dura lección los judíos iban a aprender que era una cosa terrible caer de la gracia del Dios viviente. Y aunque el Señor tenía toda la razón para llevar a cabo su castigo, eso no le proporcionó ninguna satisfacción. El verse obligado a castigar a su pueblo, era como si se estuviera volviendo contra él mismo, ya que Dios es Dios de amor. Él es el Salvador, no un Verdugo. Pero la falta de fe y la terquedad del corazón de los de su pueblo, lo habían obligado a actuar de esta manera.

- ⁶ Arrasó su tienda como una enramada de huerto
y destruyó el lugar en donde se congregaban.
Jehová ha hecho olvidar en Sión las fiestas solemnes y los
sábados,
y en el ardor de su ira ha desechado al rey y al sacerdote.**
- ⁷ El Señor desechó su altar y menospreció su santuario;
entregó los muros de sus palacios en manos de los**

enemigos,

y ellos hicieron resonar su voz en la casa de Jehová como en día de fiesta.

⁸ Jehová determinó destruir el muro de la hija de Sión, tendió el cordel y no retiró su mano de la destrucción. Hizo, pues, que se lamentaran el antemuro y el muro; juntamente fueron desolados.

⁹ Sus puertas fueron derribadas; destruyó y quebrantó sus cerrojos.

Su rey y sus príncipes están entre gentes que no tienen la ley,

y sus profetas no recibieron visión de Jehová.

¹⁰ Se sientan en tierra y callan los ancianos de la hija de Sión;

echan polvo sobre sus cabezas y se ciñen ropas ásperas.

Las vírgenes de Jerusalén bajan la cabeza hasta la tierra.

Jerusalén y sus habitantes habían caído al nivel más bajo posible. Los únicos sonidos que ahora se escuchaban en el templo eran los que producían los enemigos que estaban celebrando la victoria o el de los saqueadores que buscaban algo que robar. Como Jeremías lo había predicho en el capítulo 7, el Señor había destruido de un golpe su jactancia del templo. Los días de reposo, los sábados que ellos habían olvidado guardar y que habían despreciado, ya no los podían celebrar. Ahora, con la ciudad en ruinas, aunque no quisieran, se vieron obligados a descansar, tenían que cumplir por la fuerza los días de reposo prescritos por la ley (Jeremías 17).

Habían rechazado la sabiduría y la palabra de Dios. Se habían negado a escuchar su voz cuando él había hablado por medio de sus profetas. Los sacerdotes no se habían preocupado por instruir a la gente en la ley de Dios, porque habían tratado la palabra de Dios como si no tuviera importancia. Por eso el Señor había silenciado a los sacerdotes. “No tienen la ley”, porque los llamados

a enseñarla eran incapaces de poner en práctica sus estatutos. Los falsos profetas que en el pasado habían estado tan listos para decirles sus visiones, ahora todo lo que hacían era esconder su rostro con vergüenza. Los verdaderos profetas de Dios callaban. La gente anhelaba oír aunque fuera una palabra del Señor, pero esperaba en vano, porque él los había abandonado como lo merecían. Su palabra, que antes había sido tan abundante y había estado al alcance de todos, ahora era muy difícil de encontrar. Habían cortado los únicos lazos que los unían al Señor, y que él les había dado para que vinieran a él, lo único que les quedaba hacer era lamentarse.

**11 Mis ojos se deshacen en lágrimas, mis entrañas se conmueven
y mi hígado se derrama por tierra a causa del quebrantamiento de la hija de mi pueblo;
y los niños, ¡aun los de pecho!, desfallecen entre tanto en las plazas de la ciudad.**

**12 Dicen a sus madres: «¿Dónde están el pan y el vino?»,
mientras desfallecen como heridos en las calles de la ciudad
y derraman el alma en el regazo de sus madres.**

13 ¿Qué testigo te traeré? ¿A quién te haré semejante, hija de Jerusalén?

¿A quién te compararé para consolarte, virgen hija de Sión?

Grande como el mar es tu quebrantamiento, ¿quién te sanará?

**14 Tus profetas vieron para ti vanidad y locura,
y no descubrieron tu pecado para impedir tu cautiverio,
sino que te predicaron vanas profecías y seducciones.**

**15 Cuantos pasan por el camino baten palmas al verte,
silban y mueven despectivamente la cabeza sobre la hija de Jerusalén, diciendo:**

«¿Es ésta la ciudad que decían de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?»

¹⁶ Todos tus enemigos abrieron la boca contra ti, se burlaron, rechinaron los dientes y dijeron:

«¡Devorémosla!

¡Ciertamente éste es el día que esperábamos: lo hemos hallado, lo hemos visto!»

El dolor que se percibe en la persona que dijo estas palabras es casi indescriptible, desgarrar el alma. Aunque ellos merecían todo lo que les había sucedido, el profeta no puede más que sentir compasión por ellos. Los niños de pecho y los pequeños morían de hambre en los brazos de las madres; lloraban pidiendo alimento y no recibían ninguno. ¡Si por lo menos sus progenitores hubieran pensado en ellos a la hora de pecar! ¡Si por lo menos les hubieran enseñado a sus hijos a adorar solamente a Dios! ¡Si siquiera ellos mismos hubieran seguido el camino del Señor!, nada de esto estaría sucediendo. Estaban atrapados en la red de las consecuencias de sus pecados.

Con la intención de consolarlos, Jeremías buscó algo que decir, una palabra que pudiera mitigar el dolor de su pueblo, pero no la pudo encontrar. No podía encontrar nada que se comparara a lo que estaban sufriendo en esos momentos. Su herida era más profunda que las profundidades del mar. Ningún médico la podría curar; y la verdad es que ellos tampoco se podían sanar a ellos mismos. Con la pregunta: “¿Quién te sanará?”, Jeremías les dio la respuesta. Existe uno que puede hacer lo imposible, que puede sanar las heridas y quitar el pecado, uno que ahoga los pecados en las profundidades mismas del mar. El Señor mismo quería curar su herida. Estaba esperando que recapacitaran, que se arrepintieran, y que se acercaran nuevamente a él.

¹⁷ Jehová ha hecho lo que tenía determinado, ha cumplido su palabra, ordenada por él desde tiempo antiguo.

**Destruyó y no perdonó;
hizo que el enemigo se alegrara sobre ti
y exaltó el poder de tus adversarios.**

¹⁸ El corazón de ellos clamaba al Señor.

**¡Hija de Sión, que tus lágrimas corran día y noche como
un arroyo!**

¡No descanses, ni reposen las niñas de tus ojos!

**¹⁹ ¡Levántate, da voces en la noche al comenzar las
vigilias!**

**Derrama como agua tu corazón ante la presencia del
Señor;**

**alza a él tus manos implorando la vida de tus niñitos,
que desfallecen de hambre en las entradas de todas las
calles.**

²⁰ Mira, Jehová, y considera a quién has tratado así.

**¿Habrán de comerse las mujeres el fruto de sus entrañas,
a los niñitos que antes cuidaban tiernamente?**

**¿Habrán de ser muertos en el santuario del Señor el
sacerdote y el profeta?**

**²¹ Niños y viejos yacen por tierra en las calles;
mis vírgenes y mis jóvenes han caído a espada.**

Mataste en el día de tu furor. Degollaste y no perdonaste.

**²² Como en día de solemnidad, de todas partes has
convocado mis temores.**

**En el día del furor de Jehová no hubo quien escapara ni
quien quedara vivo.**

¡A los que yo crié y mantuve, mi enemigo los aniquiló!

A nadie le sorprendió la destrucción de Jerusalén. El Señor había actuado exactamente como había dicho que iba a hacer. Su acción sirve de advertencia para todas las generaciones futuras, para todos los que lean estas palabras. Dios siempre cumple lo que promete, ya se trate de promesas o de amenazas. Los habitantes

de Judá no lo creyeron, tercamente se habían resistido a creer y a aceptar el mensaje de la ley y del evangelio que Dios les había dado. Pero su incredulidad no impidió el castigo determinado por Dios.

Sin embargo, en ese nefasto e implacable propósito de Dios, hay un grano de esperanza. Si él se decidió a castigarlos, a pesar de todo su amor y su gran paciencia, ¿cuánto más no estará dispuesto a ayudarlos y a mostrar misericordia? Jeremías exhortó a su pueblo a volverse con todo su ser al Señor. En cada calle y en cada choza, de día y noche, deberían orar sin cesar. Contando con la gracia gratuita de Dios, deberían orar por sus hijos, no por ellos mismos. El Señor les había prometido que de sus descendientes iba a nacer Aquel en quien todas las naciones de la tierra serían bendecidas. Su plegaria contaría con el poder de esa promesa, la promesa que Dios mismo les había dado, y él es Dios que cumple todo lo que promete.

¡Es suficiente! El Señor había prometido que iba a dejar vivos a unos cuantos. Sus peores amenazas se habían hecho realidad. Él les había advertido que durante los dieciocho meses que durara el sitio de la ciudad de Jerusalén, las madres se comerían a sus hijos, y también esta profecía funesta se había cumplido. Unos cuantos se habían escapado de la ira divina. El rebaño que Jeremías había pastoreado se había dispersado. Sintieron en carne propia el temible poder de Dios cuando se volvió contra ellos. Habían aprendido la lección. Ya estaba al alcance el tiempo de sanar.

**LAS MISERICORDIAS
QUE DIOS LES DEMOSTRÓ EN EL PASADO
LES DAN A LOS SOBREVIVIENTES VALOR Y ÁNIMO
LAMENTACIONES 3**

3 Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo.

2 Él me ha guiado, me ha llevado por tinieblas y no por la luz;

3 ciertamente contra mí vuelve sin cesar su mano todo el día.

4 Él hizo envejecer mi carne y mi piel y quebrantó mis huesos;

5 levantó baluartes contra mí y me rodeó de amargura y trabajo.

6 Me dejó en oscuridad, como los que murieron hace ya mucho tiempo.

7 Me cercó por todos lados y no puedo salir; ha agravado mis cadenas.

8 Aunque clamo y doy voces, él cierra los oídos a mi oración.

9 Él cercó mis caminos con piedra labrada, torció mis senderos.

10 Fue para mí como un oso en acecho, como un león que se agazapa.

11 Torció mis caminos y me despedazó; me dejó desolado.

12 Tensó su arco y me puso por blanco de la saeta.

13 Ha clavado en mis entrañas las saetas de su aljaba.

14 Soy el escarnio de todo mi pueblo, el objeto de su burla día tras día.

15 Me ha llenado de amargura, me ha embriagado de ajenjo.

16 Mis dientes quebró con guijarros y me cubrió de ceniza.

17 Y mi alma se alejó de la paz, me olvidé del bien

18 y dije: «Percieron mis fuerzas y mi esperanza en Jehová.»

19 Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajeno y de la hiel.

20 Aún lo tengo en la memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí.

21 Pero esto consideraré en mi corazón, y por esto esperaré:

Este capítulo y su mensaje son el centro mismo del libro de Lamentaciones. El escritor destaca su importancia al triplicar el mecanismo poético del acróstico. En vez de comenzar un solo verso con una nueva letra del alfabeto hebreo, lo hace con cada tercer verso.

El profeta usa su propia experiencia, adquirida durante su largo ministerio profético, como el medio para expresar lo que él y sus compañeros creyentes sintieron al ver la caída de la gran ciudad de Jerusalén, y para contar cómo pasaron los días y meses después de la destrucción. Una y otra vez Jeremías se había sentido aplastado y abrumado durante su predicación (Jeremías 15:21). Cada uno de sus intentos por hacer que la gente se arrepintiera había fallado, ninguna de sus prédicas había tenido el resultado que él hubiera deseado. Es más, algunas veces hasta había sentido que el Señor mismo había sido el obstáculo. Sintió que Dios no sólo lo había usado, sino que hasta había abusado de él. Su predicación lo había convertido en el blanco de las burlas a la vuelta de cada equina. Aislado, sus únicos compañeros habían sido la desesperación y la depresión.

Aun así, Jeremías no podía escapar del llamado de Dios. La palabra de Dios no podía ser acallada en su alma; él tenía que proclamarla. Una y otra vez había permanecido impotente ante la

gente, y expuesto al silencio sepulcral de las multitudes. La incredulidad de ellos lo había afectado en cuerpo y alma. Sentía que una profunda tristeza embargaba cada fibra de su ser. Sin embargo, esa experiencia no lo había aniquilado. Al contrario, sólo había servido para comprobar la enormidad del amor de Dios por los habitantes de Jerusalén. Una y otra vez, el Señor les mostró cuánto sufría por ellos, y cuán fiel era él a las promesas que le había hecho a Jeremías. También, por la gracia de Dios, Jeremías lo había soportado todo y había sobrevivido. Fue fiel al Señor y al llamamiento que él le había dado. Incluso, hasta tuvo sus pequeños éxitos. El recuerdo de todo esto le dio esperanza, una esperanza que ahora compartía con sus oyentes que estaban sintiendo exactamente lo que él ya había sentido.

²² Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias;

²³ nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!

²⁴ «Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré», dice mi alma.

²⁵ Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que lo busca.

²⁶ Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová.

Las palabras que el apóstol Pablo iba a pronunciar tiempo más tarde hablando de él mismo y de los demás apóstoles compañeros suyos en la obra, se aplican muy bien a la situación por la que estaba pasando Jeremías y al puñado de creyentes que aún quedaban después de la caída de Jerusalén. “Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos”(2 Corintios 4:8,9).

A Jeremías y a sus compañeros judíos les parecía que no podían caer más bajo de lo que ya habían caído. No les quedaban recursos visibles, ni internos ni externos, de donde sacar fuerzas. El mundo entero los daba por perdidos. Fue por eso que se vieron

empujados a apoyarse en su último recurso, en realidad su primero y único recurso: el Señor mismo. En el centro mismo de su lamento, este hombre de Dios, rompió los lazos de la pena que lo embargaba al fijar su atención en la naturaleza del Señor, cuya palabra él había llegado a conocer y en cuya persona había llegado a confiar.

Debido al gran amor del Señor, el pueblo de Dios iba a sobrevivir. El amor fiel de Dios que primero los había hecho su pueblo, los conservaría y los protegería. Con un juramento y con una promesa, el Señor los había separado y los había escogido de entre las demás naciones. Por gracia sola los había llamado a ser suyos. Debido a la promesa que les hizo a Abraham, a Isaac, y a Jacob, los había rescatado de Egipto. Debido a esta misma promesa los había conservado bien durante los cuarenta años de su vagar por el desierto. Debido a esa misma promesa los había amado hasta el final mismo, tratando siempre de llegar a ellos con su palabra que cambiaría su corazón y los llevaría a apreciar cuánto los amaba.

Una y otra vez el gran amor de Dios se había expresado en sus acciones. No lo podía evitar. Cada vez que se encontraban en peligro su amor lo había motivado a compadecerse de ellos y a rescatarlos. La historia misma del pueblo judío era un registro del profundo amor de Dios y de sus acciones a favor de sus escogidos. Cada mañana, cada semana y cada año de su existencia nacional y personal, habían recibido nueva evidencia de la inmensa misericordia de Dios. Sin embargo, a pesar de todas esas muestras de amor, ellos mismos se habían puesto en las circunstancias tan desesperadas en que se encontraban. Habían fallado; no habían cumplido con su parte. Pero aun así, todavía se podían acercar y contar con su Dios. Él siempre cumple lo que promete, y con toda razón sus hijos aún podían exclamar con toda alegría: “¡Grande es tu fidelidad!”

Aunque ahora no tenían nada, todavía tenían algo muy precioso: su herencia, la cual valió mucho más que la que cualquier hombre puede dar. Esa herencia era el Señor mismo. Como nos

dice el salmista: “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16:6). Como miembros de la familia de Dios y como sus herederos por la fe, su pueblo sencilla y calladamente esperaba las riquezas que ciertamente iban a recibir a su debido tiempo. Ya era poseedor de la riqueza mayor: ya le pertenecían al Señor. Con Jeremías a la cabeza, el puñado de creyentes, sentado sobre las cenizas de la ciudad y en medio de tan tremenda destrucción, podían esperar con toda confianza y esperanza, sabiendo que Dios no los iba a decepcionar.

Jeremías estaba seguro de lo que les esperaba en el futuro, y comenzó los versos siguientes con la palabra “bueno”. Él mismo había experimentado la bondad de Dios. Para aquéllos que confían y esperan en él, Dios es bueno. Para todos aquellos que lo buscan, Dios los colma de cosas buenas, ya que él ha prometido: “Buscad, y hallaréis”. Sabiendo que él es misericordioso, y que recibiremos los tesoros que él nos ha prometido, es bueno que nosotros esperemos tranquilamente la salvación del Señor. Su bondad nunca nos fallará.

²⁷ Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud.

²⁸ Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso;

²⁹ ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza;

³⁰ dé la mejilla al que lo hiere y sea colmado de afrentas.

Jeremías exhortó a sus lectores a ser pacientes y a soportar los sufrimientos presentes. Podían encontrar la fortaleza para soportar aquel yugo si recordaban que el Señor había sido el que les había enviado la aflicción. Ellos podían soportar los insultos y los desprecios, la vergüenza y la desgracia, porque de una cosa podían estar bien seguros: el Señor les había mandado esos castigos con el sólo propósito de arrancarles de una vez por todas la falsa justicia de la que se habían revestido. La pesadilla del dolor

por el que habían pasado les enseñaría a ponerse por completo en las manos del Señor y a esperar el bien que iba a venir.

³¹ El Señor no rechaza para siempre;

³² antes bien, si aflige, también se compadece según su gran misericordia,

³³ pues no se complace en afligir o entristecer a los hijos de los hombres.

³⁴ Desmenuzar bajo los pies a todos los encarcelados de la tierra,

³⁵ torcer el derecho del hombre ante la presencia del Altísimo

³⁶ o trastornar al hombre en un proceso, son cosas que el Señor no aprueba.

³⁷ ¿Quién puede decir que algo sucede sin que el Señor lo mande?

³⁸ ¿Acaso no proceden de la boca del Altísimo los bienes y los males?

³⁹ ¿Por qué se lamenta el hombre, si está vivo a pesar de su pecado?

De nuevo el profeta conduce a sus oyentes al pacto de amor de Dios. Tan grande y seguro era ese amor, un amor que les ofrecía la esperanza del fin de sus sufrimientos. Esta es la esperanza que sostiene a todo creyente. El Altísimo nunca les falla a sus redimidos, a aquellos a los que ha hecho suyos y les ha dado su nombre. Podemos estar seguros de que siempre ayudará a los que ha llevado a formar parte de su familia y que están en el círculo seguro de su protección.

Los creyentes pueden estar seguros de esa protección y de esa certeza porque él “no se complace en afligir o entristecer a los hijos de los hombres” (o más literalmente “no lo hace de corazón”). El Señor había actuado en el caso de Jerusalén, como si fuera en contra de su naturaleza. Había querido amarlos, porque

él es amor, pero el pecado y la impenitencia de su pueblo lo obligaron a mostrar su amor de otra manera. Para hacerlos reaccionar, para hacer que regresaran a él, se vio obligado a usar el amor estricto, el de la disciplina. Sin embargo, su pueblo podía tener la seguridad de que él no se iba a olvidar de ellos ni los iba a dejar de amar. Él no iba a pasar por alto la injusticia que habían sufrido, ni iba a dejar de tratarlos con justicia. Los perdonaría y los restauraría como su pueblo escogido.

Era cierto que los había castigado duramente, pero no tenían por qué quejarse. ¿No es cierto que Dios hace llover sobre justos y pecadores? De su mano viene tanto lo bueno como lo malo, como parte de su plan para hacer que la gente recapacite y se vuelva a él. Nadie le puede reclamar nada al Todopoderoso, ciertamente no los habitantes de Jerusalén. Todo el mundo peca. Nuestro pecado nos trae solamente lo que merecemos. Dios no le debe nada a nadie. Vivimos por su sola gracia, una gracia que nos ha bendecido mucho más de lo que nos podamos imaginar. Esta gracia de Dios vino a nosotros en Cristo, a través de quien Dios nos dio riquezas y bienes eternos, nos hizo miembros de su familia, y nos dio la promesa de un lugar a su lado en el cielo. Y como en Cristo lo tenemos todo, podemos decir junto con Job: “Jehová dio, y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!” (Job 1:21).

⁴⁰ Escudriñemos nuestros caminos, busquemos y volvámonos a Jehová;

⁴¹ levantemos corazón y manos al Dios de los cielos.

⁴² Nosotros nos rebelamos y fuimos desleales, y tú no perdonaste.

⁴³ Desplegada tu ira, nos perseguiste; mataste, y no perdonaste;

⁴⁴ te ocultaste en una nube para que no te llegara nuestra oración;

⁴⁵ nos convertiste en oprobio y abominación en medio de los pueblos.

Jeremías les recordó a sus oyentes: “Este no es el momento para quejarse, tenemos mejores cosas que hacer. Examinémonos con toda honestidad y pongamos a prueba nuestra vida.” Es cierto que encontraremos muchas aflicciones y muchas cosas feas en la vida, pero sabemos que Dios la ha cubierto con el limpio manto de la justicia de su Hijo Jesucristo. “Volvámonos a Jehová”, nos exhorta el profeta.

“Confesemos nuestra iniquidad porque hemos pecado.” Nada es más difícil en esta vida que admitir el daño que le hemos causado a otra persona o a Dios. Qué difícil es romper las barreras que hemos levantado entre nosotros y aquellos que hemos ofendido y contra quienes hemos pecado. Superar obstáculos como estos sería imposible, si no fuera por el amor que conocemos en Cristo. Por nosotros mismos no podríamos regresar al camino que lleva hacia Dios si no fuera por su Hijo Jesús que lo logró en nuestro lugar y para nuestro beneficio. Invocando su bendito nombre, nos podemos acercar al trono de gracia de nuestro Dios y Padre, y acercarnos los unos a los otros, ya que en Cristo somos uno.

⁴⁶ Todos nuestros enemigos abrieron su boca contra nosotros;

⁴⁷ Temor y lazo vinieron sobre nosotros, asolamiento y quebranto.

⁴⁸ Ríos de lágrimas brotan de mis ojos por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo.

⁴⁹ Mis ojos destilan sin cesar, porque no habrá alivio

⁵⁰ hasta que Jehová mire y vea desde los cielos.

⁵¹ Mis ojos me han entristecido el alma a causa de todas las hijas de mi ciudad.

Aunque Jeremías, junto con sus compañeros creyentes, sabía que a su debido tiempo el Señor les iba a traer días mejores, su situación era desesperada. Los enemigos del pueblo de Israel

habían triunfado rotundamente sobre ellos. El dolor del profeta lo llevó hasta las lágrimas y también lo llevó a Dios. Jeremías prometió que iba a continuar orando hasta que Jehová se dignara mirar hacia abajo y les diera una respuesta. El profeta oró con toda confianza, con la seguridad de que Dios oye y responde todas las peticiones de su pueblo. Él ama a sus hijos y está siempre dispuesto a actuar en su beneficio. “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” (Lucas 18:7,8).

⁵² Mis enemigos, sin tener por qué, me han dado caza como a un ave;

⁵³ me ataron vivo en una cisterna, y la cerraron con una piedra.

⁵⁴ Las aguas cubrieron mi cabeza, y dije: «¡Muerto soy!»

⁵⁵ Jehová, tu nombre invoqué desde la cárcel profunda,

⁵⁶ y oíste mi voz. ¡No escondas tu oído del clamor de mis suspiros!,

⁵⁷ pues te acercaste el día que te invoqué y dijiste: «No temas.»

Nuevamente Jeremías vuelve a hablar de su experiencia personal, que presenta como modelo para toda la nación. Así como el pueblo judío estaba a punto de ser exterminado, también un día lo estuvo el profeta (Jeremías 38). Sus enemigos lo habían arrojado en una cisterna sin siquiera tener la intención de cerciorarse alguna vez de si vivía o si ya había muerto. Habían esperado que en su fosa-prisión el profeta muriera. Jeremías era un hombre que en realidad no tenía esperanzas de salir con vida. Como estaban las cosas, ya se estaba terminando su vida. No había la posibilidad de escape.

Pero esperando contra toda esperanza y creyendo que para Dios nada era imposible, le oró al Señor. Siguiendo el ejemplo del profeta Jonás, Jeremías que ahora se encontraba en el “vientre” de la cisterna, clamó al Señor. Él sabía que el Todopoderoso lo oiría

y le daría una respuesta rápida, y Dios no lo desilusionó.

El Señor se acercó a Jeremías en su angustia, se hizo cargo de su vida, probando una vez más que él es quien tiene el control de todas las cosas y quien usa todo lo que se presente para el bien de los que lo aman. A este hombre de Dios que se sentía descorazonado, le dijo las siguientes palabras para borrar toda duda de su mente: “No temas”. Estas palabras del Señor resuenan claras y llenas de consuelo y promesa en medio de todas las tempestades y problemas de la vida, como pasó con las palabras de Jesús en medio de la tormenta en el mar de Galilea: “¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis” (Marcos 6:50). Jeremías les dio el mismo consuelo a sus apesadumbrados y sufrientes compañeros en la fe. Así como el Señor lo había rescatado y lo había librado de una situación que para los humanos parecía imposible, así el Señor iba a rescatar y a liberar a su pueblo.

58 Abogaste, Señor, la causa de mi alma, redimiste mi vida.

59 Jehová, tú que has visto el agravio que me hacen, ¡defiende mi causa!

60 Tú has visto toda su venganza, todos sus pensamientos contra mí.

61 Has oído, Jehová, sus ultrajes, todas sus maquinaciones contra mí,

62 los dichos de quienes contra mí se levantaron, y su designio contra mí todo el día.

63 Su sentarse y su levantarse mira, porque yo soy su canción.

64 ¡Dales el pago, Jehová, que merece la obra de sus manos!

65 ¡Entrégalos al endurecimiento de corazón y caiga tu maldición sobre ellos!

66 ¡Persíguelos, Jehová, en tu furor y quebrántalos debajo de los cielos!

Jeremías continuó usando su propio ejemplo para alentar a sus compañeros creyentes que estaban sufriendo. El Señor no había cerrado los oídos a la plegaria de su profeta. Tomó en sus manos el caso de Jeremías, le salvó la vida al profeta y lo protegió a través de los tiempos peligrosos que siguieron a la caída de la ciudad de Jerusalén. Los enemigos del profeta lo habían tratado injustamente; lo habían considerado como enemigo, porque ellos se oponían al Señor y a su palabra. El verdadero problema de ellos era con el Señor. Debido a esto, en vez de destruir a Jeremías, se habían destruido a ellos mismos. Debido a la terca oposición de los enemigos del Señor, Jeremías había pedido que el juicio de Dios cayera sobre ellos, y Dios lo llevó a cabo. Dios cumplió sus amenazas espantosas contra ellos. Todo les pasó exactamente como Jeremías había pedido que pasara.

El ejemplo del profeta les dio nuevas esperanzas a los atribulados creyentes. Dios había usado a una nación enemiga como instrumento para llevar a cabo su venganza de castigar a los incrédulos y para disciplinar a sus hijos. Dios consumó su plan con la esperanza de que tanto los judíos como los enemigos de ellos, que fueron sus instrumentos de castigo contra el pueblo elegido, aprendieran la lección. Es evidente que los caldeos no reconocieron esto ni entendieron que eran sólo un instrumento en las manos del Señor. Nunca entendieron que los impíos, quienesquiera que sean, no escapan de la ira del Señor. Por esa razón el profeta le pidió a Dios que diera muestra de su ira justa, castigando a los que habían destruido de buen grado a su pueblo y lo habían saqueado.

**NUNCA HUBO
UN TIEMPO TAN DEPRIMENTE
LAMENTACIONES 4**

4 ¡Cómo se ha ennegrecido el oro!
¡Cómo ha perdido el oro puro su brillo!

Las piedras del santuario están esparcidas por las
encrucijadas de todas las calles.

² Los hijos de Sión, preciados y estimados más que el oro
puro,
¡son ahora como vasijas de barro, obra de manos de
alfarero!

³ Aun los chacales dan las ubres para amamantar a sus
cachorros,
pero la hija de mi pueblo es cruel como los avestruces del
desierto.

⁴ De sed se le pega al niño de pecho la lengua al paladar;
los pequeñuelos piden pan, y no hay quien se lo dé.

⁵ Los que comían delicados manjares desfallecen por las
calles;
los que se criaron entre púrpura se abrazan a los
estercoleros.

⁶ Porque más fue la iniquidad de la hija de mi pueblo que
el pecado de Sodoma,
que fue destruida en un instante, sin manos que se
alzaran contra ella.

⁷ Sus nobles eran más puros que la nieve, más blancos
que la leche;
más encendidos sus cuerpos que el coral, más hermoso su
talle que el zafiro.

⁸ Oscuro más que la negrura es ahora su aspecto: no se
les reconoce por las calles;

tienen la piel pegada a los huesos, seca como un palo.

⁹ Más dichosos fueron los muertos a espada que los muertos por el hambre, porque estos murieron poco a poco por faltarles los frutos de la tierra.

¹⁰ Las manos de mujeres piadosas cocieron a sus hijos: ¡Sus propios hijos les sirvieron de comida en el día del desastre de la hija de mi pueblo!

Cuando llegara el tiempo señalado, el Señor volvería a su pueblo y tendría compasión y misericordia de ellos, pero por el momento, la realidad de la mano dura e inflexible de Dios se hacía sentir por todas partes. Sus circunstancias eran difíciles y crueles. La gran devastación y el hambre habían llevado a los sobrevivientes a actuar con una crueldad inhumana. El oro que una vez había alimentado su codicia y en el que sus ojos se habían deleitado, ahora había perdido todo su atractivo. El oro y la plata no significaban nada si es que no se podía comprar alimentos. Las joyas que una vez habían adornado el santuario, ahora yacían tiradas en las calles, sin que nadie se molestara en recogerlas, puesto que no servían para nada.

Nos acordamos de las palabras del profeta Ezequiel. Él también describió el dolor intenso por el juicio del Señor y los efectos que tuvo sobre los que lo sufrieron. “Arrojarán su plata en las calles y su oro será desechado; ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día del furor de Jehová” (Ezequiel 7:19). Sólo nos podemos imaginar lo que sintieron los sobrevivientes cuando leyeron que el oro y la plata no significaban nada para ellos. Ese comentario nos debe hacer recordar una vez más que el oro y la plata no le pueden dar a nadie ni la seguridad ni la paz. Solamente en el Señor podemos encontrar la seguridad y la paz.

Y si el oro y la plata no significaban nada, ¡cuánto menos las personas! Incluso aquellos que una vez habían gozado de gran prestigio en la ciudad, ahora nadie los tomaba en cuenta para nada.

La categoría no significaba nada. Los príncipes y los hombres ricos, que antes se habían vestido con la ropa más fina y que habían comido lo mejor, yacían tirados en las calles vestidos con harapos, sin que nadie se fijara en ellos, ni los reconociera. Si así pasaba con los hombres importantes, ¿cómo se las vería el ciudadano común y corriente? Es verdad que el castigo divino por causa del pecado es muy difícil de soportar.

Las condiciones bajo las que se encontraban los sobrevivientes de Jerusalén llevaron a algunos a actos indecibles de inhumanidad. Actuando contra los sentimientos más profundos de su corazón, hubo algunas madres que se comieron a sus propios hijos. Uno no podría esperar ninguna compasión si los seres que se suponen son el ejemplo de lo que es el amor, habían caído a ese nivel infrahumano. Jeremías comparó a esas madres con el avestruz, que entierra sus huevos en la arena del desierto y después da la impresión de que los abandona. Esta acción de parte de esa ave se convirtió en sinónimo de crueldad. Bajo estas condiciones, “más dichosos fueron los muertos a espada que los muertos por el hambre”.

¹¹ Cumplió Jehová su enojo, derramó el ardor de su ira y encendió en Sión un fuego que consumió hasta sus cimientos.

¹² Nunca los reyes de la tierra ni ninguno de los habitantes del mundo habrían creído que el enemigo y el adversario entraría por las puertas de Jerusalén.

¹³ Fue por causa de los pecados de sus profetas y las maldades de sus sacerdotes, que derramaron en medio de ella la sangre de los justos.

¹⁴ Titubeaban por las calles como ciegos, contaminados con la sangre, de modo que no pudieran tocar sus vestiduras.

¹⁵ «¡Apartaos! ¡Un inmundo!», les gritaban: «¡Apartaos, apartaos, no toquéis!»

Huyeron, fueron dispersados. Entonces se dijo entre las naciones:

«Nunca más morarán aquí.»

¹⁶ En su ira, Jehová los apartó y no los mirará más:

No respetaron la presencia de los sacerdotes ni tuvieron compasión de los viejos.

Lo que nunca se hubiera pensado que pudiera pasar le había sucedido a Jerusalén. Siempre se había creído que la ciudad se mantendría firme desde el punto de vista económico, militar y diplomático. ¿Qué pasó? Jeremías repitió la respuesta para que todo el mundo la escuchara. “Fue por causa de los pecados de sus profetas y las maldades de sus sacerdotes.” Ellos habían fallado en el cumplimiento de su deber. Dios les había ordenado que llevaran a cabo la ley; debían predicar la palabra del Señor y no la de ellos. Los sacerdotes debían haber actuado en favor de los desvalidos y debían asegurarse que se les hiciera justicia, pero no había sido así. En vez de eso, habían pisoteado tanto la verdad revelada de Dios como a los que ésta debía proteger.

A los profetas y a los sacerdotes de Israel, Dios les había dado una gran responsabilidad. Lo sabemos por las palabras mismas del Señor: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12:48). Debido a los privilegios especiales y a su llamamiento, ahora ellos tenían que llevar una carga extra de responsabilidad y también de castigo. Habían menospreciado la palabra de Dios y su sabiduría, así que ahora andaban a tientas por las calles como ciegos, sin saber qué responder. La gente los trataba como leprosos, es decir, que nadie los quería tocar ni estar cerca de ellos. En ninguna ciudad eran bien vistos. El Señor, que antes los había protegido y que había mantenido seguros a esos servidores públicos, ahora los había abandonado. Estos hombres habían olvidado a quien debían servir,

y ahora estaban pagando en carne propia el precio de su negligencia.

Estos profetas y sacerdotes de antaño pueden servir como un ejemplo de advertencia para todos aquellos a los que Dios ha bendecido y ha llamado a cualquier forma de servicio para él. La bendición de Dios y su llamado les dan la misma responsabilidad a estos bendecidos y llamados así como se la dio a los profetas y sacerdotes del tiempo de Jeremías. Estas bendiciones y responsabilidades nos hacen recordar que no estamos aquí para servirnos a nosotros mismos, ni solamente para los que nos concierne a nosotros. Es sólo por la gracia de Dios que servimos, ya que es Dios el que bosqueja el servicio y nos otorga los dones, por los que espera que le correspondamos.

**¹⁷ Nuestros ojos desfallecen esperando en vano nuestro socorro;
en nuestra esperanza aguardamos a una nación que no puede salvar.**

**¹⁸ Espiaban nuestros pasos para que no anduviéramos por las calles.
Se acercaba nuestro fin: se habían cumplido nuestros días y el fin había llegado.**

**¹⁹ Más ligeros eran nuestros perseguidores que las águilas del cielo;
sobre los montes nos persiguieron, en el desierto nos pusieron emboscadas.**

²⁰ El aliento de nuestras vidas, el unguento de Jehová, de quien habíamos dicho: «A su sombra tendremos vida entre las naciones», quedó apresado en sus lazos.

**²¹ ¡Goza y alégrate, hija de Edom, tú que habitas en tierra de Uz!,
porque también a ti te llegará esta copa y te embriagarás y vomitarás.**

**22 Ya está cumplido tu castigo, hija de Sión:
Nunca más hará él que te lleven cautiva.
Castigará él tu iniquidad, hija de Edom,
y descubrirá tus pecados.**

Los sacerdotes y los profetas, no habían sido los únicos que se habían rebelado contra la voluntad de Dios; la nación entera había depositado su confianza en el lugar equivocado, así que cuando les llegó el desastre, no hubo escapatoria. En vez de haber puesto la vista en el Señor en todo momento, habían buscado por todas partes, incluso en el rey, al “ungido de Jehová”.

Habían cometido el mismo error por el cual Dios los había amonestado en el pasado, cuando por primera vez le habían pedido que les diera un rey. En esa oportunidad habían pedido un rey por la siguiente razón: “Y seremos también como todas las naciones. Nuestro rey nos gobernará, saldrá delante de nosotros y hará nuestras guerras” (1 Samuel 8:20). Veían a su rey como aquel que los salvaría.

El Señor les había hecho una advertencia al decirle a Samuel: “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7). En su intento por garantizar la seguridad de la nación, se olvidaron de quién respaldó al rey y que era su verdadero protector. La falta de fe en el Señor, y su confianza en la habilidad e ingeniosidad humanas, los había llevado a la ruina. Sólo “Dios es nuestro amparo y fortaleza” (Salmos 46:1).

Los más felices por los errores que los judíos habían cometido eran sus primos del sur, los edomitas. Estaban desbordantes de alegría y entusiasmo por la caída de Jerusalén y por la humillación de los judíos (Salmo 137:7). Ellos habían ayudado al enemigo a llevar a cabo la caída de la ciudad. Jeremías les había advertido a los ciudadanos de Edom, que aunque Dios le había puesto un límite al sufrimiento de su pueblo (Jeremías 25:12), no había establecido un límite en cuanto a la copa del

castigo que les iba a dar a los edomitas (Jeremías 49:7-22). La promesa que hizo Dios de terminar el exilio y de castigar a los que habían fallado en aprender la lección de esto, les iba a dar muy poco consuelo a los creyentes que habían sobrevivido a la caída de la ciudad.

SE ELEVA UNA ORACIÓN AL SEÑOR PARA PEDIRLE MISERICORDIA LAMENTACIONES 5

5 Acuérdate, Jehová, de lo que nos ha sucedido;
mira, y ve nuestro oprobio.

2 Nuestra heredad ha pasado a extraños,
nuestras casas a forasteros.

3 Huérfanos somos, sin padre;
nuestras madres son como viudas.

4 Por dinero bebemos el agua;
por la leña pagamos un precio.

5 Padecemos persecución, caen sobre nosotros,
nos fatigamos y no hay para nosotros reposo.

6 Al egipcio y al asirio extendimos la mano para saciarnos
de pan.

Jeremías termina su lamentación con una plegaria final, apelando al amor y a la compasión del Señor. Habla de parte de los sobrevivientes, que representan una nueva generación y un nuevo comienzo. Le rogaron al Señor que viera la magnitud de su condición. Ahora no eran más que extraños en la tierra que él les había dado como herencia. No poseían nada, sino que se habían convertido en desposeídos como las viudas y los huérfanos. Con pocos recursos, la carga de la existencia se había vuelto intolerable; se habían visto obligados a comprar todo lo que necesitaban a un alto precio, hasta el agua que bebían.

Se veían presionados todo el tiempo por todas partes, ya que los ataques de afuera eran constantes. A medida que los ejércitos invasores se retiraban, bandas de asaltantes y ladrones hacían su aparición por todas partes. El desorden y la anarquía se habían convertido en la norma. Los alimentos que una vez pensaron que tenían seguros porque se los iban a proporcionar sus antiguos aliados, brillaban por su ausencia, porque nunca se los dieron.

Ahora tenían que pasar la mayor parte del tiempo tratando de encontrar lo suficiente para sobrevivir. Tenían muy poco tiempo libre para cualquiera otra cosa.

**⁷ Nuestros padres pecaron y han muerto,
pero nosotros llevamos su castigo.**

**⁸ Los siervos dominan sobre nosotros,
y nadie nos libra de sus manos.**

**⁹ Traemos nuestro pan haciendo peligrar nuestra vida
ante la espada del desierto.**

**¹⁰ Nuestra piel se ha ennegrecido como un horno
a causa del ardor del hambre.**

**¹¹ Violaron a las mujeres en Sión,
a las vírgenes en las ciudades de Judá.**

**¹² A los príncipes colgaron de las manos;
no respetaron el rostro de los viejos.**

**¹³ Llevaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos desfallecían bajo el peso de la leña.**

**¹⁴ Ya no se ven los ancianos en la puerta,
y los jóvenes han dejado sus canciones.**

**¹⁵ Cesó el gozo de nuestro corazón,
y nuestra danza se cambió en luto.**

**¹⁶ La corona ha caído de nuestra cabeza.
¡Ay ahora de nosotros, porque hemos pecado!**

El Señor había cargado la culpa de los pecados de los padres sobre sus descendientes que, aunque sabían que no debían hacerlo, habían cometido las mismas faltas que sus padres. Sentían hasta en lo más profundo de su ser las consecuencias de su pecado y el tener que vivir con esas consecuencias. Y era debido a su dureza de corazón que habían cometido los mismos pecados de la generación anterior, y ahora los de esta generación tenían que servir como esclavos. Ellos también habían perdido la bendición de un gobierno justo y estable, y ahora tenían que vivir con la maldición del desorden y de la derrota.

La condición en que ahora vivían, contrastaba drásticamente con la forma de vida que habían gozado cuando ellos habían gobernado su propia nación. Ahora hasta arriesgaban la vida en la búsqueda de alimento. Se consideraban afortunados si encontraban suficiente alimento para no morir de hambre. Las mujeres no podían andar en la calle sin peligro de ser violadas, ni aun en su casa estaban a salvo. Sus gobernantes no les inspiraban ningún respeto. Los adolescentes eran obligados a servir como esclavos moviendo la piedra del molino para moler el grano o cargando madera desde el campo. La vida en Jerusalén no ofrecía ningún gozo ni placer. ¿Quién se hubiera imaginado el cambio de los acontecimientos? Una vez habían sido prósperos, pero se habían decidido a ignorar la palabra y la voluntad del Señor. Ahora, ¡cuánto deseaban el tiempo y la oportunidad de poder escuchar esta palabra del Señor!

**17 Por esto tenemos entristecido el corazón
y nos han entenebrecido nuestros ojos:**

**18 por el monte Sión, que está asolado
y las zorras andan por él.**

**19 Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre;
tu trono, de generación en generación.**

**20 ¿Por qué te olvidas completamente de nosotros
y nos abandonas por tan largo tiempo?**

**21 Haznos volver a ti, Jehová, y nos volveremos;
renueva nuestros días como al principio.**

**22 ¿O acaso es que ya nos has desechado
y estás airado del todo contra nosotros?**

La nueva generación judía confiesa que ella también había pecado. No es sólo por el pecado de sus padres que ahora ellos estaban siendo castigados. El sólo mirar su templo vacío afligía su corazón, porque simbolizaba el vacío de la nación. No había nada de qué alegrarse. Cuando pensaban en el futuro no tenían ninguna esperanza, aunque una vez habían creído que su futuro

era seguro. Ya no se podían engañar a ellos mismos con los recursos que la gente usa con frecuencia para evadir la verdad. La realidad de su situación los abrumaba. Su vida era de desesperación, aunque no por completo.

A pesar de que los sobrevivientes en ninguna forma merecían la misericordia divina, sabían que el Señor misericordioso controla el futuro así como había controlado el pasado. El Señor de poder y de misericordia gobierna en el cielo y su voluntad se cumple en la tierra. En él encontraron esperanza en su desesperación. Esa esperanza no era una ilusión, como lo habían sido sus esperanzas anteriores. No, ésta era la esperanza que habían depositado en la naturaleza misma de Dios cuyo carácter y voluntad se les habían revelado a través de toda su historia como nación. Él era y es el Dios que salva por su gracia sola.

Los compañeros de infortunio del profeta se volvieron esta vez a su Dios, no como si fuera su último recurso, sino como el primero. Todo renuevo comienza con él. Así es que oraron para que los cambiara y los restaurara, para poder servirle otra vez y para gozar de la comunión que habían tenido con él desde los tiempos antiguos. Sabían por experiencia propia lo que el pecado les había causado. Reconocían que el Señor no tenía por qué ser bueno con ellos, ya que tenía todo el derecho de abandonarlos para siempre, pero no lo iba a hacer, pues los amaba con un amor eterno. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de la promesa, el Dios que cumple su palabra. Él es el Dios que ha confirmado esa palabra y que les ha anunciado a todos los pueblos el gran “¡AMÉN!” en Cristo Jesús, su Hijo. “Porque todas las promesas de Dios son en él ‘Sí’, y en él ‘Amén’” (2 Corintios 1:20).

Lamentaciones no es un libro agradable de leer, ya que agobia con su gravedad y le hace ver al lector los resultados inevitables del pecado y de la falta de fe. Sin embargo, también nos hace ver al Señor, el Dios de amor y de gracia. Este libro nos asegura que en él siempre tenemos esperanza.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

En los últimos días de Judá, Dios envió a Jeremías para que anunciara el juicio que vendría, para que llamara al pueblo al arrepentimiento, y a consolar a los creyentes que vivían en una nación que había abandonado al Señor. Su testimonio contiene muchas profecías gloriosas del Mesías que vendría. El libro de Lamentaciones anima a los creyentes a aferrarse al Señor aún durante los desastres.